

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

SEGUNDO PILAR
EL CANTO DEL CHIQUILLO
RECUERDOS DE VIAJE DE
LORENZO ANGOL



JUAN EMAR
UMBRAL

SEGUNDO PILAR
EL CANTO DEL CHIQUILLO
RECUERDOS DE VIAJE DE LORENZO ANGOL

dibam
DIBAM S.A. - Distribuidora de libros y papelería

Colección
Escritores de Chile

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

SEGUNDO PILAR
EL CANTO DEL CHIQUILLO
RECUERDOS DE VIAJE DE
LORENZO ANGOL

dibam
DIRECCION
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1996

Inscripción N° 83.066

ISBN 956-244-045-1

ISBN 956-244-043-5

Derechos exclusivos reservados para todos los países

(Autor: *Juan Emar*)

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

Sra. Marta Cruz-Coke Madrid

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

Sr. Alfonso Calderón Squadritto

Coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

Sra. Orietta Ojeda Berger

Edición General

Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet

Producción Editorial

Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Colaboraron en la Edición

Sr. Thomas G. Harris Espinosa

Sr. Ricardo Locbell Silva

Sra. Cecilia Gamboa Miño

Reproducción Ilustraciones

Sra. Claudia Tapia Roi

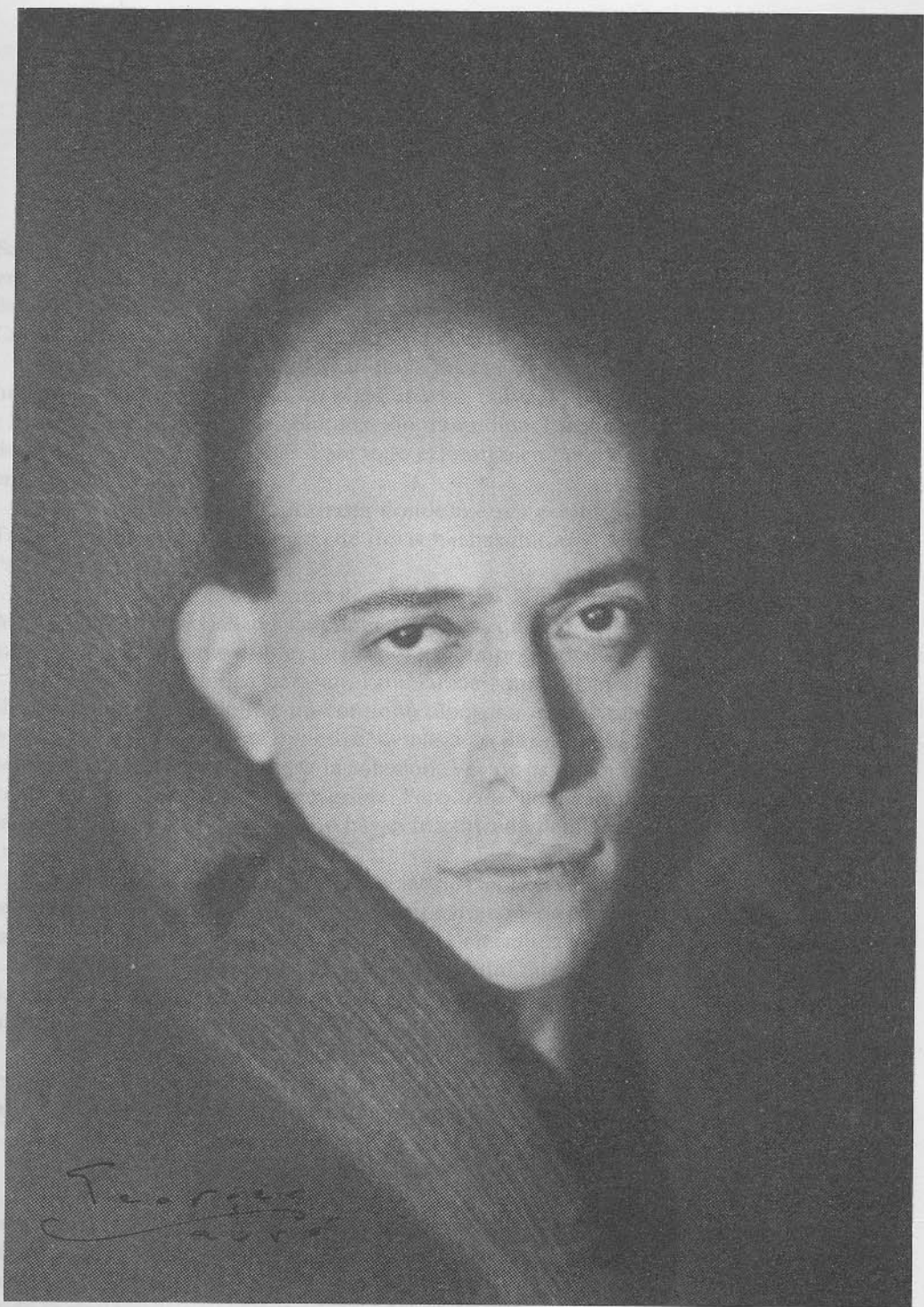
Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651

Teléfono: 6338957. Fax: 6381975

Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE



Salí de Santiago con destino a París el 3 de marzo de este año de 1928. Al día siguiente me embarqué en Valparaíso en la M/N Aconcagua, barco chileno. Rumbo: Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Mollendo, Callao, Huacho, Pacasmayo, Pimentel, Paita, Manta, Cristóbal, Curazao y Calais adonde llegamos el 17 de abril. El barco siguió a Alemania.

Volví por el Atlántico embarcándome en El Havre a bordo de la M/N Baarn, barco holandés, que tocó en Lisboa, las islas Canarias, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires. Allí tomé la combinación trasandina. Llegué a Santiago el 31 de octubre, después de un viaje de 24 días. Pasé todo el tiempo en París salvo unos 15 días que estuve en la Costa Azul.

Ahora quiero reconstituir, hasta donde me sea posible, estos meses pasados fuera. Tengo, para ello, un sinnúmero de notas hechas durante la ida, durante mi estadía en París y el viaje a la Costa Azul.

Partí de Chile con una impresión: "¡Allá ellos!". Esto no cambió hasta ver, a lo lejos, las casas blancas del Callao y La Punta. Desembarqué. No veía Lima desde 1924, es decir, hace 4 años. Pero vamos, antes que todo, a mi impresión.

"¡Allá ellos!" significa para mí, cambiar de rumbo, cancelar una época. Todo este último tiempo en Chile fue un continuo alboroto: demasiadas opiniones encontradas, demasiados puntos de vista opuestos, demasiadas divergencias. Primaba en mí la idea de deshacerme de todo. Viajar era la solución. Ver otros panoramas, oír a otras gentes. El fondo no ha cambiado: la paz sagrada. Pero temo una clausura anticipada. Por si en el pasado han quedado cosas que no hayan fructificado debidamente, vale la pena volverlas a ver.

"¡Allá ellos!" significa para mí, cambiar de rumbo, cancelar una época... ¿Dependerá esto de nosotros? Me iba de un sitio por inútil, deseoso de encontrar cosas nuevas. En Lima cambió todo, volvió a acentuarse mi primera determinación. No había cosas nuevas.

Recordaba de Lima el convento de San Agustín. En él recordaba la estatua de Baltazar Gavilán representando *La Muerte*. Un amigo mío, de mente ligera, me dio estos datos. Supongo sean ciertos.

Gavilán era un artista de la colonia que vivía borracho. Los frailes de ese convento lo recibieron y, a cambio de su trabajo, le daban a beber. Esta estatua está hecha en madera. En ella había dejado yo pendiente un sentimiento. Al volverla a ver, lo encontré.

¡Eternamente la misma historia!

La paz...

Ahora me encuentro con cierta dificultad para transcribir lo que encontré frente a la estatua. Podría repetir fielmente mis pensamientos pero me parece que esto sería dar demasiada importancia a la manera y al momento en que se presentaron. Subrayando esta manera y este momento, creo que también se subraya el escenario más de lo que se debe. Todo lo cual vendría a ser en perjuicio del contenido. Además no puedo ir a tal fidelidad

de transcripción poniendo frases tras frases, como se hace en una obra teatral —y como tan acertadamente nos lo hizo el chino Fa—, por la muy clara razón de que los actores, al presentarse y hablar, traen con ellos un cometido. Son los encargados de repetir lo que ya ha sido acordado y aceptado. Tienen, naturalmente, que vivificar; pero el mensaje les antecede. Los actores, al expresarse, saben desde antes, saben durante y saben *para siempre* este mensaje que dan.

Otra cosa es aquí. Aquí los pensamientos fluían repentinamente sin ni siquiera justificar la manera ni el momento ni el escenario. Brotaban sin un “antes”, apenas con un episódico “durante” y con un gran interrogativo respecto al “siempre”. Lo que yo oía, viniendo de la estatua, era un contenido vivo y espontáneo; diría, más bien, un aspecto de algo que me parecía, por instantes, tan impersonal que se me antojaba una simple aparición. Llegué a pensar —y lo pienso aún— que ningún detalle es necesario para hacer una transcripción que alcance la esencia de lo transcrito. Lo sentido fue para mí como un largo, muy largo camino de ida, sin meta a la vista pero teniéndose la certeza de que ésta no podía ser sino un hombre completo. Siguiendo esta comparación, el chino Fa sería un punto final del camino de vuelta, es decir, sería uno de los que se expresan después de haber tenido contacto con el hombre completo o, mejor dicho, con un hombre completo.

Hoy, con el papel ante la vista y el lápiz en mano, veo que hoy, precisamente, existe una dificultad casi insuperable para relatar, para comunicar cuanto carezca de un lado *descriptivo*, es decir, cuanto no tenga lo descriptivo como rasgo primordial. Lo que así no es, se desvirtúa apenas se le trata de introducir dentro de una escena, de un marco, de un ambiente cualquiera. Pues se produce un choque de dimensiones: las ideas y los anhelos tienen una dimensión de mayor tamaño y duración que las que tienen el decorado y el momento en que se nos han revelado. Al mezclar ambas dimensiones se sacrifica inevitablemente todo contenido en beneficio del autor, del que escribe o narra, de sus ojos, de su propio momento, momento inexistente ante lo que en realidad y en el fondo sucede y se quiere dar a luz. Nada de esto me parece extraño hoy que, por todos lados, no se hace otra cosa más que destapar las subconsciencias en busca de ecos de dimensiones inmensas.

Baste, por lo tanto, respecto a decorado, decir que, durante los minutos que estuve ante *La Muerte*, estuve solo; que el sitio donde se encuentra es sombrío y silencioso; y que nadie fue testigo de mis cavilaciones. De todo cuanto sea o haya sido accesorio quiero despojarme lo más que me sea posible. No creo que lo logre; creo que la tarea me sobrepasa grandemente pues, del mensaje que Gavilán me dio, salí, me fui en muchas direcciones pero volando siempre alrededor del punto céntrico: la paz.

Me vino la imagen de Baldomero Lonquimay. Me dije:

Baldomero Lonquimay tiene que ser un hombre feliz. Tal vez él personalmente no lo sea..., o lo sea; es igual. Pero en él veo una puerta hacia la felicidad, hacia un estado de ánimo que se halla en los lindes mismos de la felicidad. Un paso más y se la podría alcanzar. Porque es un hombre que puede convivir perfectamente con su propio fantasma. Que este fantasma sea absurdo o sensato, necio o genial, es un asunto que aquí no entra en juego. Lo que aquí importa es que ambos, hombre y fantasma, se vienen. Es todo.

Yo no convivo con el mío; entre él y yo no se produce la armonía. Mi fantasma y yo chocamos; al chocar nos deformamos. Dos entes deformes no se soportan. Cada uno atribuye al otro su propia deformación. La deformación del otro hace resaltar la propia.

No convivimos porque ocupamos el mismo sitio en el espacio. No es, pues, que choquemos. Es que estamos embutidos y, al estarlo, nos alimentamos de la misma alma. El

alma no se comparte. El alma puede darse como reflejo; no más. Al tenerla en común nace la discordia.

¿Qué hacer? Mi problema es espacial. Mi solución sería sacar a mi fantasma de mí mismo y poder mantenerlo a distancia para que no vuelva a integrarse conmigo. Entonces poder verlo y examinarlo. Entonces desmontarlo. Hacer espacio entre él y yo para que se produzca la libre reflexión hacia mí de sus rayos y de sus ondas. Y de mí hacia él, también. Retroceso, siempre retroceso. Soy, por desgracia, un hombre sin retroceso. Baldomero Lonquimay, cuando camina, lleva a su lado a un compañero; por eso camina a pasos agigantados y con la cabeza en alto. Yo llevo a mi compañero enroscado en los nervios, en los huesos, sobre todo en los huesos. Vivo, pues, enredado. Un poco de distancia, nada más, sería la solución.

Porque yo no odio a mi fantasma, no. No es ni ha sido nunca mi enemigo. Por el contrario: podemos, podríamos colaborar. Es cuestión de sitio espacial.

Veo este sitio: está vacío. Viene un deseo, entonces, como de levantar telones o de abrir ventanas de mí mismo. Que algo salga pero que no se vaya, que no se escape.

Una vez este algo estuvo frente a mí, estuvo fuera. Lo llamé el Sobrenenido. Pero era un ente deforme. Un fantasma ha de tener una forma perfecta, forma que en ninguna de sus partes se desmienta. El Sobrenenido tenía una mitad ajena. Tenía que ser, pues una idea mía. Porque toda idea tiene "ajeno". Un doble no puede tenerlo. Un doble es lo mismo, es una réplica en otro plano; en el plano que en la vida cotidiana se nos va. Sentí que el Sobrenenido, en vez de poner mi fantasma a la vista, me lo reintegraba.

Creo, a menudo, que con el Pacto sucede igual. Rosendo Paine, por la esencia misma de este Pacto, lejos de abrir ventanas, las cierra y me enmuralla.

¿Qué busco? ¿Qué intento? Explicarlo es punto menos que imposible, tal es su claridad interna y su nitidez de contornos. Esto nada tiene de paradójal. En ciertos planos sólo lo paradójal puede aclarar, sólo jugando con los contrarios y mezclándolos puede lograrse una luz.

Porque es aquí, en este plano nuestro, donde falta claridad, donde los contornos son indecisos. Es aquí donde todo es aproximación que resbala. Allá, no. Allá empieza la armonía de un equilibrio duradero. La única palabra que a esto me parece acercarse es Paz. Pero paz contraria al sueño; paz dinámica, profundamente activa y sin que produzca ni un solo crujido. Esta paz podría llamarse "contemplación".

Busco esta contemplación, intento ir a ella. La presiento con mayores actividades, con mayores desnudos y arjos que los que puede tener la obra más esforzada y difícil. Sin embargo una obra —en el sentido corriente y hasta real de esta palabra— de ningún modo la hay aquí. Mi Bóveda no es un laboratorio ni un taller ni sitio alguno en que cuadre el concepto de creación.

Recuerdo que vi al indio de la Colonia peruana y vi a los frailes dándole de beber. ¿Por qué bebía? Tenía muchos seres alrededor suyo que alimentar. Recuerdo los conciliábulos que tenían. De ellos nació *La Muerte*. El resto del mundo se acallaba.

Yo escribo, claro está. No he escrito jamás una frase para dar. Lo he hecho para recibir, para no olvidar, para retener. Acaso para pedir.

Por ejemplo —y bajando a las menudencias de nuestra vida diaria—, me han preguntado cien veces si voy a publicar y cuándo lo voy a hacer. Es ésta una pregunta sin sentido, totalmente fuera de foco. No bastaría responder: "Nunca". Pues un "nunca" lleva consigo su contrario, es decir, la posibilidad de que alguna vez pudiera ser. Este "nunca" sería una

idea y una voluntad mías. No se trata de tal cosa. Se trata de que la esencia misma de tal cosa no es ni puede ser la de explayarse sino, por el contrario, recogerse para conservar su existencia.

Si quisiera llegar a comprender este acto de publicar, lo comprendería únicamente en el sentido de hacer una manifestación externa de confrontación, de una necesidad de exteriorizar para aquilatar la calidad de una marcha interna.

Recordé que todo esto lo había sentido hace cuatro años. Me lo había prometido: así lo haría; yo sobrepasaría al indio. Lo juré.

En el *Diario* de Rubén de Loa he leído que toda obra de arte debe ser una aventura. Por esto mismo estoy impedido para escribir o para hacer cualquier arte puesto que mi única aventura es descubrir justamente la aventura que es mi propia vida dentro de la vida total.

Aventura es lanzar hacia lo desconocido. Según mi modo de entender sería: ¿lanzar qué? Y esto prima por mucho a: ¿lanzar hacia dónde?

Tengo que lanzarme yo mismo. Antes tengo que saber qué es “yo mismo”, o sea, lo que se ha de lanzar.

Ahora podemos volver a tomar el “hacia dónde”: la ignorancia que sobre él tengo aumenta el carácter de aventura.

Todo esto es como los datos y principios del problema. Falta aún algo más: falta el motor que ponga en marcha, que dé la posibilidad de que el problema se haga y resuelva. Es decir, falta un punto de apoyo pues sin él quedo en un vacío, quedo con sólo dos conceptos y sin materia con qué constituirlos. Si encuentro el punto de apoyo estaré entonces sostenido para lanzar una incógnita a terreno desconocido y tal vez inexistente.

Pero volvamos a la pregunta que lógicamente se desprende de la idea de confrontación: “¿Confrontar ante qué?”. La única respuesta que veo es: “Confrontar ante lo externo”. Ahora bien, ¿cómo llegar a ello si sé que todo lo externo está en las mismas dudas en que estoy yo?

A veces, como búsqueda de simple ensayo, me he dicho que lo externo es un inmenso espejo que refleja al objeto que es lo interno. Siempre me he encontrado con un inconveniente al sentar este punto de partida. Este punto se me derrumba y me deja donde antes estaba. Pues si hay un objeto reflejado, el objeto forzosamente existe; y si existe... ¿por qué no ir directamente a él?

Volvamos ahora al hecho de publicar. Hay gentes que toman la negativa como un desprecio hacia el público; otras dan a este presunto desprecio el carácter de temor. Nuevamente aquí me encuentro con algo sin sentido, algo totalmente fuera de foco. Pues el público, digamos las gentes todas, son para mí compañeros del mismo infortunio. No cabe aquí ningún temor ni menos un desprecio.

Y planteemos ahora, sin rodeos, la pregunta básica: “Si hay que publicar, ¿publicar qué?”. La respuesta única: “Una obra”. No cabe aquí obra alguna. Pues aun anotar, aun tratar de dar cuerpo, me parece un acto de detención. Cualquier intento en este sentido me significa dar vuelta la espalda para sumirse en el ruido aturdidor. Un juego de manos, un malabarismo. Tal vez también cierta cobardía. Pues al escamotear de este modo preséntase como un permiso para hacerlo, una aprobación, acaso un premio.

Premio por la obra porque la obra es dar. Dar es despojarse de algo, es abandonar. ¡Absurdo! Debiera castigarse a quien abandona. En todo caso carece de derecho a dar quien aún no sabe qué dar ni quién lo da. ¡Absurdo! –repito. Porque en realidad se finge

dar y lo que se está haciendo es alargar una mano en demanda de limosna. Y los que van a dar esta dádiva ni sabe por qué se les pide ni saben con qué la otorgan o la pagan.

¡No! ¡Nada de esto! La vida en mi rincón, en la Bóveda, tiene que estar despojada de toda producción. Desde el plano en que pienso es la producción una fijación. Sea el sentido inverso a mis primeros impulsos directivos. Queda uno fijado, atado en la obra que parece emprender el vuelo. Es muy difícil dejar dentro de una obra un mensaje y poder desarraigarse de él sin dañarlo y sin dañarse a sí mismo.

No se trata de hacer una obra, de producir, sea escribiendo o esculpiendo o lo que sea. Se trata de coger el ritmo de una vida cual se concibe, el ritmo que una vida puede ofrecer. El grado y cantidad de sensaciones, de inquietudes, sinsabores y alegrías permanece igual al de cualquier otra vida porque, a la postre, cantidad y grado los llevamos en nosotros mismo. Se trata, entonces, de buscar y encontrar otra fuente que los alimente.

Sí..., hasta cierto punto. Pero la cosa es más honda aún. El objetivo está colocado en otro mundo. De un instante a otro este mundo se abrirá y será un cielo nuevo. No sé por qué no digo: "un mundo nuevo". Tal vez porque esta marcha la veo —o la deseo— nítidamente ascendente.

Algo se abrirá y todos los valores cambiarán. Un reajuste y mayor armonía.

Un símil corriente: un viaje, partir a otras tierras. Acaso al llegar a estas nuevas tierras ¿no llevo conmigo la memoria de las tierras que he abandonado? Sin memoria, las nuevas me carecerían totalmente de significado. Serían un inmenso hueco poblado de monstruos sin explicación. Al ir a mi rincón solo, no voy solo: voy con todo un mundo que le dará vida y significado a esta vida.

Esta vida y este significado deben ser mantenidos y hay que alimentarlos. Y hay que hacerlo con las sustancias de que están formados. De otro modo podrían desvirtuarse, hacerse errantes y sin objetivo. Un cable se cortaría. Se perdería la conexión.

Esta conexión puede ser hecha de dos modos: o yo lanzo algo desde mi rincón al mundo; o el mundo me lanza algo a mi rincón. El ímpetu espontáneo me indica este último modo. Mi puerta no estará nunca herméticamente cerrada; será un respiradero y un eco. Se abrirá de par en par para quien más lejos esté, para quien no crea en un retiro absoluto, para quien no pueda contaminarse con su atmósfera, para quien la niegue al confrontarla con el estrépito exterior. Rosendo Paine será el bienvenido, el bienvenido número 1, como dicen ahora. Cuanto a los demás..., tienen todos una marcada inclinación a interpretar. Por diferentes motivos y con diferentes finalidades, interpretan porque *tienen muchos, enormes vacíos que llenar*.

Ahora vuelve a mí este asunto de lanzamientos de fuera para adentro, de adentro para fuera. Me obliga a aferrarme a él, cualquiera que sea su naturaleza. Hay, sin embargo, un temor que yo llamo: "temor a la descomposición por el no-parto". Un nombre que bien vale otro nombre; tenemos que nombrarlo todo. Es una ley.

¿Qué hacerle? Por siglos se nos viene repitiendo que hay que descargarse, que hay que partir. Se hace la analogía con la mujer encinta que dejara pasar los nueve meses y seguiría... Es la descomposición y la muerte. Igual se dice —y por siglos!— del hombre que busca con su mente. Yo tendría que vivir como vivió... ¿Quién? ¡Ea! ¡Quien fuere! Porque ahora yo no estoy frente a la estatua de *La Muerte*. Ahora estoy a bordo. Navego en la M/N Aconcagua. Ahora estoy en París, ahora estoy en la Costa Azul. Ahora vuelvo. Ahora estoy en mi Bóveda.

¿Será verdad? Dejemos la solución a Lonquimay: hay verdades y verdades y tal vez,

como él nos dijo, sólo sea cuestión de dimensiones. Porque para mí es indudable que, pasando de plano a plano, yendo de las ideas a sus arquetipos, tiene uno que enfrentarse —en el caso, por ejemplo, de nuestro amigo—, después de descender los 500 y tantos metros, con inmensas calderas. Sólo que luego, al ser explicadas en la superficie, no aparecen como tales.

Todas y todos debemos parir. ¿Será verdad? Parir... Fácil es decirlo. Mas para parir hay que estar fecundado. Cuando me pongo a pensar si lo estaré, la duda me asalta y luego termino, indefectiblemente, inclinándome hacia la negativa. No lo estoy aún. La Bóveda es mi gran lecho; sus ecos y murmullos, los incubos mentales fecundadores; mi espíritu, el vientre anhelante que espera.

Hay que parir. Esta afirmación me es una afirmación imperiosa aunque ella no fija fecha alguna durante mi vida. Es una afirmación total, no fuera de Tiempo pero sí fuera de las fechas. Es como la cancelación de una deuda de dinero, ni más ni menos. No se trata, al cancelar, de cumplir un convenio general que, al eludirlo, llevaría al desorden de la sociedad y a su anarquía. Esto sería muy poca cosa. Se trata de hacer el acto de desprendimiento. Ese dinero que hasta hace un momento es nuestro, debe desprenderse de nosotros y pasar fuera. Cancelar una deuda es algo sagrado porque es en miniatura un símil del mayor acto que un hombre pueda ejecutar: desdoblarse, partirse en dos. Es en este sentido que en el dinero veo un símbolo inmenso.

Hay que parir. Lo he presentido siempre. Una vez me lo dijeron. Fue en Italia, en 1920; tenía yo 21 años. Fue en Roma, en la iglesia de Santa Sabina. Me encontraba en la nave lateral de la derecha mirando, aunque distraído, interesado. Súbitamente el decorado que me rodeaba cambió. Me vi solo al centro de la pequeña nave y, frente a mí, en medio círculo y borrando la serie de columnas corintias que se extendía ante mis ojos, aparecieron y allí quedaron, severos, estáticos, muchos hombres del pasado. Comprendí que me hacían pesar un interrogatorio y que debería rendir cuentas. Exclamé precipitadamente:

—¡Sí! ¡Cancelaré! ¡Hasta el último céntimo!

Para la composición de esta escena citaré algunos de los nombres de mis jueces: Buonarrotti, Ghiberti, Brunellesco, Donatello, Masaccio, Da Vinci, Cellini, en fin, muchos, muchos más. Pero éstos estaban en primera fila. No sé por qué el que mayor respeto me inspiró fue Brunellesco; y el que me inspiró mayor temor, Masaccio. Cada uno tenía la edad en que dejó este mundo pues en el otro los años de éste no sabrían cómo pasar. Masaccio, pues, tenía 27 años; yo, 21. Era pues Masaccio, más que un juez, un acusador, por el hecho de ser posibilidad viviente.

—¡Cancelaré!

Es decir, pariré, daré un fruto, cumpliré, como ellos en su momento lo hicieron. Pues es el mudismo completo de la nave la síntesis de lo que afirmaban, pues en ella decían que habían seguido viaje sin dejar ni una deuda detrás, libres, sin compromisos pendientes, sin llamadas, sin hilachas. Yo prometí partir, seguir mi viaje guiado por su ejemplo, sin la sombra de un reproche que quedase en el sitio abandonado.

No se vaya a pensar en desvaríos de grandeza por parte mía. Sé que esos nombres retumban como cañones. Para que bien se entienda hay que apoderarse del fondo del siguiente principio: la calidad de la cancelación no tiene valor alguno desde el plano en que ahora consideramos. La calidad de este plano es igual a la cantidad en el plano del dinero: igualmente han de cancelarse 100 pesos que 100.000, pues lo único que cuenta es

el hecho de hacerlo. La presencia de tan altos hombres era la corroboración a lo que digo: si ellos habían cumplido, con mayor razón deberíamos cumplir nosotros. Éste es el más claro recuerdo que tengo de Italia.

Sí, por cierto, hay que parir. Mas para ello —es algo lógico como un axioma— hay que saber lo que se ha de parir. Yo... ¿qué? Cualquier obra que emprendiera sobre datos u observaciones me parecería un simple entretenimiento. ¡Qué lejos de esto queda un parto! No tengo más que evocar mi Bóveda: siento de inmediato que no puedo entrar en ella llevando “materiales”. Éstos me harían allí el efecto de una cerveza y unos emparedados llevados en el bolsillo. No puedo llegar con algo. Debo llegar solo, sin equipaje. Ella, entonces, me indicará, me dirá. Su voz será la fecundación.

Hasta ahora vamos bien. ¡Qué bien vamos! No. Vamos por camino equivocado, vamos caminando al revés. Ni más ni menos.

Cierta vez supe cómo, en este terreno de creaciones, suceden las cosas. Es algo curioso, hasta divertido. Y es también divertido el momento en que lo supe. No hubo aquí ni vieja Italia ni eterna Roma ni columnas corintias ni menos personajes aplastantes por su enormidad. Nada de ello. Lo supe en un tranvía —sucio, caluroso y “completo”—, en marzo de 1923, un tranvía de la línea Santiago-San Bernardo, ya pronto a llegar a esta última ciudad. Iba yo al juzgado en busca de no sé qué papeles judiciales que necesitaba don Bruno Camarones, el abogado, para no sé qué pleito que defendía y que, al tenerle muy apremiado de tiempo, me pidió hacer este trámite por él. Como Camarones era viejo amigo de casa —mi padre lo estimaba mucho y a menudo fue su hombre de consulta— y como yo también lo estimo y quiero, acepté su encargo y ¡a San Bernardo!

Pues bien, asomado a la ventanilla y sin ver, vi, sin embargo, que en el terreno de que hablo —y que se refiere a toda Bóveda junto con la actitud debida en ella— el parto precede al acto de fecundación. Primero es el parto; este parto trae consigo el acoplamiento.

Parece esto un mundo al revés. Tal vez todo plano visto desde otro distante se ve como si estuviera al revés. De aquí el desasosiego de Baldomero Lonquimay al preguntarle yo si encontraríamos calderas en los subsuelos de Illaquipel.

Pero este mundo al revés podemos ya —como vía explicativa, nada más— enderezarlo un poco para mirarlo debidamente. Con este fin procederemos a un simple cambio de nombres. Esto va a chocar por hábitos adquiridos de pensamiento. Aquí debemos dejar de lado todos los hábitos. Debemos decir, afirmar, proclamar: “Se padece de un error, ¡todos padecen de un error!”. Lo supe sin lugar a dudas y espontáneamente. Luego lo olvidé pero sabiendo, claro está, que sabía. Hice mis correrías eficaz y alegremente; don Bruno Camarones no cesaba después de agradecerme. Por la noche, en mi casa de Mosquito N° 562 y en mi cuarto, vestido aún y sentado al borde de mi cama, volví a mi secreto y pensé que esto era como abrir una valija en que se lleva, y se sabe que se lleva, algo muypreciado. Abrí, pues, y ¡ahí estaba! La certeza absoluta y clara de que en este mundo de la cabeza se pare primero sin previa cópula y este parto trae luego, cerca o a distancia, pronto o más tarde, un acto de fecundación. Y aquí termina el proceso. Aquí termina este acto que como finalidad sólo tiene la de prodigar gran alegría entre los mortales y alegría de buena calidad. Hasta un nuevo parto, en la misma o en otra mente, en la misma o en otra alma.

Acabo de decir: “Se pare primero”. Aclaremos: ¿qué es parir? Es echar al mundo a otro ser que se independiza, se individualiza y crea un nuevo destino propio sembrando por todos lados causas y efectos nuevos. Así cuando fuimos paridos, todos. Por hábito de pen-

samiento, repito, por pereza mental se hace la analogía y entonces una obra, un libro, un cuadro, una partitura o lo que se quiera, pasa a ser, para nuestra imaginación perezosa, un ser nacido que se desprende de nosotros y que zarpa a vivir su vida con esas causas y efectos nuevos desparramándolos a diestra y siniestra. Y de aquí deducimos que es nuestra cabeza un vientre y etc. y etc. hasta la majadería. ¿Y la fecundación? ¿Y el fecundador? ¡Ah! Unos dicen que es la mujer; otros, la musa... ¿Qué será una musa? Sea lo que sea, es el macho de esta extrañísima cópula. ¡Curiosos machos! Seres invisibles por completo, como las musas; o seres visibles pero de coitos invisibles, como las mujeres. Quisiera microscopios ultraagudos... Aseguro que el semen fecundador de estos seres jamás sería encontrado porque no existe, así como lo digo, ¡no existe!

Las obras, ellas mismas, son el semen; son lo que fecunda y no lo liberado que parte en busca de un nuevo destino. Todo libro, partitura, cuadro y demás es un espermatozoide que busca donde arraigarse para fecundar, que busca un óvulo para dar vida, para dar un ser, uno independiente y libre, hacedor de destinos antes de él inexistentes.

Así es y precisamos: Crear no es parir; crear es copular. Crear bien es fecundar; crear mal es masturbarse. Las obras, pues, no son entidades completas; son mitades, nada más, mitades desasosegadas que piden dar término a sus existencias errantes. Nada más.

Lo que vemos, pues, frente a las obras o bien son gérmenes que vagamente nos hacen soñar en su potencia latente de florecimiento; o bien son sus reflejos pues ellas ya se han fundido y ya forman parte de otra cosa, de otro ser actuante que, aunque invisible, influye sobre nosotros, sobre la humanidad y hasta la guía.

Sé lo que se puede argumentar: "Si la obra, que considerábamos fruto acabado de un parto, pasa a ser célula fecundadora, ¿qué es y dónde está el vientre guardador del óvulo; qué son y dónde están los hijos nacidos de esta cópula?". Muy justos argumentos. Vamos a insinuaciones de respuestas que más lejos no sabría ir:

Las obras se ciernen inmensas, desesperadas y solas allá arriba en la oscuridad de siempre. Yo he visto, cierta vez, en un amarillo mediodía de verano, yo he visto pasar, en plena oscuridad ambiente, gritos y dislocaciones del techo de la Sixtina. ¡No hay que imaginar que hago juegos con luces amarillas y oscuridades! Trepas y se verá que, así como la luz es permanente y su sombra sólo accidente nuestro, así también es permanente esa región negra donde vuelan cernidas las obras que aún no han encontrado destino. De este modo están y de este modo se las puede entrever. Hienden de pronto, una y mil veces, para estrellarse golpeando, con la esperanza de perforar... ¿qué? Cabezas, cabezas humanas. Pues cada cabeza humana es un óvulo perdido y hasta inútil que se balancea pegado a la tierra a impulsos de débiles soplos. A veces perforan, aquí o allí, y la preñez queda hecha. Hay entonces una cabeza encinta. Habrá luego un parto ¡vivo y completo!

Ahora bien, el parto no es una nueva obra, no es una idea, no es una filosofía, no es nada que se exprese directamente de hombre a hombre con los medios habituales de habitual comunicación. Ya he dicho que estos medios son de esperma.

El parto es otra cosa. Pero volvamos a la cabeza encinta: Ha sido perforada, ya no es sola y errante ni menos enloquecida en busca de finalidad. Ahora, al sentirse gestadora de un nuevo ser, golpea en ella la necesidad del más profundo recogimiento. Ahora, en el fondo de sus entrañas pensantes, siente que debe aislarse para concentrarse en el fruto que, desarrollándose, lleva dentro. Ahora, por aquí y por allá, en los sitios más insospechados, se abre una nueva Bóveda para recibir un nuevo huésped y adormecerlo ante el ajeteo de la vida despartándolo ante el mundo de la meditación solitaria. A esa Bóveda

ese hombre se dirige. Bóvedas, cavernas, sótanos, criptas, subterráneos..., debo decir las palabras que me arden en los labios: cuevas, madrigueras... Un hombre más ha entrado en ellas. Debo decir así porque así siento que me expreso mejor. De más advertir que el asilo para ese hombre bien puede hallarse allá en lo alto de unas montañas o en lo alto de cualquier torre o, si se quiere, al nivel de cualquier calle céntrica y bulliciosa. Pero a mí me gusta el sonido hondo de estas tres sílabas: "bó-ve-da"; y me gustan las palabras que su eco me despierta: sobre todo "caverna" y "¡madriguera!" Profunda, intrincada, azul madriguera y húmeda y goteante en un silencio con crujidos de ataúd. Allí la gestación y el parto vivo y completo. Pero no olvidemos una torre alúsimas y esbelta llena de sol sobre un cielo límpido.

Sea donde sea, los hombres fecundados por las grandes obras paren. Sus hijos abandonan torres y cavernas y van. ¡Van! Van y trabajan e influyen y guían y modelan lenta, lentamente como gusanos laboriosos hilando un inmenso capullo que envuelve a las épocas de la humanidad reflejándoles por leves filtraciones las directivas primeras que se inclinan hacia las últimas finalidades.

Estos reflejos excitan a nuevos hombres que se lanzan entonces a hacer y hacer más obras en su enloquecido acoplamiento de tanto placer que, a cada instante, se avecina a los horrores del dolor.

Pero precisemos hasta donde me sea posible. Me doy cuenta de que, más que hablar, estoy casi cantando. Volvamos dulcemente al recogimiento y a la meditación de un hombre alcanzado, perforado y ahora recluso y que, en su debido sitio, labora bajo el signo de la Paz.

Este hombre, separado de todo contacto humano, entra en la meditación pura, absoluta. Esta meditación es la gestación. Su fruto es un estado de espiritualidad que surge y vuela a conectarse con los egrégoros. Este hombre ha estrujado, de las obras que lo han fecundado, su contenido moral. Este contenido moral es el alimento de los egrégoros. Son los egrégoros, nada más que ellos, quienes marchan. Los hombres no marchan, no han aprendido aún a dar los primeros pasos. Los hombres son vegetales con raíces, inmóviles. Sus flores pueden crear, ya lo sabemos, sus flores pueden dar el perfume de las obras. Este perfume forma, cuando lo fecunda, a un solitario en meditación. De ambos sale el nuevo ser que actúa sobre la marcha del egrégor. Al percibir los pasos lentos del egrégor, el conjunto de hombres se doblega un tanto y, sin querer, siéntese empujado y algo camina, en algo sigue la marcha única. No es otro el proceso. Los hombres herméticamente reclusos, tildados de inútiles, son los que dan el combustible a lo único que marcha y hace marchar.

Todo esto lo vi —presente, hierático, firme— frente a la estatua de *La Muerte*. Todo esto se me había insinuado la primera vez que la vi. Ahora estallaba.

¿Se ve el proceso total? Primero: se pare en el aislamiento anónimo. Segundo: el fruto del parto va a laborar en la constitución de un egrégor. Tercero: el egrégor se inclina y algo marcha. Cuarto: los hombres, sin saber por qué, algo obedecen y se inquietan. Quinto: esta inquietud les induce y hasta les fuerza a echar fuera células fecundadoras. Sexto: quedan éstas en la tiniebla permanente tratando de hender, tratando de perforar un óvulo pensante. Séptimo: lo logran y entonces un hombre se recluye para dar a luz un paladín más que parte hacia la gran obra total, allá, allá arriba o allá lejos, o aquí abajo o aquí cerca... ¡que los egrégoros están fuera y dentro de todo aquello que llamamos sitios y aun espacio!

Tal es el proceso.

Ante este proceso..., aquí estoy yo, aquí estoy como petrificado.

Éste es otro asunto: yo. Yo... o hacedor de obras, de espermatozoides volátiles; o vientre sumiso que espera la fecundación. Yo, en buenas cuentas, indeciso, balanceándome entre estos dos polos sin poder aún distinguir mi verdadero sexo. Pequeña tragedia, si se quiere, pero tragedia al fin y al cabo. Porque toda indecisión es trágica. Cuando quiero escribir, el espectro de la detención me retiene y digo y afirmo, a pesar mío, que "aun anotar, aun tratar de dar cuerpo, me parece un acto de detención"; cuando quiero sumergirme en mi Bóveda dejo a Rosendo la puerta abierta y una vez, en mi gran ropero de tres espejos, encerré a Chinchilla...

Yo... A menudo me encuentro ridículo al verme en este punto de interrogación, como una doncella que se preguntara si está ya o no está todavía en estado de... ¡Ridículo! Sin embargo no hay ridículo que no tenga su contraparte y hay algo, aquí en esta duda, que me hace cavilar: pienso en estos reclusos, en eremitas, anacoretas, penitentes o como quieran llamarse; pienso en los grandes de estos grupos, por cierto; en los que se han alejado sin que ningún psicoanalista, ni siquiera el doctor Pitrufluén, pueda explicar su alejamiento con el saber de su especialidad. Pienso en ellos y no sé por qué llego a la conclusión de que esta gente va a sus respectivos encierros con un equipaje o pasaporte o salvoconducto imprescindible, sin el cual no hay puerta de encierro que pueda abrirse. ¿Qué es esto? Después... ¡ya se verá!

Este salvoconducto —llamémoslo así— que hace ceder las puertas como el "¡Sésamo, ábretel!", es simplemente una sensación; es, mejor dicho, la plena sensación con certeza plena del sitio que *ya* se ocupa y *desde* el cual hay que avanzar. Quien carezca de este salvoconducto será expulsado irremediabilmente de su encierro aunque éste haya sido elevado a la categoría de templo.

Este salvoconducto lleva estampada la cancelación de todo trato directo con los hombres para entrar, en cambio, al trato indirecto con ellos; sea... por intermedio de los egrégos. Debe sentirse —¡con plena certeza; no olvidarlo!— que ahora ya es el momento de actuar en la fuente misma que modela —desde lejos, muy lejos— nuestra marcha total, en ese pensamiento común de esa mente común a la que todos pertenecemos y de la cual nuestras personalidades individuales son sólo intentos, ansias, si se quiere, ansias de la presencia de la eternidad.

¡Ansias, sí, de que la cosa siga y no se detenga jamás! Cada personalidad —cuando logra manifestarse, claro está— no es más que un ansia. Cada personalidad es un grito. Cada grito tiene un eco. Cada eco, tarde o temprano, es oído. Y al ser oído, un hombre se oculta para parir en forma de honda comunión espiritual y con el zumo puro de un significado moral; un hombre se oculta para parir a ese paladín que, así constituido, va a fundirse en el pensamiento y directivas comunes.

No debo olvidar que he sabido que cualquier obra o creación del hombre, susceptible de ser percibida por alguno de sus sentidos, es intento, es proyecto o esperanza, es elemento fecundador, es misión; no es individuo actuante y definitivo. El individuo actuante y definitivo es el fruto del espíritu del solitario cuyo contenido moral va más allá de cada persona para alcanzar la personalidad que todas juntas formamos.

Pero volvamos al salvoconducto, mejor dicho —ya que de mí se trata—, volvamos a averiguar si yo lo tengo o no lo tengo. Ya estaba otra vez cantando en vez de escribir.

Está claro mi problema: o llego a la Bóveda sin dejar tras de mí una estela de psico-

análisis que indique a los Pitrufluén mi escondite; o dejo la estela y los Pitrufluén entonces me sacan de ella a latigazos. En buenas cuentas, ¿tengo conmigo ese salvoconducto con las debidas cancelaciones? Por momentos, sí. Pero a menudo, no. Prueba de esto último es que aquí estoy atisbando. Sin embargo...

Sin embargo algo me dice que en la Bóveda, en mi Bóveda de La Cantera, recuperaré esa sensación. Pero este algo lo insinúa, lo susurra, no lo dice, no, con la claridad rotunda de las voces de Santa Sabina o de la voz del tranvía de San Bernardo. Voces, todas ellas nítidas, irrefutables y al mismo tiempo instantáneas. No sabría explicarlas mejor que diciendo que su lenguaje es lo contrario de la investigación que, con cálculos tras cálculos, llega a una claridad. Un susurro apenas. Basta él para saber que debo sumergirme en lo que otros, todos, llaman la nada.

En la nada pero dejando a Rosendo la puerta abierta de par en par. Al comienzo. Luego, entreabierta. Al final, clausurada. Tal es mi intento. Una marcha lenta pero segura. No creo que sea beneficioso un arranque violento. La presencia de los hombres de la vida bulliciosa me darán el punto de apoyo para valorar la vida del silencio. No puede emprenderse semejante aventura sin antes saber debidamente qué es lo que se abandona y adónde uno se encamina. Hay que conocer muy bien la ruta. Pues a menudo ocurre que ante nuestra vista se extiende una carretera grande, recta, lisa y que, naturalmente, se aleja, se va, va, sigue y... es toda ella un error, un espejismo. La carretera no va, no adelanta; retrocede. A cada paso que creemos dar hacia el frente, vamos hacia atrás hundiéndonos.

Recuerdo ahora una pequeña sucesión de hechos, en San Agustín de Tango, hace muchos años: acababa de pasar el tiempo de los primeros automóviles y la gente ya empezaba a habituarse a ellos. Esta gente —la de San Agustín de Tango, se entiende— es muy, muy emprendedora, según se dice. Discurrieron pronto que, si era verdad que no podían aún fabricar automóviles completos, podían, en cambio, fabricar las carrocerías. La cosa tuvo tanta acogida como indiferencia tuvo en las demás ciudades de Chile. He aquí, pues, a nuestra gente lanzando la primera fábrica de carrocerías para automóviles de toda América del Sur. Acudieron capitales, acudieron técnicos y ¡a la obra! El directorio era asaz perspicaz y con agudeza se dijo que sus carrocerías, como todo lo de esta época veloz, tenían que progresar de modo que cada una fuese mejor que la anterior presentando cada vez una novedad deslumbrante. Pues, claro está, en los Estados Unidos y en Europa los fabricantes no iban a irse en zaga y había que afrontar la competencia. Acudieron, entonces, a un llamado del directorio, los hombres creadores e imaginativos. ¡Hermosa brega de ingenios! Por corto tiempo mostraron cierta timidez mas de pronto, como si se les hubiese abierto una compuerta, arremetieron con sus modificaciones, agregados e invenciones. Luego las carrocerías se hicieron estrechas para cobijar los aderezos de comodidad que se les imponía y fueron agrandadas: rejillas para valijas, mueblecillos para bastones y paraguas, perchitas para gabanes y sombreros de copa y espejos y soportés movibles y polveras y cestos y cojines apropiados para el perro o el gatito y hasta pluma, tinta y secante por sí un viajero, durante sus correrías, deseaba escribir sus impresiones o veíase en la necesidad de extender un cheque. La satisfacción de los honorables santagustintanguenos no conocía límites. Mas un grupo de estos imaginativos varones frunció el ceño: mucho se hacía por la comodidad pero poco, muy poco por la estética. Magníficas cual coches camas eran ya las carrocerías pero carecían totalmente de estilo. Uno de los del grupo dibujó entonces y entregó a la fábrica un modelo inspirado en las carrozas de antaño. Otro más agudo puso su inspiración en el arte renacentista. Y, con estos ejemplos, los demás se

lanzaron a rebuscar y hacer revivir todas las buenas épocas del pasado. ¡Qué galanas se vieron pronto las calles de tan querida ciudad! Por ellas, ante el pasmo admirativo de sus habitantes, desfilaban automóviles Luis XV, automóviles incásicos y aztecas, isabelinos y chinos y no faltaban los góticos y los griegos y los egipcios y caldeos. Además los artistas del pincel, y aun del cincel, tomaron cartas en el asunto y luego no hubo coche que se respetara que no estuviese, tanto por fuera como por dentro, ricamente decorado. Hasta se produjo una feroz polémica, que más de una vez bajó a vías de hecho, entre los que opinaban que, tocante a decoración, los artistas santagustintanguenños deberían ser los únicos decoradores con obras de sus propias creaciones; y los que se inclinaban a favor de las obras maestras copiadas de los grandes momentos de cada estilo pasado. Al pasar diré que mi amigo Rubén de Loa, que tanto admiré en su colaboración con el chino Fa, hizo aquí sus primeros ensayos pictóricos con el Panhard del entonces Intendente. Ahora se ha de pensar que en aquellos años no había carretera alguna que comunicara a San Agustín de Tango con Santiago ni otra ciudad, de modo que los puntos de comparación de estas carrocerías con las que en otras partes se fabricaban eran prácticamente inexistentes. Hay que agregar que la aduana de nuestra ciudad no permitía la entrada a ningún coche carrozado. Vivíase, pues, al respecto, en un mundo hermético. Hasta el día de las fiestas del centenario, en 1910. San Agustín de Tango quiso deslumbrar y sabido es que gastó para ello más dinero que la misma capital. La aduana permitió la entrada de todo coche carrozado para comodidad de los propietarios visitantes. El público esperaba temeroso modelos tan soberbios que ensombrecerían a los locales. Se hablaba que de Lima y Valparaíso llegarían —por mar, claro está— autos con carrocerías prehistóricas y aun antediluvianas que en su interior llevaban lavabos modernos y peluquerías. Vinieron las fiestas y con ellas los coches y... Bueno, ya se comprenderá la confusión y jaleo que se formó. Fue aquello una desilusión que luego se trocó en desesperación. La gente comprendió, en pocas horas, el error en que estaban. La fábrica de carrocerías fue asaltada; muchos coches fueron apedreados; todos los técnicos silbados y vejados. Varios amigos míos, que habían invertido su dinero en la fábrica, se arruinaron. Y desde entonces los coches que empezaron a circular por esas calles fueron adelgazándose, simplificándose y aerodinamizándose.

¿Se comprenderá por qué este hecho ha venido ahora a mi memoria? ¿Se comprenderá el significado que él puede alcanzar para mí? Esos que llamé hombres creadores e imaginativos eran, puedo afirmarlo, hombres de primera calidad. Si sus decoraciones se hubiesen conservado y hoy se pusiesen en adecuado lugar, recibirían elogios de la gente más enterada y severa. Que baste recordar que entre ellos estaba nada menos que de Loa que, aunque en sus comienzos, vaticinaba ya en su Panhard el innegable artista que llegaría a ser. Nada, pues, se les puede reprochar; por el contrario, se les debe felicitar. Cuanto a los técnicos, igual cosa. Sus carrocerías eran verdaderos modelos de seguridad, de comodidad y de trabajo bien terminado. Los diversos utensilios que llevaban, verdaderas joyas en su género. ¿Entonces? ¿Qué pasó? ¿Por qué asaltos, pedradas y vejámenes? ¿Injusticia, equivocación del populacho? ¡No, por cierto, no! Cualquiera que hoy viera aparecer uno de esos absurdos mastodontes, acometería en contra de él con bombas de mano, si fuera posible. ¿Entonces? ¿Qué...?

Es que se había partido de un error primero y, desde ese momento, la marcha se había iniciado al revés. Nada más. El punto de partida había sido falso. Y entonces la pericia y el talento de los hombres, sin perder ni un ápice de sus excelsas cualidades, se quemaban y se fundían en el yerro y en la completa inutilidad. Nada más.

Es a esa marcha a la inversa a la que temo. No temo perder, en la paz de mi Bóveda, las cualidades —excelsas o no— que pueda yo tener. Temo tan sólo que se explayen fuera de sitio y que entonces se quemen y se fundan en el vacío inútil.

¿Será este temor el secreto que guarda mi puerta nunca bien cerrada?

Creo, a veces, oír una voz serena y de buen sentido que me advierte que yo, como los hombres de las carrocerías, he dejado de lado *la primera sentencia*.

Toda primera sentencia es el germen, completo aunque latente, del último objetivo.

En el caso de aquellos trabajadores de San Agustín de Tango el germen, en su objetivo final, era la velocidad pasando a través de un motor. Velocidad y motor habían sido olvidados.

En el caso del aislamiento, la primera sentencia es esa sensación con certeza de que hablo y que llamo “salvoconducto”. Esa sensación de plenitud absoluta y que ningún psicoanalista puede coger por carecer de asideros para él. Una plenitud tal que toda puerta se cierra ante ella desde un principio y automáticamente. Y esta sensación no viene, por cierto, a un llamado, no se acerca con la reflexión ni con convencimiento alguno. O está allí o no está. O su presencia tiene algo de eternidad o es la ausencia permanente.

A veces creo y a veces siento que esta sensación tiene algo de un recuerdo. El recuerdo de lo ya sucedido, de lo ya cancelado. Pienso que el hombre que todo lo abandona para pasar a la etapa de la meditación pura, ha de llevar el recuerdo de la obra ya realizada. ¿Obra hecha por él mismo? ¿Es decir que, por cada hombre que así se va, queda en otro sitio una obra, su obra? No, por cierto. Es esto algo más allá de la personalidad de una vida. Estos hombres han agotado la creación con obras ya hechas, ya existentes desde mucho tiempo, han agotado el espíritu de ellas y por esto se han liberado de su reproducción. Ya en las creaciones han comulgado y pueden ahora partir. Ya el sentido de ellas está viviendo y es completo; ahora es necesario estrujar su contenido moral y darle realidad y potencia en otros planos.

Cierta vez que de esto hablé con Florencio Naltagua, me observó —no sin una ligera ironía— que tales ideas me tendrían que inclinar hacia la idea madre de la reencarnación. Se basaba en esa sensación que algo tenía de *recuerdo*. Al principio me paralizó. Luego le dije que yo no necesitaba de otras vidas anteriores para ver todo mi panorama con lógica y armonía. Pues súbitamente vi que las demás vidas de la humanidad pueden, en ciertos momentos, ser las nuestras. Me acuerdo que le dije:

—Es un miraje considerarnos individuales y no percibir que siempre hemos vivido y viviremos.

Luego agregué:

—Cuando sabemos ingerir a las demás vidas...

Naltagua sonrió y nada me dijo.

Comprendo que cuanto hablo puede no tener importancia; puede ser, según desde donde se mire, un simple desvarío.

Poca o ninguna importancia, sin embargo no debo olvidar que es mi creencia que todos llevan estos problemas escondidos muy adentro. Entonces no está de más lanzar sondas, de vez en cuando, lo más hondo que sea posible.

Mi posición ante los egrégos no es envidiable. No me quieren. La voz de orden que hoy entonan no está en perfecto acuerdo conmigo. Se me persigue. Debo resbalar con suma prudencia. Me tienen en lista, en la mala lista.

Aquí es donde muchos no entienden. Espero que los biógrafos para algo han de servir

y puedan remediar. No entienden mis cuidados y precauciones y que siempre yo desconfie, pues alegan el cariño y la gran estimación de que estoy rodeado. Es verdad. ¡Claro! ¡Verdad! Tomado cada amigo aisladamente. ¡Qué cosa absurda! Como si ello fuese posible... Tomar algo –¡qué decir seres!; ¡qué decir hombres!– aisladamente... Todos juntos, es lo que cuenta. El espíritu, la intención común en la mente general. Esta mente está en mi contra.

Los insectos –las chinches, los tábanos, las vinchucas– pican y no hay vida humana sostenible pasado un determinado número de insectos determinados. Ningún insecto, desde el día de la creación, ha tenido ninguna mala intención para con los humanos. Todos ellos ignoran la existencia de los humanos, aun de los más ilustres entre todos. Y pican, pican y pican.

¡Bienvenidos sean ahora los señores de Re y de Do por haber acudido a mi memoria! He sabido que me estimaban, que me estiman y no veo razón alguna para que no sigan estimándome. Ellos dieron varias páginas más para las biografías y a mí, un recuerdo intenso más. Sin embargo, no olvidemos, no:

“¿Cómo encontrar la buena puerta? Una equivocación cualquiera y podrían romperle a uno la crisma de un botellazo.

Mejor volver sensata y honestamente a casa.

La ley no quiere espectadores, quiere actores.

Y los actores deben jugar su fortuna, su cráneo, todo...

Sigamos a casa.

Castellana, Alcalá, Barquillo”.

No soy pusilánime; soy precavido; lo cual es muy diferente. Por precavido, sea por inteligente, quiero cobijarme. Es una manera de defenderse, es decir, de pelear. Igualmente pelea el soldado que ataca la trinchera que el que está dentro de la trinchera.

Cobijarse para pelear y ser. El hombre se defiende combatiendo, no esquivando. Es boxeador y no torero o, mejor, puede ser torero hasta que coge la espada. Cobijarse para ser. Cobijarse dentro de una bóveda o bajo una mujer. ¿Por qué no? ¿Qué mujer que se precie no es, en el fondo, una bóveda? ¡Lumba Corintia! Acaba de pasar por mi vida como... En fin, no encuentro la analogía poética digna de tal paso. Pero si la encontrara, así pasó Lumba Corintia.

Lumba Corintia y la madre. Hay dos clases principales de madres, al menos para nuestras consideraciones: a) la biológica que nos da a luz; b) la psicoanalítica que nos hunde en las tinieblas. Ambas cobijan a su modo. La que hoy me interesa es la b. Debe interesarnos porque no existe. Lo que no existe tiene tanto interés como lo que existe, pues es lo que hace ver, verificar, establecer y creer. Es el respaldo, el apoyo. Sin lo no existente, lo existente sería invisible. La madre psicoanalítica no existe porque no es ella ni ninguna persona de carne y hueso. ¡Abajo, pues, la palabra “madre”! Yo ya lo sospechaba de tiempo atrás, creo que desde que, poéticamente, pasó por mi vida Lumba Corintia. El doctor Pitrufuquén me lo afirmó no ha mucho. Y cuando esta afirmación quise ratificarla con el doctor Hualañé, éste sonrió, me golpeó el hombro y me aseguró que su colega era una eminencia a pesar de su juventud, 11 años de edad. Esto de la madre b –nos lo aseguramos mutuamente– es un equívoco, una comodidad de palabras que ha desvirtuado el verdadero significado de la cosa, acarreando muchos males. Porque ha hecho partir mal, con un mal punto de partida, como las carrocerías de San Agustín de Tango anteriores al centenario. Hoy día, pues, una madre psicoanalítica, hacedora de complejos, es como un 12

cilindros carrozado por Gengis Kan. Con la diferencia de que un coche así sería sacado de la circulación y llevado a un museo; mientras que una madre así es sacada del museo y puesta en circulación. ¡Imbéciles! Lo que llaman "madre" esas gentes... No importaría que de este modo llamaran o de cualquier otro modo si antes aceptaran que tal nombre es un simple nombre. Lo malo es que identifican el fenómeno que quieren nombrar con toda mujer que ha tenido un hijo, con toda buena señora por gruesa y plácida que sea. ¡Absurdo! Lo que llaman "madre" es un impulso, un ímpetu. ¡Nada más! ¿Puede verse un impulso, un ímpetu con largas faldas y quitasol? ¿O bien con short y melena? ¡Absurdo!

Impulso, ímpetu... Yo diría: es un *contacto primero*. ¡Eso es! Es un contacto primero que la opresión de la calavera reduce y aleja y hace que uno entonces lo añore. Reencontrarlo es una misión sagrada. No afrontarlo, cuando ha golpeado por dentro de los huesos de la calavera, es una falta, una falta al deber, es la neurosis. ¿Qué tiene que ver con esto la *mamá*?

No olvidar estas dos palabras: "contacto primero". Para aclararlas, escribir que son el germen del contacto último. Y entre ambos, una lucha despiadada entre calaveras y huesos, sobre todo calaveras. Por eso éstas han sido siempre símbolos enormes de algo superior, de más allá.

No afrontar es la neurosis. ¿Por qué entonces no afrontar? Porque aún los egrégos no han dado el permiso para que ella sea una misión natural y general de los hombres. No han dado el permiso aún, no han dado el salvoconducto. Porque aún, aquí abajo, hay muchas bestezuelas que matar y muchas reses que beneficiar. Además porque dar un salvoconducto, para darlo sin riesgos, tienen primero que ir adelante y solos muchos pioneros dispuestos a fracasar, a morir, pero también a abrir las primeras brechas. Mientras algunos no se quiebran no habrá paso libre. Para quebrarse ha de encontrarse animosidad. Otra vez hemos vuelto a lo mismo...

¡Me odian, me odian! ¿Las gentes? Ya he dicho que no me refiero a ellas. Podrían adorarme todas y el odio seguiría igual. Podrían aborrecerme todas y no por eso aumentaría de un gramo el odio que se me tiene. Es un odio arriba, más arriba, un odio de principio el que se cierne sobre mí. Hay una región altísima donde no se me soporta ni se me perdona. Es así para todos los hombres que se arriesgan. Sólo que la mayoría no es consciente de esa región, no la ha visto, ella no ha venido a golpear, a llamar. La mayoría no ha tenido aún la audacia de interrogarla. Nuestras relaciones personales nada tienen que ver con esa región, sean ellas de odio o de amor. Pero claro está—digo yo— que bajo este peso constante de la región prohibida, las relaciones humanas han de teñirse malamente, han de tener cierta inclinación a la dureza. Por eso ante un odio, o una simple antipatía de aquí abajo, me afano—y a veces hasta me divierto— en buscar su primer origen: ¿es un choque tan sólo del trato de los hombres en este "aquí abajo", o es un reflejo de una manifestación de allá arriba?

Sea como sea, ¡la Bóveda! La vida en mi Bóveda tiene que llegar a ser tan intensa y completa que haga palidecer los goces de cualquiera otra vida. ¿Rosendo? Un vehículo, el primero para ir desprendiéndome. Después..., tal vez otros seres que se vayan llevando los últimos acordes del mundo, del "mundanal ruido". Por fin... Por fin todo un universo, ni más ni menos, un universo de seres y de cosas que traerá materiales para el alimento. Todo esto cuando ya haya vencido el Gran Temor. El Gran Temor está de pie en el umbral de mi puerta. ¡Curiosísima figura es la suya! Figura escuálida, macilenta, muy larga, con algo de los Parlamentos del chino Fa, pero más pronunciados sus rasgos. Y sin embargo en esta

figura... un hoyo, un hoyo negro, abismal, que es una garganta que cuando traga tritura causando espantosos dolores y que nunca, jamás devuelve a su víctima. Por esto, ¡alguna ventanita luminosa hacia la vida con pastos y flores al sol y el gato canterino corriendo por todas partes! Y con barrotes para asirme de ellos tanto por fuera como por dentro.

Sea como sea, al llegar a la Bóveda –al llegar definitivamente; ya he llegado muchas veces a medias– sé que tendré, ante todo, una tarea bastante dura e inevitable. Nada de esto quita que pueda ser de alto interés si tengo el suficiente humor. Nadie podrá negarme que es de alto interés hacer un buen día, mejor dicho, repetir un buen día el acto que hacen todos, absolutamente todos los hombres desde que nacen y por el hecho de nacer, y durante la mayor parte de la existencia; hacerlo, repetirlo un buen día cualquiera, obligadamente, en poco tiempo y en una habitación previamente escogida de las casas de un fundo. Hacer en miniatura cosas que son enormes es siempre interesante. Aumenta su interés el hecho de que este acto es parecido al de la mayoría de los viajeros, sean inteligentes o necios, cuando han terminado el viaje y vuelven al hogar: rodearse de su equipaje, ir abriéndolo delectosamente y volver a ver todo lo que se ha traído durante las correrías que acaban de terminar. Esto de los viajeros es en reducido y en casi grotesco. En grande y serio es: desde el día del nacimiento y durante largos años de la vida. ¿Qué hacemos todos en este último caso?

¡Es la desesperante llegada al mundo! Todos llegamos cargados de baúles. Para vivir plenamente hay que ir sacando objetos y objetos y a cada uno hay que ir encontrándole su ubicación y, una vez ubicado, su utilidad. En miles de casos de profundo desasosiego –y de aquí, a la neurosis; y de aquí, hasta el suicidio– la causa radica en un objeto colocado fuera de sitio; o bien que ante otro objeto el hombre se pregunte –como lo hace un turista distraído–: “¿Cuándo o dónde o para qué compré yo esto?”.

Esta es la gran tarea antes de vivir plenamente: rodearse del equipaje que hemos traído al nacer, desembalarlo y, concienzudamente, reconocerlo, apartarlo, abrirlo, clasificarlo, ordenarlo y devolverle su utilidad.

Al pasar diré que yo, una noche durante las vacaciones de Curihuc, quedé en casi meditación interrogativa ante el dragón de Chekiang de mi primo el capitán. Bueno, ¡al diablo el dragón!

Sea como sea, mi guaco, mi maravilloso guaco peruano, se verá pronto acompañado. ¡Feliz momento será éste! No se puede seguir con la cabeza convertida en un baúl mundo. No voy ahora a abrir mi baúl cabeza. Me asaltaría el miedo de que una dama, en un descuido mío, me robara algún objeto. Sí, tengo este miedo... aquí. ¿Y allá? A pesar de que será un feliz momento, también tengo miedo. No tengo miedo de mí mismo encerrado y desembalando, clasificando y colocando. Tengo confianza en mis esfuerzos por dar utilidad. ¡Tengo miedo de un tercer Lorenzo que puede levantarse a los pies de mi cama, por la mañana, apenas abra yo los ojos, y que ahí levantado, escualido, macilento, muy largo, con un hoyo negro y abismal, me obligue a convencerme de que él es la justa y sabia razón! ¡Como el espantoso espectro que, a veces se levanta a los pies de la cama del borracho, temprano por la mañana, para convencerlo de que en la noche anterior no hubo nada, absolutamente nada de justa y sabia razón! ¡Era un error todo lo de anoche! ¡Era, para mí, un error todo lo del día plácido de la Bóveda! Y ésta será una convicción inamovible.

Sin embargo –veo con claridad cada detalle–, sin embargo, después de esta convicción ¡qué tremendo vacío quedará en mí! Tú, el de ayer, ¿quién eras entonces? Puesto que eras

ver, ¿por qué ahora se niega tu visión? Reaccionaré porque en estos casos se reacciona. Diré luego:

“Tú, el de los pies de la cama, eres la tribu, eres el barro que reclama sus derechos de barro, eres el llamado atrás, eres lo nauseabundo.

Por lo nauseabundo riamos. Riamos y nada hay que temer. Sea como sea, iré a la Bóveda. Sé que el miedo se acercó cuando hablé de Lumba Corintia y del temor de que alguna dama me robara algo de mi baúl cabeza. Sé que ese temor es fundado pues sin mí enclaustrado allá en La Cantera, la gran obra de las *Biografías* perdería lo mejor. Ya los andamios y esqueletos han sido creados y apuntalados con un buen señor bajo llave y otro buen señor galopando por el mundo. Y es claro que hay que decirse:

“Como que los dos se pongan bajo llave o como que los dos salgan al galope...

¡Vano temor!

A ti te hablo ahora, Onofre Borneo:

–Allá en mi fundo está la Bóveda y allá en la Bóveda estaré yo.

¡Lumba Corintia! Ahora pienso en ella. Vamos en medio del Atlántico.

Nos encontramos la noche de Año Nuevo en casa de los Yumbel. Lo que había sido algo indefinido, tomó cuerpo inmediatamente. Dos meses. Hasta el 3 de marzo.

Nos veíamos en casa casi a diario. Una vez se nos ocurrió –ya que por casualidad nos encontramos en la calle Las Rosas esquina de Baquedano– ir a un hotel cualquiera. Fuimos al más cercano que yo conocía: hotel Rialto, en Andes 2044. Volvimos a él cuatro veces más. Había que darle a este amor algunas notas de variedad. Digo yo ahora. En realidad este amor fue más hondo de lo que yo pensé.

Me afano en buscar la verdad. ¿Hasta cuándo tendré que decirme y repetirme que no hay una verdad, una sola verdad? Todo ha sido cierto. Porque la naturaleza no es inamovible, no es fija. ¿No habíamos dicho –o yo lo he pensado– que cuanto es es dinámico y no estático? ¿O lo dinámico vamos a “estaticarlo” a nuestra medida y gusto? Sería romper un estático para caer en otro.

El mérito de Galileo Galilei fue ver que las cosas habían cambiado, que acababan de cambiar. Dudo de que cuando Ptolomeo escribió, la Tierra no fuese el centro del Universo.

Este cambio explica el fin de la Edad Media y la posibilidad del advenimiento del Renacimiento: los hombres cambiaron a su vez al colocarse como espectadores y observadores y dejar de ser centro que todo lo sabe y tiene.

Crear lo contrario es creer que los griegos y los constructores de catedrales eran entonces unos imbéciles. Si así se cree, ¿en qué quedamos?

Equivocarse es mucho más difícil de lo que se piensa. Porque todo, todo es convertible a fenómenos nuevos. Estos fenómenos son susceptibles de ser mirados de otro modo.

El joven artista que hoy rompe descnfrinado sus obras, es un cretino que no tiene razón de ser, que no obedece a nada. Pues no está en ningún centro perfecto, equilibrado y eterno. En cambio está, desde lejos y desde pequeño, observando, atisbando, atrapando. Como siempre todo ha sido cierto, ha de partir de la base que lo que hace es un documento que no debe romper. Tenía razón de romper el de siglos pasados. Muchos de éstos hicieron mal al no romper varias de sus obras.

Pues en aquellos tiempos el artista procedía por “inspiración”. ¿Qué es inspiración? Su obra se la enviaban las musas, las verdaderas Musas. Eran etéreas, eran fragantes y bastante necias. Los artistas eran Heraldos. De pronto las Musas –o Duendecillos– se mo-

faban de ellos o los dejaban de lado prefiriendo, justa o injustamente, a otros vecinos. ¿Quién, ante semejante caso, no se indigna? Es justo rebelarse y romper.

Hoy no es así. Las Musas deben tener otras cosas que hacer. Los hombres, ocupados en otras vías de acción, se aburren con ellas. Hoy el artista busca, estudia, investiga, desmonta, examina, ensaya. Si en un momento todo este trabajo ha ido mal, lo deja de lado y recomienza de otro modo. ¿Por qué enfadarse desenfrenadamente? ¿Contra quién? Tiene que ser contra sí mismo. Entonces hoy debe estudiarse, ver al médico especialista. Pero pelear con su sombra o con el espejo... ¡es ridículo!

Yo tuve un amor: Lumba Corintia.

Nos amamos, durante dos meses, como se aman todos los seres. Llenábamos los huecos hablando. Cuando la excitación nos cogía, íbamos a la cama. Esto en mi casa y cinco veces en el hotelucho de la calle Andes. Después... silencio. El silencio que sigue a la posesión. Ganas de irse, de alejarse lo más posible, que ella no hable. Ganas de llorar. Porque nace del fondo una intranquilidad de conciencia. Yo me veía como pecador. No del acto mismo, ¡ni qué pensarlo! Era sentirme con este don precioso de la vida y ¡no saberlo aprovechar!

¿Para qué vivo? Buscaba en vano la justificación. Vivir para asegurarse el día siguiente... ¡Qué poca cosa me parecía! Porque esto iba a durar siempre, siempre. Hasta el día de mi muerte. Entonces se me preguntaría: “¿Qué hiciste?”. Tendría que responder: “Lo grande lo dejaba, lo dejaba pasar porque había siempre cosas apremiantes...”. Hasta el día de la muerte.

Ahora, después del amor, silencio. Silencio de dentro. Silencio en todo el mundo.

Cuanto dormía hasta ese momento, se despereza y empieza a despertar. Hay un grito de la infancia; hay un proyecto de obra dentro de un cajón; oigo la voz de un amigo que se ha marchado. Todo esto no vive aquí conmigo. Todo da vueltas alrededor del patio grande de mi casa, ya oscuro. Allí está mi madre, quieta, se aburre o sueña. Allí están los gatos. Hace más bien calor. La vida es triste.

Yo caigo, caigo después del amor. Después del amor hay verdadero trabajo de reconstitución de la manera como hay que vivir.

¿Será esto caer? ¿No será el llamado?

Mis pensamientos son solos, aislados. Son imágenes. Poco a poco, como una bola de nieve, van creciendo. A ellos se apegan más cosas: sus razones de ser, su utilidad práctica, su moral. Es el trabajo de reconstitución, de reconstrucción. Por ejemplo: ese cajón con su obra dentro...; hay que hacerla, seguirla mañana, sin falta.

Lumba Corintia me mira. Entonces hablamos cualquier cosa.

A estas imágenes aisladas vienen, como insectos, a pegarse las demás cosas. Las cosas que forman la vida.

Lumba Corintia... No supe fijarme cuánto de ella recibía. Ahora estoy en París, en casa de un amigo, Jules Draguignan, rue Bonaparte, frente a la iglesia de Saint Sulpice. Aquí me alojo. Ver esta iglesia me hace recordar al buen amigo Teodoro Yumbel. No puedo dejar de pensar cuántas veces sus ojos se posaron sobre esas torres. También pienso en su *Ultimo Alcaraván* y en Jacqueline.

Hace un momento vi en el muro una pequeñita saltadura del papel. Recordé otras saltaduras, en mi casa, en Mosquito, allá en Santiago. Recuerdo aquella que noté estando en cama, después del amor; Lumba Corintia estaba a mi lado. Callábamos. ¡Una nueva saltadura! Recuerdo que di un salto. ¡Qué suceso! De pronto me fijé que las conocía todas,

hasta las más pequeñitas manchas del papel. Las había registrado todas, todas, en esas horas después del amor. Me dije:

“¡No, no! ¡No es posible que mi vida esté reducida a esto!

Había caído un peso más para determinarme a partir. Partí. ¿Para qué?

Esta pregunta me la formulé a bordo del Aconcagua más de una vez.

¿Por qué voy navegando? ¿Adónde voy? Voy huyendo, huyendo. Huyo de mí. Siento que cada vez me alcanzo más. Inutilidad, pues, de huir.

No he estado para nada en la formación de este viaje. ¿Puede decirse que los pájaros emigren por *su voluntad*? Yo emigro por fuerzas ajenas, fuerzas que están en mi subconsciencia, o más lejos.

Cobardía, indecisión para decirme: “Esta es mi vida y no hay más”. Echar lejos a todo y a todos los demás.

Siempre en espera de que *algo* va a aparecer. Como no aparece, empiezan las fuerzas subconscientes a empujar. Lo único que tiene que aparecer soy yo.

Pero nada de esto justifica que haya tomado un barco, que haya sufrido y haya hecho sufrir.

Porque Lumba Corintia sufre.

Luego tuve miedo. Fue en Cristóbal. Bajé como todos los pasajeros. Al volver al barco, atracado al muelle, me detuve a mirarlo. Vi la conciencia propia, interior de un barco, al mirar su chimenea. Ya era de noche. Se alumbraba el barco con grandes focos. Su conciencia —no encontré otra comparación posible— era como la de una araña velluda en reposo.

Es raro cómo soy asaltado por la imagen de la araña velluda. Las veo por decenas, por centenas a lo largo de mi vida. Por aquí, por allí, siempre, solitarias, marchando perezosas o corriendo, saliendo o introduciéndose en su agujero.

El ensueño permanente: un ritmo sosegado de meditación, una revelación por día, la vida estremecedora con mis fantasmas resucitados y luego, y por ella, el misterio de las yerbas y las bestezuelas. Un caserón al fondo. Todo esto está ligado, es uno, con la araña grande, grande como una jaiva. Como la araña aquella, de noche, en mi pieza de La Cantera, noche de pana de electricidad; nos alumbrábamos con velas. Yo estoy en cama y leo. De pronto miro justo sobre ella. Se había detenido en el suelo, sola, grande, muda. Hice un cambucho que le puse por delante. Entró. La llevé hacia fuera y la solté para que volviera a encontrar su agujero.

Retrocedo hacia mi infancia. No hay una línea recta y clara. En Gavilán hay una vuelta, un tope. Tal vez allí se me hizo consciente. Veo, con perfecta nitidez, el convento de San Agustín y en él la estatua. Allí, esa tarde, pensé que sólo en la soledad, adormecidos los ruidos trepidantes de la vida, podría florecer en mí la felicidad estable que no se rompe al choque de los hombres.

Hacía una semana que arrastraba por las calles de Lima mi vida de pereza y de curiosidad anémica. Sólo por las noches lograba hacer retroceder a los hombres. Pero esto no bastaba. Porque cada noche eran proyectos para el día siguiente. Cuando esos hombres retrocedían junto con lo que hay de duro y mezquino, era la paz feliz. Mas en ella yo me encontraba sin finalidad, cruzados los brazos, engañado. El día octavo apareció Gavilán. ¡Soledad! Pensé en La Cantera con sus conejos y sus ratas. Un animal grande, una vaca. El tren que pasa a lo lejos llevándose a los hombres del ruido.

Ahora estos pensamientos revivían en mí. La Cantera será mi templo. De vez en cuando iré a Santiago. ¡Lumba Corintia!

Pero todo esto es *futuro*. Cuando llegue a mí será *presente*. El presente es nuestro purgatorio. Porque en él está asentada la conciencia.

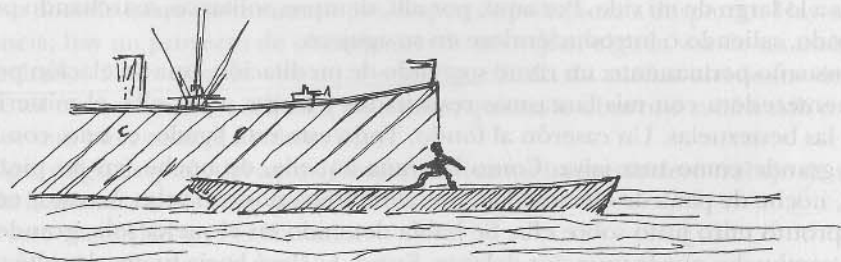
¿Es entonces por el hecho de haberla tocado con la conciencia que la vida se escapa? La vida necesita campo de visión. Toco esto... ya no es vida; toco lo otro... tampoco; como todo lo toco, no hay vida para mí.

Sin embargo esto no puede ser. Pues aunque mi conciencia se multiplique por mil, aunque todos sus tentáculos se estiren, la vida no se ha de detener para mí. Luego vivo, vivo, estoy viviendo y no sé cómo, no sé dónde ni en qué. Si lo supiera, huiría, se marchitaría allí mismo. Pero reaparecería, fatalmente, en otra parte. Esto es obsesionante, marea, me precipita en el vértigo. Por eso, alrededor de ello, tengo que girar y girar.

Hay pequeños hechos que se transforman y, al transformarse, se agigantan. Hay uno pequeñito que yacía en una vieja libreta mía. Data de Almería, de la época de mis primeros viajes. Hacía tiempo, mucho tiempo que no veía esa libreta. Un día la vi y encontré el dibujo, mejor dicho, el dibujito, con una larga nota. Decía ésta:

“Lo que tendrá que transformarse en irresistible nostalgia de viajar, de no estar arraigado, de no fijar plaza y echar raíces; la nostalgia de volver a repetir la sensación de inestabilidad con toda su serie de impresiones propias; la nostalgia de rodar. Esto es un remedo de caer al vicio y la degradación que, al final, trae un levantamiento análogo a la muerte y resurrección.

“En Chile voy a habituarme, lo sé. ¿Hasta cuándo? Hasta un cierto día en que me acordaré súbitamente de esta visión que acabo de tener aquí en Almería. Ha sido así:



“Un buque fondeado al fondo. Frente a él pasa una lancha. En su proa va un hombre. Ahora bien, junto con coincidir la figura de este hombre con el perfil de la proa del buque, el hombre se levanta, da media vuelta y se pone en marcha hacia la popa de la lancha. Estuvo, pues, durante toda su marcha, coincidiendo exactamente con esa línea del buque. Es todo. Cuando llegó a popa, su velocidad hacia adelante fue enorme. Se alejó, se arrancó del buque.

En Chile habré olvidado al buque, la lancha y el hombre. Al encontrarme con mi libreta, los recordaré. Con gran estupor, entonces, me daré cuenta de que toda una serie, todo un modo mío, no se repite más, no vuelve a producirse. Es decir que llevo un miembro gangrenado donde podría estar palpitando la vida.

“La visión en sí no tiene mayor importancia. Pero es el signo que desata esa serie, signo que, al no tener yo mucha conciencia sobre él, se transformará en algo tan agudo que no lo podré soportar. Pues reaparecerán miles y miles de pensamientos que me eran habituales, hoy ya dormidos, gangrenados”.

Esta visión me fue natural: que un hombre, a pesar de estar caminando, quedara siempre en el mismo sitio. Se me ocurrió anotarlo para no tener las manos vacías. Estaba yo a bordo, hora de la partida, pero no partíamos. Apoyado en la baranda de babor miraba y me aburría esperando zarpar. Sin querer anoté algo que más tarde obraría como un incitante para viajar.

Pero falta orden aquí. Me diluyo ante pequeños hechos. Debo ir al fondo.

Arde una llama en mi pecho. Resuena siempre en mis oídos el idilio con Lumba Corintia. Ahora ha crecido, se ha agigantado. Mientras estuve plenamente en él, no veía. Era una de las tantas cosas que *tenían* que suceder a todo buen hombre. Fuimos al hotelucho Rialto para dar a nuestro amor cierto cariz de aventura. Es decir, no tuve conciencia del momento en que vivía. Habría tenido que vivir en lo eterno. Entonces habría podido apreciar cada instante y saborearlo, habría podido aislarlo y ver su propio valor.

Cuando estuve con Lumba Corintia no pude vivir en su plenitud esos momentos porque no lograba arrancarlos del espacio-tiempo. Para el espacio, era en Santiago, la permanente evocación de París; en París es el recuerdo de Santiago. Para el tiempo es saber que he de dejar que él pase sobre los hechos para que éstos den sus frutos. No porque los frutos no estén aún sino porque, a causa de nuestra condición humana, el tiempo obra en el presente como una lápida. ¿Por qué ha de ser así, por qué permitir que el tiempo sea nuestro enemigo en vez de nuestro mejor colaborador?

Hay que coger el futuro, arrancarlo de donde está y arrastrarlo al presente. Fundir los fragmentos que se desenvuelven, fundirlos en un todo actual. A este actual, así formado, yo lo llamo lo eterno.

Recordar es como imaginar.

Es nuestra condición la que nos hace creer que lo primero, recordar, está basado en una realidad; lo segundo, imaginar, en una suposición.

Ahora bien, al recordar uno ve en globo, o sea en unidad, lo que es contrario al vivir en que uno ve los momentos fraccionados.

“¡Allá ellos!”. Fue el grito cuando abandoné Chile. Un hombre que sea egocéntrico tiene, al fin, que estallar al echarse sobre sí mismo y querer manejar todos los atributos de Dios. Es su imagen, por cierto, lo es. Pero el vecino también lo es. Sería como querer vivir, hoy día, un hombre sin contar para nada con la repartición del trabajo.

No, no soy Dios.

Aunque hacia allá iba. Largo, largo camino.

Soy hombre, uno de los tantos miles de millones que hay sobre la Tierra. Lumba Corintia me lo confirmará.

Es el dualismo en el tiempo nuestra ruina: no coger lo vital.

Ahora que lo sé, no volverá a vencerme. Ahora iré a Lumba Corintia plenamente consciente. Como intensidad, ella reemplazará la Bóveda.

¿Y si no estuviera? ¿Si otro amor ocupara ahora su mente?

Entonces iré a San Agustín de Tango. Ciudad hermosa. Todo el mundo allí trabaja, se agita o está de juerga. Además no es mi ciudad. Nací en Santiago. Me evitaré la influencia negativa de los Polos. En San Agustín de Tango conozco gente, podré entrar en todos los círculos, libre de envolturas familiares. Llevaré una lista de interrogantes. En el ajetreo la vida no calla. Se me responderá a los 15 puntos. Aquí los tengo pero, por hoy, duermen. Allá despertarán. Aquí están:

I. Conos que se levantan;

2. Ratonzuelo que sufre;
3. Gato que pone fin;
4. Aglomerado que vuela;
5. Firma que se estampa;
6. Viluco que es;
7. Personajes que saludan;
8. Monstruo que sobreviene;
9. Objetos que marchan;
10. Tela que canta a un fallecido;
11. Triángulo que alza a un álamo;
12. Mujer que es raptada;
13. Virginidad que se pierde;
14. Naltagua que asegura;
15. Júpiter que pide la ayuda de una estrella.

Lo de Gavilán fue un golpe, fuerte, recio. Un golpe solo, aislado. Se levantó como la voz pura sin ecos. Luego vi su movimiento, vi como se desplazaba hacia Lumba Corintia. Hoy ya me es difícil deslindar donde termina el uno y donde empieza a levantarse el otro.

Después del amor, en la pieza N^o 8, del hotel Rialto, recuerdo la ventanita sobre la cama. Pequeña ventanita abierta sobre el cielo, un cielo azul, permanentemente azul. Hasta que hacía esteñido y en él entonces brillaba una estrella. Era en verano. Después era el reinado de las estrellas. Innumerables. Por la ventanita subía el canto del chiquillo, un chiquillo cualquiera, incógnito. Cantaba:

Anoche y antenoche y entamañana
Me salieron los perros 'e 'oña Juana
¡Sí, ay ay ay!

Quando lo oí por primera vez, me molestó. Después... no lo oí. Ahora todo se tiñe con esas notas.

La quería yo a Lumba Corintia. Y me aburría. La tenía en la piel. Cuando me di cuenta de que ella también me quería, nuestro amor quedó clasificado, estampado. La vida huyó de él. Había necesidad de buscarla en otra parte. Lumba Corintia detuvo, por algunos días, la necedad y las discusiones necias de mis amigos. Las creía terminadas para siempre. Pero ahora me quería, estaba en mi vida. Los amigos, con Curihue entero, se precipitaron nuevamente en mi vida. Ella no podía detenerlos. Me quería. Era parte de mí mismo, era yo.

Todo lo que tenía que hacer solo, ahora ¡a dos! Estaba en el punto de partida.

Y la piel, la piel... Antes del amor la deseaba con rabia. Después sentía que un malestar se insinuaba, tomaba de más en más sitio en mis relaciones con ella.

A veces, estando separados, me preguntaba:

“¿Qué era, en realidad, qué significaba este pajarito caído en medio de mi vida?”

Nos encontrábamos. Íbamos al Rialto. Cinco veces. Yo llevaba la intención de saberlo. Era mejor ir al Rialto que a mi casa. En mi casa se diluía: había tantas cosas. En el hotel no había más que la ventana con su cielo azul y el canto del chiquillo. Todo se agolpaba allí.

Porque una vez sentí, mirando el pedacito de cielo azul, la verdadera plenitud de mi felicidad.

¡Mi viaje, este viaje! Era, antes de partir, un idilio romántico, una aventura vivida, hecha por los grises de París. ¡Qué buena despedida de Chile! ¡Que haya habido algo bueno siquiera!

¿Decírselo a ella? No. Quedó en mí. La miré. Iba por otros mundos, mi Lumba Corintia. Sin embargo me sentí feliz.

¡Feliz! No me detuve allí. Seguí. Seguí hasta encontrarme aquí en París.

Hoy, yendo por las calles —rue Gay Lussac en dirección al Luxemburgo y Panteón, para mayor precisión— una pregunta me asaltó:

“¿Qué estoy haciendo aquí?”

Se borrarón, se anularon los motivos llamados reales, esos motivos “reales y explicativos”. Pesó más el motivo *destino*, completamente ajeno y más poderoso que aquéllos. Era mi destino ir a pie, tranco tras tranco, por la rue Gay Lussac. ¿Para qué, para qué?

De pronto la cosa se agrandó y vino la pregunta hermana:

“¿Qué estoy haciendo en el mundo?”

Acaso no he amado más que las imágenes, nada más que las imágenes, que he colocado en las venas de algunas mujeres.

Recuerdo mis sufrimientos al ver a esas mujeres alejarse por carreteras por mí ignoradas y para mí intransitables. Recuerdo mis sufrimientos al verlas perderse dejando anémicas y sin sostén a mis imágenes.

Pero he amado también —¡una vez!— a una mujer —hoy desaparecida y ojalá no aparezca más— por ella misma, completamente fuera de mí. Como se ha de amar, creo.

Niña, Lumba Corintia mía, ya que así te amo, que así puedo amarte —por ti, no por mí— ¿por qué, por qué no entretienes tus ratos de ocio en formar una imagen que me plazca tanto como hoy me place el recuerdo de tus venas, de tus cabellos y de tu modo de andar?

Fue grande, fue inmenso este comienzo de año en Chile. Como fue grande e inmenso el tiempo aquel de mis primeros viajes. Son épocas ya depuradas del diario vivir. Hoy, en mi recuerdo, aparecen desnudas del momento presente en que se ignoraba lo que vendría al momento siguiente.

Tengo aquí dos diarios pasados, de España y Francia. Los leo y comparo con el recuerdo que guardo precisamente de esas épocas: lo esencial de ellas no figura, apenas una que otra anotación que hace pensar. Mis preocupaciones eran otras. El diario vivir lo sumerge todo.

Ahora estoy escribiendo. Cuanto escribo es un lamento... superfluo. Puedo salir pero nada me impedirá tener que bajar los cuatro pisos, cruzar el patio, encontrarme con la conserje y demás. El dinero no ha llegado y si ha llegado debo ir hasta la Legación, recibir la carta, pasar al Banco y ¡qué sé yo! Luego sacar las cuentas. Todo ello va a desaparecer con el tiempo. Lo olvidaré. Y se alzaré en mi memoria... ¿qué?

He venido a París con un plan: sumergirme en las viejas piedras. Lo he cumplido y sigo cumpliéndolo punto por punto. La placca des Vosges: qué hermosa, qué equilibrada y qué calma. Las gentes pasan por ella, entran, salen, se sientan, parece que sin formularse la pregunta de qué es todo eso, sin sentir el peso de los siglos. Viven todas el momento mismo. Una mujer tejía, sentada en un banco, mientras un chico jugaba allí cerca. Llegó otra mujer. Se saludaron y conversaron. Oí algo de lo que hablaban: una mezcla de reumatismo de una Fulana y el precio del pan. Estaban ambas junto a la estatua de Luis XIII.

Anduve por el barrio, rues de Sévigné, des Frans Bourgeois, de Turenne, du Roi de

Sicile, etc. Me detuve de pronto a mirar en la segunda de esas calles. Me pregunté: "¿Por qué todo el mundo vestido así, como hoy día?". Los había visto a todos, incluso a mí mismo, vestidos a la usanza de la Revolución Francesa. Esta sensación me acompañó todo el tiempo. Los hombres, las mujeres, los chicos, los ancianos que por allí pasaron... Los autos dejé de verlos.

Luego París me aburrió profundamente. Pensé con verdadero horror en un viaje cualquiera. Chile me apareció como una total destemplanza. Total: el mundo me era pequeño; no tenía donde ubicarme.

O soy yo, acaso, que me empequeñezco. Mientras más se es, mayor número de sitios hay habitables. Debo estar reducido a mi expresión mínima.

He hablado con Jules Draguignan sobre los habitantes vestidos a la usanza de la Revolución y de la pequeñez del mundo.

Me ha preguntado por qué no estoy con Lumba Corintia, por qué me encuentro a tantos kilómetros de ella viviendo con su imagen. Contesté las razones "reales, efectivas". Luego nos reímos. No hay tales razones. Por ejemplo "sumergirme en las viejas piedras". Para Draguignan son ellas tan naturales que ansía ver un país en que no las haya.

Durante nuestra charla estábamos en el comedor que abre su ventana sobre las dos torres de San Sulpicio: la una labrada y tallada; la otra, lisa, mísera. Draguignan dice que la primera es su tío Robert, millonario; la segunda, él.

En resumen le he dicho, repitiendo lo que es el centro de mis pensamientos de hoy:

Que mi drama consiste en *no lograr tener la conciencia del momento en que se vive*. De aquí cae el segundo punto: *querer vivir en lo eterno*;

Que cuando estuve con Lumba Corintia —ya lo he dicho— no pude vivir plenamente esos momentos porque no lograba arrancarlos del espacio-tiempo. Para el espacio era, en Santiago, la permanente evocación de París; en París, la evocación de Santiago;

Que para el tiempo es saber que he de dejar que él pase sobre los hechos para que éstos den sus frutos; y no porque los frutos no estén aún sino porque, a causa de nuestra condición humana, el tiempo obra sobre el presente como una lápida.

—No, no —le dije varias veces—; ¿por qué ha de ser así? Quiero coger el futuro y arrastrarlo al presente. Lo que, en otros términos, sería: unir los fragmentos que se desenvuelven, unirlos en un solo todo actual.

Y volvió aquí mi tema de siempre:

—Es a este actual así formado, al que llamo *lo eterno*.

Ya que esto lo repito, he de repetir lo que es, a mi modo de ver, su corolario:

"Recordar es como imaginar".

—Es lo mismo, Jules, es nuestra condición —le decía—. Es ésta la que nos hace creer que lo primero, recordar, está basado en una realidad; lo segundo, imaginar, en una ficción.

"Ahora bien, al recordar uno se ve en globo, sea en unidad, contrariamente al vivir en que uno ve los momentos fraccionados. Al recordar también uno hace funcionar el factor porvenir por el hecho de que revive los momentos pasados desde el porvenir de ellos puesto que este momento, por ejemplo, en que recuerdo es porvenir del momento recordado. Luego al recordar hace una realidad aquella ficción, vive en lo no vivido aún, vive en el abstracto de aquel real. Se debería pensar que lo que faltó para *gozar* los momentos fue no tener *entonces* el momento de ahora. Si con este momento de ahora pudiese yo volver al momento pasado, éste se me haría fantástico y me depararía la mayor dicha posible.

“Nada de esto es ilusorio. Esto es *saber*. Ahora, Jules, hay que SER la verdad.

“Vislumbro ésta como clave del *presente-porvenir* gracias a lo que sentí... ¿sabes junto a qué? Pues a aquella tarántula y a aquella ventanita con su cantar monótono”.

Así hablé a Draguignan. Estuvo de acuerdo conmigo. Mas para él falta tiempo para entrometerse en ideas tan hondas sobre el acontecer. De sobremesa, magníficas; tenerlas presentes siempre; pero detenerse en ellas, profundizarlas... Está la vida. La vida hay que vivirla no tanto arañando hacia dentro sino más bien arañando hacia fuera.

Hoy, aquí en La Cantera, encerrado en mi Bóveda, veo el comedor de la rue Bonaparte, el gran balcón, las torres de San Sulpicio, Jules allí, yo aquí. Es después de almuerzo de un día domingo. ¡Era hermoso todo aquello! Hoy es hermoso. Faltaba, en aquel momento, agregarle lo que desde entonces ha transcurrido hasta hoy..., justamente.

En aquella época se cernía, sobre todo lo hablado por mí, la sombra de Lumba Corintia. Hoy la siento más lejana, pero la siento todavía. Va mezclada con otra sombra: la de aquel tercer personaje que ha de extender su manto hasta el reinado de la mujer. En él grabará entonces la palabra “Soledad”.

Lo pensé también allá en París. A cada ímpetu mío hacia ella, me repetía las palabras de Mabel Collins en *Luz en el Sendero*:

Porque en ti está la luz del mundo, la única luz que en el Sendero puede difundirse. Si eres incapaz de percibirla dentro de ti, es inútil que busques en otra parte.

¡Soledad!

Sumido así en mi propia llama, sentía que era mi deber llenar de sol la ventanita a veces azul, a veces glauca; de protección a la araña, sobre todo a las que quedan extraviadas en una habitación.

Pero junto con ver erguidos estos deberes frente a mí, la sombra de Lumba Corintia me murmuraba que, en la soledad, no hay fuerzas para semejantes empresas.

Rosendo y Nicole. Nicole es rubia tostada, de ojos verdes, de agua. Es despreocupada. Ama porque sí, porque se ha de amar. Sin embargo, cuanto concierne a la vida, a esta vida de aquí, lo tiene firmemente tomado entre las manos.

Ha terminado el Pacto. ¿Qué pacto cabía aquí? “En ti está la luz del mundo, la única luz que en el Sendero puede difundirse”. Querer sujetar esta luz en una sola persona, hacer de esta persona el eco del mundo... ¡absurdo! Todos deben ser el eco; o ninguno. Debe ser dada esa luz por el mundo entero sin precisar a persona alguna.

He leído a Ortega y Gasset, en sus *Papeles sobre Velázquez y Goya*, que hay tres componentes en la vida de un hombre: vocación, circunstancias y azar. Prefiero copiar sus palabras:

... pero en este sistema inteligible interviene un factor irracional: el azar. De esta manera podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancias y azar.

Bien. Cada cual tiene su vocación y sus circunstancias. Sobre éstas viene a mezclarse un algo irracional, que se ignora de adonde viene y adonde va, algo que flota sin que los hombres intervengan en nada en su marcha. Es lo que se llama “el azar”.

Error. Creo que el azar no es más que la vocación y las circunstancias de los demás

que se cruzan con nuestra vida. Cada hombre lleva un conjunto de cosas que realizar en esta vida. Este total choca con el de otros seres para quienes nosotros pasamos a ser el azar.

El azar me hizo encontrarme con Fulano; si no es por este azar...; etc. ¿Y él, el Fulano? Yo, con este encuentro, enderecé muchas líneas de mi vida; él enchucó muchas otras que tuvo que remendar poco a poco. Las líneas de su vocación y circunstancias me convenían; las mías eran nefastas para él. ¿Cómo nos encontramos? Entran otros y otros seres. Todos contribuyen. ¿Qué hay de irracional en todo esto?

No sé por qué la evocación de Rosendo me llevó a hablar de esto.

Lo vi la otra noche. Creo que no he dicho que Rosendo llegó a Europa hace poco tiempo. Tras de su Nicole. Estaba con ella. En la sala de La Rotonde bebían no sé qué. No se hablaban y se aburrían; en todo caso ella. Él rabiaba sin pronunciar palabra. Cuando me vio se iluminó y me llamó. Me acerqué a ellos, bebimos juntos, charlamos; después fuimos a La Cigogne, en fin, la noche pasó bien. Con Rosendo quedamos de juntarnos al día subsiguiente. A las 4 de la tarde, en su casa, rue Bassano. Nicole había salido.

—¿Qué les pasaba la otra noche? —le pregunté—. No parecían entretenerse mayormente.

—¡Eh! ¡Al diablo todo aquello! —me respondió Rosendo—. Las mujeres no entenderán nunca nada.

—Se han peleado.

—No. ¿Para qué? Ahora vendrá a la comida. Hora y media de silencio, hasta que tú llegaste. Después, ayer... Bueno, total: nada. Y yo quiero a Nicole y, sobre todo, la estimo. Por eso he estado escribiéndole. En español, por cierto, que lo lee como el francés. De algo le ha servido su viaje a España. No le he entregado la carta que, por lo demás, no he terminado y, tal vez, no termine nunca. No he nacido para escritor, Lorenzo. Sin embargo le he puesto un título a lo que escribí. ¿Sabes cuál? Le puse: ¡Oye! Es la traducción de lo que pasaba en mí. Cuanto quería decir a Nicole, empezaba así: "Oye, Nicole, oye...". Ve esos papeles, velos de todos modos. Las cosas se me confunden, se me complican cuando las quiero escribir. Aquí están estos papeles.

Me alargó unas cuantas hojas, escritas a máquina, que decían así:

¡¡Oye!!

Hoy empezaré a escribirte para que sepas cuál fue la causa de mi largo silencio de anoche, largo de una hora y media larga, mi silencio testarudo como un macho que se empaca. Mi silencio que, en aquel momento, tenía yo la seguridad absoluta que destruía para siempre nuestras vidas o que al menos —para no caer en exagerado pesimismo— nos cambiaba, ponía un punto a los que hasta entonces habíamos sido, tornándonos en otros pues, quiéramos o no, tendríamos, desde entonces en adelante, que ser siempre nosotros más ese silencio mío, silencio que se prolongaba (en el reloj de enfrente veía cómo iba sumando y sumando tiempo a nuestras personalidades, agregando diferencia a los que habíamos sido, acumulando peso para ser cada vez más nosotros mismos bajo mayor y mayor peso de silencio), se prolongaba a pesar de no tener otra causa —oye bien: nació, claro está, de nuestro enfado— más que la sencillísima y estúpida que es la única de todos los silencios de los hombres: no saber por dónde romperlo. Ni más ni menos. Por eso allí estábamos, tú y yo, empecinadamente callados. No había ni podía haber medio alguno de empezar a hablar. ¿Por qué? Trataré de explicártelo poco a poco, siempre que me escuches con toda

tu atención, pues la cosa –tan simple a primera vista: decirte dos palabras– es muy compleja, embrollada, como nunca hasta hoy la había sentido. Allí estábamos. ¡Cuánto te quería, cuánto, Nicole! Besarte, decirte “linda”. No era posible. Teníamos que seguir bajo una campana de silencio, tú y yo, allí en el Café, mirando el reloj, sin hablar. Pero oye bien:

Te odiaba, Nicole, te odiaba sordamente, con la desesperación del precipicio, del vacío. No sé si tú hayas odiado alguna vez así. Si así has odiado, sabrás hasta qué punto puede sufrir un hombre. Sufrimiento en marcha infinita porque cada segundo que pasa suma sobre él, multiplica, cierra una posibilidad de redención: ¡hablar! Pero ahora quisiera que una mano velluda y fuerte como la de un mono gigante te cogiera por el cuello para decirte yo entonces, para poder decirte, sonriendo hiel y venganza:

–¡Habla, Nicole!

En medio de este odio, de mi amor total, del silencio, yo me hallaba detenido. Otra palabra que tal vez se te escape en su sentido desesperado. Pues nada puede ni ha podido ni podrá jamás detenerse. El único sentido, la única posibilidad de ser es la no-detención. Es todo lo que sabemos de la vida y nunca pasaremos de esta sabiduría. Oye bien: la no-detención. Salvo yo en mi furia, amor, silencio, rodar, acumulando sobre mis hombros, dentro de la garganta, tiempo, tiempo detenido, junto al tiempo que se va, que se iba, contigo, llevándote, Nicole, cada segundo, cada uno te vas más. Tú no sabes lo que un hombre puede sufrir.

¡No hablemos, no! Así, lancémonos a lo irremediable, al despedazamiento total de lo que haya entre nosotros; para que nazca y se yerga en ti el odio también y entonces, con el latigazo de tu odio, hacer saltar mi tiempo detenido y romper el silencio, aullando por la calle, condenado, por mí mismo, por mi impotencia rebelde y tú, grande, magnífica, Nicole, pisoteándome.

Pero no. Es fácil querer, pretender querer el máximo dolor, el que aúlla fuera, bajo ningún techo, fácil, si tú vas a pisotear. Pero entre taconazo y taconazo tuyo... ¿ves? El vacío irremediable. El nudo en la garganta que no goza, que sufre añorando en miseria, en soledad, en una calle, sin fin, llena de gente o vacía, con sus aceras, su calzada, ventanas sin ojos, solo yo, sin más esperar que un nuevo taconazo tuyo. -

Oye bien:

En este momento, al tocar mi silencio a mi recuerdo, veo que se está irguiendo, lento pero implacable, un nuevo tiempo detenido. Así es que pronto tú te volverás a ir más. Pero aún es posible que siga yo pasando, que siga en largo, no en el girar abandonado por la Tierra. Necesito calma para ello.

La calma me hace seguir. El desenfreno de mis pasiones me detiene.

Calma.

Hace años –tú eras entonces una chiquilina– asistí con un amigo a una carrera de autos. Estábamos cerca de una curva. Uno de los coches, al pasar frente a nosotros e iniciar la curva, perdió un neumático que se desprendió totalmente de la rueda. Al desprenderse saltó por los aires, voló, magníficamente voló. Y el coche fue a estrellarse contra un árbol.

Yo no vi el accidente. Mi amigo, sí. Porque él siguió con sus ojillos de rata al auto hasta el árbol, y mis ojos, a pesar mío, siguieron la rueda volando hasta detenerse en el cielo y caer.

Hasta aquel momento tenía yo sólo una vaga intuición de que ese hombre jamás podría congeniar conmigo. En aquel momento lo supe. Así ha sido.

Anoche, en nuestro silencio, vi al auto pasar, vi la rueda y la vi volar. Y vi que tú, con tus ojos, ibas al árbol a estrellarte.

No sé si ello fue visto de tal modo al empezar nuestra hora y media larga, si lo fue al medio, si lo fue al final. Sé únicamente esto: anoche esa rueda voló y nos separó. Voló permanentemente y su trayectoria aguda, su triángulo empinado al cielo, fue como el vórtice de atracción de todos los pensamientos míos que se venían, atraídos, a girar y seguir girando, mientras todo seguía, tú también, te chocabas, pero, desprendiéndote del coche, contorneabas el árbol y seguías, seguías. Yo, retenido en lo que se eleva y cae. Todas mis ideas hacia ello, susurrando como insectos en ese triángulo que es ahora un embudo invertido que aprisiona al hombre entero y su tiempo.

Todas mis ideas susurrando en ese embudo. Susurrando en torbellino, es decir, entremezclándose, interpenetrándose, con tal permanencia y tal simultaneidad, que pronto dejaban de ser recostadas a lo largo de una sucesión de minutos para ser un total compacto que las envolvía, las tenía, y les daba una tónica común en un instante común: yo, yo—hasta entonces habiendo vivido de un paso hacia el paso siguiente—; ahora, ¡alto! y todos los pasos pasados volviéndome a alcanzar y bullendo dentro.

Tú has visto bullir el agua. Has visto sus burbujas. Luego has visto una unidad: el agua; has visto su movimiento, su bullir, por partes: las burbujas.

Para hablarte anoche habría podido empezar por cualquiera de esas partes; pongamos el neunático que voló. Pero yo no quería tal cosa. Quería comunicarte el total. Pues, desde el momento en que cogiese una parte, ésta habría sido como el extremo de un hilo que se tira plegando el brazo. Al tirarlo, todo aquél que llamé embudo, se habría desplomado y luego recostado en un discurso interminable. Entonces habríamos hablado como siempre, como únicamente hablan los hombres: de tranco en tranco, en idea tras idea. Y yo habría quedado al margen tuyo, paralelo a ti; tú habrías sabido algunas puntas más de un todo, aisladas. ¡No era eso!

Recordemos claramente: en el bulevar, un pequeño enojo por la mujer aquella de azul. Luego, *La Rotonde*, sentados ambos lado a lado, sin hablar. Al frente, el reloj: 10 ¹/₂ de la noche hasta las 12. Una hora y media de silencio. A las 12 aparece Lorenzo Angol. Se rompe el silencio. Hablo yo con él; hablas tú con él. Así hablando, hablamos tú y yo. Después *La Cigogne*. Bailamos. Allí estaba la mujer de azul. Bailé con ella. No tuvo esto la menor importancia. Me dijo llamarse Ivonne. Tampoco ninguna importancia, aunque siempre, desde que estoy en París, he estado cierto que tendré que amar a una Yvonne, así como en Chile siempre creí que aparecería en mi vida una Teresa. Pero esto no es del caso. De lo que se trata es del silencio que quedó roto, se fue, que bailamos todos, bebimos, reímos. Una fiesta más, una noche más y ¡nada! Volvimos a casa. En cama comentamos la noche. A veces yo callaba. Pensaba si éramos aún los mismos. Pero esto te lo explicaré después. Dormimos. Hoy he amanecido bien. Ahora, oye.

Volvamos a la mujer de azul, Yvonne, ya sabes. Pasa a nuestro lado. Sabía yo que iba a *La Cigogne*. Va, por lo demás, noche a noche. La miro. Quiero que sigamos tras ella. Es decir, quiero oír jazz, quiero conversar con Raoul, el barman, quiero moverme, bailar, contigo. Yvonne desaparece de mis deseos. Pero ella los ha despertado, ella se esconde tras ellos. Esto, respecto a ella y yo.

Tú: tú ves mi mirada y oyes mi proposición: ir a un dancing; *La Cigogne* es el indicado. Te niegas. Acaso no sentiste deseos de ir, de oír jazz y te aburrió anticipadamente la charla vacía de Raoul y te sentiste fatigada al extremo de no hallar fuerzas para mover un pie. Como en mí, Yvonne estaba detrás.

Yo sabía de mí aquellos deseos; tú sabías de mí la presencia de Yvonne.

Tú sabías de ti tu cansancio y demás; yo sabía de ti una doble imagen de Ivonne.

La imagen mía te molestó. La tuya me encolerizó. Bien. Venga *La Rotonde*, su aburrimiento. Silencio. Hora y media.

Pues yo quería un poco de jazz, un poco de baile, nada más. ¿Por qué no concedérmelo? Tú querías un poco de tranquilidad, un tilo, nada más. ¿Para qué insistirte con lo contrario? Pero la imagen de Yvonne, oculta en cada uno, presente, viva, en el otro, nos imponía sus designios. Tú te oponías a complacerme. Yo te complacía regañando, odiando. Yvonne nada sabía. Yvonne bailaba allá. Y nosotros, silencio. Hora y media.

Si al negarte a ir al dancing hubiese tenido yo la franqueza de gritarte: "¡Imbécil!", no se habría producido ningún silencio, habríamos hablado largamente y, de golpe, nuestras propias imágenes de Yvonne se habrían hecho presentes para nuestros propios ojos. Tal vez habríamos reído. Pero no te grité a tiempo. Así es que tuve que desentrañar con suma lentitud mi propia imagen de ella y este trabajo te lo culpé a ti. Pues cuando ya apareció mi propia Yvonne por encima de jazz, baile y Raoul, la comparé con la tuya. La mía era grande, seria. La tuya, mezquina. La tuya era hecha de los eternos y cansados celos. La mía, uno de los tantos significados de la vida. Tal diferencia entre ambas imágenes determinó igual diferencia entre nosotros. Comprende: imposible hablarte. Cundió mi enojo, cundió encerrado en mi cerebro. Allí dentro hirvió. Y mi cerebro empezó a bullir en sí mismo.

Quiero ir a la explicación de esta ebullición. Luego hablaremos de nuestras imágenes de Yvonne. Oye:

Mi enojo produjo el deseo de hacerte ver la necedad de tu negativa. No olvides que tu imagen me aparecía mezquina. Quise, pues, explicarte. Pero una explicación requiere calma, más aún si se trata de asuntos en que la pasión entra en juego. Mi enfado borró toda calma. Luego, la explicación se detuvo. Este hecho de "detención" fue para mí lo primordial, fue mi tragedia de ese instante. Pues en todo instante hay un comienzo de acción hacia el instante siguiente. Si la acción se lleva a efecto, el instante queda exento de tragedia. Mas si la acción vacila o se detiene, nace una tragedia. Pequeña, minúscula, si quieres. Sí, es verdad: pequeña, minúscula. Nunca o casi nunca falta, en tales casos, la solicitación venida de otra acción. Y se va adelante. Pero, a veces, no. Ninguna solicitación. Pues la misma detención hace que tales solicitaciones resbalen por sobre uno. No es que desaparezcan, que no se presenten. Uno se ha cerrado, se ha encastillado. Yo me encastillé dentro de la explicación que debía darte sobre tu necedad. La explicación no corrió, no fue echada fuera, por faltar la calma suficiente. La calma huyó porque vino un enojo. El enojo nació al verte mezquina, o sea inferior, o sea yo atado a un ser inferior. Nació más al fondo del hecho de que un deseo mío oculto —Yvonne— se me impedía. Se me impedía una parte de mi vida. La rebelión para vivirla no corrió, no fue hacia fuera. Quedó. Al quedar, paralizó toda otra solicitación. De todo este proceso el punto visible —quemante, diría— fue, ante mis ojos, como centro, como hecho palpable, querer explicarte tu necedad. Apretando: "querer explicar". Una voluntad de explicación. Un *saber* que sólo explicando podríamos seguir adelante, podría, yo, seguir viviendo. Mi vida quedó momentáneamente detenida ante el hecho de explicar. No ya tu necedad ni nada concreto. Una idea abstracta, de conjunto, venida de pronto: era menester explicar. Explicar, en sí mismo, era punto primordial en un momento dado de vivir.

Si explicar fuese únicamente para mí mismo, habría hallado tal vez, muy al fondo, un consuelo: la meditación. Todas mis puertas se habrían cerrado y hubiese permanecido en mi propia tumba con el consuelo, digo, ¡qué!, con la voluptuosidad de desconectarme de

los demás, de ser, pues, diferente a los demás. No era el caso anoche. Estabas tú. La explicación debería ir hacia ti, ser para ti. Porque te quiero.

Ansío hablarte con claridad. Te repetiré: ya en esta voluntad súbita de explicación, Yvonne no está. Oye bien:

Dos veces que Yvonne no está, que se ha ido, que se ha escondido. No. No es perfectamente exacto decir así. Yvonne se ha escondido sólo una vez: la anterior; cuando el deseo por ella se transformó en jazz y el resto. Yvonne se ha ido también una sola vez: ésta; cuando el deseo de explicar tus celos necios se transformó en deseo de explicar sin más.

El afán de explicar en sí —que vino de súbito, como un relámpago a raíz del otro— fue el afán de que tú supieras. ¿Qué? Cualquiera cosa o todo; es lo mismo. Que tú supieras, que tú me supieras, llegar dentro de ti exactamente igual a como soy yo dentro de mí para mí mismo. Fue la necesidad del amor uno. Que no existiese más que tú y yo amándonos. Que existiese el amor, sólo el amor, y tú y yo parte única de él, dentro de él, ser él.

La posibilidad de otra mujer en él... era un reto. No ella misma, no mi deseo por ella. Sino que ella fuese sentida diferentemente por cada uno de nosotros. Si hubiese sido sentida de igual modo, se la hubiese podido desear, a ella, a Yvonne, como a todas las mujeres del mundo sin que nada sucediese en ningún punto de la vida. No siendo así —como no era en efecto—, la posibilidad de amor estaba en jaque. Para salvarla había que explicar. O bien sumirse en la meditación solitaria. Fuerzas para ello no había. Porque te quiero.

Pero junto con quererte, el amor aparecía imposible, tal vez inexistente. Su única posibilidad me apareció en una posibilidad de una larga explicación.

Y aquí se yergue el sentido de esta explicación, quisiera decir su tamaño: la explicación era, tenía que ser —punto ineludible— yo entero, ¡total, súbitamente total!

Ya ves: Yvonne está lejos, se ha ido. En cambio el abismo entre tú y yo se ha abierto: entre nuestros codos pasa un universo.

Me inclino sobre este abismo, veo ese universo. Se agita, bulle. Durante hora y media se agita y bulle, respira. Ya te diré —espera— por qué escribo “respira”. Una hora y media de silencio, lado a lado.

Volvamos atrás, recapitulemos lentamente.

Tendré que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerme ahora sobre una misma línea, una línea recta en lo posible, recta cuanto se pueda a lo largo de este relato. Verdadero esfuerzo para no escaparme a derecha o izquierda. Porque la esencia misma del relato es la escapada permanente hacia todos lados, todos los puntos, todo lo que es. Y la voluntad mía: reunir cuantas escapadas haya sobre una línea de continuidad lógica y —¡ojalá!— dentro de un solo globo que todo lo encierre en unidad.

Volvamos lentamente.

Creo que es necesario ponernos un instante en nuestros pasos por el bulevar momentos antes del otro paso rápido y callado de esa mujer de azul, Yvonne. Íbamos hablando de París, más exactamente del hecho de hallarnos en París. Veamos:

Así eran las páginas escritas por Rosendo Paine.

Dije:

—Bien. ¿Por qué no has seguido?

—¡Eh! ¡Al diablo! —contestó Rosendo—. Me he dado cuenta de que si quiero ser escritor, tendría que abandonar la vida. Me detuve. Pero, ya que me había puesto a escribir, hice, para descarga de mi conciencia, una pequeña lista de lo que tenía que decir. ¿Entiendes?

La hice hoy por la mañana. Cuestión de ir al grano. No seguir diluyéndome. Ve la lista. Aquí está.

Me la eché al bolsillo. Sobre ella hemos hablado cien veces. Hemos hablado entrecortadamente. Al fin, el Pacto quedó, de hecho, roto. Si es que Rosendo lo ha tomado alguna vez en serio. En fin...

Anoté lo hablado por ambos. Aquí aparecerá, más o menos, cronológicamente. Hablábamos poniendo yo el tema; lo ponía basándome en la lista. Rosendo empezaba siempre indiferente. Se veía que eran otros los asuntos que le interesaban. Luego se iba excitando. Para, al final, caer de nuevo en la indiferencia.

La lista de notas dice así:

1. Con el enojo vino una ebullición cerebral nacida de *querer explicar* la tontería del enojo de Nicole. Este "querer explicar" se pasó del tema por explicar a *querer explicar todo*. Fue una destapada de ideas, una despertada. Se entremezclaron. Prodúcese entonces la simultaneidad del pensamiento. Súbita comprensión de la posibilidad de que sea ilusión el pensar en el tiempo. Debería llamarse, en vez de pensar, deshilyanar lo que ya está. Pero al querer conservar esa simultaneidad grandiosa, se alzaba, inmediatamente, un recuerdo concreto, aislado, y pronto reemplazado por otro también concreto y aislado. Volvía luego el momento de simultaneidad total y vital.

2. Comprensión que la explicación de cada uno de los recuerdos aislados, junto con ser absolutamente verdadera, era en su esencia falsa pues no había más verdad que la simultaneidad. Luego toda explicación era ociosa y, al darla, aumentaría en mí la sensación, la certeza de que no podríamos unirnos. Además, ¿por cuál recuerdo empezar? Aquí vienen las frases que tienen. A) Si tú, Nicole, contestas, mi explicación pasa a ser diálogo, es decir, pasa a ser lucha por interpenetrarse y en la *verdad* no puede haber lucha puesto que en ella hay unidad, es unidad, es ser; B) si no contestas desaparecerá la lucha, no habrá —al menos aparentemente— teñidura. Pero siempre quedará lo recostado en el tiempo en vez de la simultaneidad; C) en ambos casos cualquier recuerdo tendrá importancia vital —por el hecho mismo de existir—, o sea, será una pasión, y lo característico de la simultaneidad es justamente la ausencia de pasión. Pues pasión existe porque existe tiempo que pasa. Sin pasar, desaparece.

3. Empezó nuestro enfado por un hecho pasional, Yvonne. Quisiera empezar suponiendo otra causa a nuestro enfado, una causa no pasional: el almuerzo no está listo a la hora, se me extravió un papel, ir a ésta o aquella parte, etc. Cualquiera que sea la causa, se filtrará la pasión pues hay una actitud mía pasional ante Nicole. Cualquier enojo se me aparecerá como la ruptura entre nosotros, o un comienzo de ella; luego, la vacilación de nuestro entendimiento, sea del buen entendimiento pasional. Da, pues, lo mismo empezar con éste o aquél. Veamos cómo las cosas pasaron: vino el enojo por una causa pasional, sea sexual. Este mundo se presentó, diría, se desató. Me vino, de inmediato, el deseo de entrar, de lleno, en él. Este querer un mundo —y no un hecho— me dio la sensación de algo mayor, de un total, de un sentido de la vida. Ante esta grandeza —¡un mundo!—, el hecho, Yvonne, pasó a ser un detalle apenas significativo. Esto, para mí. Para ti, Nicole, no fue tal detalle sino el total importante. Borraste todo el resto ante este detalle. Nos aislamos, nos separamos. Hora y media de silencio. Apareció, entonces, la carrera de autos con el accidente que ya sabes. Tú fuiste el auto; yo, la rueda.

4. Luego me viene la comprensión de mi deficiencia literaria por la pequeñez de la imagen que he escogido: lo que se arrastra y choca; lo que se eleva. Rabia en contra de mí

mismo. Aquí, vuelta a lo mismo: lo que se arrastra y corre, el auto, es inferior pues vive la ilusión del tiempo; lo que se eleva es la verdad. Y vino la idea del embudo con su tónica única. Dentro de él se agita el total mío *impersonal* que se personificaba, pasionalmente, al detenerme en cualquier hecho recordado, allí presente.

5. Pero había además, alrededor, un hecho que se imponía como realidad inmediata: nuestro silencio mismo: iríamos a ser, en adelante, nosotros mismos más ese silencio acumulándose. Entonces la ira de mi impotencia. A cada creación del embudo, de la simultaneidad, era cogido por deseos de explicarlo por uno de los recuerdos allí presentes. Pero entonces: charla al principio, discusión luego, incompreensión por fin, y el embudo, el embudo... ¡Adiós! Todo esto por causa tuya. Si yo fuera solo, si solo viviera, viviría con y en él, el embudo. No es así por causa tuya. Te odiaba. Por mil causas, por todas. Pues mi odio se hacía a la vez embudo. No era por detalles; los detalles eran componentes del todo. Todo era. Salvo *tú y yo*. El embudo es impenetrable, incomunicable.

6. Ahí en *La Rotonde* fumaste. Fumaste con tu manera especial de fumar. Creí que era el momento de decírtelo todo, empezando por tu manera de fumar para seguir con Yvonne y con cuanto fuera. Me detuve. Si te lo hubiera dicho, ¿ves lo que habría resultado? Todo habría quedado teñido con el cigarrillo; a lo más habrías puesto mayor atención para fumar de otro modo. Discutiendo sobre esto habría pasado la noche y nosotros dos... pegados a un cigarrillo, sin más. Esto debería ser una puerta para pasar. ¡No quedarse en ella! Además, además... vives en otro mundo, son otras las cosas que te alimentan. Porque tú mientes, Nicole, mientes sin darte cuenta, porque reflejas el ambiente que desearías para ambos, para ti conmigo. Ahora supongamos que hubiera podido decirte ambas cosas: tu manera de fumar y tus mentiras. ¿Dónde quedaba el amor? ¿Y no es a base de amor que estamos juntos? ¿No es esto lo principal? Porque te quiero, te quiero rabiosamente. Y no me gusta tu modo de fumar y me encolerizan tus mentiras porque en ambas veo cuán lejos estamos. Aunque puedes seguir fumando como te plazca y mintiendo cada vez que te venga en gana. Siempre que sepas..., que sepas... ¿Qué? ¡Somos diferentes, Nicole!

Así terminan las notas de Rosendo. Irán a Onofre Borneo, para sus biografías. Tal vez todas estas notas vayan también. No es tan fácil biografíar. ¿Me habría yo imaginado a Rosendo con tales líos, con embudos, simultaneidad y demás? Ahora convendría ver cuánto, todo eso, toca en él, hasta dónde lo toma.

Yo lo había pensado también esto del silencio que se implanta entre dos seres. Lo mejor, creo, es dejarlo pasar, hacer colaborar a la vida que nos rodea, a las menudencias que saltan por todos lados. Hablar, entonces, poco a poco. O de pronto. Pero no empecinarse dentro del silencio. Pues pienso en este momento: “¿Por dónde romperlo?”.

Cuando hay un silencio así es demasiado lo que se acumula dentro de nosotros. Rosendo me ha dicho:

—Todo cuanto le hubiese dicho y cuanto seguiría diciéndole, de palabra o por escrito, lo sentía yo simultáneamente en aquel momento. Para dar vida a ello, ¿iba a decirle, por ejemplo, “quiero explicarte, Nicole, lo que es una chinche en mi cama”? El abismo que nos tenía separados se habría ahondado mil veces más. ¡Tonterías todas éstas, Lorenzo! Con esta experiencia tenida con Nicole me he dado cuenta por dónde se meten ustedes, los hombres de letra, para no salirse más. ¿Qué pasó después de todo? Nada, absolutamente nada. Vivimos felices.

Los problemas dan vueltas y vueltas sobre nosotros. Agacharse, y no se les ve. Si se llega a ver uno, juntarse con amigos, ir de farra. Así se olvidan. Los problemas siguen girando.

Rosendo se detuvo sobre uno. ¿Cuánto? Durante hora y media lo vio. Al día siguiente lo recordó; al subsiguiente, también. Por la tarde de este día ya empezó a olvidarlo. Lo desvió. Lo clasificó en hoyo por donde nos metemos nosotros para no salirnos más. Es, para él, un quite a la vida, a la razón de vivir.

Hoy le he pedido que me explique lo referente a las mentiras de Nicole. ¿Nicole mintiendo? Al menos yo no podía imaginarlo. He aquí, en sustancia, lo que Rosendo me ha explicado:

Lo que Nicole dice, los hechos que relata, son verdaderos, son ajustados a la exacta realidad. Pero el tono con que los relata es de su propia cosecha. Por lo demás casi todos hacen lo mismo. Cada acto sube hasta el cielo o baja a la sorda monotonía del existir según quien lo cuente. La mayoría cubren cuanto hablan con un tono hipócrita, diré más bien, hipocritón. Está establecido entrevistarse con los demás *como si aquí no hubiera pasado nada*. Así, de los hechos relatados, hace evocar un ambiente que nada, nada tiene que hacer con la verdad.

Pero ¿cuál es la verdad? He aquí lo trágico del caso. Para mí, Lorenzo Angol; no para él, Rosendo Paine. ¡Todo es verdad! ¡No hay hipocritones! Cada cual está colocado en un sitio desde donde las cosas se ven así. Y desde ese sitio las cosas *son* así. Que después fructifiquen, sigan, golpeen por aquí y por allí... Bien. Pero ¿cómo iba a saberlo el señor, el buen señor que llamé hipocritón?

Así tiene que ser Nicole. Cuenta, ya lo digo, la verdad. Otra cosa es que Rosendo piense:

“Esa mujer miente.

¿Por qué? Rosendo me respondería como ya lo ha hecho:

“Por el tono con que dulcifica y acaramela las cosas, por el escenario amable de amabilidad de rosas por donde, a manera de un cedazo, filtra a los personajes para presentarlos.

Sin embargo nunca ella ha dicho una mentira.

Es ella la mentira.

¿Quién ha dicho que haya que contar cosas inexactas para mentir? No. Se miente por el tono del discurso, por la atmósfera en que se hace respirar a los personajes comentados y que el narrador le hace respirar a uno también induciéndolo a un error total, a un error de enfocamiento.

Nicole dijo, una vez, por teléfono a sus amigos:

—Sí, esta tarde, sí, iremos a tomar el aperitivo a Montparnasse.

Evidentemente iban a ir. Esa tarde... como todas las tardes pasadas y como seguirían yendo hasta la eternidad. Ni lo hablaban ni lo proponían. ¿Qué otra cosa iban a hacer? Ella, Nicole, sonriente ante el fono, mentía. Rosendo veía a la otra, a la amiga, dando cuenta de su telefonazo:

—Sí, van a venir, para el aperitivo, esta tarde...

¡No era verdad! Fueron, naturalmente, y estuvieron con los amigos. Pero era mentira que “íbamos a ir, esa tarde, a tomar el aperitivo a Montparnasse”. Era otra cosa. Que ella no lo hubiese dicho por teléfono, esta otra cosa, hacía a Rosendo considerarla como insignificante mentirosa.

Es como el caso de don Melitón Malleco Mardones, el diputado por Mulchén, muerto el año pasado. ¡Qué de aventuras le acacían! Y él, entre ellas, siempre díscolo. Y, naturalmente, triunfante. De tal modo era agudo su caletre aun en las más fieras desavenencias...

Lo vi un día, lo vi dos y tres días; asuntos vulgares, diferencias de opinión, nada más. Después lo oí contar las “hazañas” de esos días. ¡Qué de hipérbolos, qué encumbramiento de los hechos más comunes! Lo que hay de cierto es que don Melitón no mentía, no mintió jamás. Cuanto contaba era ajustado a la más estricta verdad. Las hazañas conturbadoras que oíamos pasaban en tono mayor en su mente. Luego se retiraba aureolado con caballeros andantes y mosqueteros y no cejaba nunca su alto apersonamiento de gran señor. Don Melitón se alejaba con la verdad... imposible de ser desmentida.

Rosendo me ha perturbado más de lo que esperaba. ¡Todo el mundo mintiendo! ¡Y, naturalmente, sin darse cuenta! Hay otra frase que me ha quedado retumbando. Ella es: “la frase que tiñe”.

Observo a los discutidores, tan comunes en los cafés de aquí. Sería cuestión de tomarles su primera frase. Ver, enseguida, cómo la discusión entera se va tiñendo según los principios que esta primera frase impuso.

Por esto yo me encierro, me oculto como un caracol. La primera frase teñirá y todo seguirá según ella. Si trato de corregir ya no estaré conversando, cambiando ideas. Estaré disertando.

Recuerdo, en este momento, lo que Rosendo me dijo a propósito de Nicole:

—Cuanto hay en mí, Nicole, y cuanto sé que hay en ti, tiene que salir por un hilo.

Es la verdad. No se puede pasar la vida protegiendo este hilo, que no se vaya ni a derecha ni a izquierda, que conserve siempre su nitidez.

Me ha hablado también Rosendo de sus primeros amores. No sé por qué veo una correlación entre estos primeros amores y este *¡Oye!* que empezó a escribir. Es un fuego que se extingüía. *¡Oye!* son sus últimos chisporroteos. Hay que distinguir con los fuegos que empiezan, con las primeras llamaradas, preludeo de una fogata inmensa.

Transcribo lo que él me ha dicho:

—¡Ah, tú no sabes, no sabes! Cuando uno es agarrotado por la necesidad imperiosa, desenfrenada de tener una mujer... Una mujer cualquiera, la que sea, pero pronto, antes de caer a un precipicio cuya naturaleza se ignora pero que se adivina fatal. Por mucho tiempo fui a los prostíbulos. ¡Por fin! Creí que el precipicio se había cerrado para siempre pues una o dos veces por semana tenía una mujer entre mis brazos. Las había altas y bajas, rubias y morenas, habladoras y silenciosas.

“Mas poco a poco la posesión de aquellas mujeres me fue siendo más real que sus carnes, que sus propias personalidades. Siempre maquilladas, livianas, con una sonrisa sobrepuesta en los labios. Eran verdaderas muñecas movilizadas, con perfumes mareadores y con órganos de mujer.

“Una o dos veces por semana yo tenía y había tenido entre mis brazos una muñeca así, muñeca linda que cambiaba de rostro y de tamaño.

“Iría a seguir siempre de este modo, Lorenzo, recorriendo muñecas. El precipicio volvía a entreabrirse lentamente. Porque era ¡una mujer la que yo quería, ¿me entiendes?, una, una sola! Pero entera.

“Después de un año o más estaba en el punto de partida. Estaba virgen aún.

“Todas estas muñequitas me habían sido —y me seguirían siendo— guardias en el umbral del amor.

“Sus ojeras azules, sus carmines, sus labios que quemaban, formaban una suave capa, tenue capa, muy tenue, para impedir el contacto real entre mi piel y las de ellas. Sus sonrisas, sus ligerezas, formaban otra capa para despistarme de su verdadero ser.

“Vuelta otra vez a la soledad. Vuelta otra vez a buscar. ¡Una mujer, cualquier mujer, la que sea, con tal que fuese ella, ella plenamente, que fuese palmario que era mía y nada más que mía, porque era ella entera, sin dejar briznas fuera, la que se daba!

“Fue lo mismo. Apareció ella, la única, la plenamente mujer. Fue para despistarme del punto ahora buscado. El punto donde se entienden y se juntan las almas.

“Cuando esta mujer única se dio a mí, su alma me despistó de lo que ansiaba verdaderamente y desde un comienzo: ¡la mujer hermosa, la hembra voluptuosa, sin pensar, sin reflexionar, la mujer serpiente, víbora mía!

“Vuelta, otra vez, a salir buscando.

“Se daban, sí, se daban. Al darse, escondían a la mujer y me lanzaban, con sus besos, por pistas que no llegaban a ninguna parte.

“Es inútil, Lorenzo, inútil. Esto recomenzará eternamente.

“Muñequitas lindas... Fui, después, mucho después, a verlas nuevamente. Saltaban ligeras, maquilladas, perfumadas. No están tan mal. Están bastante bien”.

Yo me pregunto por qué Rosendo no escribe. Con lo poco que ya ha escrito y con lo que habla, lo hace admirablemente.

¡Ah, es el fuego que se extingue! Ha de ser otro su destino. Tendrá otra misión que cumplir. No puede ser que la realización de un hombre sea únicamente escribir. Cristo lo ha dicho por boca de San Mateo:

Porque en verdad os digo, que hasta que perezca el Cielo y la Tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas.

Tal ha de ser su destino. Otra cosa Rosendo ha de estar llamado a hacer. Como yo, como todos. Porque todo, en cada ser, ha de tener su época de gestación y realización, hasta que haya obtenido de ello el fruto máximo, hasta que se agote su último ápice.

Luego me ha hablado de su enfermedad, por visitar a esas damiselas.

–Recuerdo, Lorenzo, cuando enfermo llegué al consultorio del médico. Miró largo rato por el microscopio. Yo esperaba indiferente. Una enfermedad me aparecía como... –no sé cómo decírtelo, no lo sé–, como algo abstracto o algo separado, aparte, si prefieres. Al fin el médico se levantó y, volviéndose a mí, me dijo:

“–Sí, los hay y muchos. Está usted lleno de ellos. ¿Quiere mirar?”

“Me indicó el microscopio. No acepté.

“Lo que sentí en ese momento, al saberme lleno de microbios, fue horrible. No creas que fue el miedo a la enfermedad misma, que sabía sin mayores consecuencias, ni a las molestias que me acarrearía la curación. No, nada de eso.

“Fue algo que nació al sentir, de pronto, que ahora en mí –yo, el hombre que sabe y define, el hombre que se pavonea por las calles–, en mí, en él, se había agrupado, sin tomarlo en cuenta, un nuevo mundo de seres que ningún raciocinio ni ninguna lógica habría podido convencerme que así habían llegado por un simple accidente, por un descuido. Un accidente, un descuido, “aparte”... Te repito esta palabra que es la que mejor explica mi estado de ánimo hasta hace unos minutos, hasta que el médico se levantó del microscopio. Un accidente “aparte”; en medicina creo que se ha de decir un contagio. No importa.

“Sentí, con espantosa claridad, que en mí se hallaban esos seres guiados por las indicaciones precisas de un dedo afilado, afiladísimo. Vi que obedecían, a su vez, a algo que

sabía yo inmensamente más grande, más alto que yo. No me niegues, ¡es una tragedia! Por eso, al oír decir “está usted lleno...”, eché de lado, por insignificante, lo que el médico creía ser la causa de mi mal. Para mis adentros sólo pensé que, ¡por cierto!, mis ideas sobre la humanidad estaban erradas y erradas también las que pudiera tener sobre el Dios omnipotente.

He creído siempre que hay un estrecho símil entre mi modo de pensar, mis ideas primeras, y los hechos cotidianos de la vida. Por ejemplo, los gestos que hago sin querer, o las cosas que veo distraído por las calles, aun lo que dicen los periódicos. Es decir, veo este símil entre lo más hondo que hay en mí y lo más ajeno a mí. Veo como una serie ininterrumpida, de dentro hacia fuera, que sigue por toda la escala, amarrada, absoluta. La veo como tajadas muy delgadas, muy finas, hasta el fondo. Lo que hay al fondo produce lo que hay fuera; lo que hay fuera muestra lo que hay, de verdad, en el fondo. Así veo este símil, uniéndose, agarrándose, filtrándose, por la igualdad de materia, a lo largo de su unidad, mejor dicho, de su vibración similar. Hay que ir al sentido de lo que hablo; no a mi manera de expresarme. Por esto, si se me comprende, podría dar cuenta por qué la aparición de una chinche en mi cuerpo, descubierta de noche a la luz súbitamente encendida por el escozor, ha removido siempre en mí, haciéndolos vacilar, hasta los más profundos principios sobre los cuales mi vida estaba asentada.

Comprendo perfectamente a Rosendo cuando se sintió albergando un mundo de microbios.

Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma están aquí. Han hecho el viaje juntos. Los he encontrado en la avenida de la Ópera. Marchaban alejándose de la Ópera hacia la rue des Pyramides. Baldomero, grande, augusto; Desiderio, chiquito y regordete. Por cada paso que daba el primero, daba cuatro o cinco el segundo.

Nos encontramos y nos saludamos con efusión. Los acompañé hasta la esquina de la rue des Pyramides. Aquí Baldomero se detuvo. Le dijo a Desiderio:

—Vos, hombre minúsculo, doblaréis por esta calle, luego seguiréis lado a lado del Louvre. Yo seguiré recto. Nos encontraremos en la esquina misma de la rue de Rohan con la rue de Rivoli. Esperará quien llegue primero. Veremos el resultado de nuestras mutuas cosechas.

Me despedí de ellos. Cada cual siguió por el camino indicado. Desiderio gozaba una enormidad.

Días más tarde me ha contado éste el “resultado de las cosechas”. La suya, varias lindas mujeres, un viejo, dos viejas, tres *flics* y una enorme alegría de encontrarse en París. Baldomero, al oírlo, lo tildó de “mentecato sumido en la frivolidad”. No habló de la cosecha suya pero aseguró que era digna de los cielos. Temo que nunca se la sepa.

He seguido pensando en Rosendo. Él ya lo olvidó todo y vive en la paz. Paz relativa, por cierto. Vive como todo el mundo o, al menos, como vive su grupo de amigos: farreando cinco veces por semana. La sola evocación de estas farras hace retumbar en mí, hoy día, la paz. Yo no encontraré la mía mientras Lumba Corintia me zumbe al oído como un mosquito siniestro.

¿Quién es, quién es Lumba Corintia? ¿Qué imposición del destino a un llamado del pasado? ¿O será un llamado del futuro?

Me he dicho con una convicción absoluta:

Chile es un pecado que cancelar.

La siento ajena pero inexorable. Hay un sentido tras ella. Me he engañado al hacerme

creer que yo amaba por mi voluntad. Tal vez por esto vea en ella tanto a Dios como a Satanás.

No fue el simple destino el que nos juntó. Esc *porque sí* que no se siente a causa del equilibrio de los órganos sanos que no buscan ni tratan —ni por ahora ni por nunca— de buscar.

Siempre en ella ronda la infancia del pasado infinito y... el futuro ineludible del sacrificio y dolor.

Allá, sin embargo, fue un presente sin historia ni porvenir.

Historia y porvenir se moldeaban dentro, más allá de nuestras conciencias.

¡Oh, Lumba Corintia, presentimiento de la inmensidad que ahora se me avecina!

¡Oh, Chinchilla que, riéndote y sin ver, jugabas en mí de ella a allá, de allá a ella!

Todos los fenómenos se producen en todos los seres. Lo que se produjo en el más alto genio como en el más perfecto imbécil, se produce por, lo menos, una vez en cada ser. O acaso no una vez sino a cada momento. La cosa depende de que uno se detenga ante ello o siga adelante despreocupado. "Cuando yo paso todos mis hijos me reconocen".

Este *yo* está pasando permanentemente y es un yo de lo más alto como de lo más bajo. Se le deja pasar siempre; a veces, al reconocerlo, se le detiene. La diferencia estriba en la mayor o menor despreocupación de las gentes.

Pienso que todos los ecos, mejor dicho, los procesos iniciales del genio, de la iluminación, están actuando, en este momento, en todas estas personas que me rodean. La diferencia que hay entre ellas y el genio, es que ellas *no se fijan*.

No vi al Maestro del amor cuando pasó. No me fijé en él.

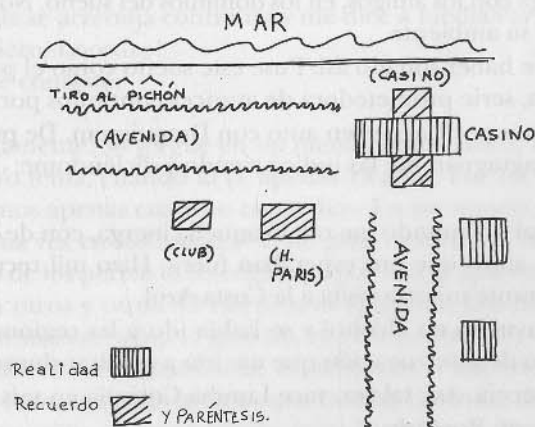
Es esto por la inconsciencia que se tiene del momento en que se vive.

De aquí mi impotencia para amar a Lumba Corintia pues nuestro amor se arrastraba en el desenvolvimiento de cada momento. Después será enorme, enorme, como lo es hoy para mí. No lo aproveché a pesar de que el Maestro del Amor pasaba junto a mí.

He estado unos 15 días en la Costa Azul.

Guardaba un recuerdo claro de Monte Carlo, del Casino y sus alrededores. Llegué. El Casino había dado media vuelta con sus alrededores. Momentos antes de verlos habría podido describirlos y dibujarlos tal como se encontraban en... mi memoria.

He aquí lo que pasó:



Buen llamado al orden sobre la memoria. Había yo pasado, en mi viaje anterior, como una semana o más en Monte Carlo. Al ver la realidad me sentí azorado. Junté esta visión del Casino y alrededores con Lumba Corintia y, para qué negarlo, con Curihue y los amigos.

¡Media vuelta! ¡En mi memoria! Todo estaba igual. Volveré a Curihue... Todo estará igual. Y yo no encontraré nada de lo que me hizo exclamar: "¡Allá ellos!". Me responderán: "Todo está igual".

Es, tal vez, un estado de ánimo. Es, tal vez, este estado el que construye los recuerdos que tanto apreciamos. La verdad es que todo sigue igual. Acaso el Maestro que pasa, deja de pronto de pasar.

Luego, cerca de Cagnes, me sucedió otra cosa turbadora, sobresaltante.

Yo tenía un recuerdo, mejor dicho, llevaba en mí una nebulosa en forma de recuerdo. Tal vez de sueño o de ficción. Era una bodega grande. En ella había yo estado con amigos bebiendo. Recuerdo: estaba Rubén de Loa y Jules Draguignan. Había algunos más que perdían su identidad para luego recuperarla cambiando sus personalidades. Pero Draguignan y de Loa estaban indudablemente. Hacía calor aquel día. Bebíamos. Luego salimos. El patrón de la bodega nos acompañó. Tomamos un auto, el auto. Nos fuimos.

Draguignan estuvo una vez en Chile, cuestión de un mes o mes y medio. Fue en verano. Ahí y entonces había sido: la bodega, los amigos, el patrón, el auto. Recorrí Chile entero con sus fondos. Cada vez que la imagen iba a calzar con una realidad, aparecía siempre un algo vago e instantáneo que descentraba el cuadro y producía un: "no, no puede ser; se sabría...".

En Europa, en Francia... No recordaba jamás haber estado en una bodega y menos aún haber estado en plena confianza, bebiendo con amigos.

En España o Italia, tampoco. Desde luego no me he encontrado con Draguignan en tales países ni tampoco con de Loa. Claro está que habría podido yo substituir las personalidades de los dos amigos. Pero no. Faltaba algo siempre.

Púsemme entonces a buscar la diferencia que hay entre los recuerdos y la realidad. O con los sueños. No la encontré como para definirla debidamente aunque sentí con claridad su diferencia indiscutible. Salvo en estas bodegas.

Al fin cayó, la bodega con los amigos, en los dominios del sueño. No había más: yo había soñado esta juerga con su ambiente.

Quedé satisfecho de haber soñado así. Puse este sueño como el primero de una serie fabulosa que se iniciaba, serie prometedor de avances continuos por senderos...

El otro día pasábamos por Cagnes en auto con Draguignan. De pronto unas bodegas entre viejos árboles. Draguignan me las indicó riendo y diciéndome:

-¿Te acuerdas?

Como lo más natural del mundo me relató aquella juerga, con de Loa, con otros más, con el patrón, con dos autos que nos esperaban fuera. Hizo mil recuerdos. ¡Claro está! Había sido en 1921, durante mi otra visita a la Costa Azul.

El total se había envuelto en alcohol y se había ido a las regiones de los ensueños, poniendo un gran signo de interrogación que me iría a taladrar durante años.

Así se forma la memoria. Así, tal vez, yace Lumba Corintia en mis recuerdos.

He vuelto a hablar con Rosendo.

Tiene ahora una idea remota de ¡Oye! y demás. Cuando le hablé de él me dijo:

—Es increíble que te pueda interesar tanto una carta de amor; carta que, por lo demás, no se ha enviado ni se enviará jamás.

Cuando el Maestro del Amor pasó, Rosendo lo saludó agitando una mano:

—¡Adiós! ¡Buen viaje!

Y siguió por su lado, es decir, su destino.

Sin embargo me gusta hablar con él. Ante su presencia me explico mejor, las ideas me fluyen y no se producen esas charlas que, una vez terminadas, han terminado para siempre. Con Rosendo la cosa cambia. La charla me sigue, me trabaja aunque él esté a kilómetros de distancia. Sin duda pone en movimiento mi mente.

Hablando de Chile y luego de París, vine a caer, no sé por qué vías tortuosas, en un momento de Lumba Corintia, esta vez en casa, en Mosqueto. La vi, me vi y guardé esta visión hasta encontrarme solo. Seguí hablando con Rosendo, ahora exclusivamente de París.

Por la noche, después de dos o tres palabras con Draguignan, me acosté, apagué la luz y soñé sobre mi visión. Fue, por cierto, después de haber sido mía. Ella se apretaba contra mí; yo encendí un cigarrillo. Volví a oír el ventilador que zumbaba en la pieza vecina y recordé que, su zumbido, lo habíamos comparado con el de un moscardón que se golpeaba contra los cristales de nuestra habitación. De aquí pasamos a la comparación de la vida de un moscón como aquél —que por lo demás, maté minutos después— con la vida de un hombre. Medimos la distancia planetaria —no encontré otra palabra para definirla— que separa a ambas vidas. Luego cerré los ojos. Apareció, entonces, el teniente Escala. Vestía de militar. A su alrededor se levantaban muchos árboles. Estábamos en San Pascual, el fundo de Florencio Naltagua. Viene mi teniente en compañía de Vitelio Doñihue, el gran pintor. Se discute estética. El teniente Escala da su parecer: ¡qué cosa sana, límpida! Por cierto, así debería ser la cosa. Sólo que así fuera, las artes quedarían siempre sumidas en un segundo, por no decir tercer plano. Doñihue entonces me lleva a la calle Agustinas, pasado el centro de Santiago, cuando empieza dicha calle a alargarse y alargarse hasta, al parecer, un infinito. Es de noche. No se ve ni un solo transeúnte; sólo faroles y más faroles también hasta el infinito. Es largo el camino. Yo camino y camino. Al fin llego a Mosqueto, a Mosqueto 562, mi casa. Donde he estado tantas veces con ella, Lumba Corintia. Mi escritorio donde hay papeles inconclusos y comienzos de ideas. Estamos en la cama siempre. Ella se arrebujaba contra mí y me dice a media voz, quedamente:

—¡Cuánto te quiero, Lorenzo!

Lo recuerdo. Le contesté:

—Sí.

Entonces, súbitamente, se yergue en mi memoria el cuadro. No puedo llamarlo más que así: *el cuadro*. Yo tenía, cuando lo vi, apenas 19 años. Fue en un museo de Holanda. En Holanda estuvimos apenas cuatro o cinco días. En un museo —hoy ignoro si en Amsterdam o La Haya; tal vez en Rotterdam— vi un gran cuadro: un ciervo que huye acosado por una jauría. Uno de los perros lo ha cogido ya por una grupa; otro va a saltarle al cuello. Sobre éste vendrán otros y otros. El ciervo será ahogado. Los ciervos, aun en el mayor dolor, son dulces en su expresión; el gato no, el gato es díscolo y mientras más sufre más su expresión de indocilidad se manifiesta. Al menos es la experiencia que yo he tenido. Tal vez Baldomero Lonquimay diría otra cosa. Lumba Corintia, durante el espasmo, es el gato, es rebelde. Chinchilla, palmariamente dulce hasta llorar. Yo estaba sentado al pie de inmensos, inmensos árboles de siglos de edad. La caza se desarrolla ante mis ojos, a un

paso de mí. Un perro salta y coge al ciervo por el cuello. Luego llega otro perro y otro más. Cae el ciervo. Es ahora como Chinchilla. Sus ojos se duermen lentamente. Se estiran sus miembros sobre el pasto. Cada perro se ha incrustado en un punto de su cuerpo. El del cuello es el mayor. Se ahoga, falta el aire en la garganta. Cuando falta el aire en la garganta... Oigan antes: cuando vibra una nota, vibran también las que están afinadas con ella. Ante mi representación del aire faltándome, apoyada y fortificada por la escena ante mis ojos, vibraron muchos puntos acordes. Puntos que, algunos, subían; otros que bajaban haciendo galerías largas y húmedas. En cada una hay un guardia. Me dejan pasar. Hasta que llego a uno, más bien viejo, que está con una chica de verde. La toma, la besa. Ahora la tiende sobre un montón de sacos de trigo –pienso yo–. No; son tal vez de porotos. Pero volvamos al ciervo y a los perros. Los perros se han transformado en vampiros que chupan, chupan. El ciervo vierte su vida. Siente cómo lo abandona. Siente cómo su vida se va por la sangre, siente que se extiende, se dilata, corre los límites de su ser más allá de los contornos, haciendo de su sangre como el pensamiento sin límites, sin contornos; como el mío que oscila entre la chica de verde, la del guardia viejo; y Chinchilla, dulce en ese momento; y Lumba Corintia, dura, rebelde.

¡Oh, Chinchilla! Estoy con tu memoria en éste y en todo momento. Recuerdo aquella noche, cuando saliste del armario de los tres espejos, en mi Bóveda. Mi goce fue, aquella noche, tendida tú en el diván, tocar apenas el verdadero goce, llegar a los umbrales de la región del goce. Te besé el cuello mientras pensaba en enterrar mis dientes en él y chupar, chupar. ¿Qué habrías sentido tú? Tu expresión me lo dice, me lo susurra ahora: se habría multiplicado tu expresión de dulzura. Te habrías dejado morir. Si una expresión de horror hubiese aparecido en ti, habría sido porque la razón, completamente ajena a las sensaciones que sentías, te habría gritado: “¡Peligro!”. Porque veamos: ahora estoy concentrado todo yo en mi propio cuello; tú eres el vampiro. El paisaje es igual: viejos y enormes árboles. Hay algo en mí que me dice que la muerte, una muerte así, ha de traer la sensación de goce supremo junto con la sensación, que poco a poco va desapareciendo, de supremo horror.

Insiste este horror. Tal vez por lo que ha de venir, por el afán de repetir lo que es un goce supremo. ¡Qué cobardía! Claro está: yo la considero horrorosa y, por eso, me pongo a percibirla en forma de dolor. Mas no por ella misma. Por ella misma es la más intensa voluptuosidad.

Pero aquí tengo miedo de no ser más. Tiemblo ante la voluptuosidad mayor. Aquí tengo miedo. Estoy en París. Oigo como Draguignan se acuesta. Pero allá, en el bosque... Iré, un día, al bosque. Ofreceré mi cuello. ¿A quién? Tú ya no estás. Habrá siempre otra Chinchilla, dulce, indiferente a morir o a hacer morir. Así moriré, los ojos juntos, los ojos semicerrados, extendiendo mis miembros que se alargan sin fuerza. Mientras tú –mujer oculta, incógnita– chuparás indiferente. Como quien bebe su ración cotidiana. Por mi piel, por mis nervios, por mi sangre, sentiría yo entonces el eco de la vida toda, no reducida a mi tamaño.

Luego me dormí. Mi último pensamiento fue sobre Rosendo. No había figurado para nada en estas lucubraciones mías. Pero todo esto fue después de haber hablado con él. ¿O tal vez sucederá lo mismo hablando con otros?

Es curiosa esta aparición de Chinchilla en mis lucubraciones. Todo anoche giraba alrededor de su memoria. Hoy no queda nada de ella. Salvo su recuerdo. Hoy Lumba Corintia ha vuelto a atormentarme.

¿Si no la encontrara al volver? Algo me esquilma cuando evoco su persona. Algo que, en muchos puntos, se asemeja a los celos. La parte sexual casi no entra en juego en ellos. Son los celos de la vida. Lo que ella piensa, lo que siente, los sueños que ha de haberse forjado. Todo esto pasado, muerto, un recuerdo que se atribuirá a los pocos años, a la inexperiencia. Ahora está el “verdadero” amor.

No, con Rosendo no cabe nada más. Lo veo vivir con Nicole. Nicole es simpática con sus ojitos de agua. Están ambos –al menos él– en busca de las pasiones fuertes. Proyectan viajes absurdos, frecuentan barrios extraños y han conocido a varios señores célebres. Es darse la ilusión de que uno vive. Es, en realidad, la desesperada búsqueda de la verdad. Esto respecto a Rosendo. Ella no hace más que seguir. Quien vive necesita de menos en menos tales elementos externos.

Pero ¿no es mejor vivir así a como vivo yo? Ciertamente es que tengo mi vida interior y por ella marchó con seguridad. Ahora no sé si es buen síntoma o pésimo síntoma esta afluencia de recuerdos, de escenas antiguas que se avalanzan, a cada momento, sobre mí. Son escenas vulgares, de cada día. Yo me detengo ante ellas atónito. Llego a preguntarme:

“¿Está, entonces, mi cabeza llena de escenas, ¡llena de vida!, y yo no lo sé? ¿Cuándo lo sabré? Tal vez, a la muerte.

Hay un deseo oculto en lo que Rosendo alcanzó a escribir en ¡Oye! Allí está, escondida, la necesidad de expandirse, de huir de la soledad. Es lo que a mí también me persigue, es lo que me pasa frente a Lumba Corintia. ¡Que lo sepa todo, todo! Mi manera de proceder es, entonces, errada pues parto de la base de que nada sabrá ni menos apreciará si no se lo he dicho yo. Es partir del principio de que los demás son tontos, que nada pueden ver por sí mismos. ¿Cómo es posible que ellos, a su vez, no imaginen, no vean, por entre ranuras, mucho más allá de lo que pensamos? Además, ¡qué diablos!, existen las artes para expandirse. Las artes... Este modo de estar cantando siempre nuestras miserias y nuestros anhelos a..., a... Tiene que haber algo adonde van nuestros mensajes. Veo las obras de arte como un esqueleto, nada más que como un esqueleto. Sí, pero de él surge y surge, pequeña columna de humo, un lamento, una aspiración, una busca. Si ella es común a muchos, si lo es a todos, se estima ese esqueleto. Se le venera. Pero hay que dirigirse a..., a... Ni un calor humano a nuestro lado. Falta la persona una, la persona sola. Con ésta vendría la dulzura, la calma, la paz. ¡Ah, poder confiar en ella que, sin duda, ha de ver más de lo que creemos y más que nosotros mismos! Pero no es así. ¿Quiere usted expandirse? Diríjase, entonces, al gran incógnito. Se me figura éste rodeado de venerables caballeros que reciben y reciben mensajes, los leen, los miran y, rápidamente, los clasifican buenos, medianos e inútiles. También en buenos para más tarde, para cincuenta años más, para uno o dos o tres siglos más. No hay que negarlo, la cosa es triste.

Ve a Lumba Corintia, la veo clara, precisa, como si estuviera aquí delante de mis ojos. Si alguien me preguntara cómo es, cuál es su fondo, no sabría responderle. Vacilaría. Me contradiría. No sabría. Porque de cada ser guardamos una imagen imprecisa, vaga. De cuando en cuando un rasgo se acentúa. Es el rasgo que coincidió con un momento nuestro en que soplabla la voz de lo eterno. Este llamado puede ser tanto para arriba como para abajo. Puede ser el llamado de lo que hay que evitar. Moldeamos, entonces, la figura entera de la persona recordada según estos rasgos. ¿Qué diría yo de Lumba Corintia? ¿Que es suave, tímida? La otra noche, comparada a Chinchilla, la vi severa, osada, hosca. Hoy la veo susurrándome: “¡Cuánto te quiero!”. ¿Será así? Pero luego otras preocupaciones la

toman. “¿Me quieres?” –le pregunto. Me mira como asustada. No entiende. Hay algo que no se enfoca entre nosotros.

La intuición... Por intuición podría saberlo. Me lo han dicho cien veces. Tanto, que he llegadô a tener horror a esta palabra. Para mí, intuición es el contacto de la mente individual con la mente común, esta mente donde se hallan mil cosas más, donde están los arquetipos que pueden, algunas veces, deslizarse hasta un caso aislado. No veo cómo poder llegar a ella por esta vía.

Hay, por cierto, un deseo en ¡Oye!. Bien. Podría haber varios, muchos deseos. ¿Y qué? El Pacto debe terminar, no hay duda. ¿Qué hago ahora con todo lo de Rosendo? A lo más un cuento, un cuentecillo literario. Es todo. Puedo seguir agregando personajes: Baldomero Lonquimay, Desiderio Longotoma, don Irineo Pidinco, Teodoro Yumbel, Darío Valdepinos y qué sé yo. Lo mismo con las mujeres como Nora y Jacqueline e Isidra. Para refrescar la memoria, más aún, para ponerla en ebullición, basta con oír lo que se habla por aquí y por allí. Buena cosa que el Pacto haya terminado.

Ahora recuerdo lo que oí hará cuestión de dos o tres días. Un señor aconsejaba a otro: debería, de un golpe, decidirse, sin más, decidirse. No vacilar más. Como lo hizo don Fulano. Se decidió un día; al día siguiente era otro; y esto dura hasta hoy.

¡Qué vanas palabras! Ignoran, los aconsejantes, el trabajo profundo que se hacía en el tal don Fulano. ¿Consciente o inconscientemente? Es igual. Que lo haya sabido o no, es igual. Un día se resolvió y pudo. El trabajo había llegado a su punto. Otro se resuelve y no puede. El trabajo no ha llegado aún a su punto. En muchas personas no basta una vida para llegar a este punto. Será en la otra, en la que ha de venir. Creo que basta una determinación clara y franca; y no forzarse. Esperar, esperar que todo cuaje en nuestro interior. Y la mente fija en la determinación.

Esto, tan simple para mí, veo que lo ignoran-las gentes, aun los avezados en psicología.

Yo no guardo en mí el deseco de olvidar a Lumba Corintia. Quiero, por el contrario, llegar a ella y pedirle que olvide mi sordera a la voz del Maestro cuando, junto a nosotros, pasó.

Nos amaremos Lumba Corintia y yo. Veo la Bóveda con ella entrando y saliendo, con ella dentro. Cada cosa hablará su idioma. El guaco, los retratos. Es el sitio soñado por mí tantas veces. Hay que cuidar mucho el sitio en que se vive. Sin que lo sospeche, florece dentro de mí un personaje adecuado al ambiente que lo rodea. No puede ser lo mismo si veo, como paisaje habitual, estos grises de París o una inmensa cordillera. Para qué decir si, en mi horizonte, diviso un buque que pasa y se pierde, o una vieja torre medieval. Tiene que florecer dentro de mí un personaje diferente, más bien dicho, una dirección general o un tono base que colora el total. La inadecuación, entre lo contemplado y el que contempla, no puede subsistir. ¡La Cantera! Para eso hoy me lleno de siglos idos. Puedo seguir creyendo que soy el mismo. Mis actos y mis trabajos así lo demuestran. Sin embargo hay una recóndita esencia, sólo reconocida por los expertos, que diferencia un poco y que produce una línea general no perfectamente paralela. Esta línea, separándose, dará, al final, otra cosa, cosa insospechada por mí. No puede ser lo mismo una obra escrita si, al despertar, veo, cada día, los grises de París y me mezclo a sus gentes, o si veo la cordillera desolada.

No vacilo más: ¡La Cantera!

Sus noches sosegadas, sus arañas velludas, el amanecer. El ritmo de la gente que en ella vive.

Es el único deseo que en mí se alberga: volver a Chile y hacer de La Cantera mi claustro.

Entonces ¿por qué no parto ya? ¿Por qué no lo hago?

Hay que esperar que ello madure; todo tiene que madurar. La fruta verde desea estar madura. Pero, para ello, tienen que suceder mil cosas dentro.

¡Calma, calma!

Que todo entre por una puerta abierta de par en par.

El *Ejemotor*. Una palabra que he inventado.

Es decir, el eje, el centro de mi vida. El motor: lo que mueve, lo que pone en marcha.

Caía yo en un error. Es éste:

El centro, el eje de la vida *no* está ni debe estar en Lumba Corintia. En Lumba Corintia *no* está *ni* debe estar el motor.

Lumba Corintia debe ser, porque es, uno de los efectos y resultados del Ejemotor.

El ejemotor está, sí, únicamente, en el progreso interno de mi elevación espiritual.

No le concedo a nadie el derecho de tener amistad con los ángeles si antes no ha colaborado largos años con el Demonio.

Nacemos con un ángel al lado. El que nos indica la senda por seguir. Luego este ángel se aleja. La senda termina con otro ángel, allá lejos. Entre ambos está el Demonio. Hay que pasar por él. Los que se lo saltan, o de cualquier modo lo evitan, son los falsos devotos.

Esto me recuerda lo que he conversado con Rosendo. Me ha dicho, más de una vez, hablando sobre su hora y media de silencio:

—Había un placer agudo y doloroso en correr el riesgo de perder una mujer así. No se lo podía decir porque habría creído que callaba por tal placer. Era, tal vez, tener que desplegar el máximo de esfuerzo para soportar y vencer la expectativa de perderla y caer en una soledad completa. En este despliegue de esfuerzo radicaba el placer. Medité sobre su naturaleza. Súbitamente me fijé en otro punto: había, además, un algo interesante en el hecho de verse vivir. Ver cómo una voz interior puja por salir, por dar a luz, y cómo la educación que recibimos, ya filtrada por siglos, le pone a uno todas las trabas posibles. Pensé que era como la oposición que les ponen, según dicen, a los que quieren ser frailes o monjas. Si es verdad, saldrá.

Hoy tampoco Rosendo se acuerda de esto. Sigue viviendo con sus amigos y amigas. Sigue en la juerga interminable.

Vuelvo a mi colaboración con el Demonio por largos años.

Me imagino una montaña. Arriba está la Fantasía. Del otro lado, la Serenidad; o sea, Lumba Corintia.

¡Perder una mujer así!

Siento cuán penoso ha de ser el ascenso. Arriba está la Fantasía. Trepas, trepas. Ya en lo alto es el olvido de todo, es el desprendimiento de cuantos lazos nos retengan. ¡Soñar! ¡Sin atajos de ninguna especie, mezclar todos los elementos de todos los puntos entrevistos y vivir en su esencia! Hasta que, algo fatigado, miramos hacia el otro lado. Un llano verde, plácido. En él, Lumba Corintia.

Bajar ahora, bajar. ¡Adiós locuras de la Fantasía! ¡Bajar al esplendor de los dominios de ella!

Es un camino fácil. Es una realidad llena, es una compensación. Cada cosa tiene aquí un significado gracias a la Fantasía quedada atrás. Ya no se puede jugar, no se dispone del mundo al antojo de uno. Cada cosa hay que tomarla y desenterrar de ella su significado.

Lumba Corintia está al lado. "Basta al día su afán". Es lo que se ha aprendido con la colaboración de la Fantasía loca, cuando el Demonio estaba a nuestro lado. Ahora el trabajo sereno. ¡Con ella!

Aquí, con ella, no olvidar que no hay amor, por grande que sea, que logre hacer que 6 por 8 sean 47 o 49. Serán siempre 48.

El amor descarga las fuerzas primeras del subconsciente. El amor debe ser su válvula. Debe ser sano, de pura naturaleza. ¿Por qué, por qué desear siempre que salgan las cosas de su sitio, subiendo lo que está abajo, bajando lo que está arriba? Torpe juego malabar del hombre falto de disciplina, falto de hondo sentido religioso.

¿Por qué, por qué...? En la cumbre de esa montaña que he imaginado, este deseo -subir lo que está abajo, bajar lo que está arriba- tenía su razón de ser. Es la obra del Demonio. ¡Nada en su sitio!

Entonces, ¿el sexo? Yo diría: "¡No, no! ¡Déjenlo aparte!

El sexo, creo, es otra cosa y otra función. No lo veo ni lo uso para reproducirme fuera de mí sino dentro. No lo uso para perforar la tierra con placer sino para abrir ventanas, inauditas ventanas, hacia la síntesis total.

¿Hacia el Cielo? Sí, tal vez. No veo que otra cosa puede ser el Cielo, otra cosa que no sea la síntesis total.

A veces me ocurre que la senda que a él conduce se me esconde. No la veo. Veo, como medio de llegar a él, únicamente el camino escondido que guarda el sexo.

Pero ir por este camino... Habría que dejar la vida entera para su práctica. Aquí vendría bien un Pacto. Rosendo... ¿qué podría decirme? Tal vez mayor colaboración con el Demonio. ¡Oh, al menos si tuviésemos la seguridad de vivir 80 ó 90 ó 100 años con nuestra mente clara, claramente razonadora!

Es éste el mal que nos apremia: la exigüidad de nuestra vida. Y dentro del lapso exiguo, la inseguridad que sobre ella se cierne. Puedo morir mañana, hoy mismo. Necesitamos calma, calma. Así abriría yo mil ventanas hacia el Cielo.

La gente me llama "tranquilo, inmutable, flemático". Me dan más nombres que ahora olvido. La gente cree que ser inquieto, ser nervioso, es llevarse a brincos, dar vuelta los objetos que se quiere coger y saltar como electrizado si alguien habla repentinamente. En esto no hay nervios. En esto lo único que hay es una absoluta falta de dominio sobre los nervios. Si se carece del control necesario, se harán tales manifestaciones de muñeco de cuerda.

Ser nervioso es otra cosa.

El hombre usa diferentes medios para ponerse en contacto con la vida. El yo está bien al centro de uno. Rodeado de cuerpo y ciego por la opacidad del cuerpo. Desde él hasta la piel de la superficie hay muchas materias distintas que, terminadas en la piel, toman contacto con la luz, con el aire, con los acontecimientos y con quienes los producen. Rara vez el yo, sumido en sus meditaciones, se percata de que todas las materias entran en juego para la percepción de un hecho. A veces entran más; otra veces, menos. A veces entran unas, otras veces, otras.

Hay gentes que llevan todas sus comunicaciones hacia dentro. Lo hacen por intermedio de los nervios. Todo lo ven y lo juzgan bajo un punto de vista de nerviosidad. Otras gentes ponen sus carnes en contacto con el mundo para enterarse de él. Hay quienes ponen sus grasas. Hay miles de seres que tienen un concepto grasoso de la vida. Hay, además, quienes se comunican con el exterior usando sus venas de antenas y lo reciben

todo enrojecido por la sangre. Como hay quienes se entienden mejor por la bilis. Para éstos, un hecho que por sus nervios no les hubiese transmitido nada coherente, les ofrece un significado al llegarles teñido de amarillo. No faltan, por desgracia, tal vez sobran, los que ante cada suceso o ante cada señor o cada dama que se les presente, lanzan adelante un testículo para que les informe de lo ocurrido.

Los que juzgan a través de los nervios son los que me interesan.

¿Qué tiene que ver esta manera de juicio con los brincos, con la alarma ante quien hable repentinamente, con los objetos que se vuelcan entre sus manos?

Veo y comprendo a un hombre excesivamente nervioso, viviendo únicamente por los nervios, quedando sordo ante cualquier otro modo de transmisión, lo veo y lo comprendo serio, inmutable, frío. La transmisión es tanto más delicada, y necesita de mayor frialdad para que nada se altere, mientras más delicados son los medios que usa para expresarse.

Siento, a veces, el desco de que mis comunicaciones me lleguen por otra vía que no sea la de los nervios. Tener, por ejemplo, una visión sangrienta del mundo. O biliosa. O esquelética.

Pero ni siquiera esto está a nuestro alcance para ser ordenado y obedecido. Yo recibo el mundo por los nervios. ¡Silencio! Así ha de ser. El yo lo sabe puesto que lo hace. No rebelarse en su contra.

Acaso muchos de los males que nos acometen, disturbios y enfermedades, hasta locura, vengan de esta oposición a dejar al yo que escoja y use de los medios más adecuados para alcanzar siquiera una vislumbre de cuanto le rodea.

Pero ¿quién ordena esta oposición? ¿Quién es la otra parte, el segundo en el combate? ¿Dónde radica y qué parentesco tiene con el verdadero yo?

¡Saber distinguir ambas voces! Cuando la voz viene del uno, del verdadero; cuando viene del otro, el falso, el superpuesto.

He llegado a esta conclusión:

Ella, Lumba Corintia, sabe, más que yo, existir sobre la Tierra.

Me falta carne, me falta bilis y hasta grasa que poner frente a los demás. O acaso no soy suficientemente nervioso. Me falta la serenidad para dejarme vivir. Debería haber momentos en que se dejara al yo recibir del mundo por la vía que encuentre mejor. Después, otros momentos, dejar libre paso al camino de vuelta.

Tal cosa la vi por la grasa; tal, por el esqueleto; tal otra, por la sangre... Entonces, recogimiento.

Ella, Lumba Corintia, vive así. Y todo esto —lleguen por donde lleguen sus mensajes— le es indiferente. Sonríe. Opina. Se exalta aún. Luego se recoge y oye la voz que resuena en su yo.

Hasta en la actividad práctica sabe más que yo. Diríase que posee un franco dominio, una capacidad de selección perfecta. Sabe, de antemano, qué hay que poner, ante un espectáculo, para que de él se transmita lo esencial.

Rosendo se hace transmitir la vida por las arterias, por la sangre. Todo se enrojece ante su vista. Cuando el rojo es demasiado fuerte, lanza un testículo. Fuera de estos elementos, el mundo le carece de significado. Recuerdo ahora su estadía en la Pampa nortina con el ciego abofeteado. Transmisión sanguínea. Veo su diferencia hacia el ¡Oye! Los nervios lo tocaron. Luego no supo qué hacer con ellos. Y ¡Oye! murió por inútil.

Hace algunos días lo he visto afanarse sobre el motor de un auto. Volvíamos de Com-

piègne. Una pana. Rosendo se bajó, abrió el capó y se embutió en el interior. Cinco minutos después, el auto siguió viaje.

¿Habría podido decirle que aquello vivía? Yo lo supe súbitamente. El auto tenía una vida potente y propia. Una vida subterránea que apenas se independiza durante la marcha; vida que crece con la velocidad; luego que se adormece cuando se detiene y, sobre todo, cuando se le abandona. El auto requiere, para vivir, de esta extraña simbiosis: el hombre y el auto, o el auto y el hombre. Simbiosis que, al menos a mí, me avergüenza. Porque me siento inferior, no tal vez al auto mismo sino al mundo despertado y hoy viviente. ¿Hasta dónde enterrará sus raíces este mundo? Nadie lo sabe o muy pocos.

Hemos hecho un pacto entre hombres y autos. Si el hombre los abandona, morirán sin poder protestar. Su conciencia volverá a hundirse en la masa de todos ellos.

Podría hacerse aquí el romance del orgullo, de un orgullo satánico, del hombre que es cogido por él al sumir en la inconsciencia personal a cada máquina conservando él su integridad consciente. Pero no es el momento de tales suposiciones. A pesar de que me acuerdo de los deseos que tuve una vez en Chile, en Quintero, mejor dicho, al atravesar la gran playa desolada entre la desembocadura del río Aconcagua y Quintero mismo. Me acuerdo que, yendo en auto, sentí deseos de dejarlo allí en espera de la alta marea y verlo cómo las aguas del mar lo alcanzaban y lo cubrían. Habría visto la lucha impotente, silenciosa del auto, su negación rotunda por haber despertado una conciencia, y esto sin bulla, sin ruido alguno. Pero, repito, no es el momento para tales lucubraciones.

Falta en mí la concentración en las ideas. Se me figuran éstas como mariposas que vuelan a mi alrededor guiadas por otros designios que los que hay en mí. Es un mundo aparte este de las ideas. Yo lo veo ir y venir. ¿Quién lo dirigirá?

Hoy he estado sentado en una terraza cualquiera. Apareció súbitamente un hombre cojo. Pasó. Vi en él al cojo aquel del Amaya, en Santiago. De este cojo surgió inmediatamente Santiago entero. Me sentí en Santiago; todo a mi alrededor cambió. ¿Cuánto rato? Tal vez un segundo, un quinto de segundo. La intensidad de una visión así es muy difícil medirla con relación al tiempo de los relojes. Fue una aparición real, fue un derrumbe de cuanto existía a mi alrededor. Con la aparición de Santiago tuve la revelación, que guardo dentro de mí, de que tengo un conocimiento de Santiago enormemente más amplio, más vívido y exacto que el que puede dar un simple recuerdo. Puesto que vuelvo a vivirlo y a *saberlo* en su totalidad *presente* y no en su totalidad pasada, como sucede con los recuerdos. Pero el segundo, o el quinto de segundo, pasó. Guardé, y guardo aún, la memoria de ese instante. Sin embargo existe la imposibilidad de volver a sentirlo, de volver a tener esa visión relámpago. He hecho esfuerzos por revivirlo sin ningún resultado. He llegado a la conclusión, y luego a tener la preocupación, de que lo más fuerte y claro de mí me queda fuera de todo dominio y que yo —el yo habitual y diario— soy apenas un reflejo del verdadero yo que se me hace inaccesible. De este sentimiento: permanente espera, larga espera que vuelva ese instante. Tal vez ha de volver ahora al doblar una esquina o al atisbar por una puerta, al encontrarme frente a un gran panorama o, de noche, a la luz de un farol cualquiera. Si me volviera esta visión... Llevo la esperanza de que no sea instantánea; llevo la esperanza de que dure y siga conmigo siempre o, al menos, cada vez que quiera evocarla.

El despertar. Por las mañanas. Cuando despierto anticipadamente a la salida del Sol. Cuando un tranvía o un autobús solo, uno solo, corre. Cuando aún no se levanta el murmullo de la gente. Allá en La Cantera cuando aún no canta un gallo. Sé, Lumba Corintia, sé que si yo —esta miseria en una cama esperando la luz solar— viviera de otro modo, sobre

todo el universo, habría menos dolor y fructificarían, aquí, allá, en los cuatro puntos cardinales, como tallos ligeros, nuevas y nuevas esperanzas para todos.

Mas, ¿qué gano con saberlo? Cuando, por fin, se levanta el Sol o se oye el murmullo de las gentes o canta un gallo, me calo la ropa y los zapatos y salgo a las calles o salgo a los caminos canterinos sin importarme –¡oh, no! sin poder que me importe– las esperanzas de los demás ni las mías.

En Montparnasse he oído hablar largo rato a Abdón Ucayali, el poeta sudamericano. Vive más en París que en Colombia, el país suyo. Se hablaba sobre Dostoievski y sobre Proust. Alegaba Ucayali la desventaja del primero al tratar de tipos raros, anormales. En cambio el segundo trataba tipos corrientes como cualquier persona. Alegaba Ucayali que esto, tratar tipos corrientes, era, si menos espectacular, mucho más difícil.

¿Cómo es posible que ese hombre esté todavía en eso? Apegado al tema y no a la penetrabilidad en el tema. ¿Tipos raros, anormales? ¿No es acaso en todas partes igual? Se trata de los resortes que se sacan a luz, de la parte que se pone en examen, en juego. Mientras Proust me hace el efecto de resbalar por la máscara de sus personajes, Dostoievski me hace el efecto de adentrar hasta deslindar con el común del que son sus representantes. ¡Tipos raros! Si él mismo, Ucayali en persona, se atreviera un día, tuviera la curiosidad de perforarse un poco y este poco lo llevara más y más adentro, perforándose siempre... No he visto yo a esos tipos raros. Hay un punto de vista en que todos los hombres somos iguales, llevamos dentro la misma cantidad de nebulosa. Ahora se trata de ver quiénes la atisban, la estudian y desmontan. Se necesita un buen temple para hacerlo. Los que se anticipan caen en la locura.

Ucayali no ve esta gran similitud de los hombres. Ve aún categorías. Ve a los superiores y a los inferiores. En este sentido Proust tenía razón. Toma tipos como todo el mundo. Pero se trata hasta donde penetra en su análisis. Los tipos de Proust no oyen los rugidos de ese fondo común. Siguen separados, aislados. Cada tipo de Dostoievski lleva un mundo ilimitado alrededor suyo, un mundo que se ve en todas partes. Ucayali se salta este “en todas partes”. Quiere tipos diferenciados, que se les pueda mostrar con el dedo y decir: “Ese es don Fulano y nada más que don Fulano; porque no hay, sobre esta Tierra, dos don Fulanos”.

La gente cree haber pasado, haber cancelado una visión ante algo porque ahora la miran desde otro punto de vista. Es muy difícil cancelar, pasar, avanzar, cuando se ha llegado a ciertos planos elevados. ¿Avanzar? No. Se avanza únicamente en la época de nuestros primeros aprendizajes. Nada más. Ya arriba, se dan vueltas alrededor, se contornea, se juzga de diferentes facetas. No hay, por lo tanto, ni mejores ni peores *en sí*. La diferencia de mejores y peores estriba sólo en la potencia y en el alcance a que se llegue desde cada punto sobre ese algo considerado.

Ucayali puede considerar esos tipos “como todo el mundo” y anotar cuanto quiera. Ello no significa ni avance ni retroceso. Significará un avance si descubre en esos tipos mayor cantidad que lo que hasta hoy se ha visto; significará un retroceso si ve menos cantidad.

Rosendo vio, alcanzó a ver nuevos puntos de vista en un silencio de hora y media. Sin embargo se detuvo.

Yo no me detendré. Con la experiencia de Rosendo, sabré. Seré igual a él cuando un silencio se produzca entre Lumba Corintia y yo. Seguiré adelante. Si veo más seré superior; si veo menos seré inferior.

Pero no hay que destruir nada. Tengo una propensión a destruirlo todo. Los reveses que he sufrido en mi pasado he querido, como todos, ponerlos a cuenta de mi mala estrella. Me he sentido, de inmediato, falseando. Percibía que a algo le sacaba el cuerpo. Este algo es que yo mismo provoqué mis males —no provocándolos, por cierto, directamente, groseramente, diría. No, no es así. Es que enrielo mi vida dorándola de expectativas positivas, brillantes; la enrielo por un camino en cuyo fin, inevitablemente, espera un revés.

Lo he notado, lo noto ahora en cada uno de mis actos pasados, al relacionarlo con su desenlace. Me he separado de Lumba Corintia, abandonándola, sin siquiera dejar una dirección para escribirnos. Encerré a Chinchilla en el ropero de los tres espejos. Hay más en mi vida pasada. ¿Para qué voy a explicar? ¿Para qué voy a remover los hechos mismos?

Desde luego yo ignoraba ese desenlace, no habría podido preverlo ni aun imaginar su naturaleza. Esto guardo a mi favor: mi buena fe.

Hay que entender: no era un hecho o un suceso lo que había allá al fondo esperando. En el fondo no había nada. Era yo con mis instintos o tendencias —no sé como llamarlos— que organizaba mis actos, en el sentido íntimo de la vida, de tal modo, que este sentido, prolongado, tenía, tarde o temprano, que desmoronarse.

Hoy recomienzo mi vida de otra manera. Todas las previsiones las voy tomando con una meticulosidad que, de explicarla a fondo, sencillamente asombraría.

Nunca me enfadaré con ella; ante cada paso, siquiera ligeramente peligroso, la detendré; cada intento favorable que vea desprenderse de ella, lo fortificaré. ¡Ayudar, ayudar siempre! Nada dejado al azar. Así practico mi comportamiento con Lumba Corintia. Lo practico desde aquí. Los grises que me rodean me son gratos para este trabajo de reconstitución en que estoy empeñado. Así ella, tratándola así, se abrirá como la más maravillosa de las flores.

No hay nada de raro en mi modo de obrar, en el que proyecto. Porque estoy harto de golpes, de traumatismos. Sin embargo no las tengo todas conmigo. A veces creo que se han filtrado pequeñas cosas a pesar mío, por cierto. Es decir, cierto rumbo que ya tiene nuestra vida, nuestro contacto. Es un rumbo que puede prolongarse hasta el final si... —por aquí va la cosa—, si la vida no sigue desenvolviéndose según el llamado primero de nuestro cariño, como hasta hoy ha sucedido. Pero la evolución normal de todo cariño —y aquí está el punto: ¿puedo yo escapar a esta ley? — hace que toda unión vaya, con el transcurso de los años, reemplazando los puntos vitales en que se apoya para continuar su desenvolvimiento.

Veó que nuestro cariño está asentado, lo he asentado, únicamente en la vehemencia primera, en la llamarada primera, en los primeros éxtasis. Sobre ellos he quedado cimentado. No es que quiera prolongar indefinidamente estos éxtasis. No soy tan ingenuo. He tirado líneas hacia adelante en el sentido de cómo debiera ser una unión de perfección, una unión basada y desenvuelta según el momento más intenso, más profundo de la existencia.

Así veo, así me confirmo cuánto amor hay por mi parte hacia ella. Sé cuánto responderá ella a estas directivas. Comprendo cuántas intenciones francas hay en mí para sublimarlo todo, para sacarlo del fango y elevarlo al Cielo.

No obstante me pregunto: En este mismo ímpetu ¿no está el germen de nuestra mutua destrucción? Pues como que en ella o en mí, en cualquiera de los dos, obre la ley normal, la llamarada primera palidecerá o perderá su significado. Si así sucede, la construcción entera mía se derrumbará rodando hasta la última miseria moral.

Me pregunto: Al impeler ese rumbo a nuestra unión, ¿fue para intentar lo sublime o para colocar –por fuerza mayor a mí, a toda mi conciencia– una ruina segura, implacable? En este caso, ¿no puedo vivir más que en la ruina?

Es lo que me pregunto, esto es mi martirio, mi obsesión. A veces, recordando nuestros besos, pienso: estos besos ¿no estarán aumentando sórdidamente la presión para apresurar la explosión que hará saltar todo por los aires?

Cada borracho miente al contar su borrachera. No miente por lo que dice ni por los hechos que refiere sino por la atmósfera en que envuelve lo que cuenta. Al oírle se diría que él era el centro vistoso y ruidoso de cuanto ocurrió. En verdad apenas si el vecino lo notaba. Hay gentes de tal egocentrismo que mienten siempre cambiando esta atmósfera hacia ellos.

Pasó por París, hace poco, nuestro profesor de Castellano y Geografía, don Mamerto Masatierra. Se había dejado crecer el hombre una gran barba negra. Pasó frente al bar de La Coupole y del Dome, en Montparnasse. Contó, luego, que nadie lo había reconocido. ¿Quién puede negar la verdad de este hecho? Nadie. Pero todos los que lo oyeron contar, veían, dentro de ellos mismos, una escena que jamás ha ocurrido. El ambiente por donde don Mamerto pasó, era falso, completamente falso. El hombre había bebido más de una copa.

He estado algo enfermo: dos días en cama. Cuestión de un principio de gripe. Draguignan quiso llamar médico. Me negué. Le dije:

–Jules, mis enfermedades me pertenecen, son mías y van, paso a paso, caminando al lado mío. ¡Qué! Yo soy mis enfermedades. Mis enfermedades soy yo de otra manera. Pues bien, yo soy y seré de tal o cual manera según como he sido siempre y según adonde vaya. ¡Oh, creer que todos vamos caminando por el mismo camino! ¡Qué error! Venimos todos de sitios totalmente diferentes; vamos a sitios diferentes por diferentes rutas. Ni siquiera nos cruzamos. En el camino mío se halla, de pronto, un punto con tales fiebres, dolores y disturbios. ¡Déjenlo! A lo más, ayudar a cruzarlo. Nada más. Pero hay gente que cree que es, pongamos, un tifus igual, exactamente igual al que sufrió A y B y C. ¿Las apariencias son iguales? Puede ser, ¿y qué? ¿Qué significan las apariencias? Te pongo dos gritos, dos lamentos. Inmediatamente aparecerá alguien que quiere hacerlos callar. Sin embargo uno de los lamentos era de dolor; el otro era un espasmo. Así es todo, Jules. ¡Déjame con mis males! ¡Qué idea de que mis enfermedades son cosas apartes que caen sobre mí y que hay que quitármelas!

Venía, por la calle, un señor que llevaba de la mano a una niñita de 3 ó 4 años. La niñita se apresuraba, corría y tiraba al señor. Éste, entonces, simulaba ser arrastrado, se apresuraba a su vez y fingía correr. La niñita reía, reía con una risa angelical.

Esa niñita crecerá, será grande. Llegará a vieja. Un día morirá. Nunca, durante sus 70 u 80 años de vida, volverá a recordar esta pequeñita escena ni, menos aún, su reír cristalino, de ángel.

¡La risa de un niño!

Deberíamos todos reír así. Al menos de cuando en cuando, una vez por semana, una vez al mes. Pero reír cantando a la vida, al hecho de encontrarnos aquí, de estar en este paréntesis.

¡Fuera, fuera todo lo demás! ¡Reír! Como ríe un niño porque es divertido, después de todo, ser.

¡Fuera, fuera problemas, preocupaciones, molestias! Reír como han de reír los ánge-

les, como se ha de reír más allá, afirmando nuestra naturaleza divina. Reír sin suspicacias, sin doble sentido, sin que la mente entre para nada en el reír. Reír por un hecho cualquiera. Hacer de este hecho el centro del universo y reír.

¡Qué diferencia enorme hay entre un niño y un adolescente, para qué decir, un hombre!

Un niño no ha nacido aún. Está mitad en este mundo, mitad en el otro. Está más en el otro que en éste. Se nace alrededor de los 7 años, a veces antes, a veces después, pero después es cosa rara.

Hay en todos los seres una negación ante la vida al llegar a esa edad. ¡Tener que entrar de lleno a problemas, preocupaciones y molestias! ¡Tener que abandonar el santo reino!

La gente felicita por el buen nacimiento. Hay algo de venganza al ver nacer, al ver como pasa el niño a la edad de las preocupaciones. ¡Sí, que se preocupe, que se moleste, que se dé cuenta de que la cosa no era simple! Lo besan entonces, se preocupan una enormidad de él.

Quiero, quiero y quiero a tantos seres que mi vida es un continuo temblar. ¿No deseo, a veces, que murieran pronto para terminar por fin?

El miedo de que sufran, que vayan un día a plantarse al borde del horizonte y que entonces se pregunten:

–¿Por qué son injustos conmigo? ¿Por qué *se me* sufre?

Es mejor, Lumba Corintia, que mueran pronto; es mejor asesinarlos en último caso.

Me llaman neurasténico, neurótico, desequilibrado. Mi desequilibrio por cierto, tiene a la misantropía. Hablo poco. Tengo rostro reconcentrado. Vivo en las nubes. Vivo ausente.

Esto me recuerda el nacimiento del niño, alrededor de los 7 años de edad; o tal vez antes, a los 4. Me recuerda, sobre todo, los aplausos de quienes lo rodean. Ese espíritu de venganza, de venganza muda y solapada. Es el no querer permitir que haya uno que se les escape. ¡No, no! ¡Todos alertas con lo de aquí, con lo que se habla, se opina, se discute! ¡No permitir que uno vuelva al paraíso de la infancia! Esas vías –¿no lo sabéis?– han quedado clausuradas.

Prohibición al hombre de pensar. Un poco, sí. Mas no demasiado.

¿Qué hago yo para merecer tales apodosos? ¿No hago, acaso, bien al querer penetrar lo más al fondo posible?

Tal vez aquí está el deseo que me guió al pedir a Onofre Borneo que hiciera nuestras biografías. Un poco de justicia en esta lucha.

A propósito de esto –yo neurasténico viviendo en las nubes– me viene en idea ver cómo pienso.

He visto, definidos, dos modos:

1. El modo de razonamiento, aquel en que claramente se formula un problema en la mente, sin que haya desviación alguna. Se va a una segunda lógica, luego a una tercera, etc., hasta encontrar o ver el total de un proceso que, en un comienzo, sólo mostraba una de sus caras;

2. Una idea que súbitamente *cae* a la mente, careciendo de extensión o sea de tiempo. Tiene esta idea lo que llamaría “desviación” pues no sigue una línea de lógica deductiva sino que ve un total, o sea, ve un punto con todos los demás puntos afines, con todas las posibles desviaciones que pueden arrancar de él. Luego viene otro proceso –que es el que generalmente se llama pensar– que es el de desmontar, clasificar y ordenar. Esto es aparte. El acto en que cae la idea a la mente, es un acto súbito, total, sin tiempo.

He hecho una gira por las viejas piedras de París. Me bajé del metro en la estación Chatelet y de ahí, a pie, fui a Notre Dame, seguí a Saint Julien le Pauvre, a la Sainte Chapelle, luego a Saint Etienne du Mont y volví a Notre Dame. Fui solo. Duró mi caminata no menos de tres horas.

Desde mi primera visita a Notre Dame fui tomado por un sentimiento de puro misticismo. Las sensaciones plásticas desaparecieron. Apenas si recuerdo unos anaranjados en las vidrieras de la catedral, o uno solo que brilló inusualmente. Por las calles fui luego marchando como un sonámbulo, sin apercibirme de la gente que cruzaba. En Saint Etienne du Mont estuve un buen rato sentado. Luego sentí la necesidad de volver a mi punto de partida, a la grande y vetusta Notre Dame. Otro buen rato sentado. ¿Por qué no tendré más momentos así?

Juré... Mejor diría, "se me juró". Diré: juramos ir, de una vez y para siempre, al absoluto recogimiento. Un convento... No; temo demasiada bulla de frailes y monaguillos y qué sé yo. Demasiada disciplina, demasiado ritual hueco. Volvió a sonar en mí el nombre de La Cantera. No hay duda: allí será mi templo. ¡Menos preciosismo intelectual! El guaco y demás, todo ello sobra. Mayor simplicidad. Entonces, de rodillas, oír Su voz. ¡Amar, amar! ¡Que pronto una luz sosegada se extenderá en mí, y sobre esta luz, me mantendré!

Me prosternaré frente a la imagen de Lumba Corintia. Pero ella necesita saberlo, saber que hay en mí algo más que un simple tarambana que ve en su amor una linda, muy linda despedida de Chile.

Me prosternaré, no frente a la imagen de Lumba Corintia sino frente a ella misma. Ella estará hierática, estará muda. Entonces le hablaré quedamente. Entonces me confesaré a ella, renegaré de mis pecados pasados. Entonces una nueva vida se alzará franca y enorme como esa nave central de Notre Dame. A esta nueva vida iré con el ímpetu de aquel que no ha de retroceder por nada y ante nada; con la humildad del que se inclina al traspasar el umbral de un sitio sagrado.

Harto estoy de ese carrusel sin fin que el mundo ofrece. Harto estoy de sus problemas, sus dudas, sus argumentaciones. Basta una alta vidriera, sola, pura, como una campana que recuerde. Basta una vidriera.

Ahora recuerdo una que vi en la Sainte Chapelle. En el piso bajo vendían tarjetas postales. La encontré y la compré. Aquí está ahora a mi lado. Representa a un príncipe de una tribu sentado en el trono. El trono es rojo. A cada lado una figura extiende una mano hacia él. El fondo es azul, un azul oscuro y luminoso. Abajo otro príncipe está también sentado en su trono, con varias figuras a su lado, tres de cada lado. Pero es el de arriba el que me cogió, el que me puso frente, en medio de los campos chilenos, bajo un quillay, bajo el quillay cercano a las casas.

¡Qué similitud hay entre dos mundos tan diversos! ¡Cómo se anulan distancias y tiempo! Los príncipes de tribus están en sus tronos sobre el universo entero y lo están por los siglos.

Como está hoy día —a pesar de distancias— Lumba Corintia a mi lado.

¿Es posible que el ajetreo de los demás me saque de su aureola? Mi deber está junto a ella. Alrededor nuestro crear el silencio de las piedras memorables.

Caer, entonces, en la contemplación.

Si al menos tuviera donde escribirle. No sabía ella si seguiría en Santiago o iría al Sur, a Concepción, o si iría a San Agustín de Tango. Todo esto que escribo será para ella. No hay medio de quedar así atajado en un silencio como el de Nicole y Rosendo. Debe leerme.

La literatura, cuando no se tiene por delante el desarrollo de un tema, cuando el fin no está premeditado, es mucho más verdadera que cuanto se puede hablar. En el hablar hay miles de pequeños sucesos que saltan y asaltan, que desvían la lógica de la narración. Habría que tener un público o un oyente que escuchara guardando el más absoluto silencio. No sólo mientras oye sino después. Días más tarde contestar cuando lo oído hubiese ya recorrido todos los canales de un ser y hubiese llegado hasta el fondo. Cosa imposible. Entonces escribir. Escribir teniendo por delante la imagen del príncipe en el trono escarlata. Una mujer de cada lado.

Una mujer de cada lado. Cuando el recuerdo de Lumba Corintia no me asecha, aparecen ante mí estas dos mujeres, estos dos polos, estas dos fuerzas que se neutralizan dando, al centro, el perfecto equilibrio. Dos mujeres...; es la interferencia perfecta.

Hay tres elementos en toda interferencia: las dos ondulaciones que se propagan en un mismo sentido y la creación de este nuevo estado que llamamos "anulado". Este estado tiene que estar en algo. Si se le descompone, da dos. ¿Cómo de cero resultan ahora dos? ¿O de uno?

Ante dos mujeres interferentes, quise yo ser su resultado, quise ser el tercer elemento. En esa calma de fondo, es tal vez lo que he llamado "paz".

Es el rol máximo. Al menos desde este punto de vista de adonde hoy considero.

Quise ser el alma serena de ese tríptico. Debí haber dejado que la cosa fructificara en mí; ojalá en el silencio y en la quietud.

La presencia de dos mujeres me hizo compartirlas en la carne. La cosa cayó, se disolvió. Ante los ojos de quienes lo supieron, no pasó el hecho de ser un acto de máxima lubricidad en que yo arrastré a dos mujeres. Muchos me lo reprocharon; muchos me felicitaron.

Tal vez ahora la cosa empieza a fructificar. Silencio.

Una vez en Chile iré a San Agustín de Tango. Porque no está debidamente agotada mi sed de ver, saber y escudriñar. Veré a Florencio Naltagua. Florencio hablará. Yo cogeré cuanto dice, lo llevaré a casa y allí lo desmontaré y lo asimilaré. El goce del alma tiene que ser sereno. ¿Puede esto llamarse goce, en el sentido que a esta palabra se le da en nuestro hablar cotidiano?

Goce... Palabra sin sentido ya alcanzadas ciertas alturas. No he llegado aún a éstas. Necesito ver y escudriñar. Aún no ha llegado el momento de ir con decisión a mi niñez. San Agustín de Tango me mostrará el camino por donde hay que ir. Si no me lo muestra..., seguiré como todos. Como todos pero trabajando día y noche. No olvidar que, de todos modos, está La Cantera al fondo. En ella se pasará serena Lumba Corintia.

Amor-armonía; armonía-amor. En estas dos palabras pueden fundirse los ímpetus de la pasión. Es lo que hace la mayoría, es la ley.

Armonía: Encierra esta palabra la cooperación, la suavidad, la comprensión; aviva la facultad de adivinación del otro ser. Pocos, muy pocos logran llegar a la perfecta armonía pues entra y se instala entre ambos amantes el Tercer Personaje. Aquel personaje de que me hablaba siempre Onofre Borneo; aquel que se ha asentado, triunfante, entre Rosendo y yo. Personaje que a su antojo desvía los mejores intentos. Queda, sin embargo y siempre, una tendencia hacia la finalidad primera, hacia la búsqueda de la armonía.

No sé si he cambiado mucho o si se trata tan sólo de un momento hijo del Príncipe de la Tribu. Tengo, aquí a mi lado, unas notas que escribí en la Bóveda hace un año. Dicen así:

“X no ama llevando como finalidad de esta palabra la armonía. Su sentido del amor es el fulgor, es la lucha, la emoción, el estruendo. Tal vez esto traiga al fin una creación.

“X quiere un Rey y una Esclava. O bien una Reina y un Esclavo. Quiere la tiranía total o la sumisión total. Ambas conscientes y aceptadas. Único modo de que la chispa salte.

“Cuando aparece la Reina, X siente en él la rebelión porque la ley de la armonía se le presenta y lo tienta. Al ser Rey siente un vacío, un gran vacío, una monotonía sin límites.

“Así se balancea siempre sin poder llegar al Amor.

“Necesita X tres mujeres:

“La mujer A, suave, dulce, que forme con él cuatro ojos que vean el mismo paisaje, cuatro oídos que oigan la misma música, dos corazones que sientan al unísono, dos sexos que gocen en el mismo instante.

“La mujer B, sumisa, temblante, completamente huca en el sitio en que se aloja la personalidad. Es inexistente salvo cuando silba el látigo. Entonces, al contacto del látigo, está dispuesta a dar todo el goce que se le pida.

“La mujer C, dura, fatal, ave de rapiña, araña. Tiene garras con fuego en el sitio de la personalidad. Llega a la expresión máxima cuando es ella la que azota y hace, con el dolor, florecer la vida.

“¡Feliz mil veces X!

“Cuando está con A, se insinúan en su horizonte B y C; cuando aparece B, piensa en A y C; cuando tiene a C, en la lejanía murmuran A y B.

Aquí, en estas notas, el sexo está tomado como finalidad, es el eje. No lo veo ahora así. Sin embargo está dentro de mi persona. Hoy diría que no puedo, que no sé tomarlo como un estado permanente en nosotros, menos aun como un fin que alcanzar. Siempre –lo creo y lo sé– el sexo me ha aparecido como algo transitorio. Entonces ¡agotarlo cuanto antes! No se puede avanzar llevando hilachas de cosas inconclusas.

Con varios amigos hemos estado en el Sphinx. Mujeres a medio vestir y baile. Un mesón.

Comprendo la resistencia al sexo, la comprendo pero no directamente. De este modo no la realizo. Puedo hacer una analogía y extenderla mucho: yo, por ejemplo, en el Sphinx. La diversidad mental entre esas mujeres y yo. Esto, por cierto, no quita la excitación. Pero impide, acaso, hacerla efectiva. Se necesita un nexo sentimental o intelectual. Estos nexos existen entre Rosendo y Nicole. ¿Cómo, entonces, hora y media de silencio? ¿Y la necesidad de expresarlo por escrito, aparecida al día siguiente? Existía entre Lumba Corintia y yo. Si volvemos a empezar habrá, un día cualquiera, una resistencia de parte de ella; o mía. Si es en ella no puede ser más que la repercusión en ella de ese personaje que yo, en un momento, he querido representar. Si es en mí... Será el cansancio, no del acto, no de la excitación. El cansancio asomado en el horizonte y atisbándome. Si ella es A, serán B y C; si es B, serán A y C; si es C, serán A y B.

Me pregunto ahora si es en ella: ¿resiste justamente al personaje por mí representado o resiste, a través de él, a su vida pasada, a lo que un personaje así representó un día?

Todo cuanto he pensado con cierta energía en mi vida, se hace efectivo.

Pienso con demasiada insistencia en estos malentendidos entre ella y yo.

¡Alto! Demos vuelta la página.

He hecho una pequeña, pequeñita experiencia. En el lavabo de un Café vi una arañita por el suelo que corría. La seguí con la vista. La azucé cada vez que se detuvo. Hasta que desapareció entre unos maderos.

Hoy esto no ha tenido resonancia en *todas las faces de mi vida*. Hoy ha quedado como una observación sola, aislada.

No he sentido que allí entre los maderos está lleno de otras arañitas que esperaban, que vivían. Esto es lo peor: que vivían.

Los maderos no me dijeron nada. En vano traté de perforarlos con la imaginación: ¡nada! Quedé en suspenso como ante un acto fallido. Sólo en la noche, en cama, me calmé un tanto. Los maderos del lavabo del Café se transformaron en un cerro, en un enorme cerro de La Cantera, cuajado de arañas grandes y velludas.

Luego recordé un espectáculo: una araña que acomete a una lagartija y la toma con sus dos colmillos. La lagartija se retuerce, ágil en un principio; más lentamente después; al fin cesa en su agilidad y está inmóvil; de cuando en cuando mueve la cola o una pata. Al fin cesa todo movimiento. Salvo un ojo —el que yo veo—, un ojito.

Aquí no puedo impedirme de traer a mi memoria el recuerdo de Baldomero Lonquimay con su gatito, Curanipe, creo, que cae del balcón, y sobre todo con el perro azotado por un empleado del fundo y las luchas de arañas con sus patas postreras empeñadas también en el resultado final. ¿Qué tengo que hacer yo con Baldomero? ¿Qué afinidades nos unen? Ahora veo: ninguna salvo un ojo, un ojito, una mirada. Es decir, un sentido de las miserias de aquí. Todo el dolor de la humanidad reflejado, de pronto, en un detalle, en algo que es casi nada, el instante que pasa por el ojito de una lagartija ahogada por los dientes de una araña. Es ver, de pronto, no la pena, sentimiento hasta cierto punto soso, sino el horror de ver ahí, a unos centímetros de mí, compendiada la vida de los hombres.

Ahora hay otro punto, tal vez el más fuerte: llegar al amor por ellos, los hombres, a través de semejantes seres viscosos. Fue algo inmenso. ¡Y qué linda es la vida! ¡Qué hermosa y no poder vivirla! Siempre lo mismo: necesítase el retroceso para poder apreciar. En el momento en que las cosas suceden, nada, ¡nada!

Una noche, allá en Chile, recuerdo: acurrucado en mi butaca del cine, vi a Jannings entrar en una taberna y pedir un coñac, luego otro y, creo, un tercero. Iba a cometer un crimen, necesitaba fuerzas, envalentonarse. París creció, en aquel momento, en mí. Creció en Montmartre. Un coñaquito. Es de noche. Se tiene una desgracia dentro, pequeña desgracia, por cierto, que al poder ir a llorar y sufrir, con el coñac dentro, pasaría a ser, de desgracia, una honda voluptuosidad.

¡Vulgaridad! —dirán muchos, la mayoría—. ¡Oh, no! Es hermoso, es grande, es profundo.

Pero no hay caso. Lo supe. Aquí estoy, y en París por añadidura. ¿Se imagina alguien que yo saliera ahora a tomar coñac por las calles de Montmartre? De seguro que me doblaría de pronto para verme como tal, con un tal rostro de idiota que, cogiéndome por una oreja, me traería a casa, a acostarme. Sin embargo vivo, vivo. Pero no sé dónde.

Todo esto está lleno de vida. No la veo. Debo dejar que caigan los minutos tediosos que la envuelven. Entonces, después...

Tal vez esté la vida encerrada en el ruido que causa el ascensor al subir, en el hablar de una mujer en el balcón vecino. He tocado ese ruido y esa bulla. No puede estar allí. Acaso está toda ella encerrada en aquella estatuilla de un Apolo, comprada por Draguignan hace pocos días. Tampoco.

A bordo del Aconcagua soñaba yo con un departamento en París. Lo veía planeando sobre la ciudad sin ubicarse en ningún sitio. A veces, sí, se ubicaba para luego partir en vuelo. A veces se metía en un primer piso; luego se elevaba al sexto. También se cobijaba

bajo buhardillas. Yo no sabía, en ese momento, que viviría aquí en casa de Draguignan. Llegué a un hotel cualquiera. Al día siguiente, por la calle, me encontré con el viejo amigo. Ese mismo día estaba alojado aquí. Estoy bien aquí, muy bien, mejor de lo que podía esperar. Pero éste no es el departamento por mí soñado en el Aconcagua; ni antes, sobre todo en la Bóveda. Tiene ese departamento algo del que ocupé en 1921 y 1922, rue de Lisbonne. Lo tiene a veces; no siempre.

Hay algo misterioso en él, algo que se me escapa. Siento, al evocarlo, la misma sensación que llamo "de los puñales". Esto es por un sueño que tuve, sueño que ahora se me confunde, que apenas recuerdo: había en él puñales, mejor dicho, un puñal que había ensangrentado a alguien, a una mujer, según creo. Su sangre llegó a mis labios, no sé como. Sentí su sabor. Este sabor lo tenía clavado al despertar. Me acompañó durante días.

Al evocar, hoy, ese departamento vagabundo, siento una ansiedad deliciosa, siento el ahogo que un nudo me forma en la garganta. Luego cae un manto de misterio indescifrable sobre él.

Pero he sentido en realidad esa ansiedad y ese nudo en la garganta y esa sangre en los labios. Ha sido al traspasar el umbral de algunas casas sórdidas por su aspecto y de algunos departamentos igualmente sórdidos. Lo sentí al llegar aquí, a la rue Bonaparte. Retuve esta sensación para –pensé– prolongarla después, para desatarla con mayor vigor. Esto duró apenas unos minutos, mientras conocí ésta mi nueva casa. Luego todo tomó el aspecto y el espíritu de un sitio cualquiera.

En Chile era Lumba Corintia quien mantenía ardiendo el fuego de mi supremo goce. Luego este goce voló, voló. Se cernió sobre París. En París, sobre departamentos sórdidos.

Lumba Corintia está en todo. Tiene que estar en mi casa. ¡Cómo la veo ahora, a esta casa, llena de lujuria silenciosa, subterránea! En ella quemaremos un perfume, de sándalo tal vez.

Pero ahora ha huido la lujuria misteriosa. La ansiedad ha pasado. Se ha desatado el nudo de la garganta. La vida suena de nuevo por puertas y ventanas. Esta habitación corre el riesgo de convertirse, para mí, en un abismo cuya profundidad ignoro. Esta habitación me atemoriza.

¡Que venga, entonces, lo de siempre! ¡Cíérrese el abismo! ¡Vengan juergas, música y trago!

La cirugía es preferible al psicoanálisis. Éste está bien del umbral del manicomio para adentro, y aun... La cirugía, de ese umbral para fuera. Pero habría que poner en claro quiénes deben estar dentro y quiénes fuera. Sobre la puerta de cada manicomio debería ponerse aquel letrero que dice:

No están todos los que son ni son todos los que están.

Digo esto a propósito de las tres damas A, B y C. No empleé con ellas la cirugía. El caso es simple y se resuelve por sí.

¿Qué ocurriría si a alguien se le otorgara el permiso de tener las tres damas?

Las tres damas son humanas, tienen iguales resortes, ocultos o no, que cualquiera de nosotros. Ocurriría, entonces, que ellas necesitarían una igual interferencia que nosotros para llegar al equilibrio total. Cada una necesitaría su A, su B y su C. Aquello se convertiría, ni más ni menos, en una orgía. No resulta. Me hace falta juerga, música y trago. Me masturbo la mente.

Por otro lado –aun reconociendo que yo no soy genio ni cosa que se le parezca– trato, sin embargo, de vivir en perpetua veneración de ellos.

Basta ya de la idea corriente: los genios son seres alocados o enloquecidos. ¿No lo son, acaso, quienes los rodeaban? No cabe en mi mente la concepción de un genio que carezca en absoluto de una lógica interna perfecta. ¿Se daba de golpes con quienes lo frecuentaban? Habría que ver donde está el loco, si en él o en ellos.

Me imagino un mundo sin genios, sin “locos”. Me lo imagino con hombres como ellos, nada más que como “ellos”. Es decir, una aldea, un campo. ¡Prohibición de pensar más allá del hecho cotidiano! Como ha dicho Bécquer:

*Hoy como ayer, mañana como hoy,
Y siempre igual...*

Esto por años, por siglos. Hasta topar en una imbecilidad completa. Allí se estabilizarían los antígenios. Allí se confundirían con la selva que habría crecido a su alrededor.

¡Bonita juerga! Place Pigalle y cuanto la rodea. Una serie de gentes. Luego un Café con unos señores sudamericanos, ignoro de qué país. O, a lo mejor, lo supe y lo he olvidado. Todos ellos, señores francamente mayores que yo. Tema de lo hablado una y mil veces: se acabó París; después de la guerra, se acabó París. Se acabó esto y aquello, se acabaron las buenas costumbres, la gracia, el *charmé*. Bien. Por un cambio cualquiera ocurrido en parte cualquiera, tiene uno que pasar horas y horas oyendo lo mismo. Se acabó París, se acabó Londres y se acabó Madrid y se acabó todo.

Uno sabe perfectamente cómo es el cambio. París —ni Londres ni Madrid ni nada— no se ha acabado. Ha tenido cambios. Es todo. Como los tiene, y ha de tenerlos, el mundo entero. Son cambios naturales. Pero es imposible quitarles a esos señores —y a todos los que ya han llegado a cierta edad— la imagen que una expresión así —“se acabó”— crea en la visión interna.

Por Montmartre llegamos a una altura. Se veían las luces de la ciudad. Fue esto después del Café. Nos detuvimos a mirar. Alguien dijo: “¡Qué lindo!”. Entonces uno de los señores, nuestro guía, alargó la diestra e indicó hacia allá abajo diciendo:

—¡Miren!

—¿Qué? —preguntamos.

Era aquello una desolación de ruinas. El señor nos dijo, entre riendo y colérico:

—París.

Esta imagen desolada se ha creado, tanto en él como en sus semejantes, sin ni siquiera formularse, menos verse y menos aún creerse. Pero la imagen real de cataclismo, de cataclismo, ha sido removida, ha tintineado. Por asociación de imágenes, asociación que ha puesto en marcha la expresión “se acabó”, uno bebe, se traga las ruinas desoladas.

La expresión “se acabó” voló como una flecha hasta el cataclismo, lo golpeó, lo hizo tintinear; y de ahí la flecha volvió, cayó, clavó, y con su herida, sin saberlo, el señor con sus señores, caminan, caminan y caminan.

¡Se acabó París!

He traído conmigo algunos papeles escritos en mi Bóveda. El otro día vi uno de ellos, aquel sobre las mujeres A, B y C. He recordado otro que debería llevarme a La Cantera. Pero que no se crea que comparto yo las ideas del señor sudamericano y de sus compinches. París es sencillamente fabuloso. Que yo ponga, al escribir, más el acento sobre otras cosas, que el silencio de Rosendo me haya hecho divagar tanto, es asunto mío. Tal vez todos los que escriben hacen lo mismo. El decorado que aquí me envuelve me gusta y ayuda a sumirse en las profundidades del ser. Hace un buen contraste con la calma cante-

rina. Cuando hablo de "ciudad" siento deseos de poner al margen: "Exceptúese París". En fin, mis papeles dicen así:

"La vida de una ciudad es tan limitada, tan sin horizontes, tan sin sorpresas. Sale uno por las calles y, a lo más, puede esperarse a sorpresas humanas. El secreto que a uno puede de pronto serle deparado, el imprevisto que asecha, no irá jamás más allá de una confianza humana, o sea de un aventura, de una cosa extraña, de una idea de un sujeto cualquiera. En cambio el campo puede, de un momento a otro, darle a uno la sorpresa del universo. Puede revelar —a la vuelta de un matorral o bajo un árbol o en el fondo de una quebrada— un secreto que esté más allá del sitio donde concluyen los secretos humanos. Al ir por las calles me espero siempre encontrarme con un amigo que me ha de contar algo sensacional. Al ir por los campos me espero siempre encontrarme ante un ser desconocido que me ha de contar lo que hasta aquel momento jamás había imaginado.

"Hay en La Cantera un viejo molino. Es una mansión desolada, refugio de sombras. Paredes desnudas; un alto techo abriéndose, de cuando en cuando, sobre el cielo. Al primer golpe de vista es el abandono, la nada sumergida en densas tinieblas. Hay que acercarse, hay que mirar y saber mirar. Hay que saber amar ese rincón abandonado para ver surgir de él, poco a poco, un nuevo mundo. Para un indiferente, para un investigador superficial, todo aquello queda y quedará siempre sumido en el silencio. Es menester el religioso respeto y la calma dentro de sí para que concluya ese silencio exterior. Sólo así puede hablar esa mansión.

Pero hay una contraparte. Sólo que en la ciudad está la policía y cuando la policía se mezcla... En los campos, ¡libertad!

Pienso en un Museo. El Louvre. Pienso en su espantoso misterio de noche. Pienso en la vida oculta de las obras de arte. Pienso en las salas de Asiria y Caldea, vastas, silenciosas de un silencio susurrante. En la de los *Esclavos* de Miguel Ángel, apasionados, destilando sangre que va a mis labios. Pienso en las salas egipcias, hieráticas, sacerdotales. Hay en ellas un silencio tan profundo que se logra oír su ronca profundidad.

Todo se mueve, corre, habla, se precipita. Todo está demasiado inmóvil. Sin embargo se mueve, corre, habla, precipítase. ¿Quién? ¿Qué es lo que así se desplaza?

En cada sala el curso de mis pensamientos es otro, otra la vida que me anima, otro el ser que me coge. Desde que cambio de sala no soy el mismo.

Aquí reside la voluptuosidad: en este cambio súbito de salas, de ambiente, que trae automáticamente el cambio de amo. Este cambio de amo cambia, a su vez, nuestros actos. Ahora me muevo de otro modo, alargo mi mano de otro modo.

Luego está la sombra. Está poblada de cosas que rozan la piel. Hacen ruidos a lo lejos. Murmuran al silencio. De pronto gritan: un solo grito, corto, fuerte. Vuelve el silencio. El silencio absoluto. Lo que se oye es de fuera.

Después subí, temblando, a las salas de pintura. Nadie, nadie. Es la sala larga, larguísima, sin fin. Diviso cosas que me miran, diviso caras. Algunas están enojadas, otras sonríen, otras son plácidas. Los paisajes son mundos reducidos; árboles, montañas, mares. Todo en silencio. Es una nueva concepción de este mundo, un mundo en silencio.

¿Por qué esta impresión que en mí produce el silencio? Pero hay que estar viendo algo. La percepción visual es indispensable.

Quisiera mayor silencio. Quisiera no oírme yo cuando marchó. Sin embargo grito, no muy alto; golpeo las manos. Escucho. ¡Ver sin oír y oír sin ver! Es mi placer.

Sigamos. Más y más salas.

Hay una mujer inmensa. Será mi amada. Me posee como una flor carnívora a un insectillo; a una rata de sangre caliente. Es el supremo placer.

Ahora soy yo la flor carnívora. La mujer que tengo es pequeña.

Engaño a la mujer inmensa. Sufrimiento. Hacer y hacerse sufrir.

Hay salas y más y más salas.

Es el día ahora. Todos van a sus sitios. Hay que fingir. Uno acaba de entrar. Se visita el museo. Hay muchos visitantes. Visitantes que miran y no ven. No saben lo que es una noche, solo, en un museo.

Florencio Naltagua tiene que haber pasado por todo esto. Hoy es la serenidad perfecta. Está más allá de toda sensación, aun de las del amor. Solo, en su cúspide, mira. Ha de sufrir mucho. Pero de otro modo. No como nosotros.

Baudelaire dice (Obras completas, II tomo, página 629):

“Amar a las mujeres inteligentes es un placer de pederastas. Así, la bestialidad excluye a la pederastia”.

Draguignan tiene las obras completas de Baudelaire. Las miraba yo desde hacía rato sin atreverme a tocarlas. Es espantosa la indiferencia de los libros, es irritante. Sobre todo cuando uno se encuentra en estado desesperado. Uno toma un libro, lo abre: el libro, mejor dicho, el autor empieza a hablar como si tal cosa. Sigue sumido en sus propios problemas. Nada de cuanto le rodea parece importarle nada. Cierra uno el libro; el autor calla. Lo volver a abrir y ¡vuelta otra vez! Es algo que dan deseos de taparle la boca.

Acordándome de esto cogí el tomo II de Baudelaire y lo abrí en cualquier parte. Me encontré con las líneas que anoté.

Aquí está la clave de la línea directiva de mis amores. Las mujeres inteligentes... Las he buscado siempre. Les he exigido que, ante todo, me den su cerebro. ¡Que no haya un secreto entre nosotros! Hay que llegar a una comunión cerebral completa. Después vendrá el sexo. Pero un sexo que tenga como acicate la posesión del cerebro.

Empieza Baudelaire diciendo:

“Amamos a las mujeres en proporción a lo ajenas que nos son”.

La unión completa de hombre y mujer no existe. La mujer debe ser ajena, de otra raza, de otro mundo. Si es así, ¿dónde quedan mi afanes con Lumba Corintia? Chinchilla estuvo más cerca de mí.

El canto del chiquillo vuelve. Veo la ventanita del Rialto sobre nuestras cabeceras. Por allí entra. Estuve, tal vez, en esos momentos, cerca del amor verdadero. No hablábamos o hablábamos vulgaridades. No sentía yo la necesidad de hablarle. El problema de Rosendo no se presentaba. Hora y media y dos o tres horas juntos sin que aparecieran en mí los deseos de comunicarle todo. A veces, sí. Pero se iban estos deseos. La piel predominaba.

Hoy el canto del chiquillo me aparece como el guardia de todo un mundo interior. Existe un mundo de ese canto para acá; otro mundo de ese canto para allá. No fue franqueado el umbral de este otro mundo. Hoy necesito franquearlo. Siempre se me presenta la imagen de Lumba Corintia sentada, al borde de una cama, a medio vestir. Yo estoy de rodillas a sus pies. Le hablo, le hablo y le hablo. Pasan horas y estoy siempre hablando. ¡Que no quede nada oculto! Si algo queda, ¡que ella lo desentierre y lo ponga a luz!

¿Es esto un goce de pederasta? Tal vez lo es. Pero es también redimir a la mujer. Es el acto de entregarse entero.

Súbitamente recordé una época lejana, muy lejana –tal vez en 1911 o antes–, en que estamos todos los de casa reunidos. Es en mi casa paterna, donde nací, en Santiago, Mo-

neda 1822. Yo estoy algo enfermo. En cama o en pie pero sin permiso de salir. Es invierno. Mi padre, Casimiro, lee. Mi madre, Emiliana, sentada en un sofá, conversa con una amiga. Mi hermana, Ida, va y viene. Están mis primos y primas. Hay amigos, muchos amigos. Y hay amigas también. Grandes y chicos. En fin, estamos todos reunidos. Nadie piensa en viajar, en ausentarse. ¡Qué idea rara, estrambótica! La humanidad está asentada para siempre. Cada cual tiene su casa, no muy lejos. Así es ahí, como en todas partes. 1914 está muy lejos aún.

Hoy, tanto mi padre como mi madre, duermen su sueño definitivo. Mi padre murió en 1925; mi madre un año después, en 1926. Ida está en Santiago, casada, tiene un hijo de 3 años. Su marido es Arcadio Carrizal. Viven, por cierto, en otra casa. Primos y primas, diseminados, un poco por todas partes. Amigos y amigas, ¡qué sé yo!

Sin embargo estuvimos todos juntos y alegremente por añadidura. ¿Pudo haber sido cierto todo aquello?

Hoy no lo es. Los muertos hacen bien en haberse ido. Tendrán sus razones. Pero los demás... ¡Oh, yo sé lo que se me dirá! La vida, la vida y la vida. No es por la vida, no es la vida la que nos separa. No hay que acusarla de todo. Veo esta separación más bien debida a la debilidad de nuestras propias voluntades.

Yo soñaba mucho en aquellas épocas. No es, propiamente, la palabra soñar la que conviene. Yo hacía grandes proyectos para el futuro pero proyectos basados en la realidad. Es decir, llamaba yo, llamaba desesperadamente a las fuerzas que hacen el destino para que enriularan el mío por el camino que yo les indicaba. ¿Basadas en la realidad mis ensoñaciones? Ahora lo dudo. El duendecillo que siempre se cuelga en todo proyecto futuro, se colaba en mí y me hacía trazar líneas sublimes, más que sublimes.

No creo que un llamado así, con tal insistencia, quede reducido a nada, se desvanezca en la nada. Cuando se le deja penetrar y lanzar su semilla, ahí queda, florece y da frutos.

Me faltaba experiencia en aquellos años. Deseaba demasiado poderosamente que las cosas marcharan como las había imaginado.

Hoy temo que, de pronto, todo aquello se haga efectivo y se implante en mí. La paz, la soledad sagrada. Tal vez sean los frutos de aquellas épocas de niño. Un niño que sueña con tal fervor, es malo.

Todos los hombres tienen los mismos movimientos internos. Los mismos resortes ocultos; sufren las mismas reacciones. Son reacciones casi impersonales. No están teñidas por nada personal. Son como las oscilaciones de un péndulo, un péndulo teórico, por cierto. Es un péndulo de ritmo universal. Estas oscilaciones hay quienes las llaman "leyes".

Sólo al manifestarse en la conciencia, al pasar por el alambique humano, prodúcense mil efectos diferentes. Entonces el hombre se los apropia y cree que ha pensado de esta o aquella manera.

Hay un grado de avance al detener algo en la conciencia. Lo hay al meditarlo y desmontarlo. Hay un grado superior cuando se sabe que todo ello viene de las oscilaciones de un péndulo. Invisible es, por cierto, este péndulo, mas no por eso menos real.

Hoy he estado en el Pere Lachaise. Es un contraste ver tumbas y más tumbas y recordar la vida que he hecho en estos días con trago, música y mujeres. Ya iba a dar por terminada mi visita al cementerio cuando sentí caer la chispa que este contraste produce. Me detuve, sólo un momento. Noté entonces que ya había caído hacía rato pero que mi conciencia no había registrado nada, mejor dicho, no había aislado esta chispa del conjunto. La llamo "chispa" ahora; es la oscilación del péndulo. Lo noté por una rabia que tuve al pisar un

charco de barro. Lo pisé poco, casi nada. Sin embargo rabié. Luego me dije que unas cuantas gotas de barro no eran motivo para alterar a una persona. Por ahí seguí. Hasta caer en esta que llamo con una dualidad absurda: o chispa, chispita; o péndulo invisible y enorme.

Entre los papeles que he traído de Chile, hay uno que dice que “en las tierras en que nada es bien definido, como en Chile, se busca por todas partes y al fin se lanza uno a toda clase de exageraciones”. Luego vuelvo sobre el tema: “Ciertas cosas que en nuestro país no encontraban por donde explayarse, quedaban en ansias, en lo que no se ha hecho. De aquí partíamos, como peregrinos sedientos, en busca de una realización que se hacía tanto más fantástica y absurda cuanto más tiempo la ambición quedaba desorientada”.

No es así. ¿Qué es la hora y qué son los hechos de allá? Son balbucesos apenas. El péndulo tiene que tocar cientos, miles de veces para que algo salga con todo su esplendor. Entonces, sí, se abren de pronto los abismos de lo absurdo y fantástico. Antes se queda en los primeros pasos de la conciencia. Confudía yo la desorientación, el no saber qué hacer ni cómo hacerlo, con la fantasía loca.

Hay que pasar por todas las etapas, por todas, todas, antes de llegar a lo absurdo.

Pero es el caso de que en París me siento, a cada momento, tambaleándome de un lado a otro. Sería necesario poder sumergirse a la verdadera esencia de la vida. Hoy he paseado por el jardín del Luxemburgo y luego he estado un momento en la Sorbona, para seguir por la rue des Ecoles y la rue Jussieu hasta llegar al Jardín de Plantas.

Trataba de sumergirme en esa esencia. Es curioso: lo único que venía a mí era el molino viejo de La Cantera. Recordé también la bomba puesta en sus inmediaciones para hacer subir agua al cerrito que hay al lado, al cerrito de la Cruz. Lumba Corintia se cernía sobre todo aquello. Si ella no existiera, ¿tendría tal significado el molino y la bomba? Como sea, esto se agrandaba en mi imaginación. Estaba envuelto en las calles y, sobre todo, en los jardines que visitaba.

Recuerdo con cierta vaguedad cuando la bomba con su motor fueron colocados allí. Mi padre, don Casimiro, quería hacer del cerrito de la Cruz un verdadero cerro Santa Lucía. Un extremo rincón del molino fue considerado el mejor sitio para colocar bomba y motor.

Nosotros éramos niños. Mirábamos aquella máquina con cierto respeto. Luego, cuando empezó a funcionar, latiendo como un corazón, fue, para nosotros, no sé si más susto o estupor. Alguien, a toda esta maquinaria, le puso el nombre de “ariete”. Así lo llamamos y así está clavado en mi memoria.

Fue esta maquinaria una de las primeras cosas que hizo despertar en mí la idea de misterio. La necesidad de sentir a mi lado y alrededor, algo que fuera como una promesa permanente cuyos bienes estarían ajenos a los bienes que aquí se conocen.

Ahora lo comprendía. Cuando niño era apenas una intuición. Se manifestaba en mí por un cierto temor que me atraía. Junto a este temor prefería estar por encima de juegos con amigos bulliciosos, con amigos chacoteros.

Cerca de las casas, al pie del cerrito de la Cruz y bajo árboles centenarios, hay una caída de agua. Es un ruido permanente, mejor que un ruido, una música. En tiempos remotos –tal vez de mi abuelo– esta caída se aprovechaba para el molino. Quedan aún las construcciones de estos molinos. Por lo demás ya he hablado de ellos.

He llegado muchas veces al pie de este antiguo molino. Con un respeto casi religioso he penetrado a las grandes salas, ahora desiertas. Esto lo he hecho de niño y de grande. Sobre esto ha habido una continuidad nunca interrumpida.

Allí entraba y me encerraba. Luego poníame a escuchar. Escuchaba. Escuchaba la vida de animaluchos e insectos que allí habían hecho su morada.

Había una puerta forzada que daba entrada al molino. Sonaba cada vez que se la empujaba. La luz se filtraba por las quebraduras de los muros. También por dos ventanitas medio cubiertas por tablas roídas. Había silencio. De fuera sólo llegaba el ruido de la caída de agua, amortiguado. De cuando en cuando la voz de algún campesino, el paso de una carreta o de una manada de animales. De dentro venía un rumor indeciso. Era el rumor de miles de insectos y sabandijas que hervían por entre los adobes y maderos carcomidos y en medio de la rumba de paja que venía desde el techo.

La puerta crujía al abrirse, rechinaban sus goznes. Aquello, aquel crujido destemplado, era como una voz de alarma que hacía cesar, por un momento, la vida diminuta de las bestezuelas. Las hacía callar y esperar. Igual cosa se producía con un golpe cualquiera, con el golpear de las manos.

Yo avanzaba. El ruido de fuera –la caída de agua, el trabajo de los hombres, la carreta, el grito de los animales– se adormecía. Habían puesto una sordina sobre todo aquello. Yo respiraba hondamente. Me hallaba, una vez más, bajo la bóveda ruïnosa. Esperaba oír, nuevamente, el cuento de cosas horribles. Me lo contarían a mí, a mí solo, junto a ese mundo ínfimo que daba miedo, que me ponía los nervios de punta al pensar que se le iba a palpar, a tenerlo cerca. Respiraba.

Un aire húmedo y fragante me llenaba. Era aquel aire la primera dosis que tomaba del calmante que pronto me adormecería. Silencio, paz, dulzura.

Al fin llegaba a mi rincón. Allí me echaba. ¡Qué lejos me parecía estar del resto del mundo! ¡Qué separado de su vida entera!

Ahora hay silencio. Ahora me adormezco de verdad. Ahora oigo un latir profundo cerca de mí, rítmico, sobre el que se mueven los insectos y las sabandijas. La tierra tenía también un corazón. Este corazón latía con más calma pero su latir era más fuerte, más ronco. Claro que así oía yo el latir del ariete. Era el ariete y nada más. Sin embargo era un corazón, era el corazón que daba vida a todo aquello. Era otra vida, otro modo de vivir. A él me sumergía yo todo entero. Al desprenderme de este modo y volver, lentamente hacia las casas, sentía, casi un verdadero dolor físico como si me arrancaran pedazos de carne. Pasaba luego este dolor. En las casas había otra vida, la de siempre. Tenía sus atractivos también. ¿Por qué no? Era otro el programa de sus distracciones y aventuras. El ariete, por lo demás, ya no funcionaba. Ya era tarde. Esperar, pues, hasta el día siguiente.

Voy marchando siempre por los jardines del Luxemburgo y de Plantas, por sus calles cercanas, por la arquitectura que llena todos esos sitios.

No, no he hecho literatura al hablar del molino con su ariete. Es verdad cuanto he escrito sobre él. Allí está todavía. Será lo primero que veré al volver a La Cantera. Hablaba de él por una necesidad imperiosa:

El molino y su ariete se juntan en mí –no sé cómo ni dónde– hasta formar un solo recuerdo, mejor dicho, hasta formar un solo espíritu, un solo significado con la ventanita del hotel cuando por ella nos llegaba el canto del chiquillo.

En el hotel no había insectos ni sabandijas, no se oía el murmullo de los campos en trabajo. Era otro mundo, eran otras preocupaciones, otras las finalidades que la vida tomaba. Forman, sin embargo, un solo todo, molino, ariete, el canto con Lumba Corintia a mi lado.

Decididamente Europa ya no es para mí la tierra misteriosa por descubrir, la tierra

deparadora de una vida diferente, grande y llena. Hoy me es un baluarte que hay que conquistar como cualquier otro, con sus mismos afanes y preocupaciones, el mismo mundo de seres que se precipitan a la voz de "dinero y dinero".

Con mirada de turista, esto es admirable. Basta caminar por una calle. Otra ha de ser la impresión cuando se lucha en ella y las viejas piedras pasan a segundo plano para dejar el primero a la necesidades cotidianas.

Hoy, andando por un lado y otro, me perdí. Sencillamente me perdí. Estaba por el barrio en el Pere Lachaise y el parque de Buttes Chaumont. Entonces caminé, caminé en línea recta que se alejara y se alejara siempre. No quise preguntar nada ni siquiera entrar en el metro. Caminé. Hay que evitar que se gire. Evitar de ser víctima del ovillo. Es lo que aconsejo a todo el que se pierda: ¡huir del ovillo!

Pensé también en los objetos que se pierden, como, por ejemplo, las dos gomas que traje de Chile. Es claro que psicoanalíticamente se encontrará una o varias razones que culpen a quien las pierda. Pero, ¡alto!, a veces, no siempre, por cierto, no hay culpa ninguna. Los objetos, claro está, no tienen conciencia ni voluntad. Son otras las fuerzas de destino que se mezclan en estos asuntos.

¿Por qué pensar en cosas así? El hombre que, por no tener nada más que hacer, se entretiene en perderse; los objetos que, por descuido, se extravían. La verdad es que el mundo vive, que sigue su trayectoria. Yo no me detengo en ese hombre y ese objeto.

Rosendo farrea. Rosendo vive con Nicole en la calma y en la paz. Luego sale de farra. Nicole me mira de reojo, desconfía de mí. La sombra del pacto. Oscuramente ha de sentir que algo ha ocurrido conmigo, que algo ha temblado al borde de abismos junto a ella. ¿Viven dentro o fuera del segundo de Baldomero Lonquimay? Nadie lo sabe ni a nadie le importa. Tal vez únicamente a Baldomero y, a veces, a mí. Rosendo no se detiene ante ningún torbellino, ante ningún ¡Oye! Si se hubiese detenido habría perdido contacto con la vida. Se habría evaporado y encontraría hoy que perderse en una ciudad merece la atención y merece ser anotado.

Sin embargo hay algo en mí que crece y cae, que se agita y tiembla. ¿Abismos o cumbres? Puedo quedar siempre entre estos dos polos, aterrado ante la presencia de un nuevo ¡Oye!, no sólo para una mujer sino para todo el mundo.

Rosendo trabaja dulcemente, a sus horas. Calcula, se defiende, ataca y... sigue: "Basta al día su afán". Es un trabajo suave, cotidiano. El trabajo de todos. Tiene su sitio aceptado en medio de la gente. Es él, este trabajo, el que le ha permitido viajar y encontrarse ahora en París. Compra y venta, venta y compra de mil materiales para Chile. Ahora viaja con un ojo puesto allá, siguiendo todos los cambios, todas las altas y bajas que sus productos puedan tener. Yo sueño. Todo lo mío no es más que un sueño. Pero es un sueño rabioso, atormentado, que ha escogido a Lumba Corintia como finalidad. ¿Finalidad de qué? Porque no llego, ni siquiera me acerco a las alturas de Naltagua. He equivocado el camino que a ellas llevan. Rosendo y Nicole se acercan más a él.

Hago una novela con mi vida. Quiero meter más y más gente en ella. Quiero una novela hecha de antemano, con autores y públicos prefijados. ¡He aquí el error! Las novelas suceden siempre, en todo momento como segunda nota, como acompañamiento. Puede herir, a quien las vive, hasta lo más hondo de su ser. No importa. Es siempre el acompañamiento. Y quien lo sufre, ignora que él es el tema para una novela.

Si Onofre Borneo quisiera novelar cuanto le rodea y si tuviera un sano juicio, ¿a quién

escogería para una novela? ¿A mí y a ese espectro de Lumba Corintia o simplemente a Rosendo y Nicole?

Nos entusiasmos por cosas que, en realidad, no nos entusiasman; nos agitamos de igual manera; así nos preocupamos; así, tal vez, amamos y odiamos.

Esto, al final, produce un desgaste horrible.

Pues hay que dar algo de sí mismo a un objeto para que equilibre.

A veces no hay correspondencia, no hay coincidencia. No hay nada que corresponda, que coincida. Hay que hacerlo a cuenta de uno. Hay que dar al objeto para que sea igual a uno y entienda entonces nuestro lenguaje.

El hombre que tiene mujeres lleva en el rostro algo de satisfacción. Sonríe. El masturbador es pálido y su cabeza, demasiado pesada, se inclina. Porque da al objeto algo de sí para que corresponda y entienda su lenguaje. Da a un fantasma, a una leve sombra. Le da tanto como para que sea real y goce y le dé goce.

Veo que paso la vida cubriendo los objetos con mi propia sustancia.

Me canso al fin. Tal vez los objetos también.

¡Coincidir! He aquí la clave. ¡Coincidir! Uno y el objeto. Lo que en uno golpea de fuera y el golpe de uno en lo de fuera. La vida, la solución de la vida, es coincidir.

Esta idea me agobia. Doy vueltas alrededor de ella. Desde hace dos o tres o cuatro días.

Después, hojeando papeles viejos, leeré este coincidir ya olvidado. Diré entonces: ¡Cuánto vivía en aquellos tiempos!

No, por cierto, porque esto sea una gran idea, ésta de la coincidencia. Es porque fue una idea viva. Porque la vida se cristalizó en ella para mí. Porque se levantaban muchos fantasmas de sus tumbas. Y algo alcancé a levantarme yo, sin duda.

Junto con leer maldeciré muchas cosas actuales. Serán cosas totalmente inocentes a mi pequeña desgracia lamentable.

He estado en el Louvre. He mirado largo rato los dos *Filósofos* de Rembrandt.

Rembrandt se aburría. Sólo ha sabido que la vida es pesada, que está llena de inconvenientes diarios. Jamás supo lo que era en verdad aquella época, aquel momento. Así lo he comprobado hoy ante esos filósofos y lo he comprobado recordando las obras de él.

Nadie puede gozar de saber que vive. Todo tiene que vivir y nada más.

Es lo que hago yo hoy día.

Es lo que hago en este momento. En este momento escribo aquí en mi escritorio después de una corta visita de Ucayali. Draguignan arregla papeles.

Dejemos a Ucayali aquí, no se ha marchado todavía. Estamos los tres: Ucayali lee; Draguignan, con sus papeles; yo escribo. ¡Vida de todos los días! ¡Vida sin esperanzas! Es un perfecto cuadro de la detención del mundo. Así se podrá seguir eternamente.

Hoy día. Sí, hoy día, eternamente.

Dejemos que vengan siglos sobre esta escena. Alguien la pintó o la fotografió. La escena sigue. Pasen los siglos. Ya ahora la escena es vieja de tantos siglos como han pasado por ella. Ucayali lee, ahí en el sillón; Draguignan, inclinado sobre la mesa, revuelve papeles; yo, en el escritorio, escribo. Han pasado tantos siglos sobre esta escena que nosotros tres ya estamos exóticamente retrocedidos. Todo cuanto llevamos sobre nosotros y cuanto nos rodea es exótico, exótico hasta la exageración. Somos como los personajes de Rembrandt, somos más exóticos que ellos, somos más lejanos.

Ahora oigo a los que nos miran:

—¡Qué linda época! ¡Cuánto se vivía entonces! ¡Qué pureza angelical hay en cuanto hacen!

Todo momento que se toca esconde su vida.

Claro está que podemos entusiasmarnos una enormidad hoy por lo de hoy. Visto de lejos, panorámicamente, ese entusiasmo no será. Lo que daba vida era otra fuente oculta que no advertimos. Hoy la vemos nítida.

Es lo que temo, es el ángel negro, que veo cernirse sobre Lumba Corintia y yo. A no ser que viviéramos con años de retraso, recordando.

La Cantera es mi templo, mi enorme templo. Es mi guarida, mi trinchera. Es el templo que me une a Dios, al Dios del estremecimiento. Es la trinchera que defiende del mundo. Cuando este templo calla, cuando cruje la trinchera, hay que pedir alimento al exterior. Hay que pedirlo solo. Nadie lo puede dar.

Entonces lo externo coge. Como me ha cogido hoy a mí al ver a las muchachas que pasan saltando. Recuerdo lo que he oído mil veces:

—El hombre intelectual, el verdadero intelectual...

Lo sé, lo sé. Es la huida a la trinchera, es el miedo que se avecina.

Enterrarse. Enterrarse es la solución. Ya aplacadas las ansias que pueden provocar las muchachas que pasan saltando. La vida está bajo tierra. Como la vida de las ratas en su agujero. En el interior de su agujero. Esto es un símil; no es más.

Pero al fondo de ese agujero, para quien sepa cuánto vale, está la verdadera voluptuosidad, indefinida, por lo tanto intocable. Es decir, sagrada.

De allí, entonces, mirar. Nada más que la vista hacia fuera. El laboratorio está al fondo.

Yo quería que Rosendo me trajera, que explayara ante mis ojos asomados, un mundo lleno de pasiones, de luchas y qué sé yo. Mundo inmenso pero siempre inferior, un poquito inferior a la máquina que lo desmontaba para examinarlo, a la máquina que yo manejaba.

Catalina, por ejemplo. ¿Qué supe, qué vi, qué desmonté, qué examiné? ¡Un folletín! No hay más. La voz de la gran experiencia habla de otro modo. ¡Pobre Catalina! Un ser más que vivió y sufrió. No debería hacerse literatura sobre casos así. Debería guardarse silencio.

Entonces ¿qué objeto tiene la literatura? Volver, tal vez, a los prototipos esenciales: el honor, el deber, el amor, los celos, el comando aplastador, etc. y etc. Bien. Se leen. Luego... ¿qué?

Ya varias veces he tenido el mismo sueño. Estoy en cama en una habitación gris azulada y muy amplia. Frente a mí hay una reja de iglesia delante del altar. Se filtra de allí una luz anaranjada. Surge súbitamente una paloma veloz que se estrella contra los muros, que sube, baja, va de un lado a otro. Siento cierto temor de que con sus alas pueda, en sus vuelos, lastimarme los ojos. Entonces, para precaverme, me pongo a agitar las sábanas y a aullar como un gato. La paloma huye por la puerta que hay a la derecha de mi cabecera y que da al salón de La Cantera. Me calmo. Pero la paloma vuelve. Y la misma escena se repite.

Comida en los grandes bulevares, Draguignan y yo y un amigo chileno recién llegado, Sótero Laraquete.

Laraquete es simpático, sólo que demasiado ocupado en sus propios asuntos. Admira a París —es su segundo viaje— aunque, ¡amigo!, espere, espere usted y veremos... Ha buscado, día y noche, un sombrero igual al que lleva, sombrero de paja de alas planas. No ha

encontrado lo que busca. ¡Es increíble! ¡Y estamos en la *ville lumière*! Los hay parecidos, claro está, pero iguales, no los hay. Me ha contado su historia, mejor dicho, la del sombrero. Para contarla, se lo saca, lo da a su interlocutor de modo que se entere de su peso. Es ligerísimo. Luego lo vuelve a tomar y le propina un par de papirotes mientras exclama:

—¡Nueve pesos!

Aquí valen —hechos los cambios— una cantidad doble de pesos chilenos y son más pesados. ¡Más pesados! Vuelven los papirotes.

Draguignan habló de su propiedad que tiene en la Dordoña. Hizo una descripción de la casa y sus establos. Laraquete lo escuchaba con suma atención.

Por cierto Sótero Laraquete al oír, produjo en su mente, automáticamente, una placa representando casa y establos y la miró.

Sin interrumpir el movimiento de su tenedor con arroz graneado, dejó que se agolparan, con la velocidad del rayo, todos los sentimientos que en él podían evocar una casa campesina y los establos que la rodeaban. Tenía el hombre cierta dificultad para hacer coincidir debidamente un fundo chileno con una finca de la Dordoña. Pero mientras oía, se veía que sus ideas se entrechocaban.

La placa estaba hecha con los elementos que Draguignan le daba. Pero estos elementos se confundían, bailaban, al querer ajustarse a los que Laraquete tenía de antemano, nacidos ante las palabras “casa y establos” y que unía, por fuerza superior, a lo que dichas palabras traían irrevocablemente a su placa.

Así es que, con empeños van y empeños vienen, logró, al fin, ajustar su placa, la miró varias veces entornando los ojos y luego siguió oyendo la descripción con el seño adusto.

No cabía duda alguna: su propia placa tomaba de más en más sitio en su mente. Prestaba de menos en menos atención a lo que Draguignan proporcionaba. Esto pasó, pasó, se perdió comido por las representaciones que él tenía. El resultado de este paso lo llevó a pensar en sus necesidades del momento, en sus propias casas allá en el fundo, en sus establos, sus vacas y vaquillonas, sus huasos y demás. Las puntitas del genio, las que se habían avivado un instante para dar a su cabeza otra escena y otro ambiente, agrandando así sus ideas de fundos y fincas y la manera cómo se trabaja en puntos tan lejanos como son Chile y Francia, se recogieron en la inconsciencia como los cuernos de un caracol.

A Laraquete se le fue un punto: la distancia que media entre esos dos sitios —Chile y Francia—, distancia que hace cambiar el ritmo de ambas vidas.

Después de todo, lo mismo que me ocurrió a mí. Él cayó a sus necesidades y yo también. Porque yo también formé mi placa. Él se fue hacia otra tejas, tal vez, hacia otros soportes y contrafuertes, hacia la imposibilidad de hacerlos todavía, al menos mientras no se vendieran tales y cuales cosechas. Yo me fui hacia estas palabras de este cuaderno. Mi caracol recogió también sus cuernos.

Total: la imagen que Draguignan tiene en su cabeza no puede ser transmitida, ni a él ni a mí ni a nadie. Está hecha con la visión real de aquella finca más lo que en ella ha sucedido y podrá aún suceder. Esto es ajeno a nosotros. Cada vez que alguien cuenta y describe un hecho o un asunto cualquiera, hay que ver cómo cada oyente forma su placa hecha de sus propias experiencias o de lo que se imagina, la mira y sobre ella construye un mundo que le puede ser útil.

He nacido bajo el signo del Escorpión. He conocido y he conversado largo rato con Guy de Ramatuelle, astrólogo bien conocido. Los Escorpiones parecen ser de su predilección. Él es Capricornio. Nació el 6 de enero. Año: 1892.

Me he puesto a estudiar algo de astrología. Por cierto muy superficialmente. De Ramatuelle me ha sido de una gran ayuda.

Mi fecha de nacimiento es el 30 de octubre. El año, 1899. Hora, 4,45 am. Sitio: Santiago de Chile.

Dados estos datos, quiere decir que soy o el amo o el esclavo. Uno de los dos extremos. No hay término medio para mí. Soy el discípulo de Plutón, maestro de los Infiernos, de la vida, de la sobrevida y de la muerte.

Detengámonos un momento aquí: la muerte.

Pienso, a menudo, que vivir es un momento de experiencia, una salida en que el bullicio que rodea nos apaga la memoria. Es un paso. Cuando viene la muerte empieza, de verdad, el trabajo de una franca recapitulación. Hay, entonces, que extraer el sumo de lo experimentado. El deseo imperioso de paz que abrigo no puede ser más que un avance de lo que me espera. Ahora veo: en la muerte está colocado el sentido de esta vida.

No he nacido completamente. Siento siempre, a todo momento, el llamado del más allá. Hay cientos de recuerdos que me acompañan a todo instante. Son recuerdos que no lograré dejar de lado, que se han venido conmigo. ¿Recuerdos? No. Son cosas que han quedado a flor de piel. Vivo como todos pero de paso. Soy el viajero que necesita que en cuerpo sea llevado hacia otros litorales pero que su mente está llena con lo que dejó atrás y con lo que hará al llegar. No me entiendo suficientemente. Floto por los acontecimientos. A cada vuelta de una esquina estoy cierto de que voy a encontrar la continuidad eterna.

Quedo extrañado ante la vida de los demás. Es, para ellos, la única. La idea de un paso precipitado por la Tierra, no los ha tocado. ¡Pasemos, pasemos pronto!

Soy agresivo, terriblemente agresivo. Pero ¿vale la pena obrar con agresividad? Me detengo. Algo me susurra: "¡Calma!". Yo oigo; esa voz sigue diciéndome: "Tu meta está más lejos. Las peleas de aquí no tienen importancia".

Los amores me acosan. No los necesito, no vivo en función de ellos. Sin embargo es lo único que me preocupa. Paso cayendo de uno en otro, siempre insatisfecho.

El amor es una anticipación de la muerte. Amar o morir es lo mismo. Hasta hoy he amado sólo a una mujer demasiado llena de vida.

No obstante Chinchilla... Chinchilla ya no tenía contacto con la vida. Vivía en el umbral de la vida y la muerte, vuelta por lo general hacia la muerte. Cuando se volvía hacia la vida era por cortos momentos y, en estos momentos, hablaba demasiado, se desbordaba. Luego volvía a su reino, a esperar el instante último de aquí abajo, el instante de su último suspiro.

Ramatuelle me ha dicho:

—Amores trágicos, exaltados, místicos, desesperados. Amores de Escorpión.

Así han sido, así. Sin embargo no arraigo en ellos. Resbalo por sobre ellos. Mi finalidad está fuera, en otro sitio. Tiene que estar en la muerte.

Lumba Corintia. Nació el 15 de septiembre de 1904. Es decir, signo Virgen. Es decir, gustaba de condimentos, de mezclas, de cocina y microscopios. No averigua, no trata de saber. Sin esfuerzos, sabe. Necesita ser acurrucada y acariciada. Sueña con la estabilidad en la unión de dos seres.

Estabilidad... Hay que ser estable sobre algo, para algo. No concibo estabilizarse para pasar día tras día.

Lumba Corintia tiene que amar la alquimia y las yerbas misteriosas. Hay un parentesco

entre estas yerbas y la muerte. Encerrarse en La Cantera. Poner el acento más en la otra vida que en ésta. El mundo bullicioso que nos rodea, lo adivina. No necesita más.

He visto bastante a Sótero Laraquete. Es un hombre que vive en torno del dinero. No sé qué habrá visto en mí, pero es el caso de que me ha tomado como un grande y viejo amigo a pesar de que lo conocí aquí, hace pocos días. Me ha conversado largamente sobre sus sinsabores con el dinero. En verdad no vive tanto en torno a él.

Ahora recordaba, ahora nada más, cómo el amor por el dinero se había empezado a filtrar en él. Había caído como una gota de veneno. Luego su cuerpo, más fuerte, lo había absorbido y ningún trastorno se había presentado. Pero había quedado allí como una semilla, había desarrollado miles de raicillas imperceptibles que se habían apoderado de su ser entero, de su sangre, de sus deseos, de su mentalidad, de sus nervios. De todos menos de un punto, uno solo: la conciencia de que tal cosa sucedía.

Hoy, al ver —frente a los burgueses adinerados del barco en que viajó y de los que a diario en París lo rodeaban— que tener dinero, mucho dinero, era cosa agradabilísima, era un goce, recordó que ya este goce lo había experimentado vagamente el día de la caída del veneno y que este veneno, comprendió, no había sido totalmente absorbido.

Entonces había dejado que las cosas se cumplieran según una fatalidad ineludible. Si quedaba veneno en él, pues dejarlo, dejarlo, cuestión de ver en qué iba a parar todo aquello.

Hubo, en aquellos tiempos, una especie de escándalo a propósito de un archimillonario, don Timoteo Papos, que, dueño casi instantáneamente de una fortuna colosal —herencia más negocios internacionales—, se había marchado del país haciendo Dios sabe qué maniobras, que todo su dinero salió y se fue a Europa. Apenas producido este hecho, un diario de Chile abrió una encuesta: “¿Qué habría hecho usted con tal fortuna?”. Era en los momentos en que ya el veneno había picado en el corazón de Laraquete y aún dormía tranquilamente. Hubo muchas contestaciones más o menos graciosas, las hubo también en serio; en fin, no es del caso mencionarlas. Lo que aquí nos interesa es otro punto:

Laraquete soñó, una noche de insomnio, qué haría él si fuese dueño de tan colosal fortuna. De repente se sorprendió soñando de la suerte y se asustó. Porque he aquí lo que el bueno de Laraquete soñaba:

Laraquete daba tres o cuatro miserables pensiones a viejos lacayos. Con tal fortuna recordó a más y más lacayos, hasta inventó algunos. Les doblaba las pensiones, se las triplicaba, se las cuadruplicaba. Luego él entero no fue más que una colosal limosna. Cuando de pronto castigó a un lacayo: le rebajó, primero a la mitad, luego totalmente la pensión. Y él, el señor de Laraquete, se sintió gobernando con su dinero.

Suprimió, entonces, todas las pensiones. Su crédito subió un punto. Luego se hizo altanero, soberbio. Escupió al rostro de los más pobres y alargó una mano generosa a los de igual fortuna que él. Ahora bien, como el hombre siempre necesita venerar, él, don Sótero Laraquete, veneraría a los de mayor fortuna que él. ¡Atención aquí! Hay el temor de la falsa veneración. Tendría un grupo de secretarios cuya misión sería la de escudriñar, día y noche, las oscilaciones de esas fortunas. Si subían, mayor veneración. Pero como que bajarán de un peso a la suya propia, ¡escupitazo a la cara! Volvían a subir de un peso: ¡mano generosa! Volvían a caer de un peso: ¡escupitazo a la cara!

—¡Ah, señor mío, ah, don Lorenzo Angol! —me dijo—. Llegué a las grandes épocas de la historia, a las lejanas y ya olvidadas épocas, a esas de las cuales sólo el recuerdo fausto nos alimenta: ¡oh, pirámides de Egipto! Hagamos nuevas pirámides, de acuerdo con nuestro momento; volvamos a los sublimes tiempos del esclavaje, de los azotes. Me vi, créame

don Lorenzo, látigo en mano y derritiéndome en millones. De pronto me quedé dormido. Dormí tranquilo y no recuerdo haber soñado nada.

“Al día siguiente, como todos los días, desperté. Cosa natural, o al menos así me parece. Me reí, al principio, de mis ensoñaciones de la noche. Luego me dije: “No, no, amigo, no, no”. Repitiéndome este “no” tomé los diarios. ¡Buenas noticias, don Lorenzo! Mis acciones, ¿comprende usted?, y luego un telefonazo con buenas noticias también; usted sabe que me dedico a frutos del país. Pues bien, ¡buenas noticias también! Me comprenderá usted, mi señor, que por muy buenas que fueran esas noticias, ni para qué decirlo, no eran ni la sombra de los reales de don Timoteo Paposo. Yo no heredaría ni ahora ni nunca. Pero los negocios... Es bueno, créame amigo, sentirse con un látigo en la mano, látigo que no existe, por cierto, pero es como tenerlo en la mano. La gente agacha la cabeza cuanto usted pasa. En fin, me preocupé un poco más de ese vil metal. Y no me arrepiento, don Lorenzo, no me arrepiento. La verdad es que aquí estamos y ¡tan campantes! Pues puedo ofrecerle cuando quiero a la Escolástica Topocalma. Y eso es lo que a mí me gusta. ¡Ah, qué mujer! Comedida, sin ambiciones locas, en fin, comedida. Como deben ser las mujeres. ¡Un idilio ideal! ¡Un verdadero idilio con la Escolástica!

“No es como la Expedita Niacura, esa terrible Expedita Niacura que el Cielo y el Infierno confundan... Porque con la Expedita la cosa empezó, con la Expedita cayó la primera gotita de veneno. La quise y me quiso y nos quisimos. Luego me abandonó. Pedía y pedía tanto la Expedita y yo no tenía como darle tanto como ella pedía. Quise decirle que la vida era... En fin, usted sabe, amigo, las cosas que se dicen en esos casos. No me escuchó. Me dio vueltas las espaldas. ¡Miserable mujer! Y se fue con otro, con otro, especie de Timoteo Paposo. Hasta que apareció la sin par Escolástica. ¡Si hasta su apellido tiene algo de lo que es su fondo! Topo-calma... Pero yo ya sabía, ya sabía yo. ¡Bolsillito siempre lleno! La Expedita me lo enseñó. Por eso no le guardo rencor. Gracias a ella la Escolástica y yo somos felices. Agregue usted ahora la encuesta del diario aquel sobre el señor Paposos y... ¡muy justo, querido amigo, que me ocupe, antes que todo, de lo que debo ocuparme!

Mientras Laraquete me hablaba, yo recordaba la comida en los grandes bulevares con Draguignan. Recordaba la placa, la plaquita aquella.

No cabe duda alguna: Draguignan, en su cabeza, tiene una imagen de la casa y los establos de su finca. Esa imagen no podrá pasármela a mí ni a ninguno de los que la oigan. Sobre esto, nada que hacer. Sin embargo la imagen estaba allí. Allí yo la veía como en placas transparentes, la veía alrededor, más bien, frente a su cabeza. Inaccesible para nosotros aunque presente, a un paso, a unos centímetros. Esto, más que desesperante, me daba una sensación de rareza y, a menudo, de cosa estúpida. ¿Para qué darnos explicaciones Draguignan? ¿Para qué describirnos? No haría más que formar en nosotros otras imágenes que sólo reflejaran las interpretaciones nuestras a sus palabras. Al decir él, por ejemplo, “techo de buenas tejas”, formaría, como formó —no lo dudo— una placa propia con nuestras visiones personales sobre lo que concebimos como “buenas tejas”. Mas no, de ningún modo, una imagen que se acercara a las “buenas tejas” que veía Draguignan, la otra noche, a las 8 y $\frac{1}{2}$ de la noche, mientras, a su vez, comía arroz graneado.

Ahora bien, me pregunto: el sabor del arroz graneado ¿puede en Laraquete o en mí formar la misma resultante sobre nuestro ideal sobre las buenas tejas? Aunque lo pudiera, ¿qué semejanzas podría tener nuestra placa con la de él, impresa en la realidad, ya que la nuestra había nacido de un embrollo de evocaciones imprecisas?

No solamente el arroz graneado: los hechos del día, el color de los muros del comedor

los vecinos del lado, nuestras vidas pasadas, los sueños que albergábamos para el porvenir... Todos éstos serían los elementos que tendríamos para registrar las palabras que oíamos y construir con ellas lo que cada uno de nosotros puede cobijar bajo buenas tejas. ¿Qué? ¿Alguna esperanza o un recuerdo sin abrigo? Un sentimiento vagabundo, nada más, dentro de una decoración hecha descuidadamente con materiales de nuestro comedor y de nosotros mismos.

Lo que hay de curioso en esto —de ahí esa sensación de cosa estúpida— es que cada cual queda convencido de que tiene ante sus ojos el retrato exacto de casas y establos de aquella finca y pasa, luego, a pensar en otra cosa y a devorar el plato siguiente.

¡Nada! Si se pudiera reproducir el cuadro de cada cual y extenderlos todos sobre la mesa... Bajo las tejas, todos ellos de formas y colores diferentes y encuadrados en las simetrías más variadas, no se encontrarían más que sentimientos, los predominantes en cada uno de nosotros, mejor dicho, los más acordes con esas dos palabras: "buenas" y "tejas". Todo esto a las 8 y $\frac{1}{2}$ de la noche, en un restaurante de los grandes bulevares, comiendo arroz granizado. Sólo Draguignan ha quedado con la casa verdadera, eternamente inaccesible para los demás.

Algo me llamó la atención en esto: la incapacidad, la imposibilidad de transmisión entre dos seres de cosas tan sencillas como es la imagen de lo que acaba de verse.

Nos entendemos por aproximaciones, por analogías, por ecos, pero la cosa misma —aunque tenga importancia secundaria— no se puede comunicar. Pertenece al reino único de cada ser, reino que no es dable compartir.

Sí; los seres se entienden por ecos, por signos, por semáforos. Así despiertan sensaciones y sentimientos aproximativos. Mas cuando se toca a la materia, a la realidad de las cosas, se abre un abismo y no hay aproximación posible.

Nadie se da cuenta de que nuestra manera de hablar y de entendernos no es hecha de precisiones sino de sutilezas, no es hacer ver y *mostrar* sino tratar de evocar para cerciorarse si el receptor responde.

Así conversa la gente. Casi en un mundo de humos. Sin embargo todos están satisfechos diciendo que se transmiten certezas sólidas como bloques de cemento.

Yo ni siquiera puedo decir que el señor X estaba de smoking. Al decirlo levantaré en cada cual la resultante de cuantos smokings haya visto en la vida con sus ideas particulares al respecto. Pero la visión tan sencilla del señor que yo vi, no penetrará en ningún cerebro.

Hemos hablado con Lumba Corintia. Pienso que hablaremos más, mucho más.

Siempre quedaremos separados, cada cual con su placa y tejiendo alrededor de ella. No hay caso de querernos de verdad. De verdad como yo lo entiendo. Hasta el fondo. Pues ¡qué pasado más diferente el de ambos! Son otros mundos. Seríamos dos enemigos que se afrontarían. ¡A evocar, a evocar! ¿Y evocar qué?

Cada cual vería si lo dicho por el otro conviene o no conviene para fortificar su mundo.

No hay más.

¡Felicidad total, ser feliz! Ahora lo pienso y llego a la conclusión de que eso ha de ser, tal vez. Debo, en un momento, haber estado feliz con toda la plenitud de la felicidad. Naturalmente no lo sentí. Lo he deducido por cálculos. Rastreado me seguí hasta que di con mi paradero.

Estaba como todos los días en Santiago, poco antes de mi partida, pero mi ser entero se ocupaba de algo que sólo puede aparecer cuando se está muy feliz, completamente feliz. Llamé a esto "lo que necesito". Es la felicidad de haber resuelto para siempre, definitiva-

mente, un problema de la vida. Es cuando ya se puede pasar a otro problema. Este último se cancela también. Se sigue adelante. De este modo se va uno desprendiendo de tanta cosa, se va aligerando.

Pongo un ejemplo: el anillo que llevar. ¡Cuánta gente no ha encontrado aún la relación justa entre su ser interior, con todas sus mudanzas, y el anillo que a eso corresponde en el dedo!

Para mí, ¡resuelto! Ya podría seguir mi vida por cien años sin ocuparme de anillos. La energía necesaria para resolver tal problema, podría encauzarla en otro sentido.

Aquel día, después de separarme de Lumba Corintia, me encontré con el teniente Escala. Sin más me ofreció un bastón, ¡ah!, de los nuevos bastones que vendía el sastre Casals, en Agustinas, ¡no hay dos iguales! Tuve así el bastón que necesitaba. Luego se desprendió, como fruta madura, el sombrero que necesitaba. Lo había visto varias veces en una vidriera, pero no se me había ocurrido comprarlo. Con el bastón Escala-Casals, no cabía duda. Fui a la tienda, entré, lo compré.

El bastón y el sombrero fueron dos puntales que afianzaron mi personalidad. O mejor dicho, mi personalidad ya se estaba definiendo, cristalizándose a tal punto que había podido desparramarse fuera de mí y encontrar sus objetos.

Aun quedaban sitios dudosos, inconsistentes; tenían que quedar. Prueba de ello: las camisas correspondientes no estaban todavía claramente halladas. Las vislumbraba, por cierto, sabía cuáles eran, pero, por el momento, cambiaban de forma y color. No importaba. El primer paso se había dado. Algo en mi interior que estaba aún en gestación, sitios oscuros donde ninguna luz de la conciencia ha penetrado aún. Miles de meditaciones se me interrumpen porque, de pronto, toda mi energía se va hacia las camisas. No importa, repito. Con un sombrero y un bastón, ¡basta por hoy!

Al día siguiente di otro paso: encontré una camisa que creí definitiva. El sombrero que llevaba sería el sombrero para siempre. El bastón, ¡ni para qué decirlo! La vida me pareció fácil; todo lo que había que hacer en mi Bóveda, resuelto.

Hoy, en París, el sombrero no es el sombrero exacto. El bastón podría ser cambiado. La vida se me ha derrumbado, en todo caso se me ha complicado. Las obras de la Bóveda vacilan.

Ahora que pienso con calma sobre este hecho, veo que su significado —el de la completa felicidad— se me ha agrandado enormemente. En Santiago no fue así. Fue un agrado, un contento; todas las ideas que de él se han desprendido, han aflorado ahora en mi conciencia. Ha habido necesidad de muchos meses y de muchos cambios para que en mí se arraigue el convencimiento de que entonces fui feliz.

¿Por qué, por qué no tuve conciencia entonces de la felicidad que me rodeaba? Había llegado ésta hasta filtrarse en dos objetos: sombrero y bastón. No bastaba. Eran necesarios aún los meses de tiempo y espacio.

Anoche soñé. Estaba con ellas. Allí estaban, ¡por fin!, Lumba Corintia y Jenara, Jenara Linares. A ésta la quise como, hoy creo, se ha de querer, es decir, por ella, por su carne. Pero... En fin, peleamos. En fin, anoche estábamos los tres sentados en una playa. Hay rocas, movimiento, caminos amarillentos y humedad.

Jenara está a mi lado. Yo, para mis adentros, no me explico bien esta dualidad de ella. Porque Jenara es mi mujer y es una mujer evolucionada, superior. Al mismo tiempo sigue siendo una persona corriente, frívola y casada con su marido que es, sin duda, un hombre mediocre. Trato, entonces, de explicarme. Le digo que las contemos a ellas con sus mari-

dos. Empiezo ayudándome con los dedos: la mayor, Jenara; tú (nombro al hombre mediocre); tú (me nombro yo); Lumba Corintia (soltera); la menor (viuda). Son, pues, ustedes: 5. Ahora contémoslas sin maridos: mayor, tú, Lumba Corintia y menor. Igual: 4. Por lo tanto quiero saber qué haces tú, mujer inmensa, tú, de quien dice el doctor Hualañé: "He quedado sorprendido con el desarrollo espiritual vertiginoso de Jenara con la maternidad", qué haces tú, con Jenara y ese mediocre de su marido. Me responde indiferente: "Siempre llamo a Lumba Corintia para que me acompañe y así conversamos mucho". Me doy por satisfecho.

Porque ahora estamos en un largo corredor gris sombrío y acogedor. Allá, en el otro extremo, están ambas, Jenara y Lumba Corintia. Están vestidas de verano. Sus formas se transparentan. ¡Qué gran voluptuosidad! Les grito: "¡Corran!". Ambas, riendo, corren hacia mí. Luego Lumba Corintia se detiene fatigada. Jenara sigue veloz. Alargo, entonces, mi mano derecha para sujetarla al pasar. Pero pasa con tal ímpetu que mi intento falla. Me asalta la duda, de inmediato, de que tal carrera no era, precisamente, para mí, como lo había creído, sino para otra persona que, de seguro, hay escondida por entre los vericuetos. Vuelvo, entonces, a Lumba Corintia. Pero ésta se ha marchado. El corredor está solo. ¿Qué hacer? Despierto.

Lumba Corintia me ha quedado más nítida en este sueño. Jenara se borra. He vuelto a vivir nuestros momentos de amor. Nuestros momentos de amor loco, a la caída de la tarde, sobre todo en el Rialto, cuando la ventanita palidecía. Era entonces el espasmo. Era, de golpe, un decaimiento, una sensación de tristeza vaga, muy vaga. No sabía de dónde venía. Era un desgano sobre ella. Inmediatamente el chiquillo cantaba. Oigo ahora su canto:

*Anoche y antenoche y entamañana,
Me salieron los perros 'e oña Juana,
¡Sí, ay ay ay!*

Me vienen a menudo estos momentos en que me siento acosado por los recuerdos de Lumba Corintia.

En aquellos momentos sentía ya la distancia, la enorme distancia respecto al sitio en donde había colocado mi vida. Sentía, además, un desaliento ante la imposibilidad de encontrarle un fin a mi amor. ¿Qué fin? La de encauzarlo en la imbecilidad cotidiana, la imbecilidad estática y suspendida sobre mí.

Entonces aparecían, una vez más, mi casa santiaguina donde nací, en Moneda; mi madre sentada en el patio, tal vez aburrida; y el gato, los gatos, siempre los gatos...

Oigo lo que pasa fuera, de la ventanita para allá. ¡Cómo charlan y gritan! Luego silencio. Luego vuelve el canto. Luego es la monotonía de Mosquito.

Nada de esto me separa de ella. Recuerdo que más de una vez, en esos precisos instantes, la apreté contra mí. La apreté y la apreté. Sentí que existía un abismo infranqueable cuyo origen se hallaba clavado tal vez antes de nuestro nacimiento. Es aburrido, es desalentador.

La última vez que estuvimos en el Rialto, la quinta vez, esta distancia que se producía entre nosotros fue tanta que salté de la cama y, al saltar, me vino la idea de encaramarme y asomarme por la ventanita. Así lo hice. Ella me miró sin decir nada. Me asomé.

Vi lo que había allí: unas casas dormidas, unas gentes haciendo mil quchaceres do-

mésticos, una guagua en el suelo, un perro durmiendo. Más lejos otras casas. Recuerdo una alta, de 5 o 6 pisos. Más lejos, siluetas de otras y otras casas. Luego el cielo inmenso, azul, sin una nube, un cielo eterno. Cruzaban algunos ruidos por él: la campana de un tranvía, el rodar de un auto, el trote de un caballo, voces sueltas. ¿Qué hacer con todo eso? ¿Dónde, cómo hacerlo vivir? Una vez más cantó el chiquillo. Empezó a cantar y se detuvo. No lo vi. Luego habló. Después siguió cantando. Me bajé. Me senté al borde de la cama. Un rato de silencio. Al fin le hablé a ella. ¡Qué distancia entre nosotros! Europa se me agigantaba. Le hablé y le hablé. Le daba vueltas la espalda. Ella tal vez escucharía, tal vez no. De pronto puso una mano en mi hombro y me dijo:

—¡Cómo! ¿Tú también sientes esas cosas?

Quedé estupefacto. Quise averiguarle, qué sentía ella, qué, qué. Cambié de tema. Bien, si ella lo sentía, ¡ya se sabrá! Hablamos tonterías.

Hasta dos días más tarde, en vísperas de mi partida. La Escuela de Bellas Artes. Ella iba a la Escuela. Yo nunca la había visto allí. Había que despedirse. Pasé. Al entrar me encontré con Facundo Doñihue. Nos saludamos. Me acompañó. Yo entraba por curiosidad, mejor dicho, por ociosidad. Caminamos un poco. De pronto la vi conversando con un grupo de estudiantes; reían. Me vio. Se cortó, se turbó. Luego vino hacia mí. Estaba inquieta. Había sido sorprendida en su vida íntima. Pero ¿no habíamos quedado que ambos sentíamos lo mismo al mirar yo por una ventanita? Nos saludamos y cambiamos algunas palabras, tratándonos de tú. Facundo se echó a reír y nos dijo:

—Se conocían ustedes! ¡Ja, ja! Aquí todo el mundo se conoce...

Mientras Facundo se distraía con otras personas, la invité a comer para el día siguiente. Comimos juntos. ¡Última vez!

Ahora releo lo que acabo de escribir y me deja una sensación de gran tristeza. Cualquiera que lo lea pensará lo mismo: “¡Cómo se querían los dos! ¡Qué fatalidad esta separación!”.

Nos separábamos porque yo, poniendo a este amor como cosa secundaria, había reuelto viajar para dar a mi vida un verdadero sentido. Todo lo que he anotado en líneas anteriores estaba íntimamente mezclado con los hechos cotidianos. Que me baste recordar que después de la comida con Lumba Corintia, comida que precipité lo más posible, fui de juerga con varios amigos. Todo eso era, para mí, cosas de la vida, cosas que sucedían.

Ahora, hoy, se han levantado. Hoy me revelan su significación.

La historia de siempre. En el momento mismo, nada. Después su valor se presenta.

No tengo más que un recuerdo claro de mi época pasada. Quiero decir “claro” cuando la justeza es la misma entonces y hoy.

Fue en noviembre del año pasado, a fines. Fue en medio del silencio de una tarde ardiente. Fue en La Cantera el canto solo, aislado de un gallo.

Estaba lejos este gallo. Cantaba a la vida. Tenía, sin embargo, su canto un algo nostálgico. No en sí. En sí era alegre. La nostalgia se sentía acaso en uno mismo.

Oí en su canto el cántico a la vida resonando en un cerebro viejo, cansado de especulaciones intelectuales. Es un cerebro gris el que tengo. Para un observador —y si tal cosa pudiera hacerse— le parecería mi cerebro como estos caserones húmedos y sombríos, como los que hay aquí en este fundo y como los hay en los campos de Chile. Caserones donde pulula el germen de la muerte. Es decir, donde puede presentarse el misterio del más allá. Así vería ese observador mi cerebro. Así lo sentí cuando oí cantar al gallo. Así lo confirmo ahora.

El canto del gallo es un llamado a la luz, al aire, al sol. Uno siente como un remordimiento al oírlo, algo así como cuando somos sorprendidos en un acto dudoso por un hombre honorable.

Aquí está la nostalgia. La de la vida de la naturaleza; no la nuestra, la artificial. El deseo de acudir a ese llamado, a ver una vida sana.

Luego pensé en el cacareo de una gallina. Él hace pensar en un huevo recién puesto. El huevo, en un pollo que ha de nacer. ¡Qué de vulgaridades! ¿Quién no las ha experimentado? Sin embargo, ¡cuánta belleza! Es la vida misma. La gallina tiene algo de sano, de robusto, de agreste. El huevo que ha puesto cae sobre la paja, sobre el heno húmedo que huele bien y que, en su olor, habla de tierra, de tierra sabrosa, de nuestra santa madre la santa tierra.

Sentí horror, en ese momento, al pensar en un muro de piedra gris amarillenta, al pensar en calles estrechas con peatones que tienen prisa. Al pensar en lo que hoy me rodea.

No me siento mal aquí. Siento, por cierto, la nostalgia horrible que entonces me invadía. Pero estos muros grises amarillentos ¿por qué no han de valer un canto de gallo o un cacareo de gallina?

Ese afán de hacerlo todo “contranaturaleza”. Hacerlo un poco o mucho pero que la naturaleza sea defraudada. No es un afán contranaturaleza. Es un enorme, un inmenso egoísmo. Es el egoísmo de fabricarse en torno un mundo de uno, sólo de uno. Es el afán de diferenciarse, de separarse del vulgo. En el fondo es el resultado de la rebusca de un estimulante que a uno lo lleve al máximo. Es el afán de SER.

Hay o el uno o el otro de estos dos movimientos: o acentuar la individualidad, o acentuar la unión. Hay que ir primero por la individualidad para luego llegar al umbral del segundo. Quien va al segundo, a esta unión con el vulgo sin haber agotado la separatividad máxima, o es un ser balbuciante o se ha anticipado en su carrera. En este último caso tendrá que volver atrás.

En nuestros países de Sudamérica no hay aún nada claramente indicado para lanzarse a la diferenciación. Para avenírselas a este deseo se acude, no a la creación —en el vasto sentido de esta palabra—. Basta con hacerlo todo diferentemente a los demás. ¡Es lamentable!

Nada de lo hecho así alcanza universalidad. Queda en la categoría de caprichos. El que se diferencia altamente se junta con todos por su grandeza. No hay, pues, tal individualidad.

Recuerdo mis primeros años, ya en La Cantera. Recuerdo el ariete, los insectos, las yerbas. Había en todo ello una reminiscencia de la vida prenatal. Era algo vago, por cierto. Luego el mundo real fue apareciendo. Crece y crece desmesuradamente.

Las casas están llenas de habitaciones misteriosas. Uno tras otro desaparecen los misterios. El huerto está lleno de rincones con un duende en cada uno. Luego van muriendo, uno tras otro, todos los duendes.

Todo tiende, en este período, a borrar el origen divino de las cosas y a traerlo a uno al mundo real, al mundo así llamado. Es una marcha segura. Es como la marcha de quien va entrando en un recinto y, a medida que entra, va olvidando lo que queda atrás. ¡Adiós misterios de los pequeños rincones!

Cuando llegamos a un lugar por primera vez, un lugar digno y grande, volvemos a sentir el misterio alrededor nuestro. Vemos miles de duendecillos en todas partes. Pero la

práctica ya adquirida nos ha enseñado. Nos afanamos para poblar de realidades cuanto nos rodea.

Recuerdo perfectamente mi primera llegada a París, en marzo de 1919. La guerra acababa de terminar.

Con el plano en mi cabeza, salí a andar solo. Anduve todo un día. Volví rendido al hotel. ¡Qué de misterios en cada vuelta de calle! ¡Qué infinito me aparecía todo esto con sus callejuelas y, planeando por encima de ellas, un monumento, un pedazo de monumento que se movía porque ya estaba a mi derecha, ya a mi izquierda! ¡Y qué de gentes, gentes, por todos lados gentes! Cada una llevaba, allí, dentro de su cráneo, toda una vida que se perdía en los siglos pasados.

No; era demasiado. Había que poner orden. Había necesidad de poder circular como todo el mundo. Mé puse, de inmediato, a poner, en cada punto, pesadas realidades, duras como cemento, a poner cementos de realidades. Hasta que desapareció todo, todo lo misterioso. Aquí no había más misterio que en otra parte cualquiera del globo. Hasta que desapareció el miedo.

¡Santo y divino miedo!

El miedo está siempre. Hay que evitarlo. Para eso sirven los bloques de cemento real. No hay que afrontarlo. Hay que disecarlo. Para eso tiene dos caras, dos aspectos: el hecho mismo que asusta; la esencia que lleva dentro y que, asustando, llama.

Si uno oye este llamado, aparecen mil personas que hacen bulla, que demuestran la razón del miedo. ¡No mires en ese sentido! ¡Mira para allá, para allá! ¿Ves? ¿Ves la causa? ¿Ves que era tu ignorancia la que te causaba miedo?

¡Levántese mi pasado! ¡Yérgase ante mí!

Llego, en mi infancia, a los alrededores de Santiago. Hoy es parte urbana de la ciudad. Entonces la avenida Pedro de Valdivia era lejísimos. Alguien tiene una quinta allí. En ella estamos de veraneo. Hay una empleada, la Úrsula. Hay alboroto, hay tumulto una noche. La Úrsula llora, se desmaya. Ha salido hasta la avenida y ha encontrado un puñal, un puñal con sangre. Yo veo este puñal o creo verlo. Me llevan a la cama, a acostarme. No, la Úrsula no ha encontrado el puñal por tierra; ha sido amenazada con él. Se ha defendido y el puñal ha caído. Entonces ella lo ha recogido. ¡Cómo huele este puñal a sangre! Tiene un olor amargo, tan amargo que, por esa noche, vamos todos a dormir juntos, en una sola habitación. El dueño va a volver a buscar su puñal. Mejor sería comunicar a la policía. ¡Con tal que el día se levante pronto!

Un caballo, cuando corre a toda velocidad, no se ve. Es curioso: ha pasado un caballo corriendo desbocado por la calle. Yo, desde mi ventana, lo he visto. La gente corría y gritaba en pos de él. Una cuadra más allá lo pillaron y lo sosegaron. ¿Para qué dirán todos que iba ese bicho a toda velocidad? Yo lo he visto y también lo ha visto la gente que lo ha pillado. Corría ese caballo, nada más. Un caballo, a toda velocidad, no se ve. ¿No se ve? Algunos me aseguran que hasta una bala grande, de cañón grande, se alcanza a ver. Un caballo... ¿Y las carreras entonces? Pensándolo bien, sí tiene que verse. ¿Para qué me engañarían antes? Tal vez se habla mal. Alguien, una mujer, acaba de decir: "¡Uy! ¡Corría ese caballo que no se veía!". Entre el idioma y la realidad...

Toros en Santiago. Con el padre de Rosendo, don Pelayo. Se discute si deben o no deben ser permitidos en Santiago, en Chile. ¡Más valdría verlos y opinar después! Vamos. Alegría loca, desenfrenada, por parte mía. ¡Toros! Mientras el coche rueda hacia las corridas ¡qué desprecio altivo para con los infelices que van por las calles en sentido contrario!

Esos no irán. La plaza está colocada con vista al cerro Santa Lucía. No sabría precisar donde pero el cerro se ve claramente y hay en él mucha gente que se empeña por presenciar gratis el acontecimiento. ¡Qué compasión despreciativa para esos pobres que están tan lejos! La corrida fue mediocre. Un español, cercano a nosotros, se mofa protestando. ¡En España hay que ver! ¡Corridas sin muerte al toro! Un toro ya lideado vuelve de pronto al redondel y embiste contra un monosabio. Lo revuelca, lo alza en sus cuernos, lo vuelve a revolcar y lo vuelve a alzar. La gente ríe y aplaude. ¡Lo mejor del día! Al fin los separan. El monosabio ríe también ahora simulando gran susto. La gente se desternilla de risa. En el cerro Santa Lucía también ríe la gente.

Vengamos a casa, segundo patio, a la izquierda. Ahí está mi santuario. Se llama: la Boya. Viene este nombre de la claraboya que hay en la pieza que es mi santuario. Yo le decía la Boya. No sé si así le decía por voluntario síncope o porque, de niño, decir "claraboya" me era demasiado complicado. Como sea, allí me enclaustro. Me visita la tía Ramona; me acompaña, cuando puede, Policarpo, el viejo mozo de casa. Sobre cuatro o cinco cachibaches he instalado un mundo que vive, que se agita, que goza y sufre. La tía Ramona, a veces, también forma parte de él: es una bruja, es un hada. Policarpo, igual. Cuando lo han mandado fuera de casa, lleva, sin que nadie lo sepa, una misión de los cachibaches. Entre éstos hay algunos animalillos que son buenos, otros que son malos. Pero los malos tienen, a su vez, su vida interior que se extiende, que se va extendiendo y, al fin, resultan buenos, extremadamente buenos. Hasta la hora de acostarse. Cerremos todo muy bien y cada cosa quede en su sitio hasta el día siguiente.

Papá y mamá han ido al teatro, al Municipal. Recuerdo lo que daban: *Gioconda*, de Ponchielli; o *Traviata*, de Verdi; o *Tosca*, de Puccini; o *Mefistófeles*, de Boito. Yo quedo en cama, a oscuras; hay algo de luz que se filtra de modo que puedo ver claramente la puerta de en frente, cerrada, siempre cerrada. Esta puerta da al salón que, éste sí, está a oscuras, está en tinieblas. La puerta es de cristales cuadrados. Hay unos visillos tras ellos pero no tras los dos superiores que, con esta carencia, se ven negros, negros. Me arrebujó en las sábanas para no verlos. Me llaman. Me incorporo un tanto y los miro. Espero. Una calavera va a asomarse por allí. Tiemblo. Tengo deseos de gritar. Pero se oye el trotar de unos caballos en la calle. Se detienen. En fin, ¡los ruidos familiares! La puerta de calle se abre, el coche se va, papá y mamá han vuelto. Me duermo instantáneamente. Ha desaparecido la calavera.

Y don Aniceto Pichilemu... ¿Lo quería yo? ¿O lo odiaba? Era amigo don Aniceto Pichilemu de Mister Edinburgh, profesor de inglés de mi padre. Llegaba a casa dos veces por semana a dar su lección. Mister Edinburgh, al llegar, me saludaba dando muestras de gran regocijo. ¡Qué simpatía de hombre! Don Aniceto, cada vez que me veía, me preguntaba qué tal iban mis lecciones de inglés; no podía entender que era mi padre el alumno y no yo. No había dudas posibles: don Aniceto Pichilemu y mister Edinburgh llevaban una vida aparte, fastuosa y llena de misterios. A casa llegaban en sus momentos de ocio, nada más. Prueba de ello: lo que hablaban, en voz baja y ¡en inglés! Esto, cada vez que se encontraban. Hasta que un día, un día cualquiera, sin advertir nada, don Aniceto Pichilemu... ¡hizo la grande! Corría con el dinero de mi tía Ramona y de otras señoras más. Un día, un día cualquiera, este dinero desapareció y don Aniceto cayó preso. Se habló mucho de Bolsa, de acciones, de la baja de algunos papeles y qué sé yo. No, no había caso. Don Aniceto jugaba con ese dinero como si fuera de él. Desapareció dinero y don Aniceto también. ¿Y la vida fastuosa que hacía con mister Edinburgh? Éste siguió yendo a casa, dos veces por

semana. ¡Triste historia! Unos primos míos me invitaron, cierto día, a ir a los alrededores del juzgado o de la prisión. Fuimos. Nos escondimos en un rincón. Llegó un coche. Escoltado por policías divisé a don Aniceto. Pero no lo castigaron como merecía. Fue relegado a Talcahuano. Un día murió.

Hay un mampato sumido en el fondo de mi vida. Yo lo monto, al principio amarrado; después como todo el mundo, como los grandes. Lo quiero entrañablemente a mi mampato. Es bueno, es dócil. ¿Cómo pueden hablar mal de los mampatos? Tienen una vida rodeada de grandes cosas, de hechos "homéricos". Esta palabra me gusta. ¡Viene tan bien con las hazañas de mi mampato! Pero un día me pateó. No me hizo mayor daño, la pata me rozó apenas junto a las piernas. Se alborotó, dio de corvetas, rompió una rienda. Yo salté a un lado. No dije nada en casa. Creo que hoy es primera vez que menciono este hecho lamentable. Estaba amarrado el mampato junto a otros caballos, bajo una glorieta hecha de ramas secas. ¿Qué pasó? No se sabe ni se sabrá jamás. Fue aquello como una advertencia: tú ahí, yo aquí. No había que mezclar demasiado las vidas. Pero ¿por qué? ¿Hay cosas que en nuestra vida son posibles y son totalmente ajenas al buen sentido en la vida de los caballos? Luego, de un rancho vecino, salió un chiquillo que me preguntó si podía montar mi mampato, asunto de un trajín que hacer, trajín rápido. Le dije que sí. Montó el chiquillo y salió al galope. El mampato ni siquiera me miró. Galopó como si fuera yo en él. Galopó mejor todavía. ¡Qué sensación de tristeza, de injusticia en esta Tierra! No quise montarlo más. Pedí un caballo grande, como el de todos.

Unido a este mampato hay un amigo, un medio amigo. Es un muchacho del campo. Converso un día con él. Es tanta mi alegría que quiero contárselo a todo el mundo. Pero algo me retiene. En efecto, no ha de ser del gusto de los demás esta amistad. Lo veo por las caras que ponen. Un día el muchacho se va. Lo vi irse. Pasó a mi lado sin decirme ni siquiera "adiós". ¡Otro misterio en mi vida! Decididamente no sé cómo suceden las cosas. Hay que ir con tiento. Pero es tan difícil. Tal vez de esta dificultad viene mi tendencia a la reconcentración primero, a fortificarme después. Luego a ir, en el trato con los demás, con mucha cautela. Tal vez...

En todo caso se une a ese recuerdo del muchacho que se fue sin despedirse, un acercamiento a la casa, de cifrar en ella todas las grandezas que, hasta ahora, revoloteaban en torno mío. Creo que es mi primer orgullo, mi real orgullo. ¡Qué satisfacción! Con mi casa y con mi familia. Era vivir en medio de la suprema verdad. Había que despreciar al mundo que nos rodeaba. Nuestra casa —ahora la veo en mi memoria, allí en Moneda 1822— es un castillo poblado por príncipes y grandes damas. Lo veo por primera vez, veo miles de recovecos antes insospechados. Hasta que llego a los recovecos oscuros y sucios del patio de la cocina. Es el patio de los esclavos. Los visito. Sin hablar. Que hagan ellos su trabajo para nosotros los príncipes y grandes damas. Por algunos días camino de otro modo, hablo de otro modo. Todo adquiere un tinte de alta, muy alta solemnidad.

Pero tengo un miedo, un terror. Mi padre hacía, en ese entonces, algunas transformaciones al castillo. Había un jefe carpintero con quien me hago amigo. Este jefe carpintero me cuenta, un día, un cuento muy largo y fantástico en el que hay una palomita que ayudaba al bueno y hay, además, una doncella hermosa y un viejo muy malvado. Al final el héroe se ve, si quiere conseguir su felicidad, con el problema de dividir en dos partes iguales, un montón de un millón y una moneda de oro. Este problema ninguno de los anteriores a él había podido resolverlo. Pero él, nuestro héroe —¡tan inteligente!— lo resuelve: hace dos montones de quinientas mil monedas y la que sobra la parte en dos. Así

triunfa. ¿Sería esto una novela? ¡Ah, novela, palabra prohibida, palabra maléfica! Yo había oído embobado el cuento. Ahora no sabía si podría o no repetirlo. ¡Si fuera una novela! Tal vez a un amigo... No; podría delatarme. Sufrimientos y sufrimientos al tener dentro algo que me elevaría al rango de todos y que barreras "sociales" me tenían detenido. Pienso mucho. Al fin se lo cuento a un primo mío, mayor que yo, a Quintín. Estoy lleno de entusiasmo al ir a abismarlo y al pensar que otro más lo iría a admirar. Además pensaba que, sabiéndolo Quintín, la cosa correría, se sabría luego que ella venía de mí y así llegarían a tratarme con mayor consideración. Se lo cuento. Le pregunto anhelante al llegar a mi héroe: "¿Qué crees tú que hizo?". Quintín, indiferente, me da la respuesta: "Partió en dos la moneda que sobraba...". Al principio, exaltado, exclamo: "¡Sí!". Y seguí el cuento. Pero poco a poco un desaliento empezó a invadirme, me sentí defraudado, comprendí que mi ideal no había tenido base alguna. Todo lo que me alimentaba, ¿había que dejarlo? Le puse a varios el problema. Ya no me preocupaba si era aquello una novela. Todos lo solucionaban. ¡Qué tristeza! Abandoné la palomita, la doncella hermosa, el vejete malvado y a él, tan inteligente, lo abandoné también.

Un chico del kindergarten me pone una adivinanza: "¿Cuántos dedos tienes tú?". Respondo: "Veinte". El chico me explica, riendo, que son veintiuno. Cuenta al miembro como dedo. Por algo de diablura yo también quiero poner esta adivinanza. Se la pongo a mamá. En vez del miembro digo la nariz. Se produce un silencio, una expectativa. Hasta que alguien ríe y todos ríen, salvo mamá. Me callo. ¡Comprendo! ¡Qué vergüenza! ¡Cuánto tiempo pasé arrepentido de mi ligereza! Pues había hecho comprender a los demás que yo pensaba ya en otras cosas y, seguramente, me irían a vigilar. ¡Qué vergüenza! Sentí que era necesaria una cierta sabiduría, un cierto tacto para entrar al mundo de los demás. A este mundo no lo había hecho salir de mí mismo, no lo había considerado como algo externo, ajeno, algo adonde había que ir sino como algo que era un todo con mi yo. Fue esto como un nuevo parto que se me hacía o como una ruptura del cordón umbilical.

¡Y qué bonita era mamá! Yo la contemplaba, sobre todo a la hora de comida, largo rato, largo rato. A menudo se hablaba en casa de mujeres hermosas. Se citaba a ésta, a aquélla, a la de más allá. Se nombraba a las presentes. A mamá no se la nombraba nunca. A veces ella alegaba, sonriendo, que era mejor ser "feucona". Se hacían alusiones, entonces, a su simpatía. Se aplaudía. ¿Qué significaba todo esto? ¿Acaso mamá no era bonita, no era una belleza? La volvía a mirar: ¡qué linda era mamá! Yaquí mis recuerdos caen en una oscuridad negra. No recuerdo más. El cierto caso es que a mamá la encontré como todo el mundo la encontraba: simpática, buena, "feucona", si se quiere, y de una bondad infinita en todo su rostro. Después, pensando sobre este asunto, he venido a colegir que, en un principio, es muy difícil hacer la diferencia entre lo que queremos y nos sirve y lo que es hermoso, ajeno a nuestras necesidades, hermoso en sí y solo.

"¡Socorro, socorro!" —grité. Fue por la tarde, ya oscuro, estando yo en el patio de la casa y mi padre trabajando en su escritorio. Lo grité porque acababa de *comprender bien* esa palabra de "socorro". Con todas las palabras pasa lo mismo: primero hay una comprensión vaga, que no se precisa, que no se aísla en la mente de las demás palabras, que uno comprende apenas lo suficiente para saber de qué se trata. Luego viene una segunda comprensión en la que la palabra se aísla, da su significado justo y propio y uno se la incorpora bien, a fondo. Hay necesidad entonces de decirla, de gritarla, de hacerla valer. Las grité, las hice valer. Mi padre, al oírme, salió precipitadamente del escritorio. Me encontró jugando en el patio. Me reprendió severamente. Un angustioso problema me asaltó: ¿Desde qué mo-

mento algo, que para mí era igual a cualquier otro acto inocuo de la vida, pasaba a ser prohibido? Una sospecha me inundó: había un límite entre las cosas, entre lo que podía hacerse y lo que no podía hacerse. Claro está, un límite. Pero, ¿dónde fijarlo? Algo se me escapaba. Yo no sabía manejar bien esto de la vida pues había, en el suceder, incomprensibles contradicciones. Gritar: “¡Socorro!” era malo; cuando simulábamos robos y salteos, nadie se asustaba ni criticaba. Vínome cierta timidez. ¿Qué duda podía haber? Me encontraba en un sitio cuyos resortes verdaderos se ignoran.

En realidad era difícil aprender bien esto de las convenciones para poder vivir. Las baratas. Recuerdo cuando aumentaron tanto que la casa, prácticamente, se inundó de ellas. Vino aquí mi primera farsa, mi primera simulación en la vida. Fue cuando toqué una en un cajón y fingí pánico y repugnancia. Así me colocaba al unísono con los demás, así me daba importancia. El golpe dio en el blanco. Fue comentado y yo subí en prestigio. Ese día se abrió el cauce de la simulación, de las transacciones para poder seguir junto a todos. Ese día abandoné el reino aislado, de dulzura y verdad, en que el niño vive hasta cierto momento.

¡Qué de falsos pasos cometí, en verdad, en mis primeros años! Los cometí por atolondramiento, por despreocupación, por esa indiferencia blanda que me hacía darme cuenta después, mucho después, de lo que debería haber hecho. Quedaba siempre, por lo tanto, como un infeliz. Esto me hacía sufrir y me deprimía. Cuando tía Ramona llegó a casa, trágica, por la muerte de mi primo Quintín... La ví abrazarse a mi madre y luego salir ambas precipitadamente. No comprendí a pesar de estar Quintín enfermo de gravedad desde hacía varios días. Me habían dicho que seguía mejor. Encontré rara, sin embargo, la actitud de tía Ramona y rara también la salida con mi madre. Aquí estuvo lo malo: no pensar más en ella. Cuando, al fin, supe la muerte de Quintín, sentí algo como: “¡Clarol! Si lo sabía yo...”. ¡Ah, sí! Lo sabía pero no me había dado cuenta de ello. ¿Seré tonto? Por primera vez esta flecha me atravesó. ¡Qué dolor! Se acentuó cuando oí a mis primos y amigos confirmar que yo no me había enterado de la fatal noticia a pesar de haber presenciado la escena de tía Ramona. ¡Cómo me arrepentí! Prometí cambiar, fijarme más para evitar una próxima humillación. Pero pocos días después me traicionaba nuevamente. Tía Ramona me cuenta la estafa de don Aniceto Pichilemu. Yo, entonces, le alargo una perchita que acabo de hacer en clase de carpintería, en el kindergarten. Papá me reprende por mi falta de educación. Luego viene aquel fatal almuerzo en que mi hermana Ida se pelea conmigo, no recuerdo por qué, y, de pronto, me lanza: “Peor es tener un hermano tonto...”. Me callo. Alcanzo a ver el gesto de mamá que hace callar a Ida mas no la rectifica. Caigo en la más negra de las tristezas. No se me ocurrió nunca pensar que, por el hecho mismo de que aquello me preocupara y por el hecho de prometerme cambiar, no sería, tal vez, tan tonto como ellos creían.

En el comedor de casa, a la hora del almuerzo. Hay mucha gente. Entre ésta está mi tío Severiano Octay, hermano de mi madre. Es un almuerzo alegre, rien todos a mandíbulas batientes. Hay discusiones. Entonces, riendo siempre, el tío Severiano y papá se levantan de la mesa y simulan empezar a pelear. Gran algazara en el comedor. Yo lo tomé en serio, tal vez no creyendo en las bofetadas ni puñetazos –pues entonces habría llorado– pero sí con esa meditación reconcentrada por querer saber mucho de la vida. Aquí había un motivo para estudiar, había un gesto simbólico de cosas terribles que son, que aparecerán siempre. Pensé, medité. Pero a esa edad no se ve a lo simbolizado sino al símbolo mismo. “¿Quién habría ganado? ¿Cuál guardia era mejor?”. ¡Oh, las guardias! Papá hacía girar ambas manos; el tío Severiano las movía rápidamente de atrás adelante, de adelante

atrás. ¿Cuál sería mejor? Pregunto, averiguo. Hasta que ya, hastiados u olvidados todos de esa escena, me cortan con un: “¡No seas tonto, chiquillo!”. Esto se ha repetido muchas veces en mi vida: mil cosas en que uno marcha bien serio y sigue avanzándolas cuando ya nadie piensa en ellas y todo termina con un “no seas tonto”.

El matrimonio del doctor Linderos, del pobre doctor Linderos.

Es en Curimón, según creo. Hay una gran comida de gala. Veo a papá vestido elegantemente pero con grandes espuelas. El doctor está en mangas de camisa. Entra en el comedor solo, en medio de aplausos; algo dice y sale para volver, acto continuo, del brazo de su mujer. Viste ésta de blanco, con un lindo traje de novia. Se le vitorea. Nos sentamos a la mesa menos el doctor y su novia que dan una vuelta alrededor nuestro, ella moviendo la cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha; él a pequeñitos pasos cortados y con las piernas en arco. Entonces todos movemos los pies, los restregamos por el parqué y así, moviéndolos, comemos. Sé, ahora, que la cosa no fue así. Lo sé, nada más. En el fondo, quién sabe... Desde esa vez cada recuerdo toma un gesto rítmico, cada recuerdo de ese pasado lejano, un gesto caricatural y obsesionante. Así en el recuerdo de este matrimonio hubo, durante largo tiempo, una evocación automática y repentina con algo negro, mejor dicho, de un negro, ¡sí!, de un negrito. Luego me acordé que había habido un negrito que bailaba solo, sobre la mesa. Lo creí largo tiempo, hasta vi al negrito. Pero, poco a poco, empecé a encontrarlo bastante raro y me atreví a preguntar si había sido cierto. Se rieron. Tiempo después se habló de la torta de novios que tenía dentro un negrito de porcelana. Vine a caer.

Ahora estoy en cama. Duermo con mi padre. Es de mañana. Papá se viste. Le pregunto el tamaño del tío Severiano con relación a la cantera del cerro San Cristóbal. Es un esfuerzo—creo que el primero— para poner en medida el mundo entero y así poder ponerme de acuerdo con él. La contestación me trae una ligera desilusión: el tío Severiano, como cualquiera de nosotros, es pequeñito al lado de aquella cantera, apenas si se vería. Podría haber hecho una gran fantasía sobre la inmensidad de la cantera. No la hice. Yo quería a mis parientes una enormidad. Pensé en otra cosa. ¿Acaso ya en esa edad se presiente que lo fantástico es dar vuelta a la realidad? Yo no sabía qué era dar vueltas la realidad, no imaginaba que ello consistía en poner a un humano mayor que una cantera, sobre todo la del San Cristóbal. Pero mis parientes tenían que ser grandes como las canteras, los cerros, la cordillera misma.

Vamos ahora a los dominios de la astronomía. La Luna gira alrededor de la Tierra; la Tierra, con otros planetas más, gira alrededor del Sol; el Sol, contrariamente a lo que antes se creía, no se mueve, está inmóvil. ¡Ah, no, señor; no, señor! El Sol, con toda su corte de planetas, camina también y a velocidad inaudita. ¿Hacia dónde? Va hacia las Columnas de Hércules. Esto lo decía papá y lo confirmaba mister Edinburgh. ¿Cuándo llegaremos? Falta mucho todavía pero un día llegaremos. No vale la pena pensarlo más. No se pensó más. Hasta un día, durante la comida y estando mister Edinburgh comiendo con nosotros, entre los chicos se habló de esta marcha y de las Columnas de Hércules. Entonces mi hermana Ida preguntó: “¿Cómo nos van a avisar cuando lleguemos?”. Yo tenía la misma pregunta en los labios. Los grandes rieron. Luego mister Edinburgh nos explicó la cosa: no se iba a llegar, no; las columnas era estrellas que, a su vez, caminaban y se iban; era una suposición de movimiento; etc. y etc. Al final de su explicación, Ida levantó los hombros y dijo: “¡Bah! Yo creía que, cuando llegáramos, nos íbamos todos a bajar con una maletita en la mano”. Nuevas risas de los grandes. Yo aplaudí. Era, justamente, lo que yo pensaba,

lo que creía, lo que estaba seguro de que algún día ocurriría. Nos miramos Ida y yo. Desde ese momento nos comprendimos y nos quisimos mucho más. Hasta el día en que no se habló más ni de Luna ni Tierra ni Sol ni Columnas de Hércules.

Estábamos en La Cantera. Era en verano. En nuestra casa de Santiago se hacían arreglos y se la llenaba de decorados. Papá era el único que iba a la ciudad a visitarla y a vigilar esos trabajos. Por la tarde, cuando volvía al fundo, nos ponía al corriente de los avances hechos, asegurándonos que pronto no habría, en Santiago entero, casa igual a la nuestra. Nos hablaba de guirnaldas de estuco uniendo las ventanas; de los leones de grandes colmillos que, mordiéndolas, suspenden medallones que figuran toda clase de frutas; de jarrones de yeso que se elevarán sobre la más alta de las cornisas, sobre el cielo; las tejas, que sobrepasaban los muros y salían sobre la vereda, desaparecidas, ocultas por molduras; y qué sé yo. ¡Ah, cómo nosotros los niños imaginábamos todo aquello! Era algo fantasmagórico, más allá de cuanto se puede soñar. Concluyeron un día las vacaciones y volvimos a Santiago a ver aquello. Lo vi. No lo encontré tan maravilloso. Después de todo, las proporciones de la casa no habían cambiado. Pero inmediatamente —prodigios de la niñez— adapté mi imaginación a la realidad y, uniéndolas ambas, pude admirar la casa como si hubiese sido tal cual la soñé. Pues, por encima de todo, primaba la orden de papá: no habría, en la ciudad entera, otra igual; y, quién sabe hasta dónde, primaba la necesidad mía de conservar el sueño hecho en La Cantera. Le muestro a todo el mundo, las guirnaldas, los leones, las frutas y demás. Todo el mundo está de acuerdo sobre la inigual belleza de aquello. Un día viene una vieja, amiga de casa, que no se da cuenta de la transformación. Se la hago ver. Apenas la mira y me dice: “Me gustaba más antes”. Quedo perplejo. ¿Cómo me gustaba más a mí? ¡Duda, terrible duda! Mejor es que toda esta casa pase a segundo plano.

¡Oh, el tío Severiano! ¡Qué hombre grande y serio! Que haya simulado un combate de boxeo con papá, no tiene importancia. Yo lo llamaba “el tío Seva”. Iba a menudo a casa. Yo lo iba a ver a la suya, en la calle Lira. Me gustaba contemplarlo larga y silenciosamente mientras él, sentado frente a su caballete, dibujaba. Porque el tío Seva dibujaba y, a veces, pintaba. Así, sin hablar, pasábamos largas horas. De cuando en cuando me dirigía la palabra, una broma, un pequeño servicio. Yo había oído decir que el tío Seva no era feliz. ¿Cómo era ello posible? En su rostro se veían claramente las expectativas de una vida mejor, vida en la paz, en el silencio, turbado apenas por el son de una campana. Yera él el hombre más inteligente de todo Chile. Sólo con oír su nombre me estremecía: don Severiano Octay. Había escrito algunos libros sobre materias que yo no podía comprender todavía. Pero los tenía yo de lado, muy bien cuidados, para más tarde. Había viajado, conocía Europa. Ya un día hablaríamos de todos esos viajes. Por el momento, paz. ¡Qué de cosas pasarían en esa cabeza! No se le debe turbar. Dejemos que siga sus dibujos. De cuando en cuando una palabra. Nada más.

En casa era diferente, no había esa paz sagrada. El ideal era vivir como el tío Seva. En casa eran —fuera de la Boya y del gran castillo— los cuchicheos en los rincones oscuros. Eran las sonrisas cínicas, las conversaciones en voz baja, los misterios a medio develarse. Es que a casa iban tantos y tantos primos y amigos. Yo tomaba parte en dichos cuchicheos. Lo contrario habría sido mal visto. Pero quedaba siempre, después de ellos, con un sentimiento acre, amargo. Luego me tomaba una curiosidad malsana. Se insinuaba apenas. Luego se resolvía en la idea de: mejor habría sido no haber oído nada. Minutos después volvían los cuchicheos y yo tomaba parte en ellos para volver a la idea amarga y acre.

El crimen de Las Cruces. En una playa cercana a Santiago adonde íbamos a veranear... ¡se había cometido un crimen! Aun hoy día, a pesar de haber vuelto tantas veces a Las Cruces, no puedo separar de este nombre una visión. Porque todo cuanto he oído de niño hacía nacer una visión alrededor de un nombre de sitio o de persona o de animal o de planta. Esta visión se pegaba a este nombre, se entretrejan y era inútil poder separarlos. Otras veces un nombre solo, sin historia, bastaba para formar una imagen. Así, recuerdo el nombre de Placilla. Me evocaba sol, cardos, lomas y arenas; todo amarillento, amarillo. Placilla y un tono amarillo es lo mismo para mí. Sobre este amarillo hay un general a caballo que sonríe. Pero volvamos al crimen de Las Cruces: un hombre había entrado en un rancho, había habido discusiones, luego el hombre mató al patrón del rancho y huyó. La policía, advertida, salió tras él. Se decía que lo había capturado no lejos del rancho. Para mí este relato tiene una característica: terror misterioso. Este terror se corrió lentamente hasta llegar a Placilla. Entonces la imagen se grabó: el criminal ahí estaba, pies descalzos y con manta, entre dos guardias; al frente, el general a caballo con esta diferencia: el caballo se ha erguido sobre sus patas y alza y mueve ambas manos; el general sonríe siempre. El total es amarillo. Yo sabía que la cosa no sucedía así. Inevitablemente, después de hacer algunos rodeos, caía a ese cuadro. Lejos estaba el rancho con el muerto sobre una cama. Aquí es de noche como ante el general es de día. Es de noche y todo es azul salvo una luz de una vela que es amarilla. A los pies de la cama hay una vieja que llora. Esto no sucede, no acontece, no tiene devenir. Es una escena eterna, plasmada en el tiempo: el preso con sus guardias, frente al general; el muerto tendido junto a la vieja. De día, lo primero; de noche, lo segundo. Era cuestión de traer un caballete y copiarlo. Nada se movería. Porque cuando se es niño el devenir existe en otra región; las cosas son. Así los hombres pueden vivir en su ajeteo, agarrándose en las cosas que pasan; así el artista puede detenerse y crear.

Pero, en fin, todo esto es vago. El recuerdo que más claramente tengo grabado en mi mente, es el de aquel toro enfurecido que se escapó, correteó y casi cogió al pobre doctor Linderos. El doctor trepó veloz por un árbol. Mi madre, doña Emiliana Octay, me ha asegurado que esto sucedió justamente dos años antes de mi nacimiento, es decir, en el año 1897.

¿Cuánto habrá de cierto en estos recuerdos? Todo en ello es cierto, es la verdad absoluta. Es imposible definir cómo las cosas pasaron exactamente, como fueron en su esencia. ¿Qué más verdadero que la impresión que ellas en nosotros han hecho? Un suceso mínimo puede, de pronto, despertar resonancias incalculables en un hombre, al mismo tiempo que dejar en la más completa indiferencia a su vecino. Entonces la historia contada por este último se salta a ese suceso; contada por el primero, ese suceso adquiere proporciones fantásticas. ¿Cuál es la verdad? Está en este juego de sensibilidades: Todo lo que me ocurrió fue así.

Recuerdo ahora varias visiones simultáneas tenidas por mí sobre mi vida, tanto pasada como futura. Para el pasado podría anotar las visiones que tuve de Chile durante mi primer viaje a Europa; para el futuro, la visión de una Bóveda, no la actual, sino la soñada por mí, en otro sitio, alumbrada su mesa de trabajo con una lámpara de pantalla verde.

Sé que estas visiones las he anotado largamente, junto con otras tanto del futuro como del pasado. En ninguno de estos apuntes logré ver con claridad lo que realmente ocurría en estos procesos. Estos procesos eran los mismos para todas las visiones.

Para el pasado es recordar una época determinada y reconocerla, íntimamente, como

llena de una infinita felicidad y de no menos infinitas posibilidades. Luego comprobar, con el recuerdo honrado, que *durante* esa época no había yo reconocido ni la felicidad ni las posibilidades. Además, al volver a vivir otra época semejante a la recordada, no hallar, por ninguna parte, ni posibilidades ni felicidad.

Para el futuro es imaginar una época que se acerca, imaginarla sin fantasías, sujeto a la estricta realidad que ella promete y, al hacerlo, sentir, sin lugar a dudas, que traerá consigo esas mismas posibilidades infinitas y una infinita felicidad. Luego llegar a la época imaginada, verificar que, en el hecho, es como uno la había pensado, que en la ensoñación no se habían filtrado quimeras de ninguna especie; sin embargo ver cómo se esfuman todas las buenas cosas que, al evocarlas, se habían presentado.

Ahora veo mejor: al recordar el pasado o al evocar el futuro –bien podría decir: “al evocar el pasado y recordar el futuro”–, es decir, al tomar distancia, al mirar una época como se mira de pleno una obra de arte, se facilita la visión que llamaría *en permanencia*, contrariamente a la visión cotidiana que vendría a ser como la consideración de la obra de arte pulgada por pulgada.

Pues bien, al ir de este último modo, al ir impregnando del lento pasar del tiempo, nacen los tormentos y desaparecen felicidad y posibilidades.

¿La causa? Es lo ilusorio de esta visión, es su menor veracidad. Al tomar distancia cesa, casi completamente, el lento pasar del tiempo. El tiempo se funde en el sitio recordado o evocado.

Si nada supiera de mi pasado ni nada quisiera para el porvenir, haría, en cada momento, el gesto exacto que corresponde a ese momento. No se vive en el presente más que llevando cuanto hubo y cuanto se espera que ha de haber. Es esto un freno permanente a lo instintivo. Desde el momento en que recordamos el pasado y ambicionamos para el porvenir, se corrige lo instintivo. Entonces tiene que empezar a trabajar el cerebro. Lento y pesado trabajo.

Pero sé de mi pasado y ambiciono para mi porvenir. Llevo, del pasado, como una carga, el recuerdo de Lumba Corintia.

Recuerdo cuán duro fui con ella. Sólo mi voluntad regía. La de ella apenas si se insinuaba un poco. Luego era dominada por la mía.

Me pedía, empezaba a pedirme. Expresamente yo no cedía. Me decía que ceder era gesto de debilidad. Mil veces sabía yo, con una sensación íntima, que al ceder había una actitud de justicia y de superioridad moral. Pero me decía que era *indispensable* mantenerme en la negativa. Pues si cedo, ella no me entenderá, lo tomará por debilidad mía..., abusará de mí; no; abusarán de mí. ¿Quiénes? Ellos, todos. Hay que ser fuerte. Lumba Corintia ya no figura en mis conceptos. Hay que decir *no*. Que no abusen de mí. Luego: en último fondo, temor a que abusen, por ende, a que me aplasten. Es decir: debilidad.

Aquí terminan mis notas de viaje. Naturalmente hice más. He roto muchas, sobre todo las que se referían a las viejas piedras. Me pareció tonto y de más escribir sobre ellas. Como sea, la última nota, hecha el día mismo en que me embarqué en el Baarn, es la que acabo de copiar. Termina con la palabra: “debilidad”.

A bordo no escribí.

Ahora estoy en La Cantera, en mi Bóveda. El guaco está siempre allí. Lumba Corintia no está.

Lumba Corintia está en Nueva York.

Hasta aquí todas las notas que he copiado son las hechas durante el viaje, salvo la primera de todas que fue escrita aquí en la Bóveda.

Quisiera ahora recapitular, ver de un golpe —como si muchos años hubiesen pasado— mi viaje entero, verlo sin tiempo, en un bloque uniforme.

Entonces, escribirlo.

Veamos si ello es posible.

Reconcentrémonos.

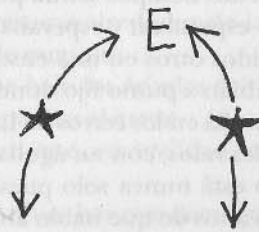
Los dos últimos meses en París. Dos meses enteros.

Los pasé de juerga, bebiendo. Draguignan, que estaba de vacaciones, no esperaba nada mejor. Rosendo, para qué decir. Se acabaron las viejas piedras y los recuerdos históricos. Farra y bebida y música..., tal fue mi vida.

Cierto día, estando en medio de tal vida, llegó, por la mañana, una carta de Chile. Era una carta de mi cuñado, Arcadio Carrizal, y de mi hermana Ida. Ambos firmaban. Yo, medio borracho, la abrí, la leí y la entendí a medias. Me volví a dormir sabiendo que había cosas importantes. Me dormí profundamente.

En el día la volví a leer. Se trataba de la conveniencia de que yo fuera por unos cuantos meses a Chile. Acepté, por cierto. En mis adentros tenía el regreso fijado y no por algunos meses sino por largo tiempo. Por la noche, como siempre en aquella época, me puse a beber whisky. Mas no exactamente como siempre. Esta vez fue para ver mi aceptación al viaje a través del alcohol. Después de la tercera copa, vi la cosa clara, la comprendí: "Chile, mis viajes... es como un pecado que hubiera que expurgar...". Así lo expresé. Esta explicación me satisfizo plenamente. Pero cayó en la oscuridad envuelta en whisky. Sin embargo desde allá, desde lo oscuro, me siguió trabajando. Me decía que había muchas cosas buenas en que pensar, que brotarían con el regreso. Me recogí casi ebrio. Ya en cama, sin luz, volví a ver más claro pero no recuerdo cómo. Sólo que, para que esta claridad no se escapara al día siguiente, la anoté en un papel con un lápiz que encontré a tientas.

Al día siguiente la anotación la había olvidado, de más decirlo. Pero partiendo de la carta, la volví a encontrar al final y miré hacia el papel. Eran dos pequeñas estrellas. Entre ellas y más alto, una letra E. De cada estrella partía una flecha hacia la letra E y otra hacia abajo:



A medida que los vapores del alcohol se disipaban, la anotación me llevaba a la manera cómo había visto y resuelto la noche antes el problema de mi viaje. La estrella de la izquierda representaba mi pasado en Chile; la estrella de la derecha, mi presente vida en París. Tanto la una como la otra significaban, a mi modo de ver, extremos donde no podía mantenerse una existencia. De ahí las dos flechas que caían de ellas. Pero de ellas se elevaban otras dos hacia la E. La E era el equilibrio, era el punto y el momento en que la experiencia obtenida en esos extremos transitorios, iría a dar sus frutos. Era mi próximo

viaje a Chile. Tal era el significado de este dibujo en el papel. Tal era, seguramente, lo que el día antes me hablaba oscurecido por el whisky.

La estrella de la izquierda, la de Chile, había titilado en la soledad, en una infinidad de días pasados tras del silencio, aguzando el oído para sorprender su voz.

Hacía mucho tiempo que estos días no venían a mi memoria. Evocar su recuerdo en el bullicio de París, levantaba, irremediablemente, en mí un remordimiento inconfesado. Pero ahora podía evocarlos pues aparecía para pronto el momento del equilibrio, de revalidar esos años de soledad, hoy dejados de lado, y empezar a aquilatar el peso de las nubes que los envolvían a su paso.

Sentado en mi cama, el sabor del whisky en la boca, apoyé con el índice la estrella izquierda llamando las casas del fundo bajo los árboles, las calles terrosas al sol, y aquel ambiente reducido que despista todo anhelo del alma lanzado por derroteros que casi llevan adonde la tierra termina.

Este es un punto importante. Es el peligro que asecha allá donde todo es aún indefinido, donde todo tiene la semi oscuridad de la vida confusa antes del parto. Uno siente la plenitud de su vida y de la acción verdadera al afinarse de lleno con su ambiente, al obedecer como instrumento de precisión a la conciencia del sitio donde se vive y de donde se es. En todo ese indefinido uno se define y marcha. Al llegar al abismo que pone fin a la tierra, se inclina sobre su borde y mira. El trabajo duro con materia dura aparece limitado y momentáneo. Un alma sensible pide más. Se parte sediento hacia todas partes a la vez, con la esperanza secreta de encontrar una comunión con el cielo o el infierno, es igual, sea con la ensoñación o lo fantástico, sea en lo absurdo, poco importa. Se vive en la espera permanente de alguna revelación inaudita. Al trabajo duro no se le precisa con nitidez el objetivo que ha de tener. Por más que uno le levante el apoyo de sus propias convicciones, rueda luego por lo posible de su inutilidad. Y hacia atrás todo es vacío. Al decidirse asalta el temor de estar manipulando el error de una generación espontánea, contrariamente a la seguridad de poder decirse que un largo y laborioso embarazo del pasado viene a resolverse en uno como en una hembra que deba parirlo. Los que tienen un anhelo de vida en el espíritu, revolotean a merced de una brisa o del huracán —del viento, pongamos— y se fijan luego en un punto, siempre en lo imponderable. Allí se espera la cosa inaudita. Este fenómeno es muy común. En aquellos tiempos sentía por todos lados muchos seres, más o menos inconfesos, que como yo esperaban y esperaban, apoyados algunos en el enunciado de una idea nueva, suspendidos otros en una ensoñación religiosa, sostenidos muchos en el ideal del arte. Mas no sabían a punto fijo dónde esperaban que ella apareciera. A mí se me antojó siempre que sería allá en los cerros de La Cantera, en un día de sol, yendo yo a caballo por entre los matorrales malos, con un águila encima planeando.

Se ha dicho que un poeta no está nunca solo pues puebla su vacío con fantasmas. Poblar es fácil. Prueba de ello esos años de que hablo ahora. Lo que es difícil, agotador a veces, es alimentar y velar por esas creaciones que cualquier distracción de su progenitor puede acarrearles la muerte.

Poblar... Una juventud ardiente que una voz, un llamado impreciso haya detenido, haya obligado a volver la mirada, puebla, quizá despierta fantasmas que dormitaban sólo a causa de la indiferencia de los que pasan mirando siempre de frente. Es fácil sobre todo en esos campos de Chile, dilatados, que todo lo disuelven, lo transmutan: al perro siempre presente en ellos que aúlla enfermo hacia la luna; a la interrogación inútil de la cordillera quieta; a los álamos...; con mayor razón a uno con sus ensoñaciones.

Pero no se engendra en vano. El pacto nace. Ellos prometen lo inaudito; uno, mantenerlos en su vida efímera, cada día, cada hora, buscándoles alimento en las encrucijadas de las casas, en una rumba de tejas, en la vida sórdida de las bestezuelas inmundas. Uno busca y da. El águila aquella es entonces la esperanza.

Hay momentos de intensa voluptuosidad en esta vida de contemplación inquieta. La certeza de que nuestra existencia puede bastarse a sí sola, ajena a todo lo externo, a todo comercio con los hombres, causa un goce no comparable con los deparados por el mundo. Goces del silencio que también agotan pero a su modo también. No es el cansancio que para reponerse pide un rato de charla, un cigarrillo y un buen trago. Es el cansancio en el lecho, pidiendo que las ventanas estén cerradas, que un grillo cante, sí, mas que no venga amigo alguno.

Estos cansancios ocupan un sitio intensamente vital, no porque en ellos algo se elabore sino porque quedan grabados en la memoria —vacíos, por cierto— con tanta agudeza como los momentos de mayor actividad. Su naturaleza difiere a la del cansancio en la marcha. En ésta lo que reconforta es apreciar cuanto se ha avanzado, apreciación desde luego inexistente cuando en vez de avanzar se ha partido en falso y se ha vuelto siempre al llamado aquel que hace volver la mirada y que dice que tal vez por este otro lado la revelación vendrá mejor. Es como el cansancio de la borrachera al día siguiente, que en la literatura del alcohólico ocupa un lugar tan predominante en decaimiento como la borrachera lo ocupa en exaltación. Es el reverso necesario —e implacable— de los momentos supremos, demasiado supremos.

Ahora veo cómo se repetían, a espacios regulares, ciertos crepúsculos, idénticos entre ellos, totalmente diferentes a todos los demás. Crepúsculos en el aire verde de mi pieza de campo. Iguales. Echado en la cama, mi atención caía sobre la puerta de la habitación vecina, sobre sus cristales. Era la única actividad que me quedaba. Silencio. Cristales incoloros, glaucos, vacíos, como vejigas de buey. Irremediamente alguien venía tras ellos. Un golpe breve, un graznido seco, seco. Los cristales se llenaban. Sobre el vacío colocábase una placa anaranjada. Pasos. Removían cajones que chirreaban; a veces, un tarareo inconcluso. De nuevo el graznido seco. Se diría hecho por una uña en la pared. Volvía la placa a vaciarse en glauco. Silencio ahora.

Rato, mucho rato después, sobre los mismos cristales, tres golpes. La comida. En esas comidas, esos días, las demás personas alrededor de la mesa, tenían un dejo de ironía y sus palabras caían sobre mí desde muy alto.

Luego la noche, paseándome bajo los árboles del huerto. Después del cansancio, las reflexiones amargas nacidas del pánico al error.

Nos entusiasmos por cosas que, en realidad, no nos entusiasman; nos agitamos; amamos; odiamos.

Al final, un desgaste horrible. Pues hay que dar algo de sí mismo a esas cosas, al objeto, para que corresponda, coincida y así equilibre.

No hay correspondencia, no hay coincidencia.

Hay que hacerlo a cuenta de uno.

Hay que dar al objeto para que sea igual a uno y entienda, entonces, nuestro lenguaje.

El hombre que tiene mujeres lleva en el rostro algo de satisfecho. El masturbador es pálido y su cabeza demasiado pesada se inclina.

Da al objeto algo de sí para que corresponda y entienda su lenguaje. Da a un fantasma, a una leve sombra, tanto como para que sea real y goce y le dé goce.

Veo que paso la vida cubriendo los objetos con mi propia sustancia.

Me canso al fin. Tal vez los objetos también.

¡Coincidir! Lo que en uno golpea de fuera y el golpe de uno en lo de fuera.

La vida, su solución, es coincidir.

Esta idea me agobia. Doy vueltas alrededor de ella desde hace uno, dos, tres días. ¡Qué sé yo!

Hasta...

Después, hojeando papeles viejos, leeré este coincidir olvidado.

Diré: ¡Cuánto vivía en aquellos tiempos!

Muy probable. Tenía siempre el índice apoyado sobre la estrella izquierda.

De pronto la vida vino a seguir como siempre, acelerada. Las calles, los bares..., los últimos bares –me decía. Dentro de la copa de whisky, esa estrella, desde mi cuarto, seguía vaciando su luz. Yo la aquilataba llevando la copa frente a mis ojos contra una luz del bar.

Esos cansancios, aunque implacables, eran sólo instantes en la enorme vida del silencio.

¡A ella!

Ahora que escribo en la Bóveda se me ha antojado saber por qué caminos me fui internando para llegar una vez a la que llamo “vida del silencio”. Pero renuncié de antemano. Estos avances son tan secretos que es tarea imposible –al menos para mí– desmontarlos.

“...Fueron ganando terreno en mi corazón por senderos tan firmes y secretamente progresivos, que no los he notado jamás”.

Así habla Poe del comienzo de su amor. Así es en todo. Mas en esos senderos oscuros hay algunos puntos de luz, no tanto para la marcha misma como para confirmar su existencia desde tiempo, tiempo atrás, desde siempre.

Se duerme en viajes largos mientras corre el tren. Cuando se detiene en las estaciones perdidas en los campos, uno despierta y verifica la marcha, para dormirse luego de nuevo. Desperté una vez –la última, creo, antes de llegar– en el convento de San Agustín, de Lima. Luego el viaje me adormeció con sus ruidos y su trepidar. Al despertar en aquel alto, sentí claro, preciso, que llegaría, que corría el tren llevándome.

Lima, ciudad con sol y color local. Días largos. Poco a poco el alcohol, bebido en un bar cualquiera, fue envolviéndola de encanto, llenándola de significado y Lima pasó a ser para mí una ensoñación mía, en la que los demás hombres retrocedieron ante el trago.

Unas cuantas copas mataban por horas, aun por días, la necesidad de vivir pero no lograban hacer olvidar que esa necesidad volvería irremediablemente. Vendría el regreso, no vivir los días sino arrastrarlos a cuestras. Mientras esto me apareció como una fatalidad ineludible, hubo una especie de acomodo, un intento para tejer mi poesía dentro de los límites de la fatalidad. Pero cada dos o tres noches, acodado a la baranda de un bar, el alcohol me mostraba con claridad absoluta, fría, diría, que el error, la alucinación, estaba en arrastrar días tras uno; la verdad, en resolverse a ver claro, con los ojos bien abiertos y aguzados los oídos, pues entonces toda la Tierra –sea esta ciudad de Lima, o aquella de Santiago, o cualquiera en cualquier parte– era dulzura, más aún, voluptuosidad intensa en la contemplación.

Sí... Pero el mazazo caería: sol, polvo, días con nombres, gente que habla. Ingenuamente, bajo el efecto del alcohol, trataba de fijarme cómo era de verdad la existencia para luego después, sin él, poder volver a encontrarla echando a un lado la falsa. Que algo que

no fuese un excitante pudiese iluminarlo todo. Que algo diese la plenitud. Hasta que un día, camino del convento de San Agustín, un amigo me habló de Baltazar Gavilán. Vi su gran obra, la estatua de La Muerte.

Ya he hablado de Gavilán, de su obra y del amigo.

Al ver la obra, la estatua de La Muerte, algo se rasgó ante mis ojos. Me acuerdo que me dije: "¡Si era evidente!".

¡Plenitud! Era eso lo que tanto buscaba a tientas, eso, como el indio aquel ante su imagen de la muerte, ignorado, solo. Voluptuosamente ignorado, voluptuosamente solo.

Por la rajadura, los inmensos campos chilenos. Allá iría. Me dije que el alcohol me había indicado lo que había que buscar pero que ello no se retenía pues se iba como el humo. Ahora, en aquella estatua, anclaba.

Todos los contornos se apretaron y cerraron: Lima, los campos, el alcohol, Gavilán, y la vida en la emoción intensa sin que nadie la sepa, sin que nadie haga ruido para no quebrarla.

Momento de revelación... Pensé anotar fecha, hora, sitio. Mas pronto advertí que, de hacerlo, no haría más que colocar sobre ese momento una gran mentira. Aquello no era revelación, no. Era recuerdo, era llamado hacia lo que yo sabía, puesto que mi primera exclamación había sido: "¡Si era evidente!"

Recordé. Mi recuerdo me llevó hacia atrás, hasta la infancia, Dios sabrá hasta dónde, saltando sobre cumbres con luz, todas iguales, iguales voces cada vez más lejanas, más débiles, tal vez por la distancia. Despertaba hacia atrás así: "Tac, tac, tac..." apenas se oían las últimas. Siempre habían estado. Sólo mi apatía había dejado que se olvidaran, y, además, el estrépito del mundo, de la gente, sin duda.

Las muchachas pasan por las calles, saltan como gacelas. Cuando no pasan, llegan a mi casa y pasan también. Se han marchado. Por mi casa, corredores, habitaciones, por todas partes, han quedado, vagando aún, sus formas que miro y respiro... mucho después de haberse marchado esas muchachas.

Hace tiempo de esto. Por las noches no se conciliaba el sueño. Alrededor de mi cama, en la oscuridad, estaban sus formas cuidando a que no durmiera. ¡Qué martirio!

Pero de ahí que un día, mientras paseaba con su libro bajo los árboles del verano, un autor, Vargas Vila, me confió que en el hombre intelectual era mayor el placer de la expectativa y del recuerdo que el del momento mismo.

Pues todo estaba dentro de nosotros; era cuestión de saberlo hacer fructificar. Evidentemente. Ya lo sabía yo. La misma voz había hablado mucho antes. Expectativa, recuerdo... Imaginar en la quietud. Esa vez, todo lo que era sórdido en el secreto, titiló ante mis ojos, zumbó, prometió.

Y vi, ese día, que había perdido un hilo que venía de más atrás.

Una vez llegué, con Vitelio Doñihue, al taller de Rubén de Loa. Era un verano. El calor quedó fuera con el sol. También quedaron fuera mis deberes de estudiante y mis planes para la lucha por la vida.

Rubén de Loa, con un gesto teatral, miró a un rincón. Allí había clavado, con un chinche y sobre el muro amarillento, un pedazo de papel azul. Uno o dos minutos de silencio. Luego volviéndose hacia Vitelio le dijo:

-¿Qué tal? Hermoso, ¿no es cierto? ¡Ah, cuántos quisieran llegar a eso!

Vitelio asintió y, sin pronunciar palabra, apuntó su índice hacia el papel azul y luego hacia un trapo blanco debajo de él, movimiento que repitió varias veces. Los terminó por

uno circular de toda la mano que envolvía papel, trapo y muro. Entonces se resolvió a hablar. Dijo:

—Muy bien.

Si estos hombres, por el solo hecho de tener una comunicación con el mundo de las artes, ven bellezas llenas de significado en lo que yo jamás hubiese advertido, ni yo ni esas gentes que me rodean y se amontonan sobre mi vida, ¡qué de cosas insospechadas podría ver comunicándome también con las artes y, sobre todo, borrando toda vulgaridad!

Por lo que creía incipiente, ya agotado para mi saber —mi cuarto, sus muebles, la casa, la ciudad, el país entero— pasó, por todas partes pasó y quedó en espera una inmensa promesa. Esperaba magníficas revelaciones que los hombres paseaban sin saberlo pero que el ojo del que espía en la calma puede sorprender y gozar si su calma viene del arte, de la contemplación..., tal vez un poco del misterio de un taller grande, con luz sólo allá arriba, y silencioso.

Al salir y encontrar en el calor mis deberes de estudiante, sonreí. Pues ahora a todos los deberes, por engorrosos que fuesen, les forzaría a revelarme eso que los otros dos, Rubén de Loa y Vitelio Doñihue, habían visto, que ya podían ver y que se me ocultaba aún, esperando. Salí llevando el papel azul como un talismán. Ante su evocación retrocederán las asperezas de la vida. Fabricaré muchos, muchos talismanes, pasaré por todas partes sin que nadie me roce. Cosa necesaria. Porque la vida es áspera, demasiado áspera.

Aun en la infancia. Aun en la dulzura lejana de los patios de casa, junto a mi madre bordando. De un momento a otro pueden llegar mis amigos y, ante su bullicio, esta dulzura se irá a esconder allá en el cuarto oscuro del entretecho, adonde no me dejan ir pero que yo atisbo cuando los demás miran hacia otro lado. Mis amigos hablarán de cuán divertido es atar petardos en la cola de un gato, encenderlos y luego ver huir al bicho aterrorizado con las detonaciones que lo persiguen. Hablarán de las proezas y audacias del perro y del caballo, compañeros de aventuras atrevidas. ¡Qué alivio cuando se marchen! Abro la puerta de la habitación última donde he escondido al gato de casa. Pienso que algo baja del techo, algo para nosotros tres, nada más: mi madre, el gato y yo.

Construyo sueños admirables en una fantástica región cuya puerta está en el cuartocho aquel, de ahí para adelante. Cuando el gato trepa a saltos por la escala apoyada a un borde del agujero del techo y se pierde en la oscuridad, a él entonces le construyo los sueños admirables.

Siento un placer especial cuando penetra, cuando aún lo veo y ya no se ve más. ¡Ese momento! Ese momento desencadena mi imaginación. Entonces el gato en aquella oscuridad, que está llena de mil recovecos insondables, se apoltona, se acurruca, se entierra y se envuelve amansándose con los recovecos, con sus intersticios, su tierra de adobes viejos. De pronto una grieta, una rendija cualquiera que se rompe de un golpe. ¡La luz! Pero otra luz, la luz de la región fantástica. Yo estoy siempre al pie de la escala. Por la noche yo haré el viaje maravilloso, apoltonándome, acurrucándome, enterrándome bajo las sábanas. Con una mano despaciosa tocaré la madera del somier; más arriba, inmensamente más arriba el tejido de alambres; luego el colchón... Yo no más sabré lo que hay dentro de él y los mundos que viven, arden, pululan allí y que por las yemas de los dedos me penetran, mientras me entierro más y más entre las sábanas hasta los pies de la cama.

Todo está allí: ¡enterrarse! En enterrarse hay un placer total porque sí. Ni ahora ni nunca he sabido por qué, ni he logrado definir su naturaleza. Pero enterrarse, confundirse

enterrándose, no ser..., creo que es la suprema voluptuosidad, tal vez –supongo ahora– porque al pasar al estado de no ser se ha de tener verdadera conciencia de ser.

En este orden de sensaciones, recuerdo qué gran sitio ocuparon, en mi infancia, las ratas de casa y los conejos del fundo. Unidos a ellos está también una locomotora, una inmensa locomotora. Naturalmente en aquellos tiempos –y aun hasta hoy que escribo– me habría sorprendido en alto grado si me hubiesen dicho que ratas y conejos, por un lado; locomotora, por otro, no eran, no formaban más que una y única cosa. Pero vamos por partes.

Cada rata que veloz huía ante mi presencia y desaparecía bajo un mueble, corría, en realidad, para mí, hacia un mundo propio de ella, mundo misterioso y tentador. Pues ¡qué de maravillas insospechadas, para nosotros los habitantes de casa, no habría en los rincones sórdidos de la oscuridad de viejos maderos! Cuanto a los conejos de los cerros desiertos... Desaparecen, por un pequeño agujero, hacia las entrañas de la Tierra. Allí al fondo tiene que estar la esencia misma de una vida muy dulce, quieta, adormecedora, con olor a tierra húmeda, a yerbas fermentando lentamente. Todo el encanto ante el campo inmenso –aire, sol, galopemos a rienda suelta, trepemos por los árboles– no podía ser sino un reflejo, ¡qué!, una vislumbre apenas de lo que pasaba realmente allá en el fondo de los agujeros. Mi casa, mi padre, el fundo, los amigos, todo ello no era más que aspecto, una faz de algo total que seguía donde yo no podía saber, pero que presentía cuando saltaba la rata entre cachivaches llenándolos de significado; cuando el conejo se hundía en el cerro y el cerro, entonces, vivía vibrando un instante.

Pero todo esto ¿me atraía en aquellos tiempos, en que yo no era sino un niño, por las deducciones que hoy hago o por el amor al misterio? Seguramente, no. Era simplemente por el placer experimentado.

La naturaleza de este placer quisiera explicármela un tanto.

Vuelvo a escribir. He pasado tres días releendo lo escrito y sin poder dar un paso más hacia adelante. Encuentro que escribo hacia el vacío. Esto no es posible.

Te escribiré a ti, Lumba Corintia.

Lumba Corintia, ya ves cómo vivía yo en Chile. Así vivía cuando, a principios de este año, nos encontramos y nos quisimos. Un conejo, una rata, ocupaban en mi mente mayor sitio que el mundo que me rodeaba. Siguiéndolos con la vista creía que, al final, un día cualquiera, me darían cosas inauditas.

¿Creía yo, verdaderamente, en conejos y ratas? ¡No, Lumba Corintia, no! No creía que ellos fuesen a darme nada. Era una manera de vivir la que añoraba, era una fuente perdida. Ratas y conejos me la evocaban. Por eso los seguía. Era el único hilo que me unía a ella. Era lo que podía despertarla. Pero junto a esta vida se alzaba la otra, la del torrente de la actividad.

Este torrente me inquietaba por mi incapacidad de afrontarlo. Sin embargo lo consideraba nulo desde mi fe absoluta, pues cada vez que avanzaba por el torrente –llamemos así al vivir mundano– aparecía un fantasma y se colocaba frente a mí. Entonces yo, en vez de darle muerte reemplazándolo por cosas nuevas, retrocedía a reanimarlo y un diálogo se entablaba entre él y yo.

Pero una fuerza de juventud me seguía llamando hacia el torrente. Sentía que ese perpetuo comercio con seres sin carne, me debilitaría más y más hasta que los fantasmas concluirían por devorarme. Media vuelta entonces. Media vuelta para afrontar lo que me

hacía escapar. Di esa media vuelta y me encontré con la imposibilidad de entrar en el mundo plenamente. No sabía por dónde cogerlo. Ante él era yo un neófito sin experiencia.

Todo cambio es semejante a una muerte.

Ante este aspecto de la muerte, retrocedía asustado. No agregaba lo que era un sostén de mis meditaciones:

Si todo cambio es semejante a la muerte, no olvides que toda muerte trae una resurrección.

Además, créeme, era casi un vicio esta ensoñación única de la soledad. Se cernía sobre ella la creencia de que voces de otros mundos me hablaban. Esto lo creía firmemente y aún lo creo hoy. ¿Hablarne? Tal vez sólo susurrarme. Se necesita, Lumba Corintia, una fuerza sobrenatural para no oír más que su voz, callando todo ruido impropio.

El torrente seguía, seguía llamando. Llamaba algo más fuerte que cualquier voz mía. Aumentaba yo mi voz, acrecentaba el diálogo con mis fantasmas... Aumentaba también la voz del torrente.

Hasta que quedé neutralizado por dos fuerzas. Quedé inmóvil, verde, impotente. Quedé en espera.

En esta inmovilidad me empujó la fuerza de la naturaleza. Salí a la vida. Salí frenético.

Para acallar la voz de la conciencia me dije que, tal vez, acababa yo de agotar la primera etapa de la soledad.

Poco después de salir a la vida, te encontré. ¿Recuerdas? En casa de los Yumbel. Ya había hecho yo algunos intentos por zafarme de mi soledad. El más importante de ellos fue mi ida a Curihue. ¿Resultado? Ya lo sabes, porque no sólo esta parte es carta para ti, sino todo cuanto he escrito. Resultado: ¡Allá ellos!

Mis intentos de vida, aquí en Chile, fracasaron. Como luego fracasó el pacto con Rosendo Paine, como fracasó todo. Así pasé desde la vuelta de mi segundo viaje a Europa, es decir, desde fines de 1924. Así pasé bamboleándome entre ambas vidas: la de los fantasmas y la del torrente. Así fui inclinándome de más en más a esta última. Hasta Curihue. Después viene todo el año 1927. Un año entre dos polos. Yo, mudo, verde, inmóvil. Pero siempre astuto, siempre alerta a cualquier voz del torrente. Hasta éste mi tercer viaje. Al emprenderlo, un fantasma me murmuró:

—Empápate en las viejas piedras.

Ya en París, el torrente me dijo:

—Tienes aquí dos grandes amigos: Draguignan y Rosendo. Ve con ellos.

Fui.

Hoy repito: ¡Allá ellos!

¿Quién, quién acalló tu paso por mi vida? ¿Quién me hizo dejarte y partir de viaje para, a mi regreso, saberte en Nueva York? No lo sé. Así es que sigamos.

Mis intentos de vida, aquí en Chile, fracasaron. Así, al menos, lo creí entonces. Hoy me contentaría con vivir como en aquellos tiempos viví. El silencio, la vida de los fantasmas, estaba demasiado cerca; por esto mismo no seguí hasta el fin las probabilidades de vida. Pensé en la impotencia mía.

Era necesario defenderse de esta idea. Atribuí su origen al hastío, al medio ambiente de aquí. Rodé, entonces, por el asfalto simulando un aburrimiento total. Está grabado en mi memoria, un paseo con Rubén de Loa y Onofre Borneo, por la noche, por las calles santiaguinas. Nos lanzábamos banderillas por nuestro cansancio. Al fondo brillaba París. Allí, creíamos, bastaba salir a las calles para hallar la vida. Chile tenía la culpa.

Así te encontré a ti. Así, recitando un poema al hastío y adorando los grises de París. Esta adoración determinó mi destino. Los negocios andaban bien, La Cantera producía. ¿Por qué no ir a sumergirme en esos grises? Sonó el eco de la verdadera vida. Sonó el momento de poder coger al torrente. Me reconcilé con mis fantasmas. Pues me prometí lanzarme a la vida tormentosa tras de "alimento" para ellos. Entonces, en mi laboratorio soñado, los disecaría, uno a uno, a todos esos alimentos. Me prometí abrirme a todas las voces y experiencias para luego volver al silencio. Así devolvería otra vida de intensidad y de alma.

No, mi Lumba Corintia, no había para qué ir y sumergirse en el torrente. Lo que había que hacer era otra cosa:

Vivificar a esos fantasmas, aprovechar el torrente para ellos.

Escribir... Era mi destino. No te hablé nunca de tales proyectos. Todo yo estaba fijado en ellos. No te hablé. Ahora lo hago. Ahora llego a ti humildemente y confieso mi falta.

Así partí, así creí partir.

Pero era éste mi propósito aún del silencio. Era una justificación. Era un propósito vano. Ya mi ser se hallaba muy lejos. Ya se había fabricado una nueva morada y su actitud en ella. No la tenía claramente dibujada. Sólo la percibía por toques, a intervalos. Pero allí estaba ordenándome.

Siempre ocurre así.

Hay seres de gran voluntad que saben qué harán en tal o cual momento, que saben cómo pensarán en el futuro. La voluntad, en ellos, domina y acalla las voces que puedan llevar a otra parte. Hay otros seres que se dejan guiar por todos los llamados de la vida, que siguen toda insinuación, que vuelven la cabeza a todo pájaro. Solicitados así, conservan dentro una serie de directivas más o menos insinuadas. Juntas trazan una tendencia a la que obedecerán ciegamente. Pero sin conciencia, sin voluntad consciente. Esto, débil de por sí, no se fija, no se arraiga sino que a todo presta oído. Es como si dejara al subconsciente el mando del barco. Entonces uno sigue tras esos mandos hasta que, de pronto y con sorpresa, se encuentra en los sitios más inesperados y se asusta ante su propia imagen.

He aquí algo que no nos debiera ocurrir. Si observamos debidamente se ve que de tiempo atrás uno estaba amando y fabricando ya ese sitio sin haberse dado cuenta. No se daba cuenta por estar siempre ensimismado, siempre oyéndolo todo y, por otro lado, siempre aplacando los llamados a otro sitio. No, no vale la pena abandonar éste en que estamos. El llamado al otro es inseguro. Quedemos donde estamos. Quedemos. Lumba Corintia, es la pereza. Quedemos.

Terrible pereza. A veces es un remordimiento. ¡Todo lo que se abandona! ¿No lo abandonaré por incapacidad mía? A veces es por un principio de alta filosofía como aquello de que todo cambio se asemeja a una muerte. Quedémonos, mejor.

Es así. Viene a mi memoria la locomotora misteriosa de mi infancia. Al pasar, llenando el aire de humo y de ruido, era para mí una indicación de mundos mejores. Hoy diría un símbolo. Pero un símbolo se sabe que es una transposición. Entonces no sabía nada. Había, en su paso, un algo que me decía que la vida era más, mucho más. Me decía que estábamos rodeados de misterio. Por eso iba a a verla pasar y la seguía hasta que se perdiera. Iba a observar el objetivo que se me antojaba llevaba oculto en sus calderas o en ese humo que dibujaba cada día cosas diferentes. Siempre lo mismo: colocar el objetivo más allá de la comprensión. Van a suceder cosas magníficas, cosas rayanas a la locura... Mas al no poder precisarlas, quedarse en el umbral de los pequeños detalles. Igual hice en el

taller de de Loa cuando fui con Vitelio: hay misterio, hay miles de cosas. Luego quedaron con la ensoñación.

Lumba Corintia, muchas cosas son así: esa parte subconsciente ha indicado el sitio, mejor dicho, el camino que a él lleva. Toda la existencia es un afán por alcanzarlo. Y uno cree que va a cosas muy diferentes. Uno cree, por ejemplo, que va al arte cuando va a la voluptuosidad que la vida del arte parece encerrar. Al llegar a esta voluptuosidad, el arte muere.

Ya en aquellas épocas, los fantasmas poco me importaban pues la sensación voluptuosa, "sacadora de la vida diaria", no era lo bastante fuerte. Pero renunciar a ellos era como quedarme desnudo, era dejar florecer en mí la idea de un fracaso mío.

¡Horror ante esta idea! Todos nos defendemos ante ella. Por esto hay tantos que siguen haciendo arte sin ser artistas, tantos que siguen a Dios sin ser místicos. Es el horror de quedar desnudos con un fracaso ante ellos.

O acaso yo no pensaba salir de la vida diaria, escaparme del torrente, por anhelos de gran burguesía, anhelos detenidos por mi debilidad para conseguirlos. No puedo negar que había en mí un deseo permanente de que esa vida diaria estuviera siempre clara, estable, sin altas ni bajas. Así en mi casa, mi familia, mi habitación. Y déjame decírtelo sin rodeos, Lumba Corintia: que estuviese siempre estable el dinero.

Los fantasmas habían producido casi el caso contrario. Su existencia tan diferente, me hacía sentir las delicias del torrente. Me puse, entonces, a pensar.

Me encontré en un torbellino lleno, por todos lados, de tribulaciones. ¿Qué hice? Hice lo de siempre, lo que siempre hago, y muchos hacen, sin darse cuenta:

Dejé a mis ideas, a mis sentimientos, a mis principios, ir y desenvolverse solos; jamás imponerles mi voluntad ni fuerza alguna en ningún sentido. Les dije: "¡Id! Cuando hayáis encontrado, ¡llamadme!".

Luego me veo como un curioso corriendo tras ellos, como un perro tras el rastro, corriendo a ver qué hay, qué pasa, qué va a pasarme donde ellos ya están. Me dejé llevar, me dejé bambolear con toda el alma. Hasta que ideas, sentimientos y principios me dijeron:

-No es esto tampoco. No es la experiencia en sí sino el modo de vivir.

Total: creía que iba tras alimentos cuando, en realidad, ya estaba escrito y determinado que abandonaría yo la quietud y el silencio a cambio de una expansión de mi cuerpo, de una sumersión en el mundo.

Estamos en París, Lumba Corintia.

Desde allá, ideas, sentimientos y principios me habían llamado. Mi ser interior entero me aguardaba en la gare Saint Lazare. Él me lo había dicho, él me obligaba. Ahora recuerdo que ya en Curihue me lo había insinuado. Después pasó un año, entre la Bóveda y Santiago, en que él, mi ser interior, me lo repetía:

-Viaja, viaja. París, París...

En vano se oyeron otras voces. Tenía, tarde o temprano, que partir. En vano apareciste tú.

¿Cómo acallar la conciencia? Los alimentos.

Partí... en busca de alimentos. Llegué a París... en busca de alimentos. No reconocí a mi ser interior en la gare Saint Lazare. Pasé a su lado indiferente. Me fui, de cabeza, de golpe, tras los alimentos, desde mi llegada, el 14 de abril hasta el 7 de agosto. Ahora veo la fecha que quedó grabada en mí: el 7 de agosto. Durante más de tres meses y medio,

luché. Podría hacerte una lista de las piedras visitadas; podría asegurarte mi buena conducta durante el viaje a la Costa Azul. Hasta aquel día en que di el salto hacia el otro lado.

Recuerdo claramente la noche del 7 de agosto. Comió en casa Ciriaco Tajo, un vehementemente crítico español, que vive más en Montparnasse que en España. Es amigo de Onofre Borneo y de Rubén de Loa, en fin, de cuantos chilenos han pasado por aquí. A insinuación de él fuimos, Draguignan y yo, a su querencia. Estuvimos en el bar de La Coupole conversando con Bob, el barman. Había mucha gente que entraba y salía. La terraza estaba repleta, no sólo la de La Coupole, sino todas las de Montparnasse. Me encontré con amigos y con amigas. Con todos bebí. Bebí de alegría. Estaba contento. Con Ciriaco nos volvimos a encontrar en el Jockey, un dancing. Hasta ahí recuerdo. Lo demás está hecho de nubes. Con Draguignan nos encontramos, al día siguiente, en casa. De los hechos de aquella noche no sé más.

Acababa yo de caer en brazos de mi ser interior. Había luchado, esquivándolo, durante más de tres meses y medio. Ahora nos encontrábamos. Ahora se abría la vida. Ahora dejaba de lado esa presión forzosa que me llevaba a las viejas piedras. Ahora, ¡sí!

Ya te he dicho que mi regreso lo tenía determinado. Ya de piedras y recuerdos históricos tenía bastante. Había que beber, había que juerguear antes del regreso a La Cantera. Había que agotarlo todo antes de ir a encerrarme a la Bóveda. Había que conocer el mundo y la fiesta. Sobre todo había que beber, beber mucho. Tiempo había para las meditaciones silenciosas. Había que saber despedirse de París. ¡Juerga, juerga!

En fin, niña mía, la verdad es que ese yo que se lanzó de antemano, sin mi conciencia ni mi voluntad, ya lo tenía todo preparado y me esperaba en el andén de la gare Saint Lazare.

Ya te lo he dicho: nos esquivamos en un comienzo. Ya te lo he dicho: nos encontramos en la noche del 7 de agosto; él con todo su programa de fiestas listo; yo, dócil a sus manejos. Dos meses de juerga, una vida que se deslizó a lo largo de un whisky inagotable y de un tango que recomenzaba siempre. Cada sensación experimentada, era como un amigo vuelto a encontrar. Cosa curiosa: yo creía ciegamente que tal vida era la continuación lógica de mi pasado. Lo creí durante un tiempo, el primero. Luego —hoy me doy cuenta—, cuando ya la farra fue diaria, esas tejedoras subconscientes, hartas de alcohol, empezaron a tejer la nueva directiva y a cuchichearme al oído.

Esto es una manera de decir, no una manera literaria. Es como mejor puedo expresarme. Es una manera de decir la verdad.

Tal vez toda esa vida en el silencio ya terminada, muchas sensaciones sólo posibles en ella habían terminado también. Entonces una parte de mi ser, habituada a ser impotente, a recibir su alimento y a vibrar, se aburría, protestaba.

Con un pasado de meditación casi morbosa, no se puede beber y juerguear impunemente. El juerguista elimina mientras duerme; uno retiene, en parte, el alcohol, quiere nutrirse de él, lo apura, lo aprieta, lo acorralla, le exige. Entonces este alcohol responde falsificando un mundo de visiones equívocas que, en la noche próxima, se le vuelve a recibir. Era este engaño, tal vez, el que hacía creer en la continuidad lógica.

Sin embargo las tejedoras continuaban. Sentía que los fantasmas habían cerrado sus puertas, que lo que daba el whisky no era lo que uno pedía. Daba el sabor mas no daba la sustancia. Esto apareció con una extraña sensación: en París había demasiadas piedras grises y no había bastante tierra. Por otro lado la naturaleza de aquí, de Chile, fue cambiando de color o su color fui yo interpretándolo de otro modo: de inmóvil y monótono

púsose de un verde lleno de aire y de sol. La oquedad de lo que en ella se decía, hízose cariñosa y llena de promesas. Cada detalle tomó un valor, tomó un significado. ¡Qué linda, Lumba Corintia, apareció, de cuando en cuando, la vida en Chile!

Pero..., hay siempre un pero, ¿cómo salir de la vida de París?

Había una cita continua para el día siguiente. Después oía la voz de mis amigos que, aquí, me preguntaban para qué me había vuelto. Pero se me imponía, aunque flojamente, que la verdadera vida sólo podía pasar en medio de verdes, verdes y más verdes; que era ella imposible entre tanto gris.

En Francia hay verdes, hay muchos verdes. Es un país verde. Sobre este verde se dibujan masas grises. Los alrededores de París son el verdor mismo. A ellos llegamos varias veces. Yo los miraba desde el borde. Antes de lanzarme en ellos, antes de dar curso al impulso de sumergirme en ellos, desde ese borde bebía un trago. Entonces venía una ensoñación que pedía otra y, ésta, otra más. En fin, horas después estaba en lo mismo: un whisky inagotable, un tango que recomenzaba siempre. En medio de estas lamentaciones mis fantasmas desesperaban. Les decía yo:

—¡No, no! Ya iré a vosotros. Sólo mi cuerpo ha caído al cabaré. El alma está allí, allí a la sombra de las encinas y bajo las tejas verdosas. ¡Esperadme!

¡Cuánta tragedia había en estas lamentaciones atizadas por el trago! Ebrio, entonces, lloraba abrazado a mis amigos que lloraban otras cosas ignoradas por mí, pero que el alcohol nos unía para consolarnos juntos, nos unía en una amistad degradante.

Hoy, aquí en la Bóveda, ese pasado se me presenta como un fruto maduro cuya gestación ha sido penosa, desesperada casi, llevándome al final hasta dudar de su verdad. Hoy el fruto reaparece maduro, lleno. Es el momento de rasgarlo y exprimirlo. Hoy veo que nada de ese pasado ha sido en vano. El silencio de estos campos tuvo un significado profundo; las borracheras, en París, fueron su reverso que les dio cuerpo, que lo asentó. Esto último no fue sólo trago y baile. Esto fue parte de un todo, fue un trampolín para saltar pletórico a coger cada fantasma que aparecía. ¿Qué fue ese pasado de visionario? Un momento. No sé si entonces lo definía. Hoy mismo... En fin, no lo sé y no es el caso. Entonces... lo principal era evocarlo, que se presentara en mi ser sensible, claro y nítido. Claro y nítido lo era, sí. Como lo es hoy, aquí en la Bóveda. Pero a veces se aleja, se me separa. No es que yo dude de su inamovible verdad. Es que se pone fuera de mi alcance y deja de regarme con su felicidad viva. Entonces una duda, la duda de mí ante los fantasmas, me hunde en una negra angustia.

Es cuando te llamo, Lumba Corintia, es cuando tu sombra se cierne sobre todo, todo lo mío. Es cuando te invoco como un penitente ante un altar. Es cuando lloro como un niño ante tu recuerdo. Contigo estas tribulaciones se harían humo. No, no es eso. Contigo sería un placer ir, lentamente, dándoles forma.

La gente pensará que era yo —allá en París, en medio de la juerga— un hombre alegre. Era yo un hombre atraído simultáneamente por dos extremos. Una fuerza que me llevaba hacia la vida de todos, a afrontar, uno tras otro, los quehaceres diarios para, con su solución, formar nuevos que vinieran a llenar los días siguientes; otra fuerza que me decía que en el silencio y en la paz estaba la verdadera vida, en la ensoñación tranquila colocada más allá de los quehaceres diarios. Le he dado un nombre a cada mundo ofrecido por estas fuerzas: el torrente y los fantasmas.

Las fuerzas golpean, nada más. Uno tiene que darles un asidero. Las fuerzas golpean

y resbalan. Uno tiene que sujetarlas. Yo carecía de temple para ello. Era necesario alguien más, a mi lado.

Un día, en París, llegó esa carta de Ida y Carrizal. Ya sabes cómo la leí. Ya sabes el dibujo que, medio borracho, hice en un papel cualquiera. Mi viaje, determinado en nebulosas, se afianzó. Porque al viaje vino a agregarse otro hallazgo. Mi viaje, con este hallazgo, tomó solidez. Porque había encontrado la manera como conectarme con uno de esos dos mundos. Tenía ahora el medio de guardar en mi poder el extremo de un hilo fino, finísimo, que, recogiénolo cautelosamente, traería, la vida del silencio hasta mí. Fueron dos hilos. ¿Cómo saber su verdadera naturaleza? Ni lo pretendo. Sé, lo único, bajo qué forma existían para mí, para mi uso.

Todo mi pasado eran sensaciones que eran ecos.

El encanto de escuchar un eco es saber que hay una realidad que lo causa, es saber que es una apariencia de verdad. Hacían falta dos objetos tras ellos. Aparecieron estos objetos. Eran dos, como te he dicho: una araña y una ventana.

En mi cerebro, esa araña y esa ventana fueron dos centros magnéticos que atraían y pegaban los recuerdos de aquel entonces y los vivificaban. Ya vibrando, ya vivificados, era sólo cuestión mía aumentar y combinar, saber que en Chile, en los cerros de La Cantera y en las calles de la ciudad, la revelación me esperaba. Una revelación que siempre vi bajo las alas del águila planeando.

Óyeme bien, Lumba Corintia:

Tras la araña estaba mi vida, la mía, la que se desenvolvía en lo más hondo de mi ser. Estaba esa vida que, al suceder, yo podía decirle:

—¡Eres tú! ¡Tú y yo somos uno!

Las demás vidas era yo mirando; ésta era yo siendo.

En aquellos tiempos, antes de la carta de Ida y mi cuñado, no tuve plena conciencia de estos hilos. Demasiadas mortificaciones, por la necesidad de expansión física, me impedían concentrarme en estos puntos. Al no expandirla quedaba con la impresión de dejar atrás una fortaleza no rendida. Al fin, el día de la carta, las fortalezas se rindieron. Desde entonces vino la única época en que pude decir: “¡Eres tú!”. Ya no quedaba atrás fortaleza alguna. ¡Qué hermoso fue aquel momento, que grande, qué intenso! Miles de sensaciones diseminadas en los campos, se levantaban ahora y convergían hacia la visión de la araña velluda. Sin este punto de apoyo ellas no habrían podido ser para mí más que recuerdos.

Se levantó el molino con su ariete. Oí su silencio y, en él, el susurro de las bestezuelas; vi, en el crepúsculo, el corredor de las casas de La Cantera, con uno o dos ladrillos del pavimento que se iluminaban; vi los amaneceres con sol y las salidas a caballo; estuve en el salón, de noche, sentado en un sillón, removiendo mi nueva vida mientras el fonógrafo cantaba óperas italianas. De cuando en cuando iba a Santiago; amaba la modorra de sus calles largas; pasaba esa modorra cuando te encontraba a ti. Porque, a todas estas ensoñaciones, estaba unido el recuerdo tuyo, Lumba Corintia. Tú le dabas consistencia. En un comienzo tú formabas parte de todo ello, como uno de los tantos hechos que Chile prometía. El ariete, los ladrillos, tú; los amaneceres, las noches de salón, tú. Tú crecías más y más. Eras un elemento, al principio; luego fuiste la base, lo esencial. ¡Oh, sí! Un día vendrías conmigo. Juntos haríamos esa vida; a ti irían mis sensaciones. Tú le darías, te lo he dicho, consistencia, forma. Te repito: ¡que hermoso, qué grande, qué intenso fue ese momento!

La verdad era que evocaba yo, para un solo instante, cientos de visitas al molino, cientos de visiones de luz en los ladrillos, cientos de amaneceres y cientos de noches en el salón. Así, pues, todo se reúne en un solo momento, desaparecen los huecos; todo va un poco, un poquito más allá de la realidad.

Sí, pero ésta está aún en el dominio del recuerdo, de la impresión en mí suscitada por el recuerdo.

Hay algo más: ello es que yo vivía entonces en función de las sensaciones que produce un aislamiento ambiente. Aunque la verdad fuese un bicho en las entradas al molino, una visión de ladrillos coloreados cada diez días, un amanecer encantador al mes, una noche por año de intensidad en el salón..., ahora todos esos recuerdos se agrandaban en un solo instante y este instante yo lo extendía a lo largo de los años canterinos.

Además esta clase de vida, aunque menos fácil, daba satisfacciones que ganaban en profundidad cuanto pudiesen perder en superficialidad. Luego, al experimentar esta satisfacción, me la reconocía como mía, como mía propia, contrariamente a la otra –la de mujeres, trago y música– que era un goce de fuera traído hacia mí.

¿Habría otro punto? Sí, Lumba Corintia, lo había. Era el punto tocante a la revelación suprema.

Esta revelación iba a ser que, de pronto, todo el universo se me presentaría de otro modo, con un nuevo significado convergiendo y avanzando hacia otras finalidades que reconocería más altas y que englobarían universo y vida sin dejar –como en el suceder diario– tantos puntos oscuros.

¿Cómo vendría? Ya te lo he dicho: aquella águila planeando sobre mí, era como un heraldo anunciador de nuevas cosas. Era para habituarse, para hacer apto mi ser a las sonoridades que se avecinaban. Pero éstas ¿de dónde vendrían? He aquí todo lo que me atrevía a formular y que, acaso, todavía hoy creo:

Todo no sería este mundo, éste, aunque mejor visto y con mayor penetrabilidad. Sería otro mundo casi contradictorio con éste porque éste, en cualquier forma que se le tomara, tendría que seguir siendo lo que es, siendo efectos, extremos del otro que sería el verdadero, el mundo de las causas.

Era como quien ve los balcones iluminados de una fiesta. Puede imaginar maravillas, sobrepasar la realidad. Luego entra en la fiesta y ve cómo las cosas eran de verdad. Corrige, pone cada cosa en su lugar.

Por lo tanto, al dar yo ese paso, veía la verdad, no en humos ni fantasmagorías. Lo que ahora veo –los campos, la gente, las calles, el ambiente todo– sería, en realidad ¡fantástico!

Así, pues, al alejarme de la vida real y marchar hacia la meditación sombría y voluptuosa, junto a las sabandijas repugnantes del molino desmantelado; junto con detenerme cual un visionario ante los últimos rayos del sol en los ladrillos; o al despertar cegado por un amanecer radiante; o al sumirme en ensoñaciones profundas en las noches del salón; quería y creía ir a la realidad absoluta, palpable, gruesa. Ya estaba cansado de este mundo que había que llenarlo con imaginaciones inseguras para hallarle un significado cualquiera. Ahora ¡al fondo mismo! ¿Avanzaba hacia el mundo real? Lo creí tantas veces. Una escena me pasó inadvertida, en este gran sentido, naturalmente, mas me produjo tal conmoción que hoy –no sé por qué alquimia interna– es, al recordarla clave de este estado:

¡Esa araña, sola, inmóvil, de noche en mi habitación!

Al traerla nuevamente a mi memoria, veo lo que significaba esa magnífica marcha.

Eso era, Lumba Corintia, lo que había tras la araña.

Tras la ventana, la ventanita del Rialto, estaba el decorado de la vida mía. Estaba la vida que se desarrollaba alrededor, la de los demás seres implicados conmigo. Es decir, la existencia de Santiago. La había maldecido por haberme obligado a rodar por el asfalto un hastío matador. Era la existencia en la desesperanza, lo que es peor, en el aburrimiento. Eso había sido. Nada más.

Ahora, al reaparecer, se teñía de otro modo.

De verdad, ¿qué otro decorado mejor podría ambicionarse para la vida, llamémosla "de la araña", vida que iba en profundidad, que esta que hoy se presentaba llena de una melancólica poesía? Seguramente esta palabra de "poesía" la define. No había sido hastío como yo, ansioso de sensaciones y aturdimiento, lo había creído. De todo ese rodar por los asfaltos, de esas lamentaciones discutidas bajo un farol, del rasgucar de guitarras en prostíbulos, se desprende una poesía arrastrada, lenta. Yo la había tomado como negación de la vida. Hoy, a través de la ventanita sin color, la veía como cualquiera otra si se tenía la fuerza de arrancarle su real contenido. Como en el caso anterior miles de episodios diversos, diseminados en las calles desiertas de Santiago, se apretaban ahora en el marco de la ventana. Todos allí unidos, llenos de tan punzante color local, que era vergonzoso e inexplicable no haberlo cogido y sentido, gozándolo minuto tras minuto. Tal vez en aquel entonces algo me había faltado. Esta vida de juerga en París me lo daba. ¿Para qué hablar siempre de los males del alcohol? Justamente a su estrepitoso bullicio se iría a deber el poder saborear la dulce intensidad de una vida ritmada por el repique de campanas sordas.

Acababa de caer en la celada de siempre: no haber vivido el momento mismo.

Me había lanzado a la vida de Santiago retenido por las visiones del silencio. Ante cada acto por ejecutar, un fantasma me había murmurado: "no es eso", y había cortado mi espontaneidad. Apenas había notado los momentos en que eran el perfecto y necesario reverso de mi marcha hacia la profundidad: mi ciudad natal, mi casa vieja con mi madre junto a los gatos viejitos como ella, la llegada de parientes y amigos que hablan poco, la vida entera de allá que daba tanto como para no quedar en el vacío y no tanto como para que su trepidación logre velar la voz del más allá.

Ahora, de regreso a Chile, sabría burlarme de tal celada. A pulmones llenos respiraría los momentos que se presentasen similares. Habían sido momentos que eran escenas, cuadros, ¡vida! que pasaba fuera de mí, fuera de ese aburrimiento lento. Ahora y por fin yo, incólume, podría pasarme por ellos como el más atrayente personaje novelesco. Se habían desprendido de mí, en el tiempo. ¡Qué lindo es el hastío cuando uno, escéptico, alarga una mano displicente a él para gozarlo! Hay aquí algo de masoquismo. Pensaba yo que Lumba Corintia estaba allí, que la había amado cantando los grises de París, lleno de nostalgia. Ahora haría de su amor un trozo de mi vida, voluntariamente vivido en el exotismo de ese aburrimiento ilimitado.

No había temor de que esta manera de vivir la perdiera de vista. Aquellos momentos intensos —como los otros, los que se apretaban tras la araña— tenían su símbolo que, junto con evocarlo, los ponía en movimiento. Allá era esa araña nocturna. Aquí era aquella tarde apoyado en la ventanita del hotel mientras tú, tendida en la cama, soñabas. Había mirado el paisaje, las casas viejas y el cielo; había buscado al chiquillo que cantaba; había presentado, durante un instante, que este idilio y esta vida podían ser grandes, podían ser hermosos, felices, ¡sí, felices!, si otra fuese mi existencia —París—, si tú, Lumba Corintia, fueses

únicamente un detalle, una “asomada” sobre las casas viejas. Así lo vi entonces. Así lo quería. Pasaron por mi mente las terrazas con sus pernods, pasaron los amigos, vino un cosquilleo ante la expectativa de ir más, más allá siempre, pasaron mujeres y tú fuiste la chilena exótica. Te amaba, Lumba Corintia, con el peso de otra vida inmensa que se avecinaba.

Iría a volver a ese París soñado, iría a volver despedazado por los remordimientos que se desprendían de la araña, después de haber resucitado, en Chile, a los fantasmas y de haber renovado mi sangre con la vida plácida de mi generosa tierra y con el amor romántico de mi chiquilla siempre aburrida ante el mismo e inmenso panorama de la cordillera y que yo, por un momento, le llenaría de ecos universales y vibrantes.

Así partí. Así pasaron también los días de una dulce navegación. Valparaíso-Cherburgo: el mar, mirar el mar, mirar, sobre todo, el cielo por las tardes. A la altura, creo, del Trópico de Cáncer, toma una coloración, mejor dicho, hace respirar un aire que recuerda la América, Chile, La Cantera. Había, sobre todo, ciertas nubes muy largas, dibujadas distraídamente, que eran de América; al menos no recordaba haber visto ni menos haberme detenido ante ellas en Europa.

“¡Allá ellos!” —me repetía mirándolas. Ahora las viejas piedras, ahora siglos de civilización me esperaban.

Tú sabes lo que fueron esos cinco meses y medio pasados allá. Viejas piedras miradas como se mira el deber engorroso. Luego, juerga. Hasta que, a principios de octubre, regresé. Nuevamente la calma del mar y del cielo. En esta calma tocaba, de cuando en cuando, la araña y nuestra ventanita para cerciorarme de que venían conmigo. Sobre araña y ventana se erguían, alto, muy alto, los 15 puntos —desde los conos que se levantan hasta Júpiter que pide ayuda a una estrella—, asegurándome que, una vez en la paz de la Bóveda, podría descifrarlos.

Así llegué. El tren trepó por la cordillera.

De pronto, por la ventanilla de mi izquierda, allá al fondo, brilló el Tupungato. Lo vi inmenso. Otros cerros más cercanos pasaron frente a él, borrándolo. Esta visión me dejó la sensación de que un batiente se abría. Un rato después, por la ventanilla de la derecha, pasó, tranquilo, el Aconcagua y, como el otro, otros cerros cercanos lo borraron. El Tupungato vino a golpearme a los ojos; el Aconcagua lo sentí caerme en la espalda. El tren, caracoleando, se derrumbó por la cordillera hacia este lado.

Aquí estoy. Escribo flojamente. Empecé a hacerlo alentado en la creencia de que el hecho de escribirte un relato de mi viaje, me aclararía muchos puntos oscuros, me haría ver lo que él fue de verdad. Ahora lo dudo un tanto y me temo que, al fin y a la postre, quede siempre a tientas y con un relato escrito...

Nuevamente en mi Bóveda. El guaco está allí. También está el retrato de mi abuelo materno. Y los libros de pastas verdes y pardas... Aquí al lado tengo el papel con las dos estrellitas. Una de ellas son todos los tangos que puedan oírse y todos los whiskys que puedan beberse; la otra hizo abrirse una ventana glauca y dio a luz una araña velluda. Aquí estoy, Lumba Corintia, sin nada de ello.

Iba a poner que todo ello me había abandonado al traspasar los Andes, que se había quedado enredado en los dos picachos dejándome volver solo. Creo que más justo sería poner que ambos picachos lo sujetaron dejándome entrar solo a Chile. Pues es el caso de que he pasado, desde que estoy aquí, buscando esa ventana, buscando esa araña, inútilmente. Aunque evoque todo cuanto ambas encierran —el molino y el ariete, los amanece-

res y las noches de La Cantera, el águila planeando, para la una; las gentes aburridas, mi casa, mi madre y los gatos, tú, Lumba Corintia, para la otra-, aunque así evoque, ¡nada! No han vuelto a reaparecer más. El equilibrio, esa E solitaria, el florecimiento ardiente ante mi mente serena para aquilatar... ¡nada!

La araña se ha ido a su cueva. Como único bagaje hoy sólo tengo una ventanita vacía. Sé que mi vida se resolverá en tratar de sorprender lo que hay tras ella.

De todos modos, Lumba Corintia, déjame aclarar hasta donde pueda. Algún proceso interno tiene que haberse producido en mí para haber hecho desaparecer la araña y para aislar la ventana del Rialto convirtiéndola en un agujero descolorido abierto sobre la nada. La única solución que encuentro es que ha de haberme sucedido algo semejante a lo que te dije al hablarte de mi recuerdo sobre el molino, el ariete y demás.

Es el caso de que he llegado a Chile sin dar la importancia necesaria a lo que esta nueva estadía pudiera ofrecerme, sin preocuparme del momento mismo de vida que iría y tendría que vivir. No llegaba a vivir conforme a la realidad del pasado; llegaba a poner nuevamente en movimiento, ante mi vista asombrada y encantada, la imagen global que de ese pasado había elaborado en las terrazas de los Cafés de París, allá en mi habitación mientras miraba las torres de San Sulpicio y en la cubierta del barco.

Ahora bien, la realidad de mi vida pasada y la imagen global de ella con que llegué, ¿hasta qué punto coinciden y hasta qué punto se separan? Dejo de lado, por cierto, cuanto pueda ponerse a cuenta de la fantasía, cuanto no exista estrictamente en función de hechos ocurridos. Lo dejo de lado porque, en este sentido, vivo a ras de tierra y porque siempre, en cualquier momento –viejas piedras o whisky o lo que sea–, siempre, por mi misma naturaleza, cuando he querido volar hacia el mundo de la fantasía, no he encontrado otro medio que el de enterrarme desesperadamente en la vida cotidiana. Al ser así violentada, por este entierro, la vida cotidiana suelta, por un instante y con dolor, lo único fantástico que me ha sido y me es dado sorprender. Queda, pues, de lado todo lo que a fantasías se refiera.

Lumba Corintia, vamos al pasado desnudo, vamos a su recuerdo actual.

Hay aquí algo que podría llamar “una mala jugada”. Entre el pasado y el presente se elabora con fineza un proceso de que somos inconscientes.

Antes de partir tenía yo una idea global de mi vida en Chile. Esta visión estaba constituida, no por lo que había sucedido sino por el recuerdo de los hechos principales, característicos, diría, vitales de ella.

Ahora bien, nadie, Lumba Corintia, nadie puede saber *mientras* vive una época, cuáles son sus puntos vitales, los que irán a grabarse en la memoria dándole, para después, su color y valor. Esto lo sé ahora por la experiencia que tú me has dado. Los puntos vitales no lo son *en sí*. Dependen, para serlos, del curso que uno vaya tomando en la vida. Están, pues, sujetos al porvenir.

Es claro: los puntos vitales se alzarán después *según* ese porvenir. Ellos se harán vitales si el futuro necesita apoyarse en ellos. Creo hoy que no hay espacios vacíos, creo que todo es vital. Esto depende de nuestra marcha. Nuestra marcha será tan larga como espacios vacíos nos queden entre puntos vitales. Tendremos que vivir mientras en nuestro pasado quede un momento hueco, sin significado. El futuro –es su misión– tiene que hacerlo todo vital. Hay algo mayor que pasa inmenso por sobre nosotros. A nosotros obedecerle.

¿Adónde llegan estos puntos vitales? ¿Qué relación guardan con nuestro destino? Hoy me extraño que tal o cual cosa esté fija en mi memoria. Lumba Corintia, no lo sé. He

querido, varias veces, descubrirles su significado en razón de hechos venideros. No he logrado nada. Es para mí el misterio.

Mientras vivo, yo no hago más que vivir. Según lo que me acontezca tomarán importancia algunas cosas de lo vivido y otras se apagarán. Esto se hará en forma completamente diferente a cualquier previsión que yo pueda hacer sobre la importancia de los hechos mientras están sucediendo. Si me hubiera visto obligado, en el curso de mi vida, a ir indicando los hechos que, a mi parecer, nunca se borrarían de mi recuerdo, creo que habría errado casi tantas veces como lo hubiera intentado.

Recuerdo en este momento los hechos que me conmovieron, los que por su naturaleza me sacudieron hasta la angustia y aun hasta el espanto. Sé que los habría indicado con la absoluta certeza de que ellos, después, serían las cumbres intensas de mi pasado. Sin embargo duermen y siempre han dormido.

Veo allá lejos la muerte de una de las personas más queridas y más ligadas a mi infancia. Ya te he hablado de ella: es mi primo Quintín, el de la novela del jefe de la carpintería. ¿Recuerdas? Veo mis llantos interminables y me veo yo mismo diciéndome, en el rincón de una pieza a media luz, que mi vida tendría que ser otra si es que no había terminado con la del muerto querido.

Veo nuestra casa sacudida por el terremoto, las cornisas que se derrumban, los objetos que caen, la gente que se precipita hacia la calle lanzando alaridos, en fin, la catástrofe. Veo aquella noche pasada en el coche de casa en el parque. Había muchos más coches. En uno alguien tocaba el fonógrafo. En el nuestro se discutía si era o no era el momento de hacer música. Luego el cielo, de noche, rojo, rojo. Las beatas rezan. Mucha gente llora. Yo atisbo por los cristales del coche. Los caballos pastan tranquilos a unos veinte o treinta metros.

Aquí tienes dos recuerdos que yo los habría marcado con el índice diciendo que, sobre ellos, se tejería mi existencia. Vienen hoy a mi memoria por el giro que ha tomado lo que escribo. Habitualmente duermen, son recuerdos muertos, sin significado, que no salen de sus sepulcros más que en conversaciones sobre el lejano pasado.

¿Por qué todo ello? No puede ser sino porque mi vida, en su desenvolvimiento y para proseguir su marcha, no ha menester de que un ser amado sea arrancado por la muerte ni de toda mi familia cobijada en un coche ante su casa que se desploma. Debe mi vida, sin duda, encontrarse en un punto tal que desde él la muerte y los terremotos no alcanzan un significado nítido ni menos penetrante. Así como tampoco lo alcanzan ni las primeras insinuaciones ni tampoco las revelaciones escondidas del amor.

Sin embargo hay otros pequeños recuerdos, pequeñitos, insignificantes, que me atormentan siempre y, créeme, no sé de un momento en mi vida en que no me hayan súbitamente aparecido como un llamado, haciéndome volver la mirada pero sin darme respuesta alguna. Sé de muchos, muchos momentos en que me he sorprendido girando alrededor de ellos sin saber para qué. Cuando estos hechos sucedieron, ¿los habría notado siquiera? Verás qué chicos son:

Son, mi Lumba Corintia, tres risas, nada más que tres risas. Tres personas que han reído en mi pasado como deben haber reído cientos, miles.

1ª Es la carcajada sonora, estrepitosa, de un coronel. Estamos en un fundo, en las cercanías de Santiago, todos reunidos. Es la tarde, la hora en que regresan los que han ido a la ciudad y en que llegan los invitados. Esta vez, el invitado es el coronel Pelequén. Nosotros, desde la galería de las casas, vemos, al final del camino de álamos, el coche que

aparece. Se hablaba por aquel entonces de temores de guerra con el Perú. Alguien propone, entonces, hacerle al coronel Pelequén una manifestación al llegar. Llega. Está vestido de uniforme oscuro y grandes botas negras. Se le hace la manifestación. No recuerdo en qué consistió. Los veo a todos allí en la galería, los veo sí, pero imposible definir ninguna actitud. En fin, como haya sido, es el caso de que el coronel Pelequén está allí, de pie, echado hacia atrás y, ante las bromas y cumplidos, ríe buenamente, francamente, ríe sonoramente. Esta actitud y esta risa, creo que tendré que llevarlas conmigo hasta el final de mis días.

2ª Otra risa pero ésta maliciosa, socarrona y que apenas se oye. Es a principios de este siglo xx. ¿Qué año? No lo sé. Lo único que sé es que es 31 de diciembre. Voy con el tío Seva por una calle de Santiago, cerca de la plaza de Armas, Monjitas, creo. El tío Seva me dice: "Tú tienes ya dos siglos de edad puesto que naciste en el siglo pasado". Protesto. Entonces él ríe socarronamente e insiste en mis dos siglos. Yo, como defensa, le argumento que él también los tiene. No hay caso. Siempre riendo, más para sus adentros que visiblemente, me repite que yo los tendré, él no. Y su risilla sigue. Sigue de verdad en ese momento. Sigue en mí, Lumba Corintia, hasta hoy.

3ª Estoy en cama. La criada de casa, la Remedios, vieja y flaca, entra en mi pieza riendo atolondradamente, sacudiendo la cabeza y tapándose la boca con una mano como para detener la exclamación que no era sino: "¡Jesús María santísima!". Le pregunto: "¿De qué te ríes?". A borbotones, entre dos carcajadas, me explica: "Misía Nona, su abuelita (mi abuela había estado en casa y acababa de marcharse), es ratera, la santa señora; se iba, misía Nona, con un salero del comedor debajo de la capa". Y la Remedios salió de mi pieza riendo siempre y balanceando la cabeza.

Estas tres risas aquí están. ¿Qué significado tienen? ¿Qué relación con mi vida? Lo preguntaría en vano. Sin embargo, te lo digo, aquí están siempre. A cada momento las veo repetirse por todas partes y, al verlas, vuelvo a ver cada escena y, por un instante, siento que algo muy fino, como un hilo, se me va a resbalar, algo desde aquel pasado hasta el momento actual. Pero ¡nada! Es sólo una sensación aislada, muda, que no hallo cómo ni por dónde atar a ningún punto de mi ser. Otras veces reaparecen en mí mismo. Ríe o voy a reír y me sorprendo y retengo: "El coronel Pelequén, el tío Seva, la Remedios" me digo. Quedo a la espera de algo. Es en vano. Toda espontaneidad se me va, llamada por el pasado, sin objetivo alguno. Me siento súbitamente desnudado, me siento falso. O, mejor dicho, como si, de un golpe, me hubiesen aturdido para tomar posesión de mí el coronel, el tío o la empleada, ya riendo con estrépito o ya guiñando un ojo o ya escapándose como una bruja de mi habitación.

¿Por qué, por qué?

En cambio son muy pocos los hechos que, al golpearme en el momento mismo, hayan perdurado hasta hoy dejándome una marca. No veo, por el momento, más que uno, relegado allá en mi primera infancia. Óyelo bien:

Es la historia del "¡socorro, socorro!" que grité junto al escritorio de mi padre. Debo haber gritado así porque, de seguro, acababa de comprender bien el significado de esa palabra y, de seguro también, todo mi juego lo había organizado de modo que al final tuviera que venir la expresión de mi nuevo hallazgo: "¡socorro!".

Te he dicho por qué debo haber gritado así. A no dudarlo ha de pasar igual cosa con todas las palabras: primero una comprensión reducida de ellas, suficiente para saber de qué se trata, mas sin aislarla plenamente de las demás palabras; luego una segunda com-

presión en la que la palabra se aísla, vale por sí, da un significado justo y propio y uno, entonces, se la incorpora. Es lógico que se sienta en tal momento la necesidad de pronunciarla. La mía, por su significado, era para ser gritada. Grité. Y mi padre se precipita hacia el patio, pálido. Me reprende severamente. Quedo yo, después de esta escena, con un angustioso problema: “¿Desde qué momento, desde qué punto, algo que para mí era igual a cualquier acto de mi vida, pasaba a ser reprehensible?”. Quedo como con una vaga intuición de que había un límite misterioso entre las cosas, límite que, por razones ocultas, no podía trasponerse impunemente. Pero algo se me escapaba. Lo único que supe claramente es que yo no sabía manejar bien esto de la vida. Gritar: “¡socorro!” era malo; cuando con mis compañeros de juego hacíamos robos y salteos, no nos criticaban ni reprendían, muy por el contrario, nos veían hacer, sonriendo. Me encontré, pues, en un sitio cuyos resortes verdaderos se ignoran.

Vamos al viaje. Vamos a lo que venga. Vamos a mi llegada a esta tierra. A ella vamos porque en este momento la recuerdo mejor que todo el resto. Es el momento en que tú, mi Lumba Corintia, te acercas. Porque tengo, dentro de mí, la certeza de que voy a encontrarte en pocos instantes más.

El trasandino trepa por la cordillera. La cordillera es aburrida hasta la exasperación. Quiero sentir la emoción de Chile. Inútil. Pasa el Tupungato. Lo saludo optimista. Es el primer batiente abriéndose para la vida soñada. Viene luego el segundo batiente y la puerta se cierra. Pasa el Aconcagua y, al perderse, un pesimismo profundo me invade. Empezaba el momento de hacer del sueño una realidad. Del otro lado de la puerta había quedado esa aura de poesía inalcanzable que ahora me hacía llegar.

Recordaba cuando allá, en París, pensaba volver: mi viaje imaginario tocando ciertos puntos intensos. Veía las reuniones familiares, los amigos, los testigos de mi infancia y ello, para que no quedase en pura ensoñación, hecho realidad con cosas verdaderas. Por ejemplo: las criadillas al canapé. Ahora veo qué papel simbólico han jugado en mí esas criadillas al canapé que, en sí, no me gustaban más que cualquier otra cosa pero que, durante las ensoñaciones sobre el próximo viaje, se convertían en puntales para hacerme creer real lo que me iba a acontecer.

La visita a casa del teniente Escala... Acababa yo de llegar de Europa. Fui hasta su casa en busca de color local chileno. Con razón: avenida Cumming, casa de un solo piso, empedrados escabrosos, muros de cien colores y algunos pandeados, polvo, moscas, pocos transeúntes, muchos perros y qué sé yo. Mas por lo mismo que iba repitiéndome: “Estoy en la avenida Cumming, veo casas de un piso y demás y demás”, me forzaba, me distraía atisbando la sensación columbrada y no sentía más que una marcha cualquiera por una calle cualquiera para hacer una visita cualquiera a un señor cualquiera. Fue, pues, esta andanza un espacio vacío, tanto más vacío cuanto que yo estaba cierto de que tenía que ser un punto vital. Sin embargo hoy lo veo como un punto vital. Pero totalmente por otra causa que la esperada. Me es vital por aparecerme representativo de esa inadaptabilidad, una celada de ese error de ensoñación, de ese crujiir de huesos al no poder aún encajarse en la nueva vida, de esa lucha pertinaz por querer que esta nueva vida no sea como es sino como se la soñó en la terraza del Café o en la cubierta del barco. En este sentido me es vital. Pero en aquel momento no lo habría sospechado jamás. En aquel momento me aburría, me creía con la sensibilidad gastada, me sentía con el ánimo conturbado al no poder coger sensación alguna donde estaba lleno de ellas.

Mas ya estoy nuevamente con recuerdos. Perdóname, Lumba Corintia. Vamos al viaje mismo.

Dando vueltas estas ideas –mejor dicho, tribulaciones–, el tren subía y llegábamos a la frontera. Me dirigí al vagón-comedor. Para tener una buena llegada a Chile, pedí un whisky. En la mesa de al lado, un fornido argentino le dijo a una pareja:

–Ahora el túnel y luego carabineros y *tutti quanti*.

Frente a mí se sentó otro argentino que formaba parte del séquito fronterizo de Fernando de Bulgaria, séquito de Mendoza a los Andes. Pues viajábamos con el ex Zar. Hablaré dos palabras de él ya que me fue una franca molestia. Cuantas cosas veía no las podía ver enteramente por mí mismo pues, sin quererlo, me asaltaba esta pregunta:

“¿Qué pensará de esto el Zar? ¿Qué le parecerá aquello al Zar?”.

Encontraba yo extraño que un señor –fabuloso para nosotros en tiempos de la Guerra Mundial– estuviese ahora viendo, aquí a mi lado, mis casas de Chile; la estación de Caracoles, que el teniente Escala, cada vez que la oía nombrar, la acompañaba con el eterno chiste exclamando: “¡Caracoles!”; las vendedoras de Llayllay que nada menos que don Ricardo Cortés Mandiola, nuestro diputado, remedaba gritando: “¿Le paso los huevos cocío, le paso pollo, la torta 'e biscochuelo, caallero...?”; todas esas cosas que tienen tanto de íntimo con un poco de secreto vergonzoso y que más de una vez rayan en lo chabacano; encontraba extraordinario y hasta absurdo que el fabuloso ser, el Zar Fernando de Bulgaria, estuviese allí, en medio de ellas, como bromeando con el teniente Escala y con don Ricardo Cortés Mandiola.

En fin, era aquello algo absurdo. El señor del séquito iba frente a mí. Los otros dos asientos de la mesa fueron ocupados por dos pequeños japoneses de una misión comercial. El señor del séquito y yo entablamos conversación. Me explicó que en el punto preciso, ideal (insistió en esta palabra) de la frontera, había ahí dentro del túnel, una campana que, al paso del tren, poníase automáticamente a tocar. Con algo de inglés, de francés y español y mucha mímica, explicamos a los japonesillos el hecho, hecho que –según calculé por las caras que ponían– les revelaba por primera vez que íbamos a cambiar de país. Y ahora, ¡una campana! Hicieron gestos abismados y, cuando al paso del tren, echóse, en efecto, la campana a repiquetear como una loca, los japonesillos fueron presas de una desenfrenada hilaridad y nos hicieron mil ademanes de agradecimiento por haberles hecho notar tal vez lo más pintoresco que habían visto desde su salida del Japón.

Llegamos a Caracoles. Como el fornido argentino lo había dicho, aparecieron los carabineros, tan flamantes y apuestos que parecían carabineros recién hechos. Un oficial se precipitó al vagón especial del Zar. Con extrañeza mía lo vi subir con su sable y bajar sin él. Después supe por los diarios que ese oficial le había regalado, por orden superior, su sable al Zar y semanas más tarde, cuando el Soberano regresaba a la Argentina, otro oficial se presentó a él allí en Caracoles y emocionado recibió de manos del augusto personaje el sable de su compañero de armas.

Pues bien, Lumba Corintia, al salir del túnel cordillerano, al pasar por Caracoles, al oír por uno y otro lado exclamaciones como: “¡Chile! ¡Estamos en nuestra tierra! ¡El suelo de la patria!”, al ver a los carabineros con sus correaes presuntuosos y al ver, encima de una casucha de lata, una bandera chilena pálida y roída, en medio de esos monstruosos picachos, llegué a creer que todo aquello debería tener un eco dentro de mi espíritu. Pero no. La cosa era demasiado burda, así es que me dirigí de nuevo a mi vagón, me arrellané en mi asiento y cerré los ojos. Me sentía convencido de que nada había dejado la menor

huella en mí y que sólo había sido un relámpago, un chisporroteo de una vuelta a mis 14 años.

Sin embargo...

El cierto caso era de que *el momento* ya había llegado.

No en vano, durante tanto tiempo en París y durante la navegación, podía haber acariciado la ensoñación del regreso. Esta ensoñación –toda hecha de puntos vitales amarados con hilos sensoriales llenos de color local– formaba un todo, una entidad en sí; un todo lejano hasta hace un momento, un todo allá en aquella vaga dirección; un todo aquí ahora, aquí mismo. Era, pues, el momento. Junto con verificarlo, el silencio y la desolación de la cordillera tomaron aspectos aterrantes. Todo a mi alrededor me apareció sin sabor, sin color, un mundo devastado.

Recordaba mi llegada a Cherburgo. Mamerto Masatierra me esperaba en el muelle. Le dije:

–No me puedo quejar de Chile, mi querido Mamerto. Encontré allá dos cosas que muchos pasan buscando la vida entera: un amigo y un amor.

Me refería, como amigo, a Rosendo Paine; como amor, a ti.

Al decir estas palabras no me percataba que ya estaba considerando mi estadía en panorama, echando lejos los espacios vacíos. Habían sido estos espacios los que me habían hecho partir.

Ya ves ahora los resultados: el amigo, Rosendo... terminó el Pacto...; tú... en Nueva York...

Sobre estas dos salientes se agrupaba lo demás: desde las latas santiaguinas con amigos hasta nuestra estadía en Curihue. Un mundo de muñecas, un mundo de guiñol. Un mundo que uno mueve y que sin uno se agrupa, se desploma.

La gente de un país ausente –pensaba– es gente de trapo que no tiene adentro dedos que la muevan y animen. Son muñecos por tierra. Llega uno y entonces brincan, hablan, corren, gritan. Se va uno y es indudable que se paran, callan y se achatan. Cae el silencio sobre aquel país. Durante mi ausencia nadie ha movido ni un hilo en el guiñol de Chile. Este país ha detenido su vida. ¿Las noticias que llegaban allá, las cartas y los hechos que conocíamos como sucedidos? ¡Nada! Eran cosas conocidas *allá*. Eran partes de su programa, números de su representación. Eran los muñequitos de la Legación y del Consulado comentando con aspavientos en un decorado de oficina. Es ésta la verdad.

Ahora tenía que decirme:

“Voy a entrar en el guiñol Chile. Voy a tirar a destajo, sin método, de cuantos hilos encuentre al alcance de mi mano. ¡Cómo saltarán los muñecos con gestos imprevistos, sorprendidos, desconcertantes! Saltarán, mientras otros, los de París, morirán plegados en posturas grotescas bajo un globo de silencio.

Bien, que salten aquéllos mientras éstos se pliegan grotescamente. Mi vida será otra: un amor inmenso, eterno, en el templo de La Cantera.

¿El hastío? ¿No había en todo esto como una defensa al hastío? Mi ensoñación, ¿no tenía justamente su carácter en ese velo gris, soñoliento, que se filtraba hasta en las amistades más sinceras, hasta en la pérdida de un pariente querido, hasta en el amor más apasionado? Además esos espacios vacíos, que en la ensoñación se funden para juntar en un solo haz los puntos vitales, empezaban a asomarse lentamente, a medida que el tren descendía. Eran espacios vacíos llenos de señores panzudos que, con acompasados campaneos de cabeza, le prodigan a uno la lata interminable.

Me decía en el tren que esto también tenía su defensa. Pues es el caso de que, al hacer esta ensoñación sobre hechos del pasado ya completamente fuera de uno mismo, uno se desdobra, se ve como el tercero allá en el cuadro de la ensoñación, se ve como a un personaje que actúa en su romance, un protagonista interesante que, en medio de sucesos coloreados, pasea un soberbio esplín. Se pasa a ser un capítulo de novela y que el héroe se divierta o se aburra no tiene importancia con tal de que el libro esté bien escrito. ¡Estará bien escrito este libro hecho con el pasado y que ahora se va a hojear en diletante curioso!

Recordaba nuestras conversaciones con los chilenos, en París, evocando, entre el humo y los tragos, los matadores hastíos de acá:

—¿Recuerdas esos domingos con sol, esos domingos desiertos? ¿Y esas noches en que cuatro o cinco noctámbulos tediosos se juntaban bajo los faroles sin tener ni saber qué hacer? ¿Y recuerdas esas andanzas tras algo que tal vez y ojalá suceda para luego regresar a casa solo y seguido por un perro? ¿Y recuerdas...?

En fin, mi niña, tú allá en Nueva York sabrás ya lo que es esto y me comprenderás. El caso es de que un calofrío me cogía al pensar que nuevamente tendríamos que volver a este páramo sombreado por la cordillera. Tener que volver para hablar cada día más bajo, más quedo, hasta que al fin la voz se nos apagara con el zumbido de las moscas. Callábamos. ¡Qué tedio! ¡Qué olor a sótano! Aquello se estrecha más y más. Una campana repiquetea, un roto grita con desparpajo, y las viejas miden la vida con una vara pequeñita, pequeñita, cada vez más pequeñita. ¡Qué horror!

En cambio allá, en la época de mis juergas de mes y medio, ¡todo Montparnasse, todo Montmartre! Las luces, la bulla, los autobuses trepidando por la atmósfera eléctrica. Cada calle yendo a un punto; en cada punto, ¡vida! Aquí, cada calle perdiéndose recta y poco a poco hasta borrarse en la tierra de los campos... Callábamos. En verdad, ¡qué horror!

¡Ah, mi niña Lumba Corintia! Era aquí donde, aprovechando nuestro silencio, el insectillo de la poesía trepaba por la pata de la mesa, se nos escurría por entre la ropa y nos picaba en el cerebro. Aquellos momentos evocados se iban esfumando como momentos vividos y se transformaban, poco a poco, en escenas. Escenas..., cuadros..., ¡vida! ¡Ah, mi niña! La cosa se había desprendido de nosotros. Vivía fuera aquel aburrimiento lento, arrullado por el sol y las nieves andinas. Uno, entonces, se desprendía también y actuaba en héroe por ese mundo del insoportable hastío. ¡Era interesante la cosa, ya lo creo! Al fondo las tierras de la monótona, de la cansada desesperanza; en mi primer plano, mi templo canterino y en él tú.

En este estado de ánimo me bajaba el trasandino. En el fondo, bien al fondo de todo ello, latía la lucha de querer convencerme de que aquello tenía que ser, era ya interesantísimo, era ya ese país y esa vida de quimeras evocada en las terrazas parisenses.

Sin embargo...

Sin embargo, ¿qué? Ya pronto empezaría a ver a los conocidos apareciendo a lo largo de la línea férrea a Santiago, volvería a ver mi casa, te volvería a ver a ti, volvería a oír miles de comentarios, los poetas atormentados me contarían sus tormentos en lenguaje anticuado, oiría el rasguear de guitarras, beberíamos todos hasta el llanto; allá, al fondo, te repito, La Cantera, con sus trigales, sus maitenes, sus fantasmas.

Dando vueltas por la ensoñación entera, recordé de pronto mi llegada del año 1923. Recordé con cuánto gusto había mirado primero, a nuestra izquierda, el Tupungato, luego, a nuestra derecha, el Aconcagua.

Apenas recordé que aquella otra época se había iniciado con la aparición, entre mon-

tañas, de esos dos picachos gigantes y que luego los había imaginado como los batientes de una puerta inmensa que diera paso a esa otra vida que nosotros los chilenos estamos forzados a vivir; apenas lo recordé me sentí optimista, feliz, como si la ensoñación, aún un tanto difusa, se me hubiese confirmado, se hubiese hecho indiscutiblemente real al contacto de ambos macizos que pronto, en un recodo de la línea, a través de un claro entre las nieves eternas, irían a saludarme altivos, el uno a la izquierda, primero; el otro a la derecha, después.

Pero, cosa curiosa o tal vez natural: se me olvidó la ensoñación, se me olvidó la vida en Chile, los amores, las guitarras, los tedios bajo los faroles. Confirmado ya en la realidad de todo ello, lo guardé dentro o lejos de mí. Todo mi encanto se concentró, no en el símbolo que representaban los dos picachos sino en los picachos mismos: esperarlos, verlos pasar, saludarlos desde la ventanilla, hasta despertar a mi argentino, que dormía profundamente en su sillón, como si algo a él pudiesen importarle.

¿Tal vez la alegría venía de que había encontrado un objetivo inmediato y hacía retroceder el objeto mismo y profundo de mis preocupaciones? Nada de raro. Pues pasaron: el Tupungato, primero, solo, azul y blanco contra el cielo; el Aconcagua después, semien-vuelto en una colosal bufanda de nubes.

Me encontré entonces en el vagón con un molesto sentimiento de vacío, como si hubiese perdido mi razón de ser allí dentro y la razón de ser en ese descenso hacia las llanuras aburridas.

¿Ensoñación, amores, amigos, guitarras, campos grandes, calles largas, campanas? Algo como si parte de todo ello se me hubiese quedado enredado en ambos picachos; también algo como si ellos hubiesen cerrado, tras de mí, esa puerta inmensa que, hace unos instantes, aún estaba abierta hacia el mundo entero.

Primó, entonces, un sentimiento de enfado al no haber previsto qué podría hacer, qué podría esperar de tangible e inmediato que fuera alimento para la ensoñación, una vez que hubiesen desaparecido los dos montes y atrás sólo quedara una puerta clausurada.

Me sentí cogido por un penoso desamparo.

Felizmente me dormí.

Cuando desperté, me apareciste tú, Lumba Corintia. Tú me esperabas. Te vi en el Rialto, sentí tu mano en mi hombro, oí tu voz:

—¡Cómo! ¿Tú también sientes esas cosas?

Te he dicho, en las notas de París, que quedé estupefacto. Te dije que quise averiguar qué sentías tú. Te dije que cambié de tema y que nos pusimos a hablar tonterías.

Pero yo pensaba. Pensaba como tantas veces se piensa, echando al silencio el tema de nuestros pensamientos para que allí se elaboren y crezcan. Allí quedaron. Ahora despiertan.

Me preguntaste, Lumba Corintia, si yo sentía también aquellas cosas. Yo te pregunto hoy:

—Entonces, ¿a quién querías tú?

Tuve, esa vez —ahora lo veo— la sensación de que no había sido a mí a quien habías querido, a mí con toda mi plenitud, a lo que yo, orgulloso, creía que debía quererme en mí. Resultaba que no había tal. Yo pasaba a ser un objeto tuyo que tú querías, siendo la superior, como yo el trago, el guaco, algo que me hace falta pero —aquí está la sutileza—, algo que quiero por mí, no por ello. Algo que tú quieres porque ahí me he arrimado, ahí

me he protegido. Pensé que estábamos bien lejos, uno del otro. Después, después fui pensando que tal vez tú eras, acaso, la única persona que estaba cerca de mí.

Querer a causa de algo son justificativos, es tener necesidad de amoldarse. Tú jamás te habías preguntado cómo era yo ni te habías preocupado de ello. Era la certeza absoluta. Yo era la vida, era todo, era lo que es donde uno se instala, lo que se sabe. Te pregunté qué era yo, a tu idea. ¿Recuerdas mi pregunta la noche que comimos juntos? Costó mucho, mucho que respondieras. Yo era... yo y... eso bastaba.

Luego me acordé del día de la Escuela de Bellas Artes, el día en que te sorprendí en tu vida diaria. No sabíamos cómo éramos en la vida misma. Necesitábamos aire, necesitábamos vernos en otros sitios, tener otros ángulos para mirar el mundo. Entonces el chiquillo cantaba. Tuve, en ese momento, la sensación de que no sólo iría a abandonarte en el dolor sino que, además, abandonaría una vida diaria. Vi todo Santiago, todo Chile de nuevo, no ya para mí sino una réplica, una copia para ti.

Presentí que Chile, aunque estuviese yo lejos, no me dejaría más porque lo seguiría viviendo por intermedio tuyo.

El 2 de marzo llovió. Una lluvia corta por la tarde. Me sorprendió esta lluvia caminando por el parque Forestal. Iba a comer contigo. Tuve la sensación de que Chile era un barco que se aprestaba a atravesar el invierno. ¡Se iba de Chile! Además tú quedabas, te sujetaban.

En ese momento sentí algo raro, muy raro. No sabría explicártelo debidamente. Sólo puedo decirte que era la sensación de estar en el fondo de algo, allí, bien al fondo, petrificado.

La verdad es que vivimos como sonámbulos. Mitad de nuestra vida es nítida. La otra mitad tiene su voluntad propia y nos lleva adonde la conciencia no alcanza.

Ahora vivo. No he muerto, Lumba Corintia. Todo está igual. Escribo, te escribo. La Bóveda, el guaco, los libros y retratos, todo.

No sé qué alcance, qué profundidad pueda tener cuanto en este momento esté ocurriendo alrededor mío. Sé lo que pasa en el radio que mis sentidos alcanzan a conectar conmigo. Tal vez este pequeñito ruido —el gato en el ropero, el gallo que canta fuera— esté creando dentro de mí, ahora mismo, una morada permanente, tal vez se esté arrebujando para despertar un día a prestarme ayuda o a crear una duda o darme un golpazo hundiéndome. ¿Qué irá a ser vital en todo esto?

Recuerdo que esta misma pregunta la formulé en el barco, al regresar. Me preguntaba entonces:

“¿Qué significado y valor tomará este viaje dentro de uno, dos o tres años?

No podía saberlo. Ello depende de lo que vaya a sucederme. Algunos hechos de este viaje encontrarán terreno propicio para fructificar; otros tendrán que desvanecerse. Si mi vida se orienta en un sentido para el cual un barco navegando no dé alimento alguno, morirá el recuerdo de éste; como bien puede ser que, si las circunstancias me son adversas, poniéndome anticipadamente misántropo y terminando en mí todo gesto de infantil espontaneidad, puede ser —me decía entonces— que fructifique, crezca, se abra, hasta llegar a ser un símbolo, una obsesión, este pequeño hecho que acababa de acontecer:

Venía lejos, muy lejos, un barco, atrayendo la curiosidad de los pasajeros. Pronto distinguí, por los colores de la chimenea, que era un barco de la Blue Star. Corrí, entonces, hacia un grupo de conocidos, conocidos apenas, con quienes habría cambiado, a lo mucho, diez palabras, y les hice parte de mi reconocimiento. Junto a ellos, al cruzarnos el

barco, saqué mi pañuelo y, agitándolo de lado a lado, lo saludé. Pero, en medio de mi alegría, el gesto, bruscamente, se me cortó. Casi sentí vergüenza, me sentí estúpido. Bajé entonces a mi camarote a anotar este hecho y a preguntarle –sin hallar ninguna respuesta, por cierto– si *ya* no debía saludar los barcos, si *ya*, el hacerlo, era el pequeñito síntoma de un mal que, como dije, podría crecer hasta la obsesión.

Como esa vez en el barco, ahora me pregunto también en vano:

“¿Será el ruido del gato en el ropero o el canto fuera del gallo o ese rumor de voces que oigo aquí cerca o el mujido de esas vacas lejanas o bien el hecho de preguntarme tal cosa? ¿Será algo de ello lo que crecerá, un día, hasta la obsesión?”

¡Qué puedo saberlo! Sólo sé que el presente me abre y me cierra alternativamente ciertos agujeros por donde puedo, acercando un ojo, ver algunas escenas mientras otras se desinflan sin significado. Las que veo despiertan, se iluminan. Guardan con mi presente un parentesco, que se teje convergiendo con el estado de ánimo del momento.

Pero, ¿quién lo teje así? Esto se me escapa. ¿La unidad de la vida? ¿Un afán, más allá de nuestros cálculos, a que sea nuestra órbita un organismo armónico, sin puntos de más, puntos que no correspondan al total, como ese afán de los artistas en sus obras? ¿Es por esto que, al abrirse un agujero e iluminar un punto, ha de cerrarse otro apagándose cuanto recibía su luz?

Es llegar a decir que los hechos *son* y nada más. Son todos, todos iguales. Nuestra alma de ellos se nutre independientemente de nuestra voluntad y de nuestra conciencia diaria, esta conciencia demasiado llamada por los ruidos cercanos.

Hay aquí un plan de desenvolvimiento más estable. Aquí se captan ruidos mucho más potentes pero que su lejanía los obliga a quedar cubiertos por estos más débiles aunque más cercanos.

Luego, Lumba Corintia, viene otro momento, un momento de silencio. Me lo imagino estando yo con un cigarrillo, rodeado de humo azul. En este momento se ve, con estupor, la cosecha realizada sin saberlo. En él nada hay de escurridizo. Todo es palmario. Se le ve en su totalidad, viviente en lo que en ese momento proyecta para su continuidad futura desde el pasado. Es decir, que a cada momento de hoy y de cada hoy, corresponde una línea del pasado y se indica una posibilidad por venir. Pero si uno se sale de esta línea –real en el pasado y proyectada para adelante–, ella se destiñe poco a poco, desapareciendo al fin.

Por eso hoy nada sé de lo que ocurre en mí, ni aquí a mi lado ni en ninguna parte; no sé cuál es mi vida de verdad. Los puntos vitales que la han de hacer, se hayan ensordecidos por los que desearía que fuesen. Tal cual estoy hoy, estuve siempre en los tiempos de La Cantera, en los tiempos del asfalto de Santiago y de los faroles abandonados.

Ahora recuerdo que en el momento mismo –aquella noche en que la araña y yo quedamos suspensos, yo con el fósforo en alto; ella detenida súbitamente en una marcha que adiviné–, tal momento estuvo lejos de ser algo significativo para mí. Habría podido imaginar cualquier cosa menos que esos tres o cuatro segundos de expectativa se enracimaran en mí para, años después, torcer mi destino. Esa noche, durante los tres o cuatro segundos, tuve, por cierto, la conmoción del horror, pero no mayor en ella misma que la que todo ser tiene cien veces en su vida al contacto de un bicho repugnante. Luego el problema efectivo de una tarántula en mi habitación, borró toda conmoción, y la idea de ir a despertar a mis amigos para entregarnos a una pintoresca caza nocturna, fue lo único que hubo en mí y lo que restituyó el curso normal de mi vida. Esto destruyó la posibilidad de

una serie de nuevas directivas hacia otros mundos. ¡Otros mundos...! ¡Ya lo creo, niña mía! Pues bien diferente tiene que ser una vida apoyada en el comercio de un hombre y de otro; a una vida apoyada en el choque del hombre con semejante bestezuela.

Fue lo mismo la tarde en el Rialto cuando me asomé por la ventana. Por un instante –tres o cuatro segundos también– había yo sentido que todo aquello era hermoso, era un punto desde el cual podía desgranarse una vida determinada, un modo de vivir que, de cogerlo a dos manos con toda mi fuerza, me daría un costado de la existencia hasta en sus más hondas raíces. Si uno hace estado, si uno detiene y se asienta en tales visiones, sigue avanzando desde ellas. El chiquillo cantó.

Pero, acto continuo, me cayó una desesperanza indescriptible. Sentí la oquedad de cuanto me rodeaba. Frente a mí vinieron a recostarse, polvorientos, los interminables espacios vacíos de mi vida cotidiana que, día tras día, tendría que escalar hasta la noche, hasta el farol de media noche donde los amigos, antes de separarnos, discutíamos la última frase de algún problema estético o psicológico. Sí, Lumba Corintia, escalarlos para, a la mañana del día siguiente, encontrarme nuevamente al pie de otro espacio vacío, al sol, con polvo, con campanas, polvo asoleado y sonoro que hablaba de la vida abandonada de los campos, de los fantasmas que casi se expresaron mas callaron por debilidad mía, campanas que en su tañer me decían: “París, París, París...”. Pues todas las tardes Santo Domingo tañía. Todas las tardes, al oírlo, me decía sobre el eco de la campana: “París, París...”. Dedicaba, entonces, algunos minutos a soñar nostálgico sobre esa vida de París, agitada, bullente, pletórica, que me roía de envidia.

En estos interminables espacios vacíos, amarillentos, cualquier punto vital se iba al fondo de mí mismo a morir o a fructificar o a resolverse –¡qué podía saber!–, y yo vivía ese espacio, erizado de pequeñeces diarias. Aun cuando tenía conciencia de la belleza o bondad de lo que veía, tal belleza o tal bondad me aparecía cierta si otra hubiese sido mi verdadera vida, otra más grande y perfecta. Desde ella, poder, entonces, rescatarlo y revivirlo todo, poder iluminar con la luz que merecían esos instantes magníficos que ahora, falto yo de potencia y fe, dejaba perderse irremediablemente.

¡Allí estaba la cosa, la clave de todo! Ello podría ser hermoso, suficiente para llenar mi existencia toda, si hubiese un motor, un fuego central que lo calentara entero. Pero este fuego central se desplazaba, se colocaba en otro sitio, dejándome hueco, con una nostalgia en el futuro. Entonces –¡qué diablos!– corría al sitio, como en realidad corrí, al sitio que me decía tenerlo y mantenerlo.

Así fue en Santiago cuando corrí a La Cantera; así fue en La Cantera cuando corrí a San Agustín de Tango; así fue en esta ciudad cuando volví a Santiago y me dirigí a Curihue. Así corrí a París. Así el fuego central me esperó en la gare Saint Lazare. Yaquí, después de pasarme por las viejas piedras, me precipité al whisky. El whisky me llevó a esas dos estrellas dibujadas en el papel con una E grande al centro.

¡El equilibrio! Era él una araña iluminada a la luz de una ventana. En medio de ella, en vez de esa E del equilibrio, apareciste tú, Lumba Corintia.

Hoy, afuera, es un día caluroso. Hay un sol que ciega. Aquí dentro, en mi Bóveda, hay un aire fresco, media luz y paz. Aparte de mí están esperando los proyectos que hice, mejor dicho, que percibí y precisé a bordo del Baarn. Iba yo a llegar a este país como un extraño, como un hombre ya colocado en la plena serenidad y que mira, junto a él, a los demás hombres, los mira cómo se agitan, cuánto se odian y se maltratan entre dos risas pasajeras. Ninguno de estos proyectos se ha realizado. Me es imposible mirar de fuera.

Óyeme bien, Lumba Corintia:

Apenas me empecé a acercarme sentí el error. No puedo mirar de fuera. Me mezclo, me identifico, formo parte de cuanto me rodea. No es que me apasione ni entusiasme ni tampoco me indigne. A pesar mío vivo el ritmo del mundo que está a mi lado. Ríe con lo que a mi alrededor hacer reír, vibro con lo que hace vibrar. Sólo en el fondo, muy al fondo, sé que, de verdad, no me estoy riendo ni vibrando. Lo sé mas no puedo sentirlo, no puedo estar desde fuera. Me es necesario cambiar de sitio, que el tren corra por las pampas alejándose o que un barco se aleje por medio del océano. Entonces donde me hallaba. Veo que me guiaba, no por mi voluntad ni por mis principios sino por una voluntad común que impregna todos mis actos, todos mis pensamientos y voliciones.

Ahora me digo, me pregunto:

“¿Por qué París me aparece como un hueco, por qué no aproveché minuto tras minuto lo que allí se me ofrecía?”

Un hueco... Sin embargo... ¡No! No era un hueco. No había allí oquedad alguna. Era yo que atisbaba desde lejos sin atreverme a penetrar. No lograba decirme ante las viejas piedras que estaba yo en medio de ellas, que por fin había llegado el momento tan deseado.

Las viejas piedras eran un proyecto, una promesa para después, para el día... Déjame decírtelo:

Para el día en que tú estuvieras conmigo, para el día en que ese resonar de siglos no retumbara en mí únicamente sino que tuviera una finalidad, te tuviera a ti. Sólo un instinto me llevaba a ellas, a esas viejas piedras. Es como quien mira el mundo que le va a pertenecer mas al cual no tiene aún el derecho de poseerlo. Entonces se le contempla desde lejos, desde fuera. Pero este “fuera” está lleno de risas de los demás, lleno de preocupaciones de los demás, lleno de vibraciones ajenas. En ellas me sumerjo. Tú, únicamente tú, podrás darme el impulso que aún me falta, lanzarme de lleno a lo que miro colocándolo para después.

Necesito, aquí en mi Bóveda, la ayuda femenina, tu ayuda.

Sin ella se convierte la cosa en una cosa de oficio. “Hay que hacer esto, hay que hacer aquello...”. Una tarea. El espíritu no se abre plenamente. Es increíble cómo se yerra en este asunto. Al final se encuentra uno con un montón de notas hechas con modorra, hechas por los últimos estertores de los propósitos anteriores. Así las vi un día, esas notas. Observaciones sobre tipos, sobre rincones, sobre escenas y ¡qué sé yo! Observaciones que no me interesan absolutamente nada, sobre las cuales no tengo idea alguna. Hay tantas cosas sobre las cuales uno no tiene idea alguna. Pero casi nadie se resigna a ello. Se cree indispensable dar su opinión sobre cualquier materia. Sería tan fácil decir: “No sé”. ¡Qué necedad! Yo, al menos, no pienso nada sobre la mayoría de las cosas, ni siquiera las veo. Cuando me dije esto me sentí más libre y pude romper, sin ningún remordimiento, una cantidad de notas.

Ya te lo he dicho y vuelvo a insistir en ello: esto de los recuerdos es una de las malas jugadas que nos hace la vida. Llegué partiendo de la base de una visión global que de Chile se me había formado. Si esta visión es verdadera intelectualmente hablando, es falsa prácticamente hablando. Ya lo sabes: la cuestión de los puntos vitales y de los espacios vacíos: se recuerdan los primeros; se viven los segundos. Ahora bien, saber cuáles son vitales y cuáles vacíos..., el futuro sólo puede decirlo.

Me he puesto a leer y releer obras sobre las Religiones. Tengo aquí la *Historia de las*

Religiones, Denis Saurat. En el capítulo VII, *El Cristianismo*, se refiere a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, cita un "proceso psicológico que constituye casi un itinerario hacia Dios". Es, en resumen, lo siguiente:

1º Período de indiferencia, en el que el místico futuro es un ser frívolo, a veces un impío;

2º Conversión, operada generalmente por una especie de rayo del amor divino;

3º Período de exaltación, poco duradero, generalmente;

4º Período de depresión intensa, llamado *Noche del Alma*; sequedad de corazón; Dios no me ama, yo no lo amo; vida miserable con visiones espantosas, tentaciones, desesperación;

5º Segunda conversión: período luminoso de unión con Dios; sentimiento de que la personalidad ha desaparecido y que Dios es lo único que se agita en el alma; éxtasis fuera del tiempo y no intelectuales; ninguna revelación pero sí la certeza de haber estado con Dios;

6º Retorno del místico a la vida normal de acción; él ya no existe como hombre; Dios vive en su corazón; el místico no es más que el vaso; período, casi siempre, de actividad intensa: propaganda, fundaciones, etc.

¡Qué lejos me suena todo eso! Sin embargo hay un llamado permanente de ese lado. Me mantiene la certeza de que todos, todos tendremos, tarde o temprano, que pasar por esos períodos. Si es así, ¿no los estaremos pasando ya? En un tono menor, se entiende, con aproximaciones. No puedo dejar de pensar en el círculo espiral. Yo estaría, en tal caso, en el N° 3 y asomándome, cada vez un poco más, al N° 4. Exaltación, para el 3; noche del alma, para el 4. Así vivo, así he vivido desde tiempo atrás.

Me asaltan, de pronto, los deseos de penetrar de lleno al misticismo. ¡Caer a "los éxtasis fuera del tiempo"!

Una duda me asalta:

Tu cuerpo me seguiría. Si me doy prisa y corro alejándome, tu sombra, la sombra de tu cuerpo me seguiría.

No, Lumba Corintia, no. No ha llegado aún el tiempo. Aunque, por ese círculo espiral, me encamino, lentamente, si quieres, hacia los éxtasis fuera del tiempo.

Debo agotar tanto, tanto. Siento el ansia de que ello se agote. Vivirlo una vez más pero con amor pleno. Lo he vivido, claro está, pero sin amor. Ha sido una máxima excitación que simulaba satisfacerme pero que dejaba un vacío, una nada, un deseo de volver atrás como quien ha errado su camino.

Se me impone que así debo vivirlo contigo. Cuanto antes, ¡mejor! Porque temo espantosamente lanzarme por rutas llevando, dentro de mí, hilachas de esta vida. Estas hilachas, algún día me harán volver atrás.

Debo elevarte a alturas inmensas. Si estás arriba, muy alto, yo, pequeñito, sabré doblegarme. Porque necesito ser tu esclavo, ser dirigido inclementemente.

¿Has leído *El Banquete*, de Jenofonte? Un párrafo de él ha caído en mis manos. Así quiero quererte, así, como un Clinias; que oigas lo que él oyó:

"Veo a Clinias con mayor placer que cualquier otra cosa en el mundo. Preferiría quedar ciego ante todo mas no para Clinias. Odio la noche y el sueño que me impiden verlo; agradezco al día y al sol que me lo muestran. Sin duda el dinero es un bien agradable de poseer. Mas yo preferiría dar a Clinias cuanto poseo antes que recibir a otro un don cualquiera. Preferiría el esclavaje a la libertad, si el amo mío fuera Clinias. Con él soportaría

las fatigas con mayor alegría que sin él el reposo; con él afrontaría más gustoso el peligro que sin él la vida en la seguridad. ¡Por él me arrojaría al fuego! ¿Te imaginas que no pienso en él cuando de él no hablo? Siempre, has de saberlo, llevo su imagen en mi corazón, imagen tan parecida que podría reproducirla si fuese yo pintor o escultor. Contemplo esta imagen como lo contemplaría a él mismo”.

Estas palabras me han hecho verte. Simple punto de partida para emprender el vuelo. Porque en ellas hay ternura, hay el enamorado de siempre. “Verlo con más placer que cualquiera otra cosa en el mundo...”. Odiar la noche y el sueño; amar el día y el sol... El dinero.... Llevar su imagen en el corazón...”. Todo esto es tierno, es el amante perpetuo. Quiero lo fuerte.

Quiero “el esclavaje, soportar las fatigas, afrontar el peligro, ¡arrojarme al fuego!”. Siempre que tú, Lumba Corintia, seas el amo. Tú, y a altura inconcebible. Así sufrir, así arrastrarme por el barro bajo tu látigo inclemente.

Sé, Lumba Corintia, que si así nos volviéramos a encontrar, sé que, de pronto, un velo se desgarraría y, del otro lado, vendría una luz que haría borrarse toda pasión loca, todo deseo que fuese desorbitado. Entonces, sí, podríamos ir juntos a la luminosidad de la unión con Dios.

Y el tiempo apremia. Es éste un inmenso espacio vacío. Marco el paso. Otros van rápidos hacia la luminosidad con Dios.

Acabo de llegar de Santiago. Mi tío, don Severiano Octay, ha muerto. Ha muerto don Seva, Lumba Corintia. Ha muerto el hombre que simulaba pelear con mi padre, el hombre del tamaño de una cantera del San Cristóbal, el hombre inteligente frente a su caballete de dibujo, el hombre de risa socarrona al verificar mis dos siglos de vida.

Estuve en sus funerales. Una cantidad de gente. Hubo discursos. Hablaron de su pasado. De su futuro, nada. “Que duerma en paz...”, dijeron de cuando en cuando.

Dormir... En el momento en que nos abandona para seguir en la laboriosidad de este misterio que es el hecho de ser y tener que asomarse en la Tierra.

En este momento, mientras te escribo, estoy llorando como un niño. ¡Oh, qué arcano insondable hay en este llanto! ¿Por qué lloro? Sé que él va a continuar su vida, a acercarse más a la luminosidad divina. Y sé que así es el destino de todos nosotros. ¿Es, entonces, el egoísmo de saberlo vivo y cerca de mí? Hay, sin duda, una flaqueza terrena en este miedo a la soledad. Necesitamos bulla, estruendo, a nuestro alrededor. Necesitamos del ruido donde poder cogernos, para que nos aturda y nos impida meditar. Me estoy llorando a mí mismo, estoy llorando ante el terror de este gran paso.

Tú lo conociste al tío Seva. Era el hombre alegre sin igual. Muere a los 90 años. El último de una familia de siete hermanos y hermanas, el último que quedaba. Era el mayor de todos. Era ya tiempo que siguiera. Piensa: ¡90 años! Tenía sus defectos, ¡claro está!, tenía sus errores. Volvemos al mismo punto: ¿Defectos, errores? Habría que ver el punto desde donde se les considera. Sólo reconozco como defectos y errores los que van en contra de la unidad de una vida. El tío Seva no los tuvo. Fue siempre una línea pura y única.

Yo lo quería. ¿Por qué no se quiere a todo el mundo? Quererlos justamente porque son de una manera determinada, sin contradicciones interiores. Quererlos porque son una expresión. Quererlos porque sí. Dejar al espíritu que entre. Al fondo no puede hallarse nada malo. Nos hemos encontrado y ello basta. Sólo me detienen aquellos que se contradicen y, al contradecirse, se retraen y no se dan.

Esta muerte me ha impulsado a entregarme a la lectura de libros sobre ocultismo. Dice Papus en su *Reencarnación*:

“El espíritu es tan activo que existe a este propósito un misterio del cual apenas nos atrevemos a hablar: es que hay casos en que el espíritu puede animar, al mismo tiempo, cuerpos diferentes en varios planetas”.

Más adelante dice:

“Decimos terrestres porque hablamos sobre la Tierra; pero la reencarnación puede hacerse en cualquier otro planeta de un sistema cualquiera, suponiendo que el sistema astronómico enseñado por los sabios contemporáneos, sea exacto, lo que no sabremos hasta después de la muerte”.

Había en mí un recuerdo que dormía. Es el de hace dos años, de 1926, en San Agustín de Tango.

Una tarde, en el Convento de los Jerónimos, me encontré con Tadeo Lagarto. Salía de una habitación en que, con un grupo de gentes, había tenido una larga discusión. Había en esa habitación una serie de teósofos que defendían con denuedo la reencarnación. Había otros, tal vez católicos, que la negaban. Tadeo Lagarto salía indignado con unos y otros. Me tomó de un brazo y me dijo:

—Acepto el infinito de nuestro existir; no comprendo que no pueda dejar de ser infinito. Hasta en este hecho de discutirlo —puesto que nada se puede verdaderamente inventar— veo una prueba de la perfecta inmortalidad. Pero lo que no acepto es que las vidas sucesivas pasen aquí en esta Tierra. ¡Qué ignorancia de la astronomía, del Universo! Lo infinito rodeado de un Cosmos, empecinado en realizarse aquí, en este polvillo mísero... ¡Que infame egocentrismo! Es como si se me hablara de los mayores inventos científicos, de las más abstrusas meditaciones y difíciles cálculos del cerebro humano, de las más hondas filosofías y elevadas religiones y se me mostraran las obras de arte desde la prehistoria hasta hoy con egipcios, con griegos, góticos, renacentistas y demás, y se me hiciera notar que todo ello es la obra del Hombre en sus siglos de existencia. Bien. Acepto, creo y venero. De pronto alguien me sopla al oído:

—No, señor, no; todo, todo eso se ha hecho aquí, aquí a orillas del río Santa Bárbara, o en su ciudad de usted, don Lorenzo, entre la Merced, la Chimba y la Recoleta.

“Le pregunto yo al sujeto aquel:

—¿Y cuánto tiempo se ha tardado en hacer tanta maravilla?

“Me responde:

—Menos de medio siglo; desde la Revolución del 91 hasta hoy.

“¿Es posible, señor mío? ¿Tanta, tanta cosa en un caso pequenín? ¿Cómo voy a meter un elefante o un acorazado en mi valija de viaje?

“Creo, señor, en los elefantes, en los acorazados y en mi valija. Pero de ahí a... No, no. es un absurdo, un sinsentido.

“Aquí estoy yo encarnado ahora. Antes lo estuve en Urano, antes en el éter, antes muy lejos en la Vía Láctea. Mi próxima encarnación será en Betelgeuse y la siguiente, fuera, fuera, completamente fuera de la astronomía.

Ahora recuerdo, Lumba Corintia, que así me habló Tadeo Lagarto. Así me habló y siguió, el hombre, de prisa por unos corredores hasta perderse.

Estas palabras de Lagarto me sumieron en una larga meditación. Fue una meditación nebulosa pero, te repito, larga y profunda. Pasó luego. La olvidé completamente.

Volvió a aparecer en Orange, en el Midi de Francia. Volvíamos de la Costa Azul. De

pronto el auto se detiene frente a las ruinas de Orange. Las visitamos. Estuvimos allí una hora por lo menos. Fui asaltado por un mar de *recuerdos*.

Lumba Corintia, yo creo en lo que me dijo Lagarto. Si es verdad que hay reencarnación, el universo sería nuestra morada y no únicamente este planeta mísero. Esto no implica que tengamos que pasar por él sólo esta vez. No. Yo viví en la hoy vieja Roma. La atracción por ella es algo que no puedo justificar con nada ni aún con el mayor conocimiento de su historia. Mis gustos son ajenos y hasta negados al de los antiguos romanos. Sin embargo he vivido allí. Hay con ella, mi vieja Roma, una añoranza de recuerdos vividos, una añoranza de terruño. Es, a veces, como que casi se despertara un recuerdo, es algo súbito que se va. Como cuando estamos a punto de acordarnos de una melodía o del nombre de un sujeto y... se van melodía y nombre.

Tú sabes que yo llevaba la intención de las viejas piedras. Entre éstas estaba, antes que todas, Notre Dame de París. Cuando pasé por Orange ya la había visto. Me quedé pasmado ante las impresiones que me había causado, inmensa impresión artística, de misticismo, de éxtasis sin que la razón entrara para nada pero que, comparada con la que ahora sentía en Orange, habría dicho que fue una impresión plenamente consciente y razonada. A Orange llegué ignorante e indiferente; un teatro romano no está mayormente en mí. Y quedé, repentinamente, cogido, encandilado ante algo que no está en la gama de la sensibilidad ni de la iluminación ni del éxtasis; ni, para qué decir, de la razón. Fue algo de otra esfera terriblemente misteriosa aunque plenamente mía, pero fuera de los canales que habitualmente usan las voces del más allá, porque aquí nada inmenso se perfilaba. Era algo personal, Lumba Corintia, algo puramente personal.

De pronto me acordé. Hoy, aquí en la Bóveda, no me acuerdo pero sé que esa vez me acordé. Óyeme bien, Lumba Corintia:

Viví en Roma, viví en ella a principios del Imperio. Fue una vida no muy larga, de extrema mediocridad y de pobreza. Pero fue aquello mi terruño, fueron sus cosas mis cosas familiares, sus visiones y sus acentos, fue todo aquel decorado mi contacto diario con esto tan raro de vivir. Hoy vivo aquí, en Chile, en La Cantera, en mi Bóveda. He reencarnado. Entre ambos momentos hay algo oscuro, insospechado por mí.

Me acuerdo de algo más. Me acuerdo cómo fue el proceso que, en pocos segundos, se me produjo. No puedo rehacerlo, algo me falta. Pero oye, niña, cómo fue:

Yo diría que es un proceso que se produce ajeno a la voluntad. Claro está que hay en él un larguísimo trabajo de todos los días, mas cuando llega a producirse sobrepasa los límites de nuestros deseos. Tiene otra lógica.

Has oído hablar de concentración mental. Dirás que llegar a ella es cosa difícil. No, Lumba Corintia. Tu vida, mi vida, la de todos los hombres no es más que una concentración mental llevada al máximo. Estamos concentrados sobre esta Tierra y lo estamos a tal extremo que cuanto esté más allá de ella se nos borra. Hay, pues, que desconcentrarse. Hay que llegar a ello —para ver las vidas pasadas— por el desprendimiento, por la descentralización de nuestra mente y de nuestra conciencia sobre esta Tierra y sobre lo terreno. Entonces, cuando se logra zafarse de esta concentración, nuestra vida se extiende y contempla un vastísimo panorama.

Nosotros no podemos recordar las vidas pasadas por tener toda nuestra mente, nuestra conciencia y facultades sumergidas en la vida presente. Bien digo que estamos concentrados, que nuestra vida es una concentración total sobre un tema dado. Dicho tema es la

actual existencia con la naturaleza que la rodea. Nosotros pensamos, estamos pensando este tema. Nuestra vida es, por lo tanto, un pensamiento sostenido.

Esto no quiere decir que nosotros seamos exclusivamente este pensamiento. Somos, por cierto, en un momento dado de la existencia, lo que en ese momento percibimos con exclusión de lo restante. Si en un momento cualquiera estoy concentrado, por ejemplo, en una cuenta difícil, en ese momento soy únicamente esa cuenta y todo lo ajeno a ella me será como si nunca hubiese existido y como si jamás pudiese suceder. Si soy algo más que la cuenta difícil es porque, habiéndome desconcentrado de ella, puede mi mente apegarse a otras cosas.

Así paso mi vida, concentrando mis facultades a una y otra cosa.

Cuando dejo la cuenta difícil es como si saliera de una vida para entrar en otra. Despunta un recuerdo en mí, luego despunta otro, luego un quehacer, luego otro, y esta diversidad enorme de cosas forman, en globo, otra cuenta, otra concentración, otro estado momentáneo de un conjunto mayor.

Fijémonos en alguien que esté, por ejemplo, en un concierto, sumergido por completo en la música que oye. ¿Dónde está su recuerdo sobre un asunto anterior, dónde su preocupación sobre otras cosas? Está en el fondo de su conciencia, está en estado latente, es decir, está inconsciente. Si esa preocupación no volviera nunca más a reaparecer en él, no por eso habría dejado de existir.

Así estamos aquí en la Tierra, como ese hombre en el concierto: sumergidos, hundidos, enclavados en la meditación de ella misma. A ello nos mantienen dos cosas: el peso de nuestro cuerpo material que encarcela la visión del espíritu donde residen los recuerdos pasados; el esplendor del mundo que nos rodea, esplendor que impide prestar oído a voces más sonoras pero más bajas y profundas.

Hay varias memorias, Lumba Corintia. Se hallan, sucesivamente, a mayores honduras. Para hacerlas despertar es menester rodearse de los elementos propios a ellas. Para la memoria de la vida diaria basta la vida y la razón diarias; para adentrarse a las profundidades es necesario el olvido total de esta razón diaria. Entonces veremos muchas cosas. ¿Cuántas de ellas no son recuerdos? ¿Cuántas no son más que un levantamiento de entre ruinas de cosas que allí dormitaban olvidadas? Pero tenemos que apaciguar la vibración de los sentidos. Tenemos que desconcentrarnos de esta vida terrena. El recuerdo aparecerá vago, muy vago, apenas como una leve insinuación. Será una insinuación incomprendible, un llamado repentino que, tal vez, dejemos pasar. Un día nos cogerá. Un día explorará ante nosotros un panorama inmenso. Veremos otra vida. La veremos como la vi en Orange. La veremos pasar y, desgraciadamente, irse, irse. Pero la certeza nos queda.

Cuando muere un ser que se ama, esta visión se aproxima. Ante el ataúd del tío Seva la tuve cerca de mí. La sentí a mi alrededor. Mas no logré desconcentrarme. Otras cosas resonaron a mis oídos. La gente hablaba, la gente opinaba, la gente hacía recuerdos. Cuando quedé solo quise volver a ese momento. El hecho mismo de *querer* volver me impidió conseguirlo. Entonces marché tras el féretro, como todos. No sé si es exageración mía: me pareció que la gente hablaba y hacía recuerdos justamente para echar de lado esta visión mayor. Sí, hablaban nerviosamente.

Después de sus funerales estuve en su casa. Nuevamente apareció el momento. Pero nuevamente también, las voces se alzaron. Había en su casa una serie innumerable de personas. Sucumbí a este llamado del mundo.

A propósito del tío Seva, la conversación rodó hacia los tiempos en que él era joven,

es decir, hacia los tiempos pasados. Anécdotas y más anécdotas. Piensa si no habría tema: desde su nacimiento, allá en 1838. Estuvieron todos de acuerdo: "Todo tiempo pasado fue mejor".

¡Para qué decirte que yo creo que los tiempos –pasado, presente, futuro– son siempre iguales! Esta evocación magnífica del pasado la encontramos en todas las literaturas. En libro que tomes encontrarás lo mismo: ya los tiempos que corren no son como los buenos tiempos de antaño... Es decir que, desde nuestro remoto origen, las cosas van de mal en peor. Si fuera así, ¿en qué estado estaríamos! Y peor sería lo que aún se nos espera.

Acuérdate, Lumba Corintia, de lo que te he dicho sobre los puntos vitales y los espacios vacíos. Es lo que ocurre, ni más ni menos. Los espacios vacíos se han borrado; sólo emergen los puntos vitales. El recuerdo que la humanidad guarda sobre el pasado es igual al que cada uno de nosotros guarda sobre sus propias experiencias. Vivimos los espacios vacíos; recordamos los puntos vitales. Claro está que, en casa del tío Seva, no dije nada. Me parecía una profanación cambiar nuestras ideas cotidianas en la casa vacía. Debería cada cual estar en silencio.

"Todo tiempo pasado fue mejor..." ¡Qué absurdo! Los espacios vacíos forman nuestro vivir. A veces, de tarde en tarde, nos allegamos a un punto vital. La historia es una selección de estos puntos; olvida el pesado y diario vivir de cada sujeto. Además pone, en cada sujeto, una conciencia artificial: la de la época en que vive. Así el griego se sabe ser griego y contemporáneo de Pericles y demás; el romano, se sabe vivir con Julio César; el medieval grita, como dice Cocteau: "¡Nosotros los caballeros medievales...!"; y así con todos. La historia, al recordarla nosotros, suprime en cada sujeto lo único, tal vez, importante para ellos: que es el presente el que viven, es esa terrible palabra de "presente".

Ahora bien, Lumba Corintia, ¿te has fijado tú cómo marchamos en la vida? No encuentro otro símil más que el del auto. ¡Cómo corre un auto! ¡Cómo esquiva! Viéndolos de lejos y desde lo alto, se diría que son seres vivos. Sin embargo no ven. Los ojos que los guián están fuera de ellos, están en quien los conduce. ¿Cómo poder llegar nosotros a esos ojos? Aquí está la cosa, aquí está todo. Llegamos, sí, después. En el momento mismo somos ciegos. Tenemos únicamente el abismo negro ante nosotros. ¿Por qué? Porque ignoramos el futuro. Porque el futuro nos es incierto, nos es lóbrego, no nos lo es.

Es mi drama, niña mía. No tengo otro.

Recuerdo hoy cuando venía navegando en el Baarn. Quería –al acordarme de mis viajes pasados– gozar del hecho de estar a bordo. ¡Imposible! Recordaba otros barcos, incluso el Aconcagua. Me faltaba perspectiva. Era el Baarn demasiado "presente" para mí. Hoy, es ya un instante magnífico. ¡Para qué decirte el Aconcagua! El grito de: "¡Allá ellos!", veo ahora que me dio una enorme libertad. Cada puerto que tocábamos lo miraba bien, bien. Luego, cuando el barco se alejaba, corría al escritorio y escribía mis impresiones sobre él. Algunas palabras, nada más. En París, en mis horas de solaz, las amplí. No, por cierto, en los últimos dos meses. Luego las guardé. Ahora las veo aquí como un testimonio de un pasado feliz. Léelas:

Coquimbo: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Como se sabe, Coquimbo es la tierra de los cocos y de los guindos. Todo aquí nace, crece, vive, fructifica en función de los guindos y de los cocos. Lo que no siga esta línea funcional es inmediatamente cogido por los carabineros y echado al mar con una piedra bien atada al cuello y, en caso de carecer de éste, atada a su parte más prominente. Durante nuestra permanencia tuvimos ocasión de presenciar dos sumersiones definitivas: a) la de un sabio

alemán que tuvo la imprudencia de declarar, ante los grandes del país, que era más importante el estudio del gusanillo órbito-extraesclerótico del pterigoides que el estudio de cualquier coco o de cualquier guindo por mucho que se hallasen y pernoctasen en Coquimbo; b) la de un colchón que, inocentemente, rasgó un extremo de su tela dejando ver, a los ojos de las autoridades, su contenido: ¡estopa de algodón!, y no filamentos de coco con aserrín de guindos como son todos los demás de la ciudad.

Fuera de estos actos, que hirieron un tanto nuestra sensibilidad de hombres santiaguinos, lo demás fue delicioso, francamente delicioso:

Adonde mirásemos y en la forma en que mirásemos, nuestros ojos caían en un coco custodiado por dos guindos. El único cambio que tenía tan inefable cuadro era, a veces, presentar un solo guindo custodiado por dos cocos.

Nuestro arrobamiento empezaba a ser tanto que el Capitán hizo levantar anclas sin pérdida de tiempo.

—*Antofagasta*: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Ciudad que nos ha dejado imborrable recuerdo. Pues hay que ver cuánta sorpresa ofrece para el viajero toda una ciudad de lana. Casas de lana, calles de lana, árboles de lana, habitantes de lana. Y, de cuando en cuando, enredado en tanta lana, pasa y bosteza una estufa y agoniza un famélico fakir.

¡Cuánta paz en ese cielo de lana! El ciudadano de aquí no hace más que contemplarlo elevando una pupila de lana. Modulando dulcemente ese su nombre querido de “An-to-fa-gas-ta”, cae en éxtasis pensando que antes, antes, por no ser de lana todo se gastaba mas ahora, por ser de lana, nada se gasta. Entonces hace afinar cuantos instrumentos hay en la comarca en fa y, con ellos y siempre en fa, canta meciéndose hasta que allá en el ocaso el Sol, al ocultarse, deja en su sitio un sabor de lana astronómica.

Iquique: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. ¡Qué marcada diferencia con las dos anteriores! Si es de creer que no perteneciesen al mismo país. Véase:

Iquique es la cuna, la cuna única, universal, de cuantos pajaritos hay en la Tierra con canto estridente o entrecortado.

Pajarito que de tal modo cante y no haya visto la luz del día en este puerto, no logra sobrevivir: es alimento seguro, fatal, de serpientes, escorpiones, tarántulas y otros bacterios. En cambio los nacidos aquí —que luego se propagan en veloces vuelos por las cinco partes del globo— llegan a viejos, llegan a la extrema vejez, a esa vejez sin plumas, sin alas ni picos, mas siempre con su canto primoroso, agudo y golpeado.

Los habitantes de aquí sólo tratan de imitar tales notas de algazara. Con razón. Es tanto el atractivo que hacen zumbar por los aires que, diez minutos después de anclados, todos los pasajeros del Aconcagua empezábamos también a gorjear como los pajaritos. Lo que visto por el Capitán, le indujo a hacer acallar nuestros silbidos atronando con las sirenas del barco. Luego dio orden de zarpar.

Mollendo: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Ciudad sin límites confundida con el mar. Aquí todo es redondo, algodónoso y color de café. Además es blando, muelle a tal punto que sus habitantes se recuestan en cualquier parte, donde les sorprenda la modorra: en una rama, en un peñasco, en la chimenea de una casa, en las olas del mar, ya lo digo, en cualquier parte. Allí se quedan dormitando. Luego se van a comer.

Comen únicamente bollos redondos con sabor de tierra. Después se enjuagan las manos

en el mar y como el agua es pardusca y parduscas también las migas de los bollos que les quedan en las manos, con cada enjuagada de cada habitante, Mollendo se pone más y más pardo. Agréguese que, a causa del viento terroso que todas las noches sopla aquí y de los lengüetazos flojos de las olas, Mollendo también se redondea más y más.

El Capitán me ha dicho que dentro de pocos años, en este sitio no habrá más que una cosa redonda, color café con leche y con consistencia de algodón.

Huacho: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Es también un puerto curiosísimo. Está formada por montañas de sal transparente, iguales a esas piedras de sal que dan a lamer a los vacunos. El mar, al reflejarlas, toma un color glauco.

Los habitantes de aquí –ni para qué decirlo– son como todos los habitantes de todas partes, mas, al pasar tras dichas montañas, adquieren formas extravagantes, de guarisapos quebradizos.

El barco, al zarpar, fue dejando tras de sí una especie de baba incolora y aburrida. Nosotros mirábamos todo aquello con ojos muertos y glaucos como el mar.

–*Pacasmayo:* Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. ¡Qué diferencia con todo lo anterior! ¡Qué cambio! ¡Qué locura de coloración! En las hojas y los frutos de aquellos árboles estaban todos los colores imaginables y muchos otros que jamás yo había visto. Y todos ellos fuertes, vibrantes, definitivos. Hasta el mar era allí una paleta revuelta de un pintor enloquecido. Sí; era el mar de óleo espeso, se movía lentamente y teñía el casco del barco con arco iris que luego caían despegándose. Los marineros metían un dedo en esos colores y se lo chupaban encantados. Y lo más curioso de este puerto fantástico es que cada árbol, en cada rama y en cada fruto tenía un papagayo.

Todos los papagayos gritaban a un mismo tiempo y sin interrumpirse ni un segundo. Era tal el ruido que hacían que durante las veinte horas de permanencia, tuvimos los pasajeros que entendernos por señas pues no había medio de hacerse oír.

Cuando nos alejamos de allí, Pacasmayo se veía a lo lejos como una hoguera cuyas lenguas de fuego –rojas, amarillas, verdes y anaranjadas– se movían y enroscaban debido a que un poco de viento balanceaba las ramas de los árboles y las plumas de los papagayos.

De la hoguera salía y llegaba hasta nosotros el canto agrio de los pájaros; luego un murmullo desafinado; hasta que se puso el Sol y desapareció Pacasmayo y callaron los papagayos.

Pimentel: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Pero muy diferente al puerto anterior.

Una planicie verde nilo, interminable. En ella miles, millones de arbolitos, todos a igual distancia. Los troncos eran rectos como alfileres; el follaje, redondo y casi negro. El Capitán, en persona, me dijo que esos árboles eran los que producían la pimienta. Dicho lo cual, ambos nos pusimos a estornudar ruidosamente.

Durante el tiempo que permanecemos fondeados allí, no apareció nadie, ni un perro en la tierra ni un pez en el agua ni un ave en el aire. Aburrido el Capitán, dio orden de levantar anclas y el Aconcagua puso proa sobre...

Paita: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Enormes hojas verdes, bajas, se inclinaban hacia la tierra formando huecos azules.

Las gentes de allí están recostadas en esos huecos, canturreando con mucha flojera. Comen paltas con aceite. Las cáscaras las tiran al mar, un mar muy azul también, que viene hasta debajo de las hojas. Un mar sin horizonte porque, a la altura donde debería hallarse, ya las hojas lo tapan.

Yo, por curiosidad, levanté una hoja. Tampoco vi el horizonte pues apareció cerca de mí un monte que lo ocultó. Este monte rodeaba todo el mar. Era de color guinda metálico, exactamente del color de los huesos de las paltas. Este color guinda se reflejaba en cortas pero numerosísimas rayas sobre el azul del agua. Me dijo el Capitán que el monte era, de verdad, de metal y que, por su base, se estaba derritiendo y desparramándose líquido por el mar. Para responderle solté la hoja y el verde volvió a saturarlo todo. Mi respuesta se hizo inútil.

Manta: Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Esta ciudad tiene tres habitantes que se van turnando para cumplir las tres actividades necesarias de esta tierra. Cuando el uno vela, el segundo duerme y el tercero come. Luego el que vela duerme, el que duerme come y el que come vela. Así sucesivamente hasta el infinito.

El que duerme está bajo una carpa roja. Allí duerme profundamente y sueña, sueña –siempre el mismo sueño–, sueña el infeliz con las bellezas y grandezas de Guayaquil.

El que come está agazapado tras una matorral. De pronto estira una mano y coge un alcatraz. Luego se lo devora vivo, con pico, con patas, con plumas, con todo. Cuentan que el alcatraz lanza gritos desgarradores.

El que vela, por fin, está arriba de un pino, saluda a los barcos que pasan, se precipita a los barcos que fondean y aprieta las manos de oficiales, pasajeros y tripulación.

Pero volvamos al hombre que come.

No haría una hora que nos hallábamos fondeados cuando taladró nuestros oídos el más horrible, el más pavoroso aullido posible en un ser viviente. Pudimos luego ver cómo tal grito espantaba a las demás aves de la comarca y sobre todo a los mismos alcatrazes; el cielo se cubrió de cientos de miles de pájaros sobrecogidos por el terror. Entre ellos cruzaban los tristes y serenos hermanos de la pobre víctima, batiendo sus alas con majestad pero dejando caer de sus pupilas lágrimas amargas.

De pronto uno de ellos, perdiendo el tino por el dolor, no supo orientarse sobre la bahía y se coló por el ojo de buey de mi camarote. La voz de alarma corrió, instantáneamente, de extremo a extremo del barco:

–¡Alcatraz a bordo! ¡Alcatraz a bordo!

Entonces, sobre el palo de mesana, flameó la banderola de peligro; sobre el trinquete, la de resignación ante los grandes males. Y la sirena lloró lúgubre mientras las dos anclas, sin que nadie las alzara, llegaban a superficies lastimosas como dos viejas empapadas.

El Capitán se había puesto grave y huraño. Sólo dijo:

–Regreso.

El Aconcagua se despegó quejumbroso de su fondeadero y, crujiendo, se marchó hacia el horizonte.

¡Cuánto sentí tan inesperada partida! ¡Qué funesto contratiempo! Pero no había caso. El Capitán había dicho “regreso” y el Aconcagua dócilmente obedeció.

Navegamos describiendo un ancho círculo por el océano. Hoy, con indescriptible regocijo, vemos, allá lejos, la alegre y pintoresca ciudad de Cristóbal, blanqueando en medio de una vasta y plácida bahía.

Yo, durante los días de navegación desde que abandonamos el puerto de Manta, pasé encerrado en mi camarote, metido en la litera, sin ver a nadie, sin probar bocado, sin menear miembro alguno. Tras de mí, sobre mi cabeza, paraba el alcatraz de Manta, moviendo con lentitud sus grandes alas cobijantes. Así meció los sueños que he hecho sobre las aguas, así tamizó con dulzura los recuerdos pasados que se me agolpaban en la mente,

así coloreó de gualdo y encarnado los proyectos que tenía para este viaje. Y así el noble pájaro me acompañó día a día, hora a hora, sin gritar, sin pestañear, sólo batiendo en silencio, como he dicho, sus alas blandas de algodón.

Al acercarnos a Cristóbal salió por el ojo de buey de mi camarote. Lo vi alejarse por los aires y lanzarse, pico abajo, a las aguas tras un pejegato que nadaba tras un pejepulga.

No nos volvimos a ver.

Lumba Corintia, ahí tienes lo escrito por mí. Ahí tienes mi optimismo cerniéndose sobre el viaje. Ahí tienes una bifurcación que me ocurre de tarde en tarde: ver una realidad casi desamparada; por encima de ella volar planeando con la segunda verdad, la que debiera ser.

No los seguí, no los terminé. Faltaban aún Cristóbal, Curazao y Calais. No escribí nada sobre Lima. Tú sabes que la estatua de Gavilán me cogió y mis pensamientos partieron en otro sentido.

Creo que has de dudar que esas “impresiones de viaje” hayan sido escritas por mí, por Lorenzo Angol, ahora sentado ante su escritorio de la Bóveda, en La Cantera, en la humilde estación de Tragatencas. Quise que vieras cuánto cambia un hombre. Entre esa visión de puertos y la sombra de Baltazar Gavilán, he vivido mi ausencia. Hasta que... Los dos meses de juerga en París. Luego el regreso. La Bóveda.

Hace algunos días estuvo aquí, de paso, ese cínico de Valdepinos. Hablamos de mi viaje. Le mostré esas notas. Las encontró: *Parfaites; juste ce qu'il faut*. Sobre todo aquello de la “alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía”, fue totalmente de su gusto. Su presencia me llevó a Curihue. Vi ese desenfado de cuantos nos rodeaban, vi la locura alrededor nuestro. Me vi yo actuando en ella, sumergido en ella. Vi, sobre todo, que un cinismo especial nos es común a todos. Viene de un desorbitamiento que se reemplaza, entonces, con palabrerías, con hechos absurdos, con –te lo repito– cinismo. Es, acaso, una defensa, una manera de poder subsistir. Es –digámoslo de una vez– un acto de resguardo de nuestra verdadera manera de ser. Ahora que, de tanto repetirlo, se transforma en una doble naturaleza. Al fin llega a ser nuestra naturaleza misma. Se diría que tememos a esta naturaleza, que nos faltan fuerzas para entregarnos de lleno a ella. Entonces la disimulamos con cinismo. Hoy atisbo, en cada ser, su propio mundo, ése que debió haber resplandecido. ¡Qué lejos se encuentra en realidad! ¡Qué escondido! Miles de capas de estratos lo cubren. Al final ni el hombre mismo logra saber cuál es. Sólo, de tarde en tarde, viene un llamado, una insinuación desde el fondo. Luego es nuevamente borrado bajo el peso de esos estratos.

¿Qué fueron mis dos meses de juerga en París? Mi verdadero ser empezaba a levantarse, empezaba a ocupar todas mis actividades y visiones. Era el mundo del silencio y de la meditación el que se avecinaba. Un momento difícil. ¡No! ¡Retrocedamos! ¡La vida de todo el mundo! Como ese propio ser llevaría muy lejos, era menester oponerle otro mundo ruidoso, de inagotable juerga. A él fui. Algunos amigos me abandonaron y yo los abandoné; otros, muchos, salieron a mi encuentro con ambos brazos abiertos.

Pero volvamos a Valdepinos. Después de felicitar me por las “impresiones de viaje”, anduvimos por las casas y luego entramos en el salón. Había un disco puesto en el fonógrafo. Valdepinos lo echó a andar. Un tango. Es decir, después de darme con su presencia la vida de Curihue, ahora, con esa música, me lanzaba a París, a mi juerga.

No lo puedo dudar, Lumba Corintia, me gustan los tangos, me gustan locamente. Me transportan a otra vida, a otros mundos. Pueden tocar pasos dobles, vales, charlestons,

zambas y qué sé yo. Por cierto esa música ligera es de mi agrado pero los tangos tienen, para mí, algo más que no logro definir mas que me conmueve hondamente. Cuando los oigo me siento atraído a la juerga, llego a pensar que es una debilidad mía la que hace retirarme a la Bóveda. Es un llamado a la inversa. Luego terminan. Siento, entonces, cómo la vida de aquí, sepultado por unos momentos, yuelve lentamente, abriéndose paso con dificultad por entre los escombros que se le habían caído encima.

Quedo perplejo. ¿Cuál será mi verdad? Estoy entre dos polos. Es demasiada la soledad que hay en esta vida de reclusión. Fuera de ella el mundo vive, se agita y vibra. Aquí debo nutrirme de mí mismo. ¡Qué fuerza es necesaria! Entonces te llamo, Lumba Corintia, te llamo desesperadamente. Pero temo que tengamos que medir, día tras día, hora tras hora, el lento pasar del tiempo.

Ahora bien, niña mía, me atrevo a pensar y te lo pregunto:

La vida de los grandes ambientes, la de luchas y altas y bajas, ¿nos empuja, en realidad, a algo superior? O bien —y es ésta mi pregunta verdadera— ¿no será una manera de *entretenernos*? Me digo, a veces, que todo ese ajetreo por la gloria va a verse, un día, como el entretenimiento para no pensar.

Porque dime, de verdad, ¿qué artistas conoces tú, qué artistas que hagan de su oficio un medio para su ampliación interior? ¿Dónde está, en ellos, el espíritu místico? Los grandes —un Giotto, un Donatello, un Leonardo, un Miguel Ángel (por no hablarte más que de la gran época italiana)— o fueron casi desconocidos (no olvides, por favor, aquello de “todo tiempo pasado fue mejor”) o unos revoltosos ante la incomprensión del fuego que ardía en ellos. La enorme mayoría galopa tras las formas de premio que reciben *después* esos grandes.

Estamos en Chile, Lumba Corintia. País indefinido. País que, como los demás de Sudamérica, no sabe adónde va ni para qué es. País que ignora aún su misión. Esto no lleva a locuras de la imaginación. Esto es falso. Basta ver sus producciones. Estamos en la aurora de un ser. Razón de más para que el artista trabajara aquí en el silencio, en la paz. Trabajara en el incógnito tratando de elevar su alma al Cielo.

Si muchos así lo hicieran, al cabo de un tiempo estaría en el ambiente nuestra misión. Sí, niña mía, el artista debería tener un fondo de engrandecimiento del alma. Trabajar y trabajar; mas no para las vitrinas ni escaparates de los librereros, ni para el Salón anual que va abrirse. Debería trabajar: cada obra continuación de la anterior, insinuación de la venidera.

En París, después de recorrer viejas piedras, escribí una carta al doctor Hualañé. Le hablaba algo de esto. Lo llamaba yo: la jeringa y la cánula. Tú conoces el dicho chileno: “la misma jeringa con distinto bitoque”. Es decir, el mismo fondo con apariencias diferentes. Le escribí después de haber vagado por las calles llevando dentro de mí la voz de las viejas piedras. Tu imagen estaba presente en esa carta. No te nombré, no. Tú no hacías más que dictar. Oye, más o menos, lo que le decía:

En lo que he visto, hasta hoy en este viaje, llego a una conclusión: la jeringa es igual en todas partes; sólo la cánula, o bitoque, cambia. Las preocupaciones hondas son las mismas para la humanidad entera; la gente las expresa de diferente manera y las tiñe con su egoísmo de nacionalidad. Hay gentes que se apegan exclusivamente a la cánula y encuentran, entonces, que las diferencias de un país a otro son enormes. Porque ponen el acento en ese fondo común que cada país tiene, ese fondo nacido de las tradiciones especiales, de las costumbres cotidianas. Le citaba a Kahler, en su *Historia Universal del Hombre*,

cuando habla de “la suma de las costumbres y los logros profanos de una comunidad va creando gradualmente un cuerpo de recuerdos instintivos, una tradición...”. Bajo ésta, está lo que es común a todos los hombres, está el momento histórico. Ya te lo digo: hay quienes miran esa modalidad diferente en cada país; hay quienes miran ese fondo.

Temo, niña mía, que igual cosa nos ocurra; en un momento puedo yo dejar de ver en ti ese fondo sublime que una mujer trae al hombre. Temo, cuando ya estés conmigo, que tu parte cambiante, accidental, se me aparezca y que mis ojos se claven en ella. Temo ser la víctima de este mal humano que ante una grandeza final entrevista se coja el hombre a su apariencia cotidiana, a esa apariencia que la esconde o, más bien, la representa en este mundo. ¡Cuántos hay que, ante la idea de Dios, se toman al Papa, que ante la idea del Cielo se toman al Vaticano! Algunos, al presentir este error, sólo atinan a cambiar de persona, de cánula. Quedan y quedarán siempre revoloteando alrededor de éstas. Porque cada cambio hace creer en un avance; a menudo es girar, es marcar el paso. Esto roe, roe. Ahora bien, la estabilidad es inexistente. No se puede uno quedar en el mismo sitio; o se avanza o se retrocede. Aquí se retrocedería. Retrocederíamos, Lumba Corintia, hasta el matrimonio corriente y vulgar. Terminaríamos separándonos como se separó Onofre Borneo de Isabel. O como yo —una vez ya— me separé de ti al emprender este viaje. Esto no puede repetirse.

Fíjate cómo la gente mira al mundo. Oirás decir a cada instante: “Nosotros los chilenos...; ellos los argentinos...; los franceses...; los alemanes...; los españoles...; los rusos...; los chinos...; etc.”.

Al fin estamos en un verdadero zoológico mirando ora la jaula de los tigres, ora la de los venados, ora la de los cóndores o tucanes o serpientes. ¿Qué hay de común entre ellos? Nada. Son especies diferentes que se ignoran. Cada cual tiene su finalidad propia e ignora a la vecina, si no es para devorarla. Así presenta al mundo quien lo divide por nacionalidades. ¿No sería mejor intentar otra división? Dividirla por sus cualidades intelectuales y morales: un solo mundo de artistas, uno solo de sabios, uno solo de místicos y así seguir. ¡Queden en su sitio las tradiciones y costumbres cotidianas que crean sólo un parentesco superficial! ¡Ir a lo permanente, ir a lo imperecedero! Que hay quienes se encandilan con las apariencias... ¡ya lo sabemos! Este encandilamiento borra lo imperecedero. Este no es estático, no es inmóvil. Lo parece al principio. Al principio hay monotonía, desesperanza. Luego se percibe su hervir, su gloria.

No creas, Lumba Corintia, que por lo que acabo de decirte, algo te reprocho. Me reprocho yo. Me temo. Quiero salir, safarme de esta manera de ver. No quiero cambios, no quiero buscar a otra y otra y otra. Tú me bastas. No quiero ser el buscador eterno. Te he encontrado y ¡basta!

Tú debes estar muy alto, muy alto. Es decir, yo debo estar, en mi admiración y adoración, muy bajo.

Debo tener la fuerza de mirar al Sol. No debo pestañear. ¡Abiertos los ojos!

Respetar. De rodillas. Tu voz caerá, entonces, en mí.

Tú no debes tener ni tienes, ante mis ojos, nada de accidental. Tienes que ser más que la compañera. Tienes que ser el guía permanente.

Entonces marcharé.

Tal vez escriba. Tal vez sea mi destino escribir.

Tú, Lumba Corintia, me fecundarás.

Éstas no son palabras. Hay una ley. A esta ley quiero someterme.

Pero vuelve Chile, es decir, Chile como está grabado en mí, con las noches de verano en Santiago y con sus faroles.

Caminar, caminar... Con quien sea.

Allá en París así lo veía. Aquí en Santiago sé que algo así me aguarda. Hay recuerdos que se pegan, que se adhieren a uno. Noche, faroles, casas...

Fue —una de tantas veces— con Rubén de Loa.

¡Evoquemos esa vez para matarla!

Fue en 1925, después de mi segundo viaje a Europa.

Déjame copiarte mis papeles de entonces:

He aquí lo que pasó aquella noche:

Como hechos: Nos encontramos con mi tío Dionisio; nos paseamos charlando por las calles por espacio de un par de horas; hasta que desapareció por la puerta de su casa. Seguimos Rubén de Loa y yo. Plena noche.

Seguimos por estas calles, exactamente estas mismas calles, éstas que han sido testigos de tantos sinsabores.

Mis pensamientos, mientras oía las frases pausadas de mi tío, eran dos. Podrían sintetizarse así: 1º) ¡Maldita la hora en que nací en este país; 2º) ¡Bendita la hora en que lo abandoné para siempre!

Como deducción total, mientras seguía con mi tío y mientras caminábamos solos:

Vacío total; un cero como un huevo; yo, dentro.

Pues bien —y diga Rubén lo que diga— aquello no era un huevo; no era el vacío total ni siquiera un ligero vacío. Vacío podría ser más bien el de hoy. Pero no avancemos que tiempo hay para aclararlo todo.

El pensamiento 1º no era un pensamiento sino un instinto nacido de un ángulo especial de visión;

El pensamiento 2º no lo era tampoco; era sólo un intento de pensamiento futuro para llenar el hueco ocasionado por el 1º al no ser pensamiento sino instinto.

No íbamos por estas calles mi tío y nosotros. Íbamos por otras que hoy se yerguen, en mi memoria, fantásticas.

Murió mi tío, sí, pero su muerte tampoco fue un cero, como creí entonces —a parte del pesar— sino que fue una manera mía de vivir.

Aquello no era un huevo *hoy*.

Y hago, hoy, este raciocinio tan simple, tan claro como una criatura recién nacida. Rubén no ama las criaturas y menos las recién nacidas. Mas su falta de amor no prueba —ni desmiente, por supuesto— la falsedad de mi raciocinio que es éste: Si lo que era, por haber retrocedido en el tiempo ya no lo es, lo que hoy lo es (hablo siempre de un huevo como expresión; del vacío total, de la desesperanza como significado) lo dejará de ser *después*.

De esto saco una deducción, mejor dicho, se desprende sola, como un fruto maduro, una deducción: Que si aquello que, mientras lo vivía, me parecía la nada, hoy es vida tanta que raya —como creo haberlo indicado— en lo fantástico, es, tiene que ser, porque tal vida existía ya en aquel momento y lo único que ocurría era que yo no me percataba de ello; porque no sabía mirarme, porque mis ojos seguían siendo mi cuerpo.

Evidentemente ha sido así y no de otro modo. No tengo más que mirar hacia aquella época: la veo redonda, quiero decir, definida; la veo desprendida de las líneas que corren hoy por donde voy, desprendida, quedada atrás, un espectáculo, alimentada por sí misma

y yo dentro también pero de manera bien diferente, dentro me veo como a un ser extraño, otro ser, otro en un espectáculo, separado de mí y de Rubén, por una cortina transparente de tiempo. No tengo más que elevar una pregunta para verificar que todas las respuestas vienen de allá, se desgranán de ella. Aquí no agregó nada, no juzgo, no interpreto. Aquí sólo veo atónito cómo entonces yo interrogaba, cómo se me respondía, cómo rebatía, luchaba, desesperaba, mientras iba solo por una calle, de farol a farol, sin más conciencia de mi existencia que la de repetirme cada veinte pasos: "¡Qué aburrido es todo esto!".

Cada cuarenta pasos dice ahora Rubén:

—¡Qué aburrido es todo esto!

Cada cuarenta repito yo lo mismo, cuidándome de que mi exclamación prorrumpe veinte pasos más tarde que la suya. Así pues es siempre veinte pasos el ritmo de esta vida. Sigamos caminando para que el ritmo no se detenga como un corazón y mate. Sigamos caminando de acuerdo, de veinte en veinte. Mas de ciento en ciento, acaso de mil en mil, agregó yo a su exclamación la palabra "ahora". Entonces Rubén me dice idiota y que mi vida está puesta a plazo.

No pongo nada a plazo, no pongo nada en ninguna parte. Sólo que recuerdo. Al recordar veo, por las rajaduras de la cortina de tiempo, otra vida que no supe en una ciudad que me abismó.

Soy testarudo, al menos en este punto. Me digo:

"Hay ahora, en este instante, una vida que no sé; esta ciudad me abisma... después.

Miro las casas interminables. Podría decir que son todas iguales, interminablemente iguales. Iguales como el cielo azul, azul. Iguales como Rubén y yo caminando. Pero también podría decir que son todas diferentes: de color, de forma, de altura, de gesto. Es todo. No hallo más que decir. Pero si en lugar de llevar tanto tiempo mirándolas —iguales o diferentes— en este momento las mirara por primera vez, volverían a serme fantásticas por ver en sus formas, colores, alturas y gestos el significado y destino de todo este sitio del mundo.

Cuestión, pues, de costumbre, de identificación. Rubén y yo, antes, al llegar, éramos parte de las calles largas de casas interminables y las veíamos de fuera. Ahora somos casas y calles que son órganos nuestros que no sentimos. Porque estamos sanos con Santiago, con Chile, con el continente entero, sanos nostálgicos del mal que nos ponía conscientes de la vida aislada de cada órgano.

Pero el día en que escapemos de todo esto, recobraré, para nosotros, su vida aislada que veremos, sentiremos, analizaremos entonces, abismados de los órganos que tuvimos, abismados de no habernos abismado cuando los teníamos.

Es lo que no quiero y es lo que, para Rubén, no tiene ni la menor importancia. Pues me obsesiona la idea de que la vida real que ahora vivo se me escape, que no perciba, uno tras uno, sus órganos en función, elaborando; que viva —ahora, aquí— una irrealdad, un sueño adormecido, embrutecido. Por eso atisbo cada rincón, alerta el oído al eco de nuestros pasos.

Nada. Casas, casas, casas largas. Sol.

¿Tal vez esta misma nada, al sol de otro continente, se derrita y chorree de colores, que hoy no veo, las casas y nuestro trancos?

Para mí no hay duda alguna. Ni una duda de que este momento, visto desde después y sobre todo desde lejos, ha de chorrear entero con la vida intensa que ahora, hoy, en este mismo instante vivo y no sé.

- No vivimos nada -susurra Rubén.
- Imposible -respondo-. No se puede no vivir nada. Siempre, quiérase o no, se está viviendo.
- El inconveniente de ser literato, la majadería de ustedes. Siempre enredados en una majadería, en una idea para seguir caminando. Yo soy pintor.
- Pintor que se aburre y no pinta.
- No. Como hombre me aburro; como pintor, no. Como pintor...
- No pintas.
- No. Estoy detenido, lo que es muy diferente. Por lo demás todos los pintores de Chile están detenidos. Porque aquí no se puede pintar, al menos mientras éste sea un país absurdo.
- El eterno ritornelo.
- Veinte pasos y Rubén dice:
- Tú no escribes.
- Por una razón totalmente distinta -explico-. No escribo porque no logro ver la vida que vivimos. Porque sé que lo que debiera escribir de ahora no lo veré hasta el día en que no sea más ahora. Después, después...
- ¿En París?
- O aquí. ¿Por qué no? ¿Qué puede importarme que esto sea o no sea absurdo si veo algo con nitidez, fuera de mí, "del natural"? ¿Entiendes?
- Escribe entonces sobre la bola aquella.
- ¿La bola?
- Sí: tu ritornelo. La bola con tu tío dentro, las cucarachas y tú. Puesto que eso ya está fuera, dices, desconectado, al fondo... Ahí tienes "del natural". Sólo que, sólo que...
- Y Rubén tararea una cancioncilla cualquiera:
- “Sólo que... Trat, trat; sólo que... Trat, trat, trat...”.
- Se pone serio.
- No escribes ni escribirás. París es otra cosa.
- Ahora yo canto. Un tango viejo oído allá:
- “Sin embargo... bargo, bargo; sin embargo... bargo, bargo...”.
- ¡Qué! ¿Escribes?
- ¿Por qué no? Es decir, entendámonos. ¿Qué llamas tú escribir?
- No lo sé. No soy escritor.
- Pero... ¡en fin, hombre de Dios! ¿Qué llamas, entonces, pintar, por ejemplo?
- Lo que hacía en París. Ahora no pinto.
- El otro día estabas en tu taller con una tela al frente, tu paleta en la mano izquierda y con un pincel en la derecha. Con este pincel sacabas colores de la paleta y los ponías en la tela. Si eso no es pintar... no entiendo nada.
- No entiendes nada.
- Entonces... fumemos.
- Te voy a explicar. Fuma y oye. Lo que hago aquí es ejercitar los dedos, ¿comprendes? Hago escalas para arriba, para abajo. Tocar piano es otra cosa. No sé cómo llamarán ustedes ejercitar los dedos en literatura. Eso tal vez tú hagas. Harás notas, puede ser. Pero no escribes. Tocar piano es otra cosa.
- Era lo que iba a decirte. Hago notas.
- No es lo mismo.

-Entendámonos. No será lo mismo, ¿y qué? Puesto que esas notas serán las que me servirán para escribir, puesto que cada una, cada una se agigantarán viviendo, si esto no es lo mismo que lo que tú llamas escribir, es de todos modos un trabajo efectivo, positivo.

-¿Se agigantarán viviendo?

-Por cierto.

-¿Entonces escribirás?

-Por cierto.

-Volvemos a lo mismo, a lo mismo.

Dice esto Rubén con un tono de aburrimiento que llega a la desesperanza.

-¿A qué mismo?

-¡A tu bola! Vuelvo a preguntarte: ¿por qué no escribes?

-¿Te crees tú, acaso, que es porque no estoy en París? Veo tu pensamiento: "Si éste estuviera en París pasaría el día entero sentado ante su escritorio escribiendo. Por las tardes saldría un rato, feliz. Por las noches respiraría optimismo de cada farol. Mas como está aquí, sólo escribe una nota por las tardes, pasa el día entero caminando al sol y por las noches encuentra feos los faroles". Ese es tu pensamiento, no lo niegues.

-¿Y estoy errado?

-No, no lo estás. Es lo que ocurre.

-¿Entonces?

Entonces... Vamos a tratar de explicar este "entonces". Pues mientras hablaba con Rubén había un punto que él ignoraba. Por lo demás, aún lo ignora. Después de su "entonces" -que creyó más que aplastante- callé, no por impotencia sino más bien con un cierto pequeño placer, ese placer del que sabe un secreto, del que tiene una clave y ve al otro divagar y exaltarse en el error. Rubén llenó mi silencio. Divagaciones y exaltaciones sobre lo que él llama "la bola". A veces yo le decía. "La bola de las cucarachas, la bola del tío...". Bufonadas. No tiene importancia. Lo dejé hablar, lo dejé alegar.

Explicar por escrito... Rubén exagera. Hay tiempo para escribir también en Chile. No voy a negar que caminamos, que caminar sea el eje de nuestras vidas aquí, caminar con una pequeña esperanza. Podré caminar mi vida entera. Ello no impide que mi casa sea cobijante, que tenga choapinos por el suelo, pantallas dulces por los aires, y un gato, Michín.

Escribo:

Rubén regresó a Chile en la misma fecha que yo aunque por vía más larga, es decir, regresó en la época de la "bola", como él la llama. Por lo tanto durante un período caminaba yo solo por las calles, los asfaltos y el barro.

Caminando solo llegué, una noche, a la estación de ferrocarriles. Llegó un tren, llegó Rubén, salimos del brazo.

Hasta hoy.

No advertí nada. Para mí era el mismo paseo, la misma caminata. Que Rubén, en uno de mis trancos, se hubiese cogido a mi brazo y con él Lucila y las guitarras y demás, me eran detalles secundarios ante la enormidad de caminar por Santiago con París en la cabeza. Los dos años me siguieron siendo un solo día, una sola noche, un momento único, igual, un elástico estirándose en el tiempo, siempre el mismo, monótono y sombrío.

Hace pocos días entró, en la pieza en que escribo, una voz de la calle, cascarrienta, desamparada, trayendo el calor y el polvo de fuera y el silencio total de la ciudad quemada. Esta voz resonó.

Algo entonces se desplomó y se tendió sobre mis muebles y alfombras y sobre mi espíritu todo.

Fui a la ventana: por la acera de en frente pasaba una vieja arrugada en su manto pregonando las frutas de su canasta.

Fue todo.

Un grito cascarriento en medio del día es, sin duda, lo más importante que me ha ocurrido desde mi llegada. Partió el elástico en dos. He quedado con un trozo en las manos, trozo que cae flácido por tierra. El otro trozo se contrajo en sí mismo y se aisló. Se desprendió de mí y fue a enrollarse en el sitio que le correspondía, el sitio de la hora de mi llegada y los tres meses siguientes. Un sitio que se ha ido, dejándolo la Tierra atrás en su marcha. Se ha ido llevándose con él un doble de esta ciudad, no totalmente igual sino con ciertas particularidades especiales rozando todos sus muros; particularidades de que carece esta ciudad que sigue con la Tierra en su rodar y conmigo.

Un grito de una vieja que pide vender sus frutas.

Un grito de una vieja al Sol.

Entonces, quedamente, vino Horacio hasta mí y, confundíendome tal vez con Marcelo a causa de las tinieblas que envolvían la plataforma del castillo de Elsinor, me habló en voz baja de este modo:

—He oído decir que el gallo, que es el clarín de la mañana, con su grito potente y agudo, despierta al dios del día; y que a esta señal, hállese en el mar o en el fuego, en la tierra o en el aire, los espíritus extraviados y errantes vuelven presurosos a sus guaridas.

Un grito de un gallo.

Basta el grito del gallo para los espíritus extraviados y errantes.

Yo no tengo ni he tenido el grito de un gallo. Pero tengo y tuve el grito de una vieja caminando con sus frutas por los rayos del sol.

Ahora, solo aquí en casa, debo tejer alrededor de un grito.

Antes de empezar cualquier tejido se debería orar como los frailes antes de comer. Debo emprender la obra difícil de diseccionar un grito, ponerlo ahí, al frente, sujeto con dos chinches y escribir sus consecuencias. Oremos.

Mi vida, antes del grito de la vieja, se partió en dos. Hoy, el bostezo; ayer, algo sombrío, grave, con pasos de muertos. Se partió porque ese grito despertó allá atrás a otro grito y, como el de hoy tenía en su extremo a una vieja que pasaba, el otro, a su vez, dibujó a otra vieja, igual a ésta mas con ciertas particularidades especiales de que la actual carece a pesar de ser ambas iguales y ambas pasar.

Quedó dibujada esa vieja como una raya negra encorvada sobre el rojo asoleado de un muro de ladrillos. En torno de esta raya vinieron a aglomerarse, saliendo de un sueño, mil pensamientos, mil sensaciones olvidadas y los mil perfiles de los edificios de la ciudad en que esos pensamientos y sensaciones se habían producido.

Quedó dibujada la vieja. Con trancos torpes empezó a avanzar por las calles que se formaban lentamente. Iba envuelta en la atmósfera de mis pensamientos y sensaciones de entonces.

La vieja, la ciudad, todo estaba lejos. Pero mis pensamientos y sensaciones se alargaban ahora, se alargaban todavía desde mí hasta allá, tras la vieja.

De pronto me vi, me vi yo mismo, corriendo a la ventana de mi casa paterna, mirando a la vieja y quedando inmóvil, lleno de estupor. Entonces el estupor sentido resonó en mí otra vez y, al sentir que lo había olvidado, que ahora podían las viejas vocear sin abismar-

me, mis pensamientos y sensaciones de aquella época se me desprendieron, rompieron el cordón que aún a mí los unía, alargándolos, y se agolparon en la cabeza y en el corazón de ese otro yo que, inmóvil en la ventana de su casa paterna, oía con estupor y angustia un grito cascarriento de una vieja de su país, un grito olvidado en los viajes, un grito que llevaba en sí toda la calma, todo el abandono de estas tierras a mitad desoladas.

Pues en aquel entonces una vieja había gritado como ahora. Al oír su grito había yo verificado la total diferencia entre mi destino de aquí y mi destino de allá; había aquilatado la total diferencia entre ambos mundos; había materializado alrededor de las vibraciones sonoras de tal grito, la realidad fatal de encontrarme en otro punto de la Tierra.

Ahora, al volver a ver como veía entonces, comprendía que mi vida, desde mi llegada hasta ese momento, no había sido una sola alargándose sino dos: esta de hoy con nuestros trancos por las calles, con nuestras afirmaciones de hastío, larga, larga; aquélla con los diarios golpazos de los contrastes, con los crujidos de la aclimatación, con la destemplanza de un mundo que no se soporta, concisa, redonda, delimitada.

Dos. Ésta aquí está. Bajo mis pies. Se enredan mis pies en su gelatina. Aquélla...

Despertó de mí, se desprendió y rodó.

Rodó hacia atrás como una bola. Rodó, ya lo he dicho, hasta dar con el sitio que es el suyo, el sitio ocupado por tres meses de mi vida, sitio quedando atrás, sitio en el sitio que devoraba la Tierra en aquel entonces.

Hacia allá rodó y allá se halla y se hallará hasta el último minuto del último siglo. Se halla en el espacio lejano, en el espacio solo. Se halla con toda la ciudad, con todas las gentes, con todas las horas de entonces; ciudad, gentes, horas creadas por mi estupor ante ellas.

Estupor. Creadas... Transformadas, moldeadas. Tal vez exprimidas, estrujadas, hechas verdad y esencia por mi estupor.

—Rubén, otro modo de estupor, otro que veremos después. ¡Oye Rubén! Estamos ahora estupefactos. Y todo es hastío, calma; fuera y dentro.

—Lo estaremos después... Volvemos a lo mismo, lo mismo... Escribe sobre el otro, sobre el que quedó en el espacio lejano.

—No se puede. Porque ¿no crees tú que para escribir sobre algo hay que poder considerarlo con tranquilidad?

—No soy escritor.

—Yo soy un escritor así. Necesito tener toda mi tranquilidad ante el objeto sobre el cual escribo. Ante aquello no la tengo. Pues no vuelvo en mí frente al espectáculo de la vida intensa que no supe. Esto por un lado. Por otro, pierdo toda paz ante la obsesión de saber, ahora mismo, qué, ¡demonios!, estamos viviendo, por dónde, ¡demonios!, irá a aparecer después el acento de nuestras vidas de hoy que no sabemos. No se puede escribir.

—De acuerdo..., si quieres.

—De acuerdo. No hay calma desde el día en que la segunda vieja gritó. Tú ignorabas este grito. Yo no sólo no lo ignoraba—puesto que era cosa mía—sino que lo conocía a fondo ya que en cierto momento lo disequé, clavado con dos chinches, y ya que, antes de disecarlo, le recé a una mujer así: “¡Nieva, mujer, sobre nosotros en París!”.

—Una mujer... París... Nieve y más nieve... ¿Por qué?

—Porque en el tedio dulce de mi casa hay una pequeña bola de cristal; dentro tiene agua y, en el agua, se alza en miniatura pero airosa, la torre Eiffel. Antes de rezar coges tú la bola, la vuelcas con presteza y luego la colocas sobre una mesa, en su posición normal.

Entonces, Rubén, lentamente, silenciosamente más allá de todo silencio, por el agua que a la torre envuelve, cae una nieve diminuta, cae, cae, y tú, contemplando abismado y acurrucándote para escapar del sol aciago que afuera pesa, tú rezas por París, tú rezas por una mujer.

-Una mujer...

-Una mujer es quien, muchas veces, me hace ver la necesidad de todo esto.

-Una mujer... Eso yo te lo había dicho. Todo esto, ¡una gran necesidad!

-Sí, lo habías dicho. En el fondo tú vas diciendo siempre la verdad aunque nada sea como tú dices.

-¡Vuélcalo! Como la bola de cristal que nieva sobre la mujer. Todo es como yo te digo aunque no sea la verdad; la verdad... ¡Es absurdo! ¡Qué sé yo cuál es y qué me importa! Pero nada, mientras caminemos, dejará de ser como yo te digo.

-Rubén, te pones algo petulante.

-¡Nada! Es así. Y la mujer... ¡muy linda! Es todo.

-Muy linda, sí, pero, en fin, en este momento lo que importa es que sepas que tú ignorabas la existencia de un grito de una vieja cascarienta en mi vida.

-¡Ah! ¡Mujer!

-Lo ignorabas.

-¿Y?

-Por eso alegabas, por eso querías que escribiera sobre eso que pasó. Pero ahora, ¿comprendes que no escriba y que París nada tiene que ver con ello?

-Hombre..., si quieres. Que no vuelvas en ti ante el espectáculo de tu vida que no supiste, que estés hoy estupefacto ante tu estupefacción de entonces y, sobre todo, ante el hecho de que entonces no hayas podido decirte: "¡Qué estupefacto estoy!". Hombre, es cuestión tuya; y si todo eso te divierte..., también cuestión tuya. Pero que de ello deduzcas que ahora, aquí, aquí, ¡hombre de Dios!, estemos viviendo algo asombroso, algo que nos pasará después...

Yo me aburro y nada más. Por lo demás, tú también.

-Por el momento. *Después, hoy no me aburriré.* Y si ha de ser después que no me aburra hoy, es natural que no desee no aburrirme ya.

-Literatura. En fin, si te divierte... En fin, supongamos que las cosas ocurran así como a ti te gusta hacer funcionar tu cabeza. Supongámoslo: ¿a qué afanarse hoy puesto que tu propia experiencia te enseña que en el momento mismo no se ve nada?

-Sí se ve. Debe verse. Debe ser, en el fondo, cuestión de voluntad.

-Debe... Debe... Pero no se ve.

-Porque no tenemos voluntad.

-¿De ver?

-No precisamente; del esfuerzo para arrancarnos de cuanto vemos, del esfuerzo de mantenernos arrancados para mirar lo que vemos.

Voluntad. Voluntad para no ir hundiéndonos lentamente, dulcemente. Insensatez. Puesto que *somos* como hombres, puesto que somos golpeando con las suelas de nuestros zapatos los continentes, los océanos, la Tierra toda, y las estrellas por la noche. Puesto que, desde el día de nuestro nacimiento hasta el día de nuestra muerte, sólo vemos por la suela de nuestros zapatos, golpeando.

Si pudiéramos arrancarnos hoy, por voluntad, de esta calle para ver lo que en ella se

ve... Si pudiéramos, ¡ya habríamos podido arrancarnos antes para ver lo que los hombres no quieren ver!

No naciendo, para ver mejor.

Voluntad. Pretendemos, golpeando a suelazos una calle de Santiago, ejecutar en un microscopio lo que, por falta de voluntad, no hemos ejecutado antes; antes de ver Chile, de ver París, de ver los océanos y las estrellas, de ver el vientre de nuestras madres.

Insensatez. Por cierto. Pero pequeña, pequeñita.

Insensatez de una calle santiaguina, a las 3 de la tarde, al sol de un domingo desdoblado.

Domingo. Marzo. Calor.

¡Esa casa! Pongo por ejemplo a esa casa.

—¡Mírala, Rubén!

Ante nuestra vista se alargó una cinta de un piso de altura, una cinta alargada hasta allá, hasta la segunda esquina, aquella esquina que, a su otro lado, alza una casa de dos pisos estucados.

Una cinta tapiada en tierra. Y todos los colores, todos, sin faltar uno, a lo largo de la tapia de quince en quince metros verticales. Ventanas cerradas. Puertas pardas. Una raya negra, uniforme, de madera, sobre todas ellas aislándolas del cielo, una raya que hacía tristes a todas las casas y neutros a todos los colores.

Y nadie, nadie.

Casas no construidas. Casas quedadas allí. Casas arrastradas tras sí para los hombres que quisieran vivir.

—¡Míralas, Rubén!

Nadie hasta la cordillera, nadie hasta el cielo. Como en las tierras desiertas. Desiertas pero cuajadas, bajo su piel, de bestezuelas que bullen. Así debe estar bullendo dentro de esas casas una vida sombría que no se ve.

Y la raya negra sobre ellas, interminable, interminable, pues, por mucho tiempo que dejemos pasar, siempre la volveremos a hallar allí.

—¿Podrá, Rubén, no hacerse fantástico todo esto visto desde otro sitio en nuestros ojos cerrados?

—Tal vez.

“Tal vez” quiere decir, en Rubén, “no me importa”.

Pero yo continúo:

—Será fantástico. Mas ¿por dónde lo será? ¡Que de todo esto que hoy es una calle con casas planas y cielo vacío, algo se endemoniará después! Aquí se me figura, simple ocurrencia, que lo más descentrado —tú dirías “absurdo”— es la cornisa. Podríamos hablar y colgar de ella muchas cosas pero creo que, justamente por hacerlo y justamente por haberlo hecho, moriría lo fantástico, moriría esterilizado. Porque pasaría a ser una cornisa sólo para nuestras palabras de hoy, porque ya habríamos puesto nuestras manos y nuestros pies sobre ella. Lo fantástico ha de surgir de donde ni conciencia, ni manos, ni pies hayan impreso sus huellas. Lo fantástico ronda sin huellas, Rubén, y se incuba y nace después. Digo siempre: “Raya negra, infinita, que aísla las casas del cielo”. Por lo tanto esa cornisa será siempre esta frase mía colgada en ella. Luego ella... Ella, materialmente, retrocederá para que silben mis frases. ¡Y no! Lo fantástico ha de brotar de la materialidad misma de todo esto.

—No —repuso Rubén—, no hay cornisa que valga; de sobrevenir algo será nuestra posición ante ella.

Rubén remata siempre muy bien las cosas. “De nuestra posición ante ella...”. Luego: un asunto de relación entre las cornisa y nosotros.

Nuestras miradas se dirigen entonces a nuestros cuatro zapatos clavados en el betún de la acera; y la raya negra vuelve a perforarnos el cerebro.

—La raya negra no tiene mayor importancia —dice Rubén—. De tener algo alguna importancia sería, más bien, la altura de las casas. Son estrepitosamente bajas.

—No —le respondo—, no lo son puesto que cualquier hombre, por alto que sea, puede entrar en ellas y en ellas vivir.

—Sí, pero colocadas en Santiago son estrepitosamente bajas. Pues en una capital las casas no se deben hacer para los hombres, por altos que sean, sino para el hecho, ¿entiendes?, el hecho de que estén en una capital; aunque no haya ciudadanos que pueblen los pisos superiores, aunque éstos sean albergues para insectos y palomas.

—¡Cuestión nuevamente de relación! Y de tres elementos ahora: casas, nosotros y capital.

—Eso es. Tal vez. En todo caso es absurdo estar parados aquí. Ya esto llega a oler a metafísica; y olor a metafísica con olor a betún de aceras, tiene que ser absurdo.

Absurdo... Tal vez. Es indiscutible, como asegura Rubén, que en todo esto rueda un hálito de metafísica y betún. Se respira a cada instante, se le enreda a uno en los pies, desvirtúa cualquier juicio y lo lleva a un terreno de especulación al sol.

Ese terreno quisiera volver a verlo, a palparlo una vez más, por un segundo siquiera y teniendo la voluntad de aislarme, la voluntad o la potencia. Entonces se podrían enderezar muchas líneas de nuestras largas caminatas. Porque marchamos errados, no hay duda.

En los días de mi llegada supe, por cada cornisa, que el desesperarse de este mundo era diferente a la vigilia de aquel otro mundo. La marcha que en ese entonces sentí que se me indicaba no era como es ésta hoy, caminando a trancos pesados sobre un betún y una nostalgia. Era el resultado ante mi posición ante tales cosas, era eso, ¡para qué discutirlo! Pero mi posición era otra. Pues, ciertamente, mi cuerpo con sus sentidos llegó hasta aquí con la velocidad del barco que lo trajo y pudo, por eso, durante lentos días, recibir los impactos en ojos y oídos mal afinados respecto a él.

Ahora se han afinado. Por eso no hay, por todas parte, más que casas y casas. La única destemplanza, el único crujido que hoy nos queda, y da el acento a nuestros pasos, es el recuerdo que se aleja hacia un punto paradisíaco que se llora sin recordar.

Este crujido sé que está por todos lados, que es el aire mismo que respiramos. Sé que la nostalgia no es sino su efecto sensible para nosotros.

Pero *vernos* crujiendo, *vernos* de fuera, lo repito, ¿cómo lograrlo?

Casas, casas. Podemos mezclarlas con todas las literaturas que queramos; otra cosa es ver, llenos de estupor, el crujido mismo de esta vida que está ocurriendo, sórdida, en alguna parte inalcanzable para nosotros.

Verlo como hoy veo —desde que la vieja segunda aulló sus frutas— mis primeros meses. No verlo como entonces veía esos meses mezclándolos con literatura, mezcla que me llevaba fatalmente a decirme: “¡Qué aburrido es todo esto!”.

Ver ya el crujido actual como veo el otro, desprendido y solo atrás, conmigo dentro y con mi tío Onésimo rozándome, vivo algunas veces, en su ataúd las otras.

No, no veremos esta nuestra vida actual hasta más tarde, hasta que estemos en otra

vida que a la vez presentiremos sin ver. ¡Pero si quisiera poder ahora colocarnos por un instante en el ángulo desde el cual todo cuanto nos rodea desgrana un sentido, un sino fatal! Entonces poder creer que algo de nuestro ser se encuentra aún allá, del otro lado de la Tierra, que no todo él se haya ubicado definitivamente aquí, de este lado.

Pero ¡nada! Casas y casas con sus colores neutralizados por el cielo de oro, con sus vidas ocultas, con sus cornisas dormidas.

Me dice Rubén:

—Escribe, un día, que nosotros somos dos hombres que han perdido sus ángulos.

—Y que por eso —contesté— ya no ven las cornisas de su país.

En verdad podría escribir sobre los ángulos perdidos. Podría escribir sobre ellos largas horas, rodearlos de sutiles muros literarios y aprisionarlos así, de modo que no se escapen y vuelvan a perturbar. Pero encontrarlos nuevamente para mirar por ellos; encontrar, al menos, el de los primeros meses sería en vano.

Sólo por el recuerdo sé que este último existe; el punto en que apunta se ha escabullido por el aire o, tal vez, sigue presente en cada uno de sus átomos y sería entonces el rodaje de mis ojos el que se ha enfocado de otro modo, no percibiendo sus lados ni las imágenes que aprisiona.

Sé que existe, sé que se halla aquí cerca, que en todas partes está su vértice. Sé que existe y sé su historia. Es decir, un trozo de su historia que, por lo demás, lo sé como se saben los trozos y hasta todas las historias existentes: fijando un punto cualquiera, un punto arbitrario que sea comienzo y durmiéndose sobre lo anterior; conviniendo que un momento dado es una partida desde la nada, que hay nacimientos sin procreadores, que un nacimiento puede marcar un punto, individualizarlo y empujarlo hacia un destino único.

Si así procedo, bien; nació, entonces, en un barco. De no hacerlo nacer allí, tendría que retroceder por mi vida un paso más buscando lo que en mi vida hizo, a su vez, nacer a un barco. Y de allí, más atrás, más y más, hasta la historia de los nueve meses que precedieron a mi propio nacimiento, luego a mi barco, luego al ángulo perdido, luego a mí mismo ahora aquí escribiendo, luego... a lo que vendrá mañana y más tarde y siempre.

Nació, pues, en el barco cuando, frente a las últimas costas europeas, cerré los ojos en el océano. Nació cuando todo a mi alrededor era un atmósfera de colores sin ruidos que estallaba en azul. Nació lentamente, gestábase día a día al ir delineando —con precisión de artesano en la plasticidad de esa atmósfera— las visiones de la ciudad que me esperaba y de la gente que contenía, con cada calle, con cada conocido, con cada panorama, con cada timbre de voz de cada ser evocado. Quedaban así delineadas en la sombra de mis párpados. Entonces, por encima de ellas, abarcándolas, englobándolas, dejaba desgranarse y luego planear las proporciones que entre ellas guardaban y las más amplias que todas juntas guardaban también con las de los países que abandonaba.

Al abrir los ojos, el océano de tinta, el cielo añil y el sol blanco del barco se precipitaban por ellos barriendo los dibujos gestados. Pero adentro, flotando allá muy lejos en el cerebro, permanecían intactas las proporciones concebidas y mi absoluta fe en la justeza de ellas.

Cada día, en la ciudad visualizada, se hendía una nueva calle, clara, nítida, viviente. Llegaba a extrañarme de que el recuerdo de mi ciudad reviviera con tanta perfección después de años en que me había sido totalmente secundario. Veía mi casa paterna, de un solo piso, maciza, estucada de blanco. A su lado, la casa roja de dos pisos. Más allá, la

casa de nuestro médico, de dos pisos también y blanca como la nuestra. Más allá aún el inmenso caserón amarillento de un piso y con sus ventanas raramente abiertas. Veía no sólo las casas de mi calle sino todas. Es decir, las veía sintiéndolas en su conjunto. Mas por ello la nitidez no disminuía. Era una nitidez perfecta, perfecta a tal extremo que, lleno de confianza, volví a la casa roja de dos pisos, la contigua a la nuestra, y quise contar el número de sus ventanas. Con suma extrañeza no lo logré. Insistí. Podían ser seis, siete, ocho. Podían... Sin embargo las veía con la nitidez de la realidad. ¿Por qué no contarlas entonces? Seis, siete u ocho o nueve... ¿O cinco? El número era incierto; vacilaba de cinco a nueve. Vacilaba en cantidad mayor si fijaba los ojos cerrados en otros sitios de la ciudad. Vacilaban todos los números, creciendo, disminuyendo, moviéndose en el panorama inmóvil y preciso que ni un soplo intranquilizaba.

Miré las formas de esas ventanas, de las puertas, de las aceras, árboles, postes y torres, de las crestas cordilleranas al fondo de las calles. Vacilaban inmóviles y precisas. No podía, con un solo rayo visual, seguir las sinuosidades de sus líneas. Sin embargo veía. ¿Por qué sobre mi visión no poder apuntar un dedo? ¿Por qué con el dedo no poder contar así; una, dos, tres... hasta siete, supongamos? ¿Por qué no resbalar el extremo de la uña sobre una forma cualquiera como un lápiz que calca? Insistiría inútilmente. Apenas el dedo empezaba a resbalar, tocaba con él los dominios de la imaginación. Entonces estos dominios se entrelazaban con las formas reales, sin desnaturalizarlas, sin violarlas, entrelazábanse para llenar sus huecos dentro de una sensación de conjunto inalterable, sensación de los ojos, de los ojos puros, nada más que de ellos, ajenos, liberados de toda sensación de tacto. Diré mejor de casi toda pues, a trechos y de pronto, alzábanse ciertas masas delincadas táctilmente por los ojos. Pero alrededor se esfumaba cuanto había sin por ello perder ni un ápice de su magnífica claridad visual. Pues, por encima de esas masas aisladas al alcance del tacto de mis manos, asentábase la simultaneidad de toda aquella existencia, asentábase y vivía toda ella sin tiempo. Vivía únicamente en el hecho de ser y era este hecho el que golpeaba en mis ojos cerrados, este hecho, para mí en aquel momento, sin devenir. *Que para ojos abiertos que siguen una forma, para manos que la palpan, hace falta que el hecho transcurre, se mueva, bajo los ojos y bajo las manos.*

Para ser, no hace falta.

Ese "ser" era el que veía. Veía el hecho de ser de lo que, lejos, al otro extremo del mundo seguía su devenir... por ahora para los demás. Que ya cuando pusiera mis pies, estas suelas que hoy golpean, sobre la tierra evocada, ya entonces y sólo entonces, dicha tierra devendría a su vez para mí y me obligaría a vivir en sus formas palpándolas y mirándolas con ojos abiertos. Ya entonces se pondría en movimiento y yo, sólo entonces, tendría, para no caer de bruces, a mi vez que mover los pies. Es, por lo demás, lo que hago, lo que hacemos, Rubén y yo, aquella mujer, el gato y todos.

Mas por hoy, en el barco, en alta mar, no. ¡Evocar! No se mueve. Uno podrá moverse, agitarse en torno de la evocación. Ella, no. Ella es al devenir lo que acaso es el color a la forma. Un color no ha menester moverse ni nosotros ante él aunque nos movamos, aunque tengamos que movernos siempre. Ante la forma, la casa cambia. Todas las formas estaban allí, permanentes, a lo largo de todos los viajes de los barcos, y todas las formas de Santiago también, también presentes en mi viaje apenas cerraba los ojos. Es por eso que los burlaban cuando querían comportarse como ojos de hombre que mira. Por eso los burlaban cuando querían contar las ventanas o los árboles como cuentan los ojos del hombre que se mueve.

Sobre esta visión inmóvil hacía mover su luz: un sol de acero por las mañanas flojas; un sol rudo a mediodía; un sol largo y anaranjado por las tardes; estrellas por las noches; a veces una que otra luna. Luego hacía subir del asfalto su calor; a veces despegaba el calor acumulado por los muros de las infinitas casas. Luego hacía traspasar con los hilos de agua de las lluvias el frío que corría por las calles. Por fin me dormía cerniéndome junto al sueño de todos los habitantes de la ciudad.

Ahí tienes lo escrito por mí.

¿Crees tú, Lumba Corintia, que puede vivirse así?

No. Pasemos, pasemos a otra cosa.

Algunos, muy pocos libros me acompañaron en el viaje. Uno de ellos lo tuve siempre a mano. Todos los días lo miraba, lo tocaba, a veces lo abría rápidamente. También contemplaba sus imágenes. No lo leí, mejor dicho, no lo releí. Pero no me habría separado de él por ningún precio. Ahora sí lo he releído. Es el volumen II de *La Serpiente del Génesis*, llamado *La Clave de la Magia Negra*. Su autor es Stanislas de Guaita. De Guaita habla de una ley. Es la siguiente:

“El macho es positivo en la esfera sensible, negativo en la esfera inteligible.

“La hembra es positiva en la esfera inteligible, negativa en la esfera sensible.

“Inversamente contrarios, el macho y la hembra son neutros en la esfera mediana del psiquismo. Esta similitud anímica es el único punto de fusión. Es moralmente la carta de lo Alto que consagra la identidad de la raza entre individuos de sexo opuesto”.

Hela ahí. Es todo. Sobre esta ley he meditado mucho. De Guaita dedica a ella varias páginas, en las cuales, entre otras cosas, dice:

“El cerebro macho de la mujer no da más que gérmenes de ideas, pero sólo él da estos gérmenes, es decir, el movimiento inicial y la sustancia primera, en una palabra, el espermatozoide intelectual”.

En una nota dice:

“Por lo demás, es frecuentemente bajo una apariencia sentimental que el espermatozoide de orden inteligible es transmitido por la mujer”.

Nuevamente te digo, Lumba Corintia: es todo. Pero medita un poco sobre las palabras que te he citado.

Déjame decirlo, de una vez por todas, en forma palmaria:

Yo soy el hombre solo.

Soy el hombre que busca y ha buscado ese espermatozoide intelectual que ha de llegar a él sentimentalmente.

Una palabra tuya es suficiente, una palabra que pondría en marcha todas las fuerzas que hoy dormitan. Sin ella quedo desazonado. Me hace el efecto de quedar en lucubraciones sin dar a luz algo que pueda vivir despegado de quienes lo han parido, ajeno a su procreador.

¿No oyes el sonar de una campana? Yo la oigo. La campana de la paz, del recogimiento. Es la hora de la fecundación. Habla. Nuestro niño va a nacer.

He salido de la Bóveda y he vagado por las casas. Hay sol, mucho sol. Los campos son inmensos. Siento cómo podría cogerlos, apretarlos. Los siento a mi alcance. Sin embargo se me van, se me escurren. Aprieto en vano las manos. Vuelvo a mi Bóveda. No es grande. Es acogedora. Cuando quiero ser uno con ella, veo cómo sus muros se desploman y todo, a cielo descubierto, vuela, se va, se escurre. Quedo en la más completa oquedad. Entonces necesito darme. Necesito que una voz “sentimental” me hable. Te tomaría la mano, te la

apretaría hasta el dolor. Los muros se reconstruirían. El hogar se haría. El niño se incubaría y nacería.

Silencio, paz, recogimiento.

Un espíritu místico hay en mí.

Ya te lo he dicho: el artista debe ser un místico. Hoy, más que nunca, es un hombre de salón, por no decir, de feria. Las vanidades lo rodean. Su obra queda esquilmada.

Nos amamos demasiado a nosotros mismos. Consideramos “nosotros mismos” esta parte pensante. Lo primero que hacemos es despegarla de los demás, independizarla.

¡Cómo se olvidan las palabras del Cristo!

Unión, unión de todos.

Deberíamos hablar sobre los artistas.

¿Es posible —y te hablo en nombre del arte mismo— que el arte no sea tan potente como para convertirse en sí en la única finalidad de una vida? ¿Es posible que necesite del aplauso inmediato? ¿Que no tenga su mundo propio?

Óyeme, Lumba Corintia:

Tengo, acaso, una idea que hay que aclarar, que puede llevar a un sin número de equívocos. Escúchame bien:

Nuestros idiomas son pobres. Piensa en la palabra “artista”. Abarca demasiado. Faltan divisiones, subdivisiones. Yo la escindiría, por lo menos, en dos: el artista místico, el artista activo. No sé por qué quiero permanecer en la gran época italiana; tal vez por no bifurcarnos demasiado. Voy, pues, a ella. Tenemos ahí dos ejemplos: Fra Angélico, para el místico; Benvenuto Cellini, para el que he llamado activo. Ambos hicieron una gran obra. La vemos en museos. Los hombres llegan a esa obra, la contemplan y luego la juzgan. ¿Cómo? La juzgan como juzgan todo el arte: en conjunto, como una sola cosa; la juzgan por sus calidades artísticas. Ambos la tienen: pasen a primer plano.

Newton también las tiene; Napoleón, también. Podríamos formar un cuarteto de hombres que hicieron cosas con grandes calidades. Sin embargo... No, señor; Newton fue un científico; Napoleón, un guerrero. Entre las obras de un artista y las obras de un científico y un guerrero, hay profundos abismos como los hay entre estos dos últimos. ¡Y santas paces!

Profundos abismos... Sí, de acuerdo. Tan profundos como los hay entre Fra Angelico y Cellini. Ni más ni menos.

Hay que ver a qué la obra se refiere, qué parte toca de nuestro entendimiento. Aquí nos equivocamos.

Fra Angelico tuvo un punto de partida y un punto de llegada. Entre ambos recorrió un aspecto del mundo con su armonía interna. Este mundo lo ignoró Cellini totalmente, pues él andaba en otro más cercano, si bien se mira, a un mundo de ciencias o de guerras o de políticas o diplomacias. No es cuestión de escuelas ni de momentos históricos. Es cuestión del punto de partida y del punto de llegada, de la parte del universo que se quiere recorrer.

Tampoco hablo aquí de superioridad e inferioridad. ¡Qué lejos está tal cosa de mí! Admiro a ambos sin rodeos. Pero —te lo voy a confesar— pasar de uno al otro me es verdadero trabajo. Yo, personalmente, quiero el mundo de Fra Angelico. Esto no quita el reconocimiento a los artistas activos. Sobre todo hoy, que vamos a un colectivismo cada vez mayor, ellos son necesarios. Respeto a los que logran interpretar el sentir de las multitudes. Pero no me podrás negar que hay abismos, abismos insondables, entre éstos y los que,

pacientemente, se entregan a laborar en el silencio, lejos de toda influencia que no venga de lo que dentro de nosotros pueda resonar.

Es éste mi drama. Oigo, siempre, el llamado hacia el mundo de la paz santa. Oigo el llamado del misticismo. Pero lo oigo, nada más. No lo siento dentro de mí, no soy uno con él.

Algo me falta. Tú, Lumba Corintia, me faltas.

¡Oh, si pudiéramos juntarnos y retirarnos!

No creas que te busco por una insaciabilidad mía. No, mil veces no. Necesito una mano que se tienda hacia mí y me ayude a dar este último paso definitivo.

Sin embargo siento de otro lado –aunque vagamente– un sol que se levanta. Empieza, apenas, a dar sus primeros rayos. Es un cambio feroz, es un cambio que trae esa que yo podría llamar nuestra vieja Rusia.

Vieja Rusia... La hemos clasificado, la hemos puesto en pleno siglo XIX. Ahora se levanta otra. ¿La reconoceremos? ¿La Historia se olvida tan fácilmente!

Tú no vienes, Lumba Corintia. Tú estás lejos. Tal vez otras preocupaciones te llenen, tal vez otros sentimientos se alberguen en ti. Como sea, ¡adelante!

Estoy solo, totalmente solo. Tú, ausente; la fe... no traspasa los umbrales de la Bóveda.

Miro en vano a mi alrededor. Busco en rincón y rincón. No hay nada. Sólo resuena en mis oídos lo que me dije una vez en Santiago, en casa:

–No, no, no es así. Esto tiene que ser inmenso, esto está pleno de emociones que se burlan escondiéndose y que pronto, cuando ya me encuentre lejos de mi Lumba Corintia, saltarán, me acometerán para clavarme la congoja de un bien perdido que no supe distinguir, que no supe gozar.

Ahora me pregunto si he viajado. ¿Qué es viajar? He tratado de salirme de mí mismo, de desligarme de mi destino que siento me acosa y se precipita sobre mí. No lo he logrado. En el viaje he hecho el turista y... luego me he desesperado en las juergas.

Ahora estoy solo, niña mía. Ya ni siquiera tengo la amistad de Rosendo Paine, la amistad del Pacto. Ha seguido impertérrito tras su vida cuyos relatos son ya cosas de otro mundo: jazz, alcoholes, barajas, buen vivir... Y Nicole con sus cabellos de oro viejo y sus ojos de aguas dormidas...

¡Se acabó, se acabó todo ello! Es el vacío, es el abismo negro. Una vida para ser contada, no para ser vivida.

He releído lo que te he escrito. ¿Qué hay en ello de París? ¿Qué hay del fruto obtenido al contacto con otras gentes y otras piedras? Es algo definitivo: ¡No puedo, no sé vivir en el presente! Está siempre el pasado que, saltándose, fija sus ojos lejos, en el porvenir.

Fíjate en lo que he escrito sobre París, fíjate en que hay ahí pasado y más pasado: hablo de las ratas, de los conejos, de las carrocerías fabricadas en San Agustín de Tango, y ¡qué sé yo! Siento que tengo un lastre que me impide estar en pleno donde estoy. Siempre el pasado que llega con retraso. ¿Se irá esto a desatar algún día?

Es lo que me pasó contigo, Lumba Corintia, aquí en Chile, cuando te dejé por París. Hoy París pasa a serme un nuevo fantasma. Te lo he dicho varias veces: ¡no haber vivido el momento mismo!

Es como con el amor, es como inmediatamente después del amor: lo vivo intensamente y apenas terminado se me precipita un pasado lejano en el que veo a mi madre en el patio de casa; ahí está rodeada de gatos, de muchos gatos...; llegan los amigos, amigos casi inexistentes hoy día; hablan, los oigo; una serie de escenas aisladas. Sin embargo todas

ellas están unidas por... por... Hay algo que las une, hay un significado en todo aquello que quiere hacerse conocido y me golpea. Trato de penetrarlo, me hundo en él. ¡Nada! ¿Cómo los demás no lo sienten? Acaso, sí, lo sienten pero... lo dejan pasar. ¡Oh, es éste el peligro del amor en ciertos grados! Cada unión sexual es un toque a aquello que une, al sentido de la vida y sentido completamente separado de cuanto sabemos...

Allá en París, en casa de Jules Draguignan —¡qué simpática persona! No puedo nombrarlo sin enviarle un recuerdo lleno, lleno de cariño. Créeme, Lumba Corintia, que bien lo merece—; pero te iba a hablar de otra cosa y ella es que, en casa de Draguignan, me puse, cierto día, a hojear un libro de Maurice Magre, *Vies de Courtisanes*. De pronto me encontré con lo siguiente, al hablar el autor de los amores de Hermanosa y de Pausanias:

“... temía el acercamiento físico de una mujer, el placer que de ella podía obtener, como una fuerza contraria a sus intentos, susceptible de arrastrarlo a la materia de la que quería escapar”.

He tenido la duda, por cortos momentos, de que amigos aparecidos, de que mi madre y las decenas de gatos que la rodean, sean los mensajeros de “esa fuerza contraria a mis intentos, susceptible de arrastrarme a la materia...”.

Dudas momentáneas, nada más

Esas escenas aisladas son ecos de los mensajeros del gran, gran momento que siempre aparecerá en nosotros. No puede ser de otro modo. Tiene que ser así. ¡Tiene que ser así, Lumba Corintia!

Los amigos van a partir a San Agustín de Tango. Iré yo también.

Iré con la esperanza de agotar cuanto haya en mí. ¿Ir a Europa? No, no quiero más. Es ir a ver vivir a otra gente quedando uno en pura contemplación. Aquí me ahogo. Está, todo esto, lleno de fantasmas que se me esconden. Siento en ellos sus miradas compasivas y hasta irónicas.

¡No, Lumba Corintia! Hay aún mucho que ver. No puedo aniquilarlo. Hay mucho que hacer. Entonces ¡hagámoslo!

Me voy a San Agustín de Tango.

Me voy a agotar mi vida, a cancelar difinitivamente mi inquietud. Me voy a llenarme de experiencias, a ver vivir a los hombres. Ya Rosendo no existe. Tendré que reemplazarlo yo mismo. Necesito tener un gran manantial de experiencias en mí. Tú sabes cuánto temo a la corrupción de las ideas al desconectarnos de la realidad. Déjame ir. Tengo que ir a San Agustín de Tango.

Allí viviré extrayéndole a cada hora, a cada minuto, lo que tengan de verdad. No permitiré esta terrible jugada que nos hace encontrar el presente vacío para mostrárnoslo después todo lleno de vida.

¡No, no! Viviré cada instante, viviré arrancándole su sentido.

¡Te lo juro, Lumba Corintia, te lo juro!

FIN II PILAR

SEGUNDO PILAR
EL CANTO DEL CHIQUILLO

1101

- Revista Mapocho N° 30, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista Mapocho N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 162 págs.).
- Revista Mapocho N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 290 págs.).
- Revista Mapocho N° 31, segundo semestre (Santiago, 1992, 294 págs.).
- Revista Mapocho N° 32, primer semestre (Santiago, 1993, 246 págs.).
- Revista Mapocho N° 32, segundo semestre (Santiago, 1993, 316 págs.).
- Revista Mapocho N° 33, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista Mapocho N° 33, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista Mapocho N° 34, primer semestre (Santiago, 1995, 371 págs.).
- Revista Mapocho N° 34, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 177 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Roque Fuenzalida Sotelo, *Los vestros de la empresa* (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Pedro de Oña, *El Ignes de Ombelob*, edición crítica de Mario Fernández P. y María R. (Santiago, 1992, 434 págs.).
- La época de Balzacón, *Conjuntos* (Santiago, 1992, 124 págs.).
- Lidia Contreras, *Historia de las ideas geográficas en Chile* (Santiago, 1993, 316 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informe N° 1* (Santiago, julio 1992).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informe N° 2* (Santiago, agosto 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informe N° 3* (Santiago, diciembre 1995).
- Julio Renauld Ayala y Sergio Villalobos R., *Idioma y literatura chilena*, *Historia de la lengua* (Santiago, 1995, 363 págs.).
- Pablo Virgilio Marín, *Fuente*, traducción castellana de Eulalia Pérez (Santiago, 1995, 117 págs.).
- José Ricardo Morales, *Fuente y patología de la literatura chilena* (Santiago, 1995, 117 págs.).
- Oreste Pineda, *Chiquilto. Libro para leer y vivir* (Santiago, 1995, 230 págs.).
- Hans Ehrmann, *Chiquilto* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Sociedad Warhu, *La memoria: modelo para un nuevo curriculum*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante el milenio*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Juan Carlos Valle, *Pedagogía chilena* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Guacela Toro, *Desde el signo de las letras*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Colerón Fuente para el estudio de la literatura*
- Vol. I, Fray Francisco Barros Briceño, *Historia de la literatura chilena*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Vol. II, *Epitafio de la literatura chilena*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).
- Vol. III, *Epitafio de la literatura chilena*, *Historia y literatura* (Santiago, 1995, 162 págs.).

Vol. III. *Protocolos de los escribanos de Santiago. Primeros fragmentos 1559 y 1564-1566*, transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, en prensa) dos tomos.

Colección Fuentes para la historia de la República

Vol. I. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI. *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII. *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

Vol. I. Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Vol. II. Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Vol. III. Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).

Vol. IV. Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Vol. V. Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Vol. VI. Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Vol. VII. Ricardo Nazer Ahumada, José Tomás Urmeneta. *Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

Vol. VIII. Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930)*. Visión de las elites (Santiago, 1994, 259 págs.).

Colección Escritores de Chile

Vol. I. *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II. *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

Vol. III. *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).

Vol. IV. *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).

Vol. V. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

- Vol. vi. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. vii. *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. viii. *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, C + 4.134 págs.), cinco tomos.

Colección de Antropología

- Vol. i. Mauricio Massone. Donald Jackson y Alfredo Prieto. *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii. Rubén Stehberg. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii. Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores). *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M. *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 61 págs.).

Se terminó de imprimir
esta obra en el año 1996, en los talleres de
Impresora y Editora Ltda., Santiago de Chile.
El precio de venta al público es de \$1.200.

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
1990-1996

- Revista *Mapocho* N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
Revista *Mapocho* N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
Revista *Mapocho* N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
Revista *Mapocho* N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
Revista *Mapocho* N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
Revista *Mapocho* N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
Revista *Mapocho* N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
Revista *Mapocho* N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
Revista *Mapocho* N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
Revista *Mapocho* N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172, págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).
Pedro de Oña. *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
La época de Balmaceda. Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).
Lidia Contreras. *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio 1993).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto 1994).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre 1995).
Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).
Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 156 págs.).
Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Colección Fuentes para el estudio de la Colonia*
- Vol. I. Fray Francisco Xavier Ramírez. *Coronación Sacro-Imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
Vol. II. *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).